

Mi desquite

Mi desquite

**JOSÉ AMÉRICO TUERO
MARÍA DEL PILAR TUERO DE BLAS**

Prólogo de Carlos Fernández Rodríguez



Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana 2015

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*

Ediciones *La Memoria*

Director: Víctor Casaus

Coordinadora: María Santucho

Editora jefa: Isamary Aldama Pando

Edición: Leonardo Depestre Catony

Corrección: Mayra Fernández Perón

Diseño del perfil de la colección: Héctor Villaverde

Diseño de cubierta: Kelly Núñez sobre fotos

y documentos del archivo personal del autor

Emplane: Vani Pedraza García

© María del Pilar Tuero de Blas, 2015

© Sobre esta edición:

Ediciones *La Memoria*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2015

ISBN: 978-959-7218-44-9

Ediciones *La Memoria*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*

Calle de la Muralla No.63, La Habana Vieja,

La Habana, Cuba

centropablo@cubarte.cult.cu

centropablo@centropablo.cult.cu

www.centropablo.cult.cu

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

*Vosotros caísteis en lucha fatal.
Amigos sinceros del pueblo
por él arriesgasteis vuestra libertad.
Por él disteis el último aliento...*

A:

*Luis Barceló
Carmen Conexa
Isidoro Diéguez
Luis Asarta
Jesús Larrañaga
Luis Sendín
Jaime Girabau
Domingo Girón
Jesús Bayón
Eugenio Mesón
Guillermo Ascanio
José Suárez
Raimundo Calvo
Antolín Pérez Barahona
y cientos de miles más,*

*miembros del Buró Político del Comité Central del
Partido Comunista de España, altos jefes militares,
miembros del Partido y sin partido, heroicos
combatientes, víctimas de la represión fascista del
régimen de Franco, en venganza por su entrega total
para impedir el triunfo del nazifascismo a escala
mundial.*

Agradecimientos

A mi padre por su ejemplo heroico, a las silenciosas mujeres que abnegadamente dieron y aún dan su pan a sus compañeros sin siquiera decirlo, principalmente a mi madre.

A los jóvenes de la generación de mis hijos, que han luchado y luchan por rehacer la verdadera historia de la guerra de España y para ello trabajan día a día, especialmente con todo mi agradecimiento y amor a Tomás Montero, Carlos Fernández Rodríguez, Carlos Anxo Portomeñe, José María Alfaya y su tropa, a quienes me abrieron la única puerta que no tuvo candado, Ediciones *La Memoria* del Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau* y a sus sensibles y profesionales compañeros.

Prólogo

El ejercicio de la memoria es una actividad necesaria cuando nos adentramos en la historia de personas como el protagonista de este libro. Es importante la recuperación de la memoria colectiva e histórica para que los olvidados, sus voces y testimonios no se pierdan ni queden silenciados. La riqueza de sus vidas y palabras escritas es reveladora de las experiencias que les tocaron vivir.

Relatos como los de José Américo Tuero son útiles para la reconstrucción y recreación de nuestro pasado y nuestra historia. Una historia de mujeres y hombres comprometidos, fieles a sus ideales y concepciones políticas, defensores abnegados y perseverantes en la lucha contra imposiciones dictatoriales y totalitarias, de aquellos revolucionarios que tenían en sus mentes palabras como libertad y democracia, usándolas de ideales en su combate porque querían conseguir un mundo mejor y alcanzar el bienestar de su generación y de las generaciones venideras, amenazadas por un fascismo expansivo y cruel.

Tras la publicación hace unos años de mi libro *Madrid clandestino. La reestructuración del PCE 1939-1945* y de un artículo, “La Comisión Central Reorganizadora del PCE”, se puso en contacto conmigo Chely Tuero. En dichas publicaciones se hacía referencia a la lucha y personalidad de José Américo como miembro de la organización clandestina del PCE y combatiente antifranquista. Chely buscaba ayuda en el desarrollo de sus investigaciones sobre su padre y su estancia en territorio español. En ese momento se inició una buena y profunda amistad entre ambos, que ha permanecido a lo largo del tiempo, aumentada con la publicación de este libro, en el cual tengo el gusto de participar y prologarlo.

A través del libro y gracias al relato de sus vivencias y testimonios, José Américo Tuero nos desvela hechos y acontecimientos históricos del siglo xx, muchos de ellos significativos, desde el origen humilde de su familia obrera asturiana que

emigró a Argentina, el regreso a España siendo pequeño, y sus primeros actos reivindicativos y participaciones en huelgas, en una clara formación autodidacta donde se forjaría su espíritu combativo y revolucionario. También, el acercamiento al mundo deportivo y más concretamente al ciclismo, primero en Asturias y luego en Madrid; el período republicano con las acciones obreras, revolución de octubre de 1934 y los acontecimientos que desembocaron en la fratricida guerra civil. Como el propio autor describe, “el pueblo español se levantó unánime a defender las libertades conquistadas mediante el ejercicio de la democracia, las cuales querían anular los fascistas con su alzamiento militar”.

En el conflicto armado fue cuando se afilió a su querido Partido Comunista de España (PCE), concretamente en agosto de 1936. Se consideró comunista toda su vida, ya fuera en España o en Cuba. Esta ideología lo marcó hasta su muerte, en defensa de sus ideas, para y por su partido, abnegado, perseverante y luchador, pidió al amor de su vida, Pilar, lo mismo que él era: “soy comunista militante igual que tú. Seré comunista toda mi vida y te pido lo mismo”. Combatió por las calles y sierras de Madrid y aportó su esfuerzo en el intento de acabar con el fascismo para que la democracia conseguida en tiempos de la II República no se viniera abajo.

La derrota fue algo frustrante y trágico para aquellos miles de republicanos que habían luchado duramente por la pervivencia de la República y todo cuanto ella conllevaba. El PCE fue el partido político que mayor protagonismo tuvo en la lucha de la resistencia dentro del campo republicano durante la Guerra Civil Española. Antes de la finalización de la misma se produjo el golpe del coronel Segismundo Casado y la creación de la llamada Junta de Casado, del 5 al 6 de marzo de 1939, que el propio José Américo describe. Los comunistas partidarios del gobierno de Juan Negrín fueron perseguidos por socialistas, republicanos y anarquistas, produciéndose enfrentamientos entre las fuerzas republicanas. El desenlace de estas luchas arrojó más de dos mil muertos y el encarcelamiento de cientos de comunistas, por lo que una vez que entraron las tropas franquistas en las calles madrileñas se encontraron solo con la labor de “enjuiciar” y fusilar a muchos de aquellos presos.

Con el final de la Guerra Civil, España se convirtió en un país destrozado, de vencedores y vencidos. La situación de estos fue desesperante y caótica, sumidos en una represión feroz, arbitraria y desmedida, la cual dio lugar a que miles de republicanos fueran víctimas de encarcelamientos, torturas, exilio y fusilamientos. Las prisiones estaban repletas, de igual manera que los campos de concentración y los batallones disciplinarios de trabajadores. Se llevó a cabo una marginación, estigmatización y exclusión que dejó una profunda huella y división entre los españoles. Quedó una España franquista y un régimen que quiso prolongarse a perpetuidad, que sin ninguna limitación articuló una maquinaria militarizada y un sistema judicial basado en una serie de leyes promulgadas que justificaban sus acciones, bajo un código de justicia militar aplicable contra los que habían sido sus enemigos.

Uno de los postulados del PCE desde el inicio de la posguerra fue la organización de la oposición clandestina a la dictadura. Los comunistas españoles organizaron diversos grupos heterogéneos de militantes, incluso desde el interior de las prisiones. Se crearon las bases de cómo tenía que ser la reestructuración del partido y su actividad política en condiciones de clandestinidad, estableciéndose pequeñas células con la idea de que había que hacer algo y formar un frente común antifranquista. De nuevo fue el PCE el partido más combativo dentro de las organizaciones políticas de izquierda. Se reunían para crear radios y sectores, y englobarlos en comités provinciales, como el caso de Madrid, donde José Américo fue uno de sus miembros.

La clandestinidad fue el contexto y el hábitat que les tocó vivir a los opositores al régimen, los forzó a la consecución de lugares confiables, a establecer normas estrictas de seguridad, conservar la documentación necesaria de tal manera que pasara inadvertida, y seguir determinadas pautas de comportamiento. Todo era indispensable para sobrevivir en la clandestinidad y para no ser detenidos. Las diferentes reestructuraciones del PCE que se formaban en las calles pronto fueron desarticuladas. Tal es el caso de las reestructuraciones de Matilde Landa, Enrique Sánchez, José Cazorla... todos ellos, detenidos y fusilados con posterioridad, menos Matilde Landa, que se suicidó en la cárcel de Palma de Mallorca.

La reorganización del comunista Heriberto Quiñones, a finales de 1940, tuvo unas condiciones y una estructura más desarrollada y definida que las anteriores. Este agente de la Internacional Comunista desarrolló un verdadero buró político en el interior del país. Con un organigrama directivo definido y bases más preparadas y extendidas a nivel nacional, quiso englobar en su política de unión nacional contra la dictadura a todos los antifranquistas. Esto hizo que chocara y tuviera enfrentamientos con el buró político del PCE en México y en la URSS. Tal situación la analiza muy bien nuestro luchador, ya que fue una parte importante de la estructura de Heriberto Quiñones. Sin embargo, y de la misma manera que en anteriores ocasiones, todos sus integrantes fueron detenidos y muchos de ellos fusilados.

La detención de gran parte de estos comunistas se debió a la delación de uno de sus “camaradas”, Manuel Prades Blanco, quien proporcionó los nombres de todos los integrantes de la organización de Quiñones, entre los que estaban Antonio Elvira Segovia, José Wajsblum Herman, Benito Vaquerín, Julio López Benito, Julián Vázquez, Emilio Rodríguez, Agustín Vaquerizo, Juan Corzo, Valeriana Barriocanal... Del expediente de José Américo, causa número 106.773, los tres fusilados fueron Antonio Elvira Segovia, José Wajsblum Herman y el propio delator Prades, hecho que tuvo lugar en el Cementerio del Este de Madrid el 19 de octubre de 1943. A José Américo lo condenaron a pena de muerte, luego conmutada a treinta años por su nacionalidad argentina.

Con la lectura de las vivencias de José Américo podremos hacernos una idea de cómo fue su paso por la Dirección General de Seguridad, las bárbaras palizas sufridas por los detenidos, el momento del juicio (si se puede llamar así a un hecho de indefensión total) y su vida carcelaria, la emocionante huida y escapada del Valle de los Caídos, su llegada a territorio portugués y luego a su preciosa isla cubana. Son situaciones conmovedoras las que podemos leer con el rencuentro familiar de José Américo, su mujer Pilar y *Chely*, al cabo de tantos momentos de incertidumbre y desesperación vividos tras la condena a pena de muerte.

A partir de aquí empieza la segunda parte de su vida, la etapa cubana. José Américo encontró en Cuba un nuevo capítulo, una

existencia habanera, y aunque al principio le costó adaptarse, pronto encontraría amistad, calor y un buen recibimiento de sus nuevos compatriotas cubanos. No perdió su amor por el ciclismo ni la dedicación plena por el trabajo del PCE y el PCC. Vivió otros acontecimientos históricos importantes, como el triunfo de la Revolución Cubana (dentro de la cual también tuvo una participación directa) y su defensa en la invasión por Playa Girón y la Crisis de Octubre. El comunista español dio paso al comunista cubano con su intervención en las actividades políticas del socialismo en la Isla. Las últimas palabras del libro son dedicadas al gran amor de su vida aparte de su hija *Chely*, que fue Pilar, y están imbuidas de tristeza por la muerte de esta y la enfermedad contraída.

A lo largo de todo el libro percibimos el regalo de amor de una hija por su padre, que representa un esfuerzo para que su memoria no se olvide, pueda ser conocida y difundida. Era necesaria la reconstrucción de esas palabras olvidadas y silenciadas durante tanto tiempo. Dentro del drama que fue la Guerra Civil y la posguerra española, como fondo hay una historia personal de padre e hija, donde esta última termina los testimonios del primero y expresa sus sensaciones y sentimientos de lo vivido entre ambos. Es este un relato de hechos concretos y de nombres que la memoria amenazaba olvidar, un testimonio de momentos y vivencias que gracias a este libro podemos conocer y reconstruir.

El autor reconoce que no es escritor, ni poeta, ni un gran erudito; es un autodidacta y como bien expresa, hombre sencillo, protagonista de sus palabras y responsable de sacar a la luz, y del anonimato, a aquellos nombres y héroes que no pretendieron serlo. Con gran esfuerzo, tesón y trabajo de padre e hija, se han podido conocer y difundir los verdaderos actores de tales momentos históricos, hombres y mujeres luchadores, entusiastas en el combate de las clases obrera y trabajadora, solidarios y leales por sus ideales, convencidos de que un mundo mejor, más libre e igualitario puede llegar.

CARLOS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ*

* (Madrid, 1974). Doctor en Historia. Profesor en la Universidad de Toledo. Autor de los libros *Madrid clandestino* y *La reestructuración del PCE, 1939-1945*.

Veinticinco años después

Mi padre fue detenido por el régimen de Franco cuando yo aún no tenía la categoría de ser humano parlante y realmente vine a convivir con él a los seis años. Sin embargo, desde que nos abrazamos al desembarcar en La Habana nos engarzamos como si la enorme y dramática ausencia no hubiera existido.

Después de razonar, siendo adulta y tras muchos hechos, he valorado que como artífice de ese milagro estuvo siempre una mujer: *mi madre*.

Ella fue la que inventó su presencia, la que amenazó con los castigos y reprimendas en su nombre, la que buscó vestiditos maravillosos para que pareciera una princesa cuando íbamos a comunicarnos con él tras aquellas negras e imponentes rejas de la cárcel de Porlier, donde todos gritaban para expresar su consuelo y amor en medio de una ininteligible confusión de voces. Fue ella la que me hizo no temer a aquello, ni a los guardias, la que me dio fortaleza para entrar con mi pequeña manito de la mano de un gorila, para poder ver a mi papito, por la gracia divina de ser “Santa quién sabe”. Fue ella, la más anónima, la menos reconocida...

Y así, encontré ante mí a un padre recio, enérgico pero dulce, de figura atlética forjada en el ejercicio del ciclismo, con cabello negro peinado hacia atrás, que además cantaba a lo Gardel los tangos de la tierra donde ambos nacieron, porteños, ¡che!

Desde que me hice una jovencita, mi padre y yo nos hicimos entrañables amigos, cómplices, compañeros de cualquier trabajo, desde barrer aserrín hasta repasar intervenciones políticas. Prefería su compañía para el cine o un paseo a la de un joven que me invitara. Todos sus retos los acepté: montar bicicleta, remar kayak, subir montañas como las de Viñales. Fue mi amigo, mi confidente y mi ejemplo.

La vida prosiguió y otros episodios bélicos lo alcanzaron: las escuelas de milicias, la limpia del Escambray, Girón, la Crisis de Octubre. Mucho trabajo me dio para que aceptara que yo entrara en la milicia. No solo temía por mí, era por mi madre

también. Y allí vi de nuevo su valor, su modestia, su condición indudable de comunista, su actitud izquierdista unitaria, durante todo aquel proceso de inicios de la Revolución, en circunstancias tan complejas y hasta confusas ideológicamente.

Desde entonces enumeré cuántos hechos históricos había presenciado mi padre, cuántos detalles atesoraba que no le pertenecían, y empecé a animarlo para escribir. Gracias a él tuve el honor de conocer a grandes figuras que visitaron Cuba: *la Pasionaria*, Lister, *el Campesino*, Marcos Ana —este último, compañero de cautiverio, cuyo encuentro en Cuba lo llenó de felicidad.

Y presioné y presioné para que escribiera, y empezó a aceptar la idea. “¡Pero yo soy un hombre más!”, decía. Estaba tan vital, tan productivo, obteniendo tantos logros para el proceso cubano, recibiendo las más altas condecoraciones, y a la vez tan plano, tan sencillo, que no tenía tiempo.

Inmerso en esa vida vertiginosa se descuidó y un día fatídico se le constató una enfermedad maligna. Se sometió a operaciones, tratamientos, supo que le quedaba poco tiempo... Y a mano, con su firme y aún bella caligrafía, comenzó a escribir.

Yo tuve acceso a esos borradores en papeles amarillos, en uno de sus ingresos hospitalarios. Había escuchado tantas veces las historias que ahora escribía que, a veces, le decía: “Falta esto”. “Más adelante, más adelante”, me aseguraba él con una breve voz que casi no reconocía. Así llegó el día, tras dos años de enfermedad y 73 de vida, en que se me fue mi compañero, el 20 de junio de 1987.

Cuando recogí sus cosas me encontré con una carpeta de cuero carmelita llena de papeles donde narraba una historia que ya realmente empataba con la de mi juventud. Entristecida y sin ninguna idea en aquel momento, guardé cuidadosamente el libro trunco, como un recuerdo inerte.

Pasaron los años... finales de 1999, llegó el nuevo milenio, y ese propósito de que mi padre contara lo que era de muchos quedó entre las frustraciones y no más. De pronto, un día escuché una bella canción norteamericana: la hija de Nat King Cole, Natalie, y su padre fallecido hacía tanto tiempo, cantaban a dúo. Me maravilló que la naturaleza y la técnica nos dieran la posibilidad de disfrutar tal belleza, sin que él nunca supiera lo que creó con su hija.

Una chispa se prendió en mi cabeza: si ella pudo cantar con su fallecido padre a dos voces, ¿por qué no iba a poder yo escribir esta obra modesta, pero verídica, a cuatro manos con el mío?

Y comencé a releer los papeles inconclusos, a imbuirme de su estilo, porque no quería que lo que escribiera se diferenciara, quería que pareciera su libro. Después busqué a amigos escritores, editores cubanos de gran prestigio y premios, pues yo nunca he escrito nada, no es mi oficio.

Contacté con libreros renombrados en España, escritores famosos... todos prometieron y alentaron. Yo pedía ayuda, no para un gran libro de un gran escritor; todo lo contrario, se trataba de las memorias de un modesto hombre que se forjó como autodidacta. Al final decidí terminarlo yo, como él lo hizo, con las mayores capacidades que en mi alma encontré.

¡Ahora sí tuve el libro en mis manos! ¡Lo había logrado!

¿Sí? Eso creía yo, pero la vida es muy rica.

Desde el año 2002 presenté este libro en Cuba y en España; recibí todo tipo de apoyo de jóvenes españoles que ya aparecerán en los agradecimientos y que con sabiduría, combatividad y sencillez me ayudaron.

Encontré personas que valoro mucho, de probada militancia, que subestimaron este libro sin pretensiones ni valores literarios. No se dieron cuenta de que solo había una pretensión: mantener viva la historia para las generaciones venideras. ¡Solo eso!

Presenté el libro a concursos aquí y allá. Lamentablemente nada logré, ni una palabra de orientación siquiera, y en muchos casos me costó grandes esfuerzos que me devolvieran los ejemplares presentados.

Finalmente pude contactar, gracias a una vieja amiga, con Ediciones *La Memoria* del Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, que lo incluyó por méritos propios —como me dijo su jefa de Redacción— en el plan editorial.

La persistencia es a veces una condición desesperante para los demás. En mi caso agradezco a la naturaleza que puso en mi genética esa característica de mi padre. Solo así, después de 25 años de iniciada su escritura, podrá ver la luz este modesto pero verídico libro que solo aspira a ser *una chispita más en la senda real de la Historia*.

CHELY TUERO

Introducción

Todo hombre al que le fuere dado presenciar acontecimientos extraordinarios, como una montaña que se abre echando fuego de sus entrañas o un pueblo que se rebela contra todo poderoso señor, debe buscar escriba avezado que lo plasme en pergaminos para enseñanza de nietos y bisnietos.

GENGIS KHAN

Desde que en la cárcel leí este pensamiento del mal llamado “bárbaro”, no dejó de estar presente en mí la idea de la justeza de su máxima ni que ella, de algún modo, me obligaría en el transcurso de mi vida.

No soy escritor ni poeta, ni aspiro a serlo; tampoco poseo una cultura extraordinaria para convertirme en “escriba avezado”, pero desde los tiempos de Gengis Khan, millones de hechos intrascendentes han sido recogidos por escribas no avezados, y también han sido narrados acontecimientos extraordinarios. Por tanto, bien puedo yo permitirme afrontar la tarea de escribir algo de lo que he visto a mi paso por la vida, consciente de que seré incapaz de narrar fielmente, en toda su magnitud, muchos de los hechos que presencié, aun cuando estoy convencido de que nadie puede expresar, aunque ponga mucho empeño, toda la belleza y el dramatismo que la vida misma ofrece.

Si no soy escritor ni poeta, ni poseo una gran erudición, es evidente que mi escrito, llamémoslo así, no será historia ni novela, tampoco un ensayo ni exactamente un testimonio: será lo que sea, un poco de todo. Me siento obligado con la vida, que me proporcionó la dicha de participar modestamente en hechos cuyos protagonistas fueron hombres sencillos, héroes que no pretendieron serlo, y deseo, al menos, que su heroísmo sea una enseñanza para nietos y bisnietos, aunque sus nombres no digan nada, o queden en el anonimato; pero que sus valores se incorporen a los del género humano.

Ahora que llegué a la última etapa de mi vida, voy a escribir en mi estilo, sin aspiraciones ni pretensiones, incluso sin esperanza de que posea valor editorial. Tengo a mi favor narrar hechos trascendentes, sucedidos en etapas históricas en que “los pueblos se rebelaron contra todo poderoso señor”, en palabras de Gengis Khan, como son las revoluciones de España de 1936 a 1939, y de Cuba, en cuyos desarrollos participé simplemente como uno de los átomos que forman parte del ser increíble que es el hombre.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. Los orígenes de mi vida

En Buenos Aires

Visto desde lo alto del final, es una suerte haber vivido en el extraordinario siglo xx que produjo hechos tan dramáticos como dos guerras mundiales y avances en la ciencia y la técnica capaces no solo de posibilitar la conquista del espacio cósmico, sino de crear condiciones objetivas, tanto para la felicidad humana como para destruir la existencia del planeta que habitamos, lo que ha podido suceder en diferentes circunstancias.

En pleno siglo xx, durante la Primera Guerra Mundial, nací yo en el seno de una familia obrera constituida por el matrimonio y cuatro hijos. Matrimonio de emigrantes del hambre y de la guerra; carpintero él, ama de casa ella.

De Asturias, mis padres emigraron a Argentina, como tantos otros, con la esperanza de una vida mejor. Nací en Buenos Aires, al igual que mis dos hermanos más pequeños. La vivienda que poseíamos en Buenos Aires era de una sola pieza, y no faltó el pan para la familia mientras duró el trabajo en los tiempos de la guerra y un poco más.

Luego vino el desempleo y esto hizo que mis padres decidieran el retorno de la familia a la patria, ya para entonces incrementada.

A nuestro regreso a España nos esperaba una dura lucha por la vida, y también contra la epidemia de influenza que azotaba el país. Excepto mi padre, todos enfermamos. La carencia de recursos económicos, de medicinas y atención médica, fue el escenario que motivó la muerte de mi madre a los 33 años de edad y del más pequeño y séptimo miembro de la familia.

Fue tal la desesperación y desvalidez de mi padre ante el panorama de la esposa y una hija muertas, y seis hijos en la cama, que optó por enviar a los tres “argentinos” —que contábamos entre 5 y 12 años— a la aldea de mi abuela materna, adonde llegamos después de más de cincuenta días de estar en cama, famélicos, desnutridos, sin apetito ni fuerzas para comer, pero

con un organismo fuerte. Nuestra naturaleza, el aire rural y los cuidados de la abuela, que vivía en Gijón, Asturias, hicieron el milagro de nuestra recuperación.

Mi abuela

Era una mujer extraordinaria. Vivía en guerra continua contra un medio enteramente feudal, que no podía consentir su rebeldía. De su pasado no se sabía casi nada en la familia. Habitaba en una casa de piedra sin revocar ni por dentro ni por afuera, con tejado de madera y teja curva en la parte baja, una cocina con chimenea y un fogón de piedra, y por muebles, dos bancos y una mesa rústica.

Lindante con la cocina, había un pequeño establo, y en la planta alta una habitación dormitorio y el depósito del heno seco. Las sábanas eran de lino y las almohadas y colchones rellenos de hojas de maíz.

Parece que en su juventud mi abuela había sido una mujer muy bella y sostuvo relaciones amorosas con el hijo del hombre más rico del contorno, aristócrata además, a quien, por supuesto, no autorizaron los padres a contraer matrimonio con una plebeya.

Estas relaciones fueron tan secretas que jamás nadie supo quién era el padre de los tres hijos que con él tuvo, de los cuales sobrevivieron mi madre y un hermano. Nadie le conoció novio o relación con otro hombre. No obstante, al nacer el primer hijo de mi abuela, el cura de la parroquia la excomulgó por inmoral y hereje.

Además de la casa, tenía mi abuela, como único medio de vida, una finquita de tres cuartos de hectárea; la mitad estaba cubierta de excelentes manzanos y la otra parte sembrada de maíz, frijoles blancos y hortalizas para su consumo, producción que no alcanzaba para más de la mitad del año. La cosecha estaba gravada por el diezmo y las primicias, impuestos religiosos remanentes de la Inquisición, que obligaban a entregar al cura el diez por ciento de lo producido, contribución que la rebelde nunca realizaba.

En esta situación de miseria tenía que sufrir además el aislamiento y el desprecio de los vecinos, quienes no se atrevían

a enfrentar a la Iglesia, y fue así, por esta falta de apoyo, que se le murió el mayor de sus hijos.

Por si la desgracia fuera poca llegó a la iglesia, que se hallaba a no más de cien metros de la casa, un cura joven, bien parecido y dispuesto a no tolerar en su parroquia la existencia de enemigos de Cristo. Visitó la casa de mi abuela, y haciendo uso de toda su persuasión, intentó reintegrar al redil a la oveja descarriada, sin obtener resultado. Pero comenzó por ese tiempo a cuchichearse entre los mozos de la aldea sobre las visitas del cura a mi abuela y sus resultados.

El cura, que era un liberal, se reunía algunas noches con un grupo de jóvenes y al calor de unas cuantas botellas de sidra emplazaron al cura a que contara. Él no solo se jactó de su éxito como sacerdote, sino también como hombre.

Parece que otro audaz trató de explotar el triunfo obtenido por el representante de Dios y se lanzó a la conquista, obteniendo un completo fracaso, por lo cual, despechado, dijo a mi abuela en su cara, el “secreto” divulgado por el cura.

Ni corta ni perezosa, al día siguiente, a la hora en que más alto está el sol, se presentó mi abuela ante la casa parroquial. Solicitó que saliera el “santo varón” y lo emplazó a que repitiera lo dicho por él en la reunión de los jóvenes y alegres feligreses.

Ante el desconcierto del representante de Dios, mi abuela enarboló el cabo de la azada que llevaba con ella y le propinó una tunda de palos, con algunas treguas para exigirle:

—Levántate, hombre, que soldado en tierra no hace guerra.

El escándalo fue tal que el obispo tuvo que trasladar de parroquia al cura conquistador, ante el regocijo disimulado y socarrón de los aldeanos, pues en el fondo eran cristianos anticlericales, y al mismo tiempo se habían desvivido por conocer los amores secretos de mi abuela, sin haberlo conseguido nunca.

En este medio creció mi madre, que fue la segunda hija. Cuando mi madre tuvo suficiente sentido de la responsabilidad para cuidar a su hermano, mi abuela decidió salir de la miseria y puso un negocio. Consistió este en adquirir un carro y un burro, con el cual podría dedicarse a comprar productos en una pequeña ciudad agrícola a 16 kilómetros de la aldea y después venderlos en la ciudad industrial, que estaba a 14, ganando así la diferencia del precio entre ambos mercados. El negocio se amplió

hasta tener dos burros y un carro, algo indispensable pues el trayecto que recorría cada noche era casi de 30 kilómetros. Con esto, el hambre disminuyó y los hijos crecieron.

Después mi madre, casada con un campesino hecho carpintero y cargada ya con dos hijos, emigró a Argentina en busca de mejores días. Mi otro tío también murió y así mi abuela quedó sola en su tierra, con la única compañía de su coraje.

Estando en Buenos Aires leímos en el diario *La Prensa* la noticia de cómo mi abuela había detenido a un malhechor que intentó asaltarla al regresar del mercado. Y además, cómo lo había entregado amarrado en la alcaldía de Gijón.

De este árbol —mi abuela— recibieron la savia mi madre y mi hermana mayor, cuyos recuerdos no es posible dejar de admirar por su carácter abnegado y valiente, demostrado ante cada una de las muchas dificultades que la vida les planteó.

De mi madre conservo una imagen entrañable. Al momento de morir tenía 33 años y siete hijos. Era una mujer alta, tiposa, con un elevado concepto de la dignidad que causaba admiración y respeto en todos quienes la conocieron. El recuerdo de mi madre me acompañó toda la vida y ese cariño es en mí algo único, adorado tan profundamente que me lleno de indignación cuando una persona ofende a su madre y me pongo siempre del lado de esta sin aceptar explicaciones. Haber perdido a mi madre tan joven, sin casi haber disfrutado de su amor, hizo nacer en mí un sentimiento tan elevado hacia la madre y hacia la mujer que no encontré nunca en mi larga vida formas adecuadas de rendir homenaje a ese ser que nos da la vida, que con infinito sacrificio nos apoya, nos comprende, nos tolera; se quita el pan de la boca para dárselo a su hijo, a su compañero; que trabaja en la calle y en la casa, y además nos alegra la vida con su optimismo y su belleza; que nos acompaña en el trabajo y en el combate, y es capaz de suplir al padre en la crianza de los hijos cuando este falta. De mi raíz femenina de grandes mujeres, nace mi adoración hacia ellas.

Mi abuela nos cuidó con esmero, nos alimentó con todo lo que poseía, dándonos además cariño y atención, algo que ante la pérdida de nuestra madre resultaba tan importante como la comida.

Repuestos de nuestra enfermedad, los “argentinos” volvimos a la ciudad, y nos despedimos con cariño y agradecimiento de nuestra entrañable abuela. En la ciudad nos reintegramos al hogar con nuestro padre y nos preparamos para continuar asistiendo a la escuela.

Mi padre había empezado a realizar trabajos por su cuenta y se debatía en una familia de seis hijos; la mayor, de 14 años, que era el ama de la casa, y la menor, de pocos años de nacida. Recordando su origen campesino alquiló un huerto y compró una vaca, mediante el esfuerzo extraordinario que le permitían sus apenas 40 años y su fortaleza física, resolvió el problema crítico de la alimentación de la familia, depauperada físicamente por la influenza. Trabajaba ocho horas de carpintero y algunas horas más en el huerto como campesino.

Mi padre era un hombre excelente, bondadoso, y lo mismo él que mi hermana mayor me prestaban mucha atención. Yo lo acompañaba al huerto y en el camino conversábamos. Un día nos tropezamos con una columna de hombres altos, demacrados, con la cabeza afeitada, que marchaban en formación militar por la acera. Como recordé haber visto otra escena similar en Buenos Aires, le pregunté a mi padre, quien me dijo:

—Son fugitivos de la Revolución Rusa.

—¿Y por qué tienen que huir?

—Porque si los coge Lenin los fusila.

Fue la primera vez que oí el nombre de Lenin, pero aquellos hombres me parecieron muy malos, con su cabeza afeitada y su mirada hostil.

Así fui creciendo, debilucho, enfermizo, inapetente, en medio de grandes dificultades económicas y sociopolíticas; vivíamos en el período que culminó en la gran crisis económica mundial de 1929 a 1932. En el huerto, mi hermano Germán y yo nos combinamos en la atención asignada por mi padre; por ser el más pequeño de los dos y tener que ir a la escuela, me veía más recargado.

Vi incrementarse la familia con una madrastra y tres medio hermanos que nacieron después.

La provincia donde residíamos, Asturias, era de economía minero industrial y tenía una clase obrera numerosa y combativa, constituida principalmente por los mineros del carbón y los

fundidores de acero de grandes factorías que constantemente convocaban a huelgas en defensa de sus ya flacos salarios, o en solidaridad con otros sectores del proletariado, como el de la construcción.

Terminé la educación primaria con buen aprovechamiento y solo 13 años de edad. Entonces mi padre decidió enseñarme su oficio, el de carpintero, del cual él era maestro. Con ello me incorporé al trabajo. Nadie podía sospechar cuántas ventajas me reportaría para toda la vida el aprendizaje de aquel oficio.

Por cierto, el único maestro que conocí en todos los grados de instrucción escolar fue uno al cuál llamábamos *el Pavero*. Era realmente extraordinario por su eficiencia pedagógica, que acompañaba con una férrea disciplina, a pesar de estar fuertemente afectado en toda la parte derecha de su cuerpo por la poliomielitis sufrida en su infancia.

Amigos de infancia y juventud

Junto conmigo terminó la escuela Alberto Carrión, mi gran amigo de la infancia, que se hizo aprendiz de mecánico de camiones mientras yo me hacía aprendiz de carpintero. Para ir al trabajo ambos nos compramos bicicletas que nos servían también para realizar excursiones los domingos, lo cual fue para mí el final de mi endeblez física y el comienzo del desarrollo de mi capacidad deportiva, hasta alcanzar años más tarde un lugar destacado en el ciclismo.

Sin causa explicable, mi amigo Alberto empezó a eludir las excursiones y comenzó a leer. Un domingo me presenté en su casa y me dijo que tenía que terminar de leer el libro que había sacado de la biblioteca del ateneo, para devolverlo en la fecha fijada.

Otro domingo lo encontré a media tarde leyendo en la cama y se vio obligado a darme una explicación convincente.

—¿Sabes?, es que me hice de la Juventud Comunista.

Mi asombro fue muy grande y le pregunté:

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es que la Juventud nos exige estudiar, capacitarnos.

Así terminaron nuestras fraternales y diarias relaciones, aunque no se afectó el cariño recíproco, que tenía sus raíces en los más puros sentimientos infantiles.

En aquel momento no comprendí lo que Alberto hacía, aunque en cambio más tarde, misteriosamente, nuestros caminos volvieron a encontrarse.

Años después, durante la Guerra Civil Española, Alberto y su hermano Máximo morían como militantes comunistas, defendiendo la república de sus agresores fascistas en el Monte Naranjo, durante el cerco de Oviedo, la capital de Asturias.

Un inesperado accidente sin consecuencias, el choque de mi bicicleta con un automóvil, me conduciría a unas nuevas relaciones.

La bicicleta, bastante dañada, fue a parar a un taller y como el señorito dueño del automóvil y culpable del accidente regateaba el precio de la reparación, se demoró varias semanas tenerla de vuelta. Yo me veía obligado a ir diariamente a ver cómo estaba mi “caballo”, pues en tanto tenía que ir a trabajar a pie.

Anexo a aquel taller existía un club de ciclismo, del cual me hice socio; allí organizaban excursiones todos los domingos y días de fiestas, y también carreras de bicicletas.

Reparada mi bicicleta, comencé a salir de excursión con el grupo del club y por más que me esforzaba, quedaba siempre muy atrás. Uno de mis nuevos amigos me explicó que era porque yo comía muy poco y me iba a poner tuberculoso si no me alimentaba mejor. Además debía, como ellos, ejercitarme físicamente, así que me apunté a un gimnasio militar cercano.

Entre el temor a la tuberculosis y la gimnasia, empecé a comer más, sentirme más fuerte y a no quedarme atrás en las excursiones, las cuales me proporcionaban domingos plenos de sol y aire puro, en medio de los paisajes maravillosos de esa naturaleza extraordinaria que es la parte norte de España. Descubrí que los otros compañeros tenían mejores bicicletas que yo y le propuse al dueño del taller, que vendía bicicletas extranjeras, que me encargara una a Francia, la mejor; yo se la pagaría a plazos semanales de cinco pesetas, y con la venta de la mía pagaría la entrada.

Este grupo de ciclistas al cual me integré resultó ser extraordinariamente bueno. Casi todos eran obreros: carpinteros, mecánicos, tapiceros, canteros y un trabajador agrícola; solo uno era arquitecto y profesor del instituto, pero tenía automóvil, por lo que solo nos acompañaba en las excursiones más

cortas, aunque era evidente que se sentía bien con nosotros. Este ciclista ejerció una sana influencia sobre el grupo, que casi en bloque matriculó en el curso nocturno del instituto en que nuestro amigo era profesor de geometría, dibujo lineal y ornamental. Los profesores del curso nocturno sentían un cariño especial por los obreros, que sacrificaban su descanso en aras de aprender y se comportaban en la clase atentos y disciplinados, en contraste con los estudiantes diurnos.

En esa etapa seguía trabajando con mi padre, aprendiendo su oficio, y vivía en el hogar con mi madrastra y la siempre protectora de mi hermana mayor.

La vida de adolescente estaba plena de actividad; entre el trabajo, el huerto, el estudio y el ciclismo, no me quedaba un minuto libre de mis 14 o 15 años. Además, se vivía un período histórico de intensa lucha de la clase obrera por la defensa de sus salarios, contra la guerra civil en Marruecos, contra el cierre de minas y fábricas, y en el plano político, contra la dictadura del general Primo de Rivera y por el revocamiento de la monarquía borbónica del rey Alfonso XII.

Primera acción política

A finales de 1930 la lucha de la clase obrera y de todo el pueblo contra el régimen monárquico condujo a una huelga general bajo la cual ardía Asturias. Al amanecer del primer día de huelga, los ciclistas respondimos al llamamiento de la central sindical y nos lanzamos a las calles bajo la consigna *Viva la República*. El primer objetivo fue arrancar de las plazas los nombres de las calles de personeros de la monarquía. Avanzamos hasta la calle Primo de Rivera, cuya placa de mármol estaba colocada en una esquina de la iglesia más importante de la ciudad, propiedad de una orden jesuita.

Apareció uno de los ciclistas, sacó de no se sabe dónde una escalera de mano, algunos martillos y puso manos a la obra, para echar la placa abajo; pero también apareció de no se sabe dónde un escuadrón de la Guardia Civil a caballo, que dio sablazos a diestra y siniestra, lo que obligó a un repliegue de las fuerzas revolucionarias inermes hacia cada una de las seis calles que allí confluían, y a refugiarse en casas, portales y también en la

iglesia. Al percatarse de que cientos de manifestantes habían entrado en la iglesia, los frailes, desde lo alto del altar mayor, hicieron una descarga de armas de fuego, cayendo muerto un joven que resultó ser pariente lejano mío.

Como muchos, inicié una loca carrera y de pronto, al parar, me di cuenta de que, con algunos cientos más de “valientes”, me encontraba a unas seis cuabras del lugar de los sablazos, al borde de la playa. Al reaccionar, regresamos al escenario de la refriega y allí encontramos un hecho inaudito. Uno de los ciclistas, el obrero agrícola, estaba oficiando en medio de la calle, vestido de obispo, una ceremonia increíble en la que era asistido por dos mineros que estaban huyendo de la policía por su participación en la voladura de postes de energía eléctrica, realizada durante una huelga minera que tenía ya varios meses de duración.

Una multitud enardecida por la agresión armada de los curas contra los manifestantes refugiados en la iglesia estaba saqueándola, y al no encontrar a los “hermanos jesuitas”, quienes al parecer habían escapado por un túnel secreto, la emprendieron contra los santos, los retablos, los ornamentos y todos los símbolos religiosos que allí existían. Alrededor del “obispo” y sus acólitos se apiñaban miles de personas enardecidas a las cuáles el “obispo” preguntaba, en tanto enarbolaba un santo:

—¿Por dónde quieren que quememos a este?

—¡Por las barbas, por las barbas! —gritaba la multitud.

Entonces, el “obispo” hacía la señal de la cruz y un minero vestido de monaguillo rociaba con petróleo la imagen, mientras otro vestido de cura le daba candela, repitiéndose lo mismo durante más de dos horas, al tiempo que la turba enfurecida seguía echando a la hoguera cálices, los púlpitos destrozados y cuanto pudiera representar o tener relación con los que habían desencadenado la ira de la multitud.

Por último ardió la iglesia. La explicación corría ya, como un reguero de pólvora por la ciudad, en forma de canción cuyo estribillo, referido a mi pariente, decía:

*Sonaron seis tiros
y Tuero cayó,
el padre Florial, mi vida,
fue quien lo mató.*

La huelga de Asturias fue total y la fuerza pública se vio obligada a replegarse a los cuarteles durante tres días, tiempo en que el espíritu anticlerical se acrecentó y algunos “valientes” alardearon en las tabernas de haber sido ellos el obispo o el cura que quemaba a los santos, afirmándolo ante decenas de gentes que se admiraban de su espíritu justiciero y de su valor por no temer ir al infierno.

Al no triunfar la extensión del movimiento de huelga a todo el país, la represión no se hizo esperar y centenares de trabajadores fueron encarcelados, pero especialmente se buscó a los autores de la quema de la iglesia. Por ese hecho pagaron con su vida once o doce de los que alardearon de haber sido los autores, mientras nuestro amigo que pertenecía a los ciclistas y los dos mineros que no habían alardeado del hecho, aunque habían sido los verdaderos autores, no fueron identificados.

Meses después, el 14 de abril de 1931, se produjo el derrocamiento de la monarquía y la instauración de la república en medio de un júbilo popular indescriptible en toda España, lo que propició un período de calma relativa.

Pero los graves problemas que heredaba el nuevo régimen no podían ser resueltos de la noche a la mañana. Aquel mundo de caos económico y social, caracterizado por la mayor crisis del siglo, como siempre golpeaba despiadadamente a la clase obrera, con millones de desempleados lanzados a la miseria, el hambre y la desesperación.

Entre los millones de desempleados estábamos mi padre y yo, que nos aferramos a la producción de la vaca y el huerto para librar del hambre a la familia, por cierto, reducida en dos miembros al casarse mi hermana mayor, que había sido mi segunda madre, e ir a residir a la capital de una provincia de Castilla, llevándose a otra hermana con ella.

La falta de trabajo me dejaba más tiempo para la práctica del deporte y así comencé a participar en competencias y a destacarme localmente. Con el advenimiento de la república regresó de Francia una humilde familia compuesta por un matrimonio, dos hijas y un hijo, que se habían empleado como jardineros en una capital de provincia de ese país.

El hijo varón era un gran ciclista, esto motivó en mí una sincera admiración y el interés de lograr su amistad, lo cual conseguí, al extremo de ser mi mejor amigo de la juventud.

Mi amigo Samuel poseía un elevado concepto de la amistad, la honradez, el desinterés y el espíritu de sacrificio. Con él formamos un trío donde se incluía un estudiante, huérfano proveniente de una familia feudal, cuyos padres al morir dejaron como única herencia, a él y a su hermana menor, un bellissimo palacio árabe, pero ningún otro medio de vida, lo cual los hacía depender de un tío comerciante rico que pagaba sin mucha esplendidez sus estudios.

Mi amigo Samuel, a quien rápidamente apodaron *el Francés*, contribuyó a hacer de mí un buen corredor ciclista y los tres amigos formamos un grupo unido como una roca en todos los problemas que enfrentábamos. En esa época ya se manejaba internacionalmente la posibilidad de la Segunda Guerra Mundial, con sus partidarios y opositores. Casualmente, mi amigo de la infancia, Alberto, me proporcionó el libro de Erich María Remarque *Sin novedad en el frente*, que fue leído por el trío, propiciando en nosotros el compromiso solemne de los tres de que si algún día nos movilizaban para la guerra volveríamos las armas contra los jefes, aunque ello nos costara la vida, pues no debíamos matar a desconocidos de otro país que jamás nos habían hecho daño.

La vida, no obstante, no se comportó así. A solo cuatro años de nuestro juramento, al producirse la sublevación fascista en España, apoyada por Hitler y Mussolini, el capitán general de Asturias, general Aranda, quien se hacía pasar por republicano, arengó al pueblo por radio, convocando a los revolucionarios para que fueran al cuartel de Oviedo a recoger las armas que el ejército entregaría para defender la República, régimen democrático elegido por el pueblo español mediante el sufragio universal.

El cuartel, inmenso, tenía una plaza central entre las edificaciones de tres plantas erizadas de ametralladoras. Miles de mineros, metalúrgicos, constructores, maestros, estudiantes y profesores progresistas acudieron a recoger sus armas y cuando la plaza estuvo llena, las ametralladoras abrieron fuego, no contra el enemigo fascista, sino contra los defensores de la legalidad republicana, convocados allí alevosamente, traicioneramente, por un general felón y malvado.

Los que acudieron, fueron asesinados a mansalva por las ametralladoras, sin poder correr ni guarecerse más que con

los cuerpos de los compañeros muertos, y allí, impotente para defenderse, cayó mi amigo Samuel.

El otro componente del trío respondió a la voz de su clase y se unió a los asesinos de nuestro amigo entrañable, e integró una banda de falangistas cuyo cabecilla era su tío, el comerciante rico.

La república se implantó en España por medio de elecciones realizadas por un gobierno monárquico, reaccionario, capitalista y clerical-feudal, el cual no pudo impedir que el pueblo manifestara aplastantemente su apoyo a la república y repudio al régimen.

El rey huyó y con él los principales aristócratas, cediendo el gobierno a republicanos recién *teñidos* y en el mejor de los casos, ingenuos, incapaces de tomar medidas contra los mil cien generales que constituían el sostén principal de la monarquía.

Con inmenso júbilo el pueblo celebró la transferencia de poder, hubo enormes manifestaciones de calle, sin un acto de violencia, lo cual era ensalzado por la prensa y los políticos españoles, coreado por la prensa y los medios de difusión internacionales, pues España había dado al mundo el ejemplo de una revolución sin una gota de sangre. Naturalmente, lo que ensalzaban era que no se había vertido ni una gota de sangre de los opresores del pueblo; de los que habían llevado al matadero de la guerra de Marruecos a miles de jóvenes; de los que, solo treinta y un años antes, habían sacrificado cientos de miles de vidas de cubanos y de humildes hijos del pueblo español, en el esfuerzo criminal por mantener el estado colonial en la mayor isla del Caribe. Naturalmente, trataban de no recordar tampoco a los obreros y campesinos muertos por la Guardia Civil en la feroz represión de las luchas del pueblo, del mismo pueblo que generosamente creyó en una revolución sin sangre.

Nueva desgracia

En el año 1933, repentinamente, murió mi padre. A su muerte, mi madrastra se apoderó de todo, incluso de las herramientas con que yo trabajaba, diciendo que eran propiedad de mi padre y, por tanto, formaban parte de la herencia de mis medio hermanos. Así terminó, en aquel momento, mi oficio de carpintero.

Mi hermana mayor, casada con un militar declarado inválido, herido en la guerra de Marruecos por un casco de metralla en la mano izquierda, habitaba en la ciudad de León, a 150 kilómetros de distancia, y pidió que *los argentinos* fuéramos a vivir con ellos. Sin alternativa, ya que no tenía otra familia, ni dinero, ni trabajo, acepté el ofrecimiento de mi hermana. Facturé una maleta por ferrocarril con mis pertenencias, tomé mi bicicleta, me despedí de mis amigos, y con una mochila a la espalda emprendí lo que iba a significar un gran cambio en mi vida.

Pedaleando pausadamente, sin ganas, con el alma partida, vencí la primera pendiente sin mirar hacia atrás desde lo alto, para que la querida ciudad donde pasé una parte de mi infancia y de la primera juventud no viera cómo corrían por mi rostro dos surcos de lágrimas que iban dejando la marca de mi profunda pena.

El esposo de mi hermana era uno de los hombres más bondadosos que he conocido. Nos hicimos verdaderos amigos y su ilusión era que nada me faltara. Como su sueldo era muy modesto, pensó en trasladarse a Madrid, donde le ofrecían un puesto en la Oficina de Inválidos, con un salario adicional, y a Madrid nos fuimos todos.

En la oficina donde trabajaba mi cuñado se elaboraba la nómina del Ejército y como algunos días iba con él, pude conocer que en la misma había ¡mil cien generales! Y miles de oficiales que cobraban buenos sueldos sin aportar nada al país, viviendo como sanguijuelas que chupaban la sangre y el sudor del pueblo.

Sin trabajo y sin dinero, comencé a conocer el mundo desde el interior de mi habitación, a través de una *Enciclopedia Espasa Calpe*, que había comprado mi cuñado a pequeños plazos, acompañada de una extensa selección de novelas. Así recibí el conocimiento. Junto con la belleza del idioma trasladado por Cervantes, Lope de Vega, Espronceda y Quevedo, las enseñanzas de las fábulas de Esopo y Samaniego, y *Los Episodios Nacionales*, contados por Benito Pérez Galdós, “crucé” el África con Emilio Salgari y David Livingstone, y conocí sus desiertos, sus cordilleras, sus ríos; “participé” en el viaje al Polo Norte con el general italiano Nobile, en su zepelín, bebiendo lo que se publicaba sobre la fracasada hazaña y el salvamento de los restos de aquella expedición por los marinos soviéticos. “Realicé” el viaje desde Moscú a Irkutsk con Miguel Strogoff, el correo

del zar, “viviendo” versta a versta la distancia, el frío y los peligros, lo cual me sirvió para comprender mejor las terribles condiciones en que vivieron Lenin y miles de revolucionarios desterrados a la Siberia por el régimen zarista.

“Conocí” todo el sur de Rusia y el Cáucaso, viajando con Gorki y aprendí en qué “universidades” estudió este gran escritor. Mi cuñado me facilitó también la novela *La Madre*, primera visión fidedigna que recibí de la forma miserable en que vivían el proletariado y el campesinado ruso antes de la revolución bolchevique.

El tiempo me daba para caminar por las calles y los bulevares de Madrid, sus paseos y plazas, sus parques y museos. Me vinculé de inmediato a un club de ciclismo e hice nuevos amigos.

La lectura y la bicicleta absorbían mi tiempo, y el poco dinero que podía darme mi hermana era para neumáticos de bicicletas. Así llegó la primavera, se anunció la primera carrera de la temporada ciclista en la cual participé, y gané 40 pesetas por el segundo lugar. En la próxima carrera obtuve el primer lugar y 60 pesetas. En tales éxitos me empezó a ayudar un pequeño fabricante, con el cual me hice mecánico de bicicletas. Pertenecí al Velo Club Portillo, y fui, de sus asociados, el que obtuvo el primer lugar, por lo que recibí un banquete en mi honor y todo el estímulo que un joven como yo requería. Allí conocí a muchos jóvenes valerosos, entre ellos a los que después fueron mis cuñados, ciclistas ambos: Nicolás y Paco. Eran hermanos de Pilar, cuya casa comencé a visitar, y conocí así a la que fue mi compañera durante toda la vida. Practicábamos juntos y también realizábamos excursiones en las afueras de Madrid, sobre todo en la sierra.

Mis progresos en el ciclismo hicieron que un admirador millonario me ofreciera empleo en una granja avícola de alta tecnología que funcionaba en un local cerrado en el centro de la ciudad, y ello me obligó a matricularme en una escuela de avicultura para graduarme de Perito Avicultor.

En esa etapa, el ciclismo era mi ilusión, lo alternaba en invierno con montañismo y siempre con gimnasia. Fui seleccionado para competir en la Vuelta Ciclista a España.

En dicha competencia, que resultaba una dura prueba de un mes, me medí no solo con los mejores de España, sino con los

mejores del mundo, contra cuya calidad y experiencia no podía compararme. No obstante, concluí la prueba decorosamente y por mi actuación en ella se me abrió la posibilidad de correr la Tour de France, máxima aspiración de un ciclista profesional.

Mi hermana y mi cuñado, en particular, se convirtieron por supuesto en mis más fieles admiradores.

Mis progresos en el ciclismo, así como el hecho de empezar a trabajar, dieron a nuestro hogar un ambiente de felicidad, aunque esto duró menos de dos años.

Capítulo 2. La guerra

Una fecha

El 17 de julio de 1936 el general traidor Francisco Franco se sublevó en Islas Canarias contra la república a la cual había jurado fidelidad cinco meses antes, en ocasión de celebrarse las elecciones en que el pueblo había elegido libre y democráticamente a sus gobernantes. El 18 de julio se sublevó el general José Sanjurjo en la península.

Yo me encontraba solo en nuestra casa. Mi hermana y mi cuñado, ignorantes de la conspiración, habían salido el día 17 para unas vacaciones en Gijón, pero fue interceptado en León el tren en que viajaban, por lo que ellos y yo quedamos separados en las dos zonas geográficas y políticas enfrentadas por la guerra civil.

A la sazón yo simpatizaba con las ideas expuestas por el Partido Comunista Español (PCE) y leía literatura soviética, como la revista *URSS en Construcción*, pero solo estaba afiliado al Sindicato Obrero Socialista.

Fue para mí una gran sorpresa saber que mi patrón y admirador era un dirigente fascista y se había dado a la fuga, pues Madrid estaba en la zona republicana, por lo que el sindicato me pidió que atendiera la granja avícola, que quedó intervenida por pocos días.

Se presentaba para mí una gran disyuntiva. Estaba seleccionado para correr en la Vuelta a Francia, que era la mayor ilusión de mi vida y, por otro lado, entendía que era una cuestión de conciencia luchar por la defensa de la república, no solo traicionada por los generales, el clero y la aristocracia, sino también vendida, junto con la tierra de España, al fascismo internacional. Este hecho se demostró desde los primeros días del alzamiento, por la participación de los aviones italianos Caproni en el transporte de las tropas marroquíes a la península, por los movimientos hacia España de las fuerzas navales

alemanas y de la División Cóndor de la aviación de las fuerzas hitlerianas.

En esta situación decidí romper con mis ilusiones de joven y cumplir con mi obligación de hombre honrado. Ya tenía veintidós años. Me alisté en el batallón de milicias *José Diéguez*, del V Regimiento, y me afilié al PCE. Comenzaba el mes de agosto de 1936.

Entretanto salíamos para el frente, me citaron del consulado general de la República Argentina, que estaba en la propia embajada. Me personé vestido de miliciano y recibí una reprimenda: no me había presentado a cumplir mis deberes militares en la primera división del ejército argentino y en cambio me había enrolado en las milicias españolas.

Expliqué que como hijo de españoles y residente en España me consideraba obligado, por un problema de conciencia, a defender la legalidad y la justicia, más cuando era evidente la intervención de fuerzas extranjeras.

—Pues usted es argentino y tiene que ir a su país a cumplir con sus obligaciones militares —dijo el embajador, que estaba presente—. Está obligado por la Constitución.

—Yo entiendo que mi obligación es defender la legalidad y la justicia, la forma de gobierno establecida democráticamente en este país. Soy hijo de una república y creo mi deber defender el régimen republicano existente en España. En cuanto a cumplir con la Constitución, fue promulgada antes de yo nacer y nadie tuvo la cortesía de preguntarme si estaba conforme con ella.

—Pues no le devuelvo la documentación —dijo el cónsul.

—¡Y le quito la ciudadanía! —añadió el embajador.

—Puede quedarse con la documentación, señor cónsul —dije, pensando que ganaríamos la guerra—. Pero la Constitución de la República Argentina establece que un nativo argentino solo puede ser desposeído de su ciudadanía por la votación de las dos terceras partes del Congreso de Diputados, así pues, usted no puede quitarme la ciudadanía y está obligado a cumplir la Constitución, pues es un funcionario y come de eso.

Después de esta violenta conversación pasaron años sin volver al consulado argentino. Perdida la guerra, con documentación ilegal, desde la clandestinidad y por medio de mi hermana, contacté a un nuevo cónsul, y como también había un nuevo

embajador, pude obtener mi documentación de argentino, condición determinante para evitar mi fusilamiento años más tarde.

El pueblo español se levantó unánimemente a defender las libertades conquistadas mediante el ejercicio de la democracia, las cuales querían anular los fascistas con su alzamiento militar.

El general Francisco Franco había sido el jefe de las tropas españolas en Marruecos durante la guerra colonial en ese país, que se extendió por un cuarto de siglo. Sus fuerzas estaban constituidas por mercenarios de la Legión Extranjera y marroquíes renegados de su patria, los cuales se prestaban con entusiasmo a luchar en suelo español contra los españoles, hacia los cuales abrigan resentimientos por motivos atávicos, religiosos e históricos.

Mussolini también dispuso que las divisiones elites del ejército italiano *Littorio* y *Camisas Negras*, que acababan de realizar la ocupación militar de Libia y Etiopía, se trasladaran a España para apoyar a los generales fascistas alzados, lo cual hicieron unos meses después en la famosa batalla de Guadalajara.

Entretanto, Hitler, que preparaba la Segunda Guerra Mundial, inició el envío de asesores a Franco y seguidamente de artillería y municionamiento, así como de la Legión Cóndor, capitaneada por los ases sobrevivientes de la Primera Guerra Mundial. Esta inició su aparición sobre los cielos de España, apoyando con bombardeos masivos el avance sobre Madrid de las columnas franquistas.

Nace la Quinta Columna

El general Emilio Mola, quien tomó el mando del ejército fascista llamado por ellos Ejército Nacional, avanzaba sobre Madrid de una manera incontenible, a pesar del heroísmo de todo el pueblo, que se organizaba en unidades de milicias para enfrentarse a un ejército profesional con decenas de miles de oficiales, arsenales y fábricas de armas y municiones que habían caído en sus manos desde los primeros momentos de su premeditado y traicionero alzamiento.

De todo el ejército profesional solo la mayor parte de la Marina se conservó fiel a la república.

En los momentos de mayor dramatismo de la lucha, el general Mola hizo declaraciones a la prensa internacional, diciendo que “tomaría Madrid el 7 de noviembre, atacando con cuatro columnas que ya estaban en los accesos de la capital y una quinta columna más que se incorporaría a la lucha”.

La capital de España organizaba su resistencia bajo la dirección de la Junta de Defensa de Madrid, ya que el Gobierno de la república “prudentemente” se había trasladado a Valencia, ante el peligro real de un cerco a la ciudad.

La Junta de Defensa entendió claramente el alarde del general Mola al mencionar una quinta columna que desconocíamos, cuando al llegar la primera avanzada del ejército franquista a la Ciudad Universitaria se produjo el alzamiento de cuatro mil fascistas presos en la cárcel de la Moncloa, los cuales, para salir, incendiaron la prisión.

Los presos fueron neutralizados por las fuerzas populares, la cárcel fue evacuada y el núcleo principal de la quinta columna exterminado. Así se inició el descubrimiento y la detención de sus ramificaciones, incrustadas en el aparato defensivo, militar y civil.

No obstante, quedó como aporte a la lexicología el término quinta columna, sinónimo de traición, de doblez, de hacerse el manso pasando por amigo para clavar el puñal por la espalda en el momento decisivo, completándose con el calificativo *emboscado* para los miembros individuales de la quinta columna.

Mientras Mola hablaba, el pueblo de Madrid actuaba, y al llamado del Partido Comunista, miles de mujeres y adolescentes levantaron los adoquines de las calles para hacer fortificaciones, en tanto los hombres adultos dejaban los talleres y las fábricas para incorporarse a las unidades de milicias, que con solo tres meses de combate, a costa de sangre y muerte, habían aprendido a combatir al ejército profesional franquista.

Las Brigadas Internacionales

Mi batallón estaba completo de personal y mandos, pero solo teníamos fusiles y 60 cartuchos por arma. Habíamos pasado un período de instrucción elemental, aunque nuestra indumentaria era totalmente civil. Seguíamos acuartelados en el

centro de Madrid en aquel anochecer de tensión extrema, al final de un día de continuados bombardeos de la aviación nazi y el tronar de cañones de todos los calibres. Recibimos la orden de rechazar al enemigo que se estaba infiltrando por la calle Valle Hermoso y ocupar posiciones al final de dicha vía, sobre la Moncloa, frente a la Ciudad Universitaria, tomada ya en gran parte por el enemigo.

Avanzamos en tinieblas por la ciudad, solo iluminada por los numerosos incendios que imprimían al ambiente una sensación de tragedia, que invadía a toda la población, a todos los combatientes. Conforme tomábamos contacto con el enemigo, iba en aumento el ruido infernal del combate y así llegamos al lugar señalado por el mando, donde nos parapetamos y contuvimos el avance fascista. La noche era de una oscuridad absoluta, al punto de tener que palpar para orientarnos. Cuando amaneció, resultó que mi escuadra estaba emplazada al final de la calle, en una casita con aspilleras perforadas en las paredes que daban de cara al enemigo, el cual mantenía silencio después de aquella noche de combates decisivos. La casita tenía un jardín en su parte posterior; y cuando salimos a él encontramos más de veinte muertos, también llena de muertos estaba toda la calle, algo que no habíamos visto la noche anterior a causa de la tremenda oscuridad. Ante esa visión circuló el comentario de que las sombras que durante toda la noche habíamos visto avanzar a lo largo de la calle, pegadas a las paredes, eran combatientes de las Brigadas Internacionales, que procedentes de cincuenta países acudían a defender el Madrid heroico y antifascista, haciendo suyo el grito de ¡NO PASARÁN!, en respuesta al llamado de la Internacional Comunista y de la Unión Soviética, cuyo principal dirigente, Stalin, acababa de decir al mundo que “la causa de la República Española es la causa de toda la humanidad avanzada y progresista”.

Por esos días críticos, la aviación fascista dejó de actuar impunemente sobre el cielo de Madrid, al aparecer los primeros aviones caza soviéticos, superiores a los alemanes, lo cual contribuyó psicológica y materialmente a la defensa: ¡Madrid estaba salvado! ¡Los fascistas no pasaron! En ese momento fueron rechazados en el mismo Madrid.

No pasaron, a pesar de tener un ejército con mil generales, con fuerzas marroquíes y Legión Extranjera, con apoyo logístico ítalo-alemán, con lo mejor de la aviación alemana: la Legión Cóndor capitaneada por su as, el legendario coronel Von Richthofen.

En la historia universal quedarán grabados en sangre los nombres de los miles de defensores que cerraron en Madrid el paso del fascismo internacional durante aquellos días.

Un cambio de sector

Fracasado el intento del general Mola de tomar Madrid frontalmente y controlado el peligro inmediato, mi batallón salió de línea y fue seleccionado para constituir el Batallón de Montaña, con destino a proteger los alrededores de Madrid, y durante el invierno, los pasos del sector norte del Frente del Centro, entre 50 y 80 kilómetros de Madrid, con alturas de hasta 2 400 metros, para lo cual debíamos ser convenientemente equipados.

Pero como dice el adagio francés *la guerre c'est la guerre*, salimos para la Sierra de Guadarrama con lo que teníamos puesto y una moral más alta que el pico mayor. Después fuimos recibiendo un equipo de montaña completo, consistente en ropa de lana, gorro, guantes, áncoras, raquetas, esquís, espejuelos, prismáticos y alimentación adecuada, lo cual nos acondicionaba para un patrullaje constante de la cordillera y la defensa de sus pasos o puertos.

La ropa de invierno era abnegadamente tejida por las mujeres de Madrid.

A los pocos meses de estar en dicho batallón se celebró una conferencia de los comunistas, que éramos varios cientos, y me eligieron secretario general, lo cual me obligaba a una gran movilidad y me dio un detallado conocimiento de aquella cordillera, totalmente deshabitada, excepto en sus laderas, llenas de hoteles, hospitales y villas de recreo de los millonarios que iban a buscar el frescor de sus maravillosos pinares en el verano y a practicar los deportes de nieve en el invierno.

El batallón tenía una gran cantidad de deportistas y su nivel cultural promedio era alto. No obstante, un buen día me encontré con un gitano en mi mismo pelotón, el cual me acosó para

que lo mandara a una escuela de tanquistas. Yo aproveché para preguntarle por qué luchaba con nosotros si los gitanos no trabajaban y nosotros practicábamos el principio de que el que no trabaja no come. El gitano me contestó que estaba con nosotros porque la Guardia Civil estaba contra nosotros. Le di el programa con los requerimientos para ser tanquista y el gitano se puso a estudiar con ahínco, ayudado por Liborio, un magnífico combatiente graduado en pedagogía. El resultado fue que a los seis meses mandé al gitano a un curso de tanquistas y dos años después leí con asombro, en un parte de guerra, que había derribado con su tanque un bombardero italiano mientras volaba sobre Barcelona. No se sabe nunca de qué es capaz el hombre cuando quiere.

Volviendo a Liborio diré que por él conocí a *Carbonilla*, el primer cubano de carne y hueso que vi en mi vida. Y no, no era negro, ni siquiera mulato, simplemente cuando llegaron las temperaturas bajo cero dejó de lavarse y de ahí le vino el apodo, pues además se acercaba todo lo que podía al fuego para calentarse. Se trataba de un alma dulce y en política tenía gran cultura. Su presencia en el batallón se debía a que su familia de La Habana consideró que a los veinte años era momento de conocer a sus abuelos antes de que estos murieran y con tal motivo viajó a Segovia, vieja capital de provincia a 98 kilómetros de Madrid, que como es sabido conserva el único acueducto romano en funcionamiento y costumbres tan arcaicas como el acueducto mismo. El joven José Hernández Aztiarán, *Carbonilla*, antes de la guerra se aburría enormemente y por esa causa se hizo amigo de Liborio, quien nunca se encontraba quieto y, sobre todo, le gustaba la montaña, en Segovia casi al alcance de la mano. Conocerla, conocer cada río, cada arroyo o manantial, explorar sus pinares fabulosos, subir y bajar las crestas y picos de sus montañas y también acopiar muestras de minerales en las torrenteras y hierbas medicinales y flores silvestres, era el mayor placer del maestro, para felicidad de sus alumnos cuando regresaba a la escuela cargado de tesoros.

Liborio aficionó al cubano a hacer excursiones a los altos picos y así fue de lo más natural que al producirse la sublevación fascista lo invitara a hacer una excursión de sábado y domingo. Cargaron sus mochilas con ropas, abrigo, frazadas y bastante

comida, e iniciaron la ascensión bien de mañana, hasta que por la tarde toparon en lo alto de la sierra con una tropa que les gritó: “¡Alto! ¿Quién va?”. Y la respuesta de Liborio fue: “¡Viva la república!”, acompañado de un comentario de Hernández: “¡Liborio, c..., me embarcaste!”. Así nació *Carbonilla*, que se transformó en un excelente combatiente, de buen carácter, conforme, disciplinado, que como compañero de Liborio cumplió durante la guerra difíciles misiones de una manera sencilla, sin pedir nunca ni un día de permiso para ir a la retaguardia. Veinte años después tuve la gran alegría de verlo en Cuba, modesto como siempre y recordando con cariño a Liborio, a pesar de que su amistad —que lo condujo a su integración en las fuerzas republicanas— le costó diez años de prisión en las cárceles franquistas después de terminada la guerra.

Al cumplirse un año de guerra y llevar seis meses en la Sierra de Guadarrama, fui trasladado, a cargo del trabajo político, al Estado Mayor de una división con cuyo jefe, Luis Barceló, militar de profesión, hice una gran amistad y por cuyo recuerdo mantengo el mayor cariño.

Soviéticos en la guerra de España

El Ejército Republicano se desarrollaba firmemente y sus filas ya contaban con varios cientos de miles de hombres fogueados en cruentos combates que nos habían transformado de milicianos inexpertos en combatientes veteranos, por lo que el alto mando decidió iniciar una contraofensiva para levantar el cerco de Madrid. Como el cerco era casi una circunferencia, la ofensiva principal estaba a unos 30 kilómetros a nuestra espalda y el intenso bombardeo de la artillería y la aviación enemiga no cesaba ni día ni noche.

Nuestro cuerpo de ejército no tenía misión de operar, sino de desarrollar una acción defensiva, pero se le ordenó sacar de la primera línea un batallón de cada división para someterlo a intensa preparación, por si había que enviar refuerzos a la zona crítica.

Uno de aquellos días me ocurrió que, estando de oficial de guardia en el Estado Mayor de la división, me llamó la primera posta. Parado ante el soldado estaba un automóvil al cual me acerqué, saludé a sus ocupantes y pregunté qué deseaban.

El que ocupaba el asiento trasero, al cual se dirigió más tarde el chofer llamándolo teniente coronel, aunque ambos llevaban uniforme militar sin grados, me dijo en bastante buen español:

—El general desea presenciar el ejercicio táctico que van a realizar hoy las reservas y solicita ver al jefe de la división.

—Por favor —dije—, esperen un momento, que aviso al coronel.

Rápidamente desperté al coronel y le impuse de la situación:

—Coronel, un general soviético y su ayudante desean presenciar el supuesto táctico y solicitan verlo.

—Por favor, ocúpate de ellos, infórmalos de lo que pregunten, que vean lo que quieran, pero que me dejen dormir, pues yo no tengo en mi programa asistir al ejercicio.

Traté de persuadir al jefe de la división, ya que no lo podía obligar, y me fui consternado a explicar a los camaradas soviéticos lo que yo mismo no entendía.

En este caso se trataba de un general cuyo nombre no pude retener, pero que impartió sin ningún reparo una serie de lecciones inolvidables.

Cuando le expliqué que el jefe de la división me había comisionado para acompañarlo, no comprendió que este no asistiera a los ejercicios.

El inicio estaba dispuesto para las 07:00 horas y consistía en la toma de una elevación fuertemente defendida por un batallón de infantería. La acción la debía realizar una brigada de cinco batallones, con apoyo de la artillería.

Al llegar al terreno eran las siete en punto y sonó la primera descarga de la artillería, con lo cual *mi general* se tiró al suelo lleno de fango, y acto seguido lo imitamos el teniente coronel y yo.

Después tomó sus prismáticos, con los cuales examinó desde su “cómoda posición” de acostado, todo el campo de batalla y comenzó a arrastrarse en dirección al supuesto enemigo, protegiéndose al avanzar con los obstáculos naturales.

En un momento dado señaló a un grupo de oficiales que sujetaban los planos en sus manos y se encontraban en una plantación de olivos, a solo 500 metros, parados, sin ninguna protección o enmascaramiento.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—El Estado Mayor que dirige el ejercicio —le respondí.

—Ya no hay Estado Mayor, están muertos —dijo el general, y siguió arrastrándose hasta llegar a un soldado que disparaba afanosamente sus balas de salva.

—¿A dónde tira? —preguntó el general al soldado.

—A aquella ametralladora —dijo.

—¿A qué distancia se encuentra la ametralladora?

El soldado, que se figuraba el rango de quien le hacía la pregunta, contestó con precisión:

—A poco más de doscientos metros.

—¡Muy bien! —dijo el general. ¿Por qué no tiene levantada el alza?

El soldado cogido en falta, reguló el alza rápidamente y el general volviéndose hacia mí agregó:

—Si tenemos muy buenos jefes y oficiales, pero los soldados al disparar fallan todos sus tiros, indefectiblemente perderemos la guerra.

De regreso me dejaron en el Estado Mayor, sin que intentaran ver al jefe de la división. A este le transmití como al resto de los oficiales del EM las valiosas lecciones recibidas del general, sacadas de su presencia directa y atenta en el ejercicio. Aquella era la segunda vez en mi vida que yo trataba con soviéticos. La primera vez había sido unos meses antes, en el corazón de la sierra, en Rascafría, donde coincidí con un pequeño grupo de oficiales y entre ellos vi a un campesino de fuerte complexión, vestido con un traje ordinario de pana y tocado con gorra de visera que contrastaba con los uniformes militares de todos los presentes, por ello pregunté quién era.

—Es el coronel Malinó —me contestaron—, que está visitando nuestro sector.

El coronel *Malinó* se transformó, solamente seis años más tarde, en el mariscal Malinovski, héroe de la Unión Soviética, uno de los primeros en llegar a las cercanías de Berlín, desde donde giró con su ejército para salvar a Praga de la total destrucción por las hordas nazis.

En la Sierra de Guadarrama

En aquellos días decidimos sacar de la línea el Batallón 116 de nuestra división, compuesto de voluntarios en su mayoría comunistas, y tenerlo de reserva.

Al poco tiempo empezaron a producirse en la retaguardia deserciones en el batallón de reserva, y, hechas las investigaciones necesarias, resultó que los combatientes no iban a ver a sus esposas o hijos, sino que rompían sus documentos, los ocultaban y se enrolaban como voluntarios en una división de choque, que entraba inmediatamente en combate. Se reclamó la devolución de los desertores, pero como era muy difícil sancionar un gesto de esa naturaleza, siguieron produciéndose deserciones, por lo que propuse al jefe de división la destitución del comandante y el comisario político de batallón, militantes comunistas, al grado de soldados y promover dos cuadros capaces de otro batallón.

La destitución y presentación de los nuevos jefes se hizo con el batallón formado y en posición de firmes; se leyó una orden comunicando que sería pasado por las armas, sin formación de causa y considerado como desertor ante el enemigo, todo aquel que traspasara los límites del acantonamiento del batallón, que sería marcado con un alambre a 15 centímetros del suelo. Solo así y mediante un gran trabajo político con la tropa, se detuvo esta deserción hacia el heroísmo.

Como habíamos supuesto, el alto mando ordenó a nuestro cuerpo de ejército hacer un ataque para fijar las fuerzas del enemigo en el sector e impedir su avance hacia la zona decisiva de nuestra ofensiva, en lo que utilizamos la fuerza de reserva, que era el Batallón 116. El objetivo era la cota 1930, fuertemente fortificada, que dominaba el Puerto del León, único paso de la Sierra de Guadarrama, que los fascistas habían ocupado y nosotros debíamos recuperar mediante esta acción.

En el ataque debían participar la 30 Brigada de la 3ª División, apoyada por la 29 Brigada y el fuego concentrado de la artillería de ambas divisiones. Bajo la protección del fuego artillero los cinco batallones de la 30 Brigada harían su aproximación para asaltar la cota a las 09:00 horas, después de un ataque de nuestra aviación de bombardeo a las 08:45.

Toda la operación se desarrollaba con gran entusiasmo por parte de las tropas, pero los oficiales no supieron contener el ardor combativo de los soldados, que arrollando al enemigo tomaron la posición a las 08:00, con una hora de adelanto, cuando ya nuestra aviación estaba en el aire y no había medio para comunicarle la contraorden, por lo cual nuestras fuerzas fueron bombardeadas a mansalva por cuarenta de nuestros aviones.

Mientras tanto, el enemigo, que preparaba su contrataque, dio una nueva pasada a la cota con unos 30 aviones y a continuación la carga de la infantería marroquí concluyó con lo que inicialmente había sido una victoria republicana, ocasionándonos centenares de bajas.

Para realizar el análisis de la operación se convocó a todos los jefes de grandes unidades, entre los cuales estaba el de la 3ª División, que había tenido a su cargo la parte principal de la operación. Era un teniente coronel procedente de milicias, con una gran trayectoria militar de la que hacía gala, junto con una singular inteligencia que le facilitó incorporar a su carrera de médico, la de físico. Llegada la hora, faltaba solamente el coronel Barceló y cuando su auto paró ante la puerta del local, el impaciente teniente coronel jefe de la 3ª División le dijo:

—Compañero coronel, lo estamos esperando.

El coronel, apoyado en un bastón y con un ojo tapado por haber sido herido en recientes combates, sacó parsimoniosamente un cronógrafo de su bolsillo situado en la parte superior del pantalón y, después de mirarlo, exclamó:

—Compañeros, les ruego disculpen mi impuntualidad, he llegado 25 segundos antes de la hora citada. La próxima vez seré más puntual.

Después de esta respuesta de Barceló, el teniente coronel jefe de la 3ª División no abrió la boca, pues lo dicho entrañaba toda una sentencia para él y su Estado Mayor, que habían fracasado en tomar la cota 1930 por anticiparse al horario establecido en el plan de operaciones, haciendo fracasar la acción.

Pilar

Había seguido viendo a Pilar en mis pocos viajes a Madrid y las veces que ella, como miembro de la Unión de Mujeres Antifascistas, recorría nuestras unidades para traer ropa y aliento a los combatientes. Pilar, al igual que yo, ingresó en el Partido Comunista al inicio de la guerra. Sus hermanos, mis antiguos compañeros de ciclismo y amigos, estaban asignados en otras unidades del Ejército Republicano. Después de aquellas operaciones militares tan violentas decidí hacer una proposición a Pilar, pues ya llevábamos de novios hacía unos tres años. Como el día anterior de iniciarse la guerra, mi hermana y mi cuñado

salieron de vacaciones, al incorporarme yo a las milicias Pilar cuidaba la casa, recibía el paquete con mi ropa sucia, semanalmente me enviaba la limpia y casi siempre también algún regalo o atención, así como una cariñosa carta.

Ante lo incierto del porvenir, e incluso del presente, redacté un “contrato matrimonial”, que sometí a su aprobación en los términos siguientes:

Querida Pilar, si aceptas las condiciones que te propongo a continuación, puedes fijar la fecha para nuestra boda y esta será la Ley de nuestro matrimonio, sin más obligaciones por nuestra parte, ni tener que cumplir las otras leyes oficiales.

1. Soy comunista militante igual que tú. Seré comunista toda mi vida y te pido lo mismo.

2. Entiendo que el matrimonio es para siempre, para compartir cada minuto sin ninguna clase de ocultación, compartiendo todas las felicidades y todos los sufrimientos que vengan, como dos fieles compañeros.

3. Combatimos con absoluta fe en el triunfo, pero los comunistas nos debemos al Partido, a la revolución y no sabemos lo que el porvenir nos depare, por lo cual no debemos tener hijos hasta poderles garantizar el futuro. Nadie tiene derecho a traer seres al mundo solo para sufrir.

4. Ni tú ni yo tenemos vicios, incluso ni fumamos, por lo que te pido mantener por toda la vida esta situación.

5. Comprometámonos a ser sinceros, honestos, cariñosos uno para el otro hasta el fin de nuestra vida.

Cumpliendo estas condiciones nuestro amor durará tanto como nuestra vida misma.

La respuesta positiva no se hizo esperar y el 16 de septiembre de 1937 le dije a mi jefe, que tenía un fabuloso automóvil nuevo marca Hispano-Suiza, confiscado a un aristócrata fascista:

—Compañero, necesito que me preste su auto.

—¿Para qué lo necesitas?

—El mío no está muy bueno y debo ir a Madrid, pues me caso hoy a las dos de la tarde —le contesté.

—¡Enhorabuena! ¡Llévatelo!

Salimos para Madrid el chofer y yo. La boda fue a las dos, y poco después de las cuatro estaba de nuevo en el frente con

Pilar. La alojé en una villa que había sido propiedad de una condesa adonde de tarde en tarde llegaban los tiros de fusil del enemigo y que tenía un hueco en una pared, hecho por un proyectil de 155 milímetros. En cambio, poseía un dormitorio y un salón bien amueblados y una cocina equipada.

Le regalé un fusil máuser, una granada antitanque y una pistola Star de 6,35 milímetros, y la dejé acomodándose en el chalet, con la promesa de volver en la noche si no había novedad en el frente. Al llegar al Estado Mayor la algarabía fue mucha y trataron de obligarme a regresar a donde estaba Pilar, lo cual no consiguieron hasta que anocheció. Allí pasó Pilar seis meses a tiro de fusil del enemigo, demostrando su valor, su condición de comunista y el amor que nos unía, hasta que fui enviado a un curso en Madrid.

Nueva escuela

En enero de 1938 pasé un curso abreviado de seis meses en la escuela del Comité Central del Partido Comunista Español (PCE), en el que obtuve la tercera mejor calificación, lo cual dio lugar a que me destinaran al III Cuerpo de Ejército, en el mismo Frente del Centro, como representante del Partido Comunista. De ese curso conservo una anécdota muy valiosa:

Frente a la escuela estaba el comité provincial del Partido Comunista en Madrid y la Comisión Político-Militar del Centro. Una mañana coincidimos en la puerta el secretario general del Partido, el director de la escuela y yo.

El secretario general preguntó:

—¿Qué tal Miguel, cómo te va con el trabajo?

A lo cual Miguel contestó:

—¡Tengo tanto trabajo que no tengo tiempo ni para afeitarme! —y se llevó la mano a la cara.

El secretario general comentó como despedida:

—¡Mal trabajas, Miguel, mal trabajas! ¡Revisa eso!

Nunca más volví a ver a Miguel sin afeitarse.

El III Cuerpo de Ejército

Incorporado al III Cuerpo de Ejército, cuyo jefe era un viejo coronel de guardafronteras, bondadoso pero incompetente, asistido de un buen comisario —ambos miembros del Partido Comunista—,

comenzamos a revisar los cuadros de mando de las tres divisiones, con más de cuarenta batallones encuadrados en 10 brigadas, tres trenes blindados, una brigada de caballería y una agrupación de artillería, para un total de unos 52 000 hombres.

El frente que ocupaba el cuerpo de ejército era la parte sur del cerco de Madrid, donde recientemente se habían librado tenaces combates para impedir que el enemigo tomara la única salida que le quedaba a la capital sitiada.

Después de rechazar al enemigo con miles de bajas, la moral de nuestras tropas era alta y las líneas defensivas estaban bien establecidas y fortificadas. No obstante tener varios miles de militantes comunistas, en el cuerpo de ejército era constante la preocupación por las posiciones que ocupaban dos brigadas de anarquistas, unos 7 000 hombres que pensaban en todo menos en combatir.

Abandonaban las posiciones para ir a la retaguardia a requisar a los campesinos cuanto fuera comestible, organizaban partidos de fútbol con el enemigo y se resistían a toda disciplina militar, lo cual obligaba a mantener tras sus líneas los trenes blindados y la caballería, por si el enemigo atacaba.

Precisamente en el sector que ocupaba esa brigada anarquista, la 77ª, confluían dos importantes ríos, el Jarama y el Tajo, y en su proximidad existía un importante nudo de ferrocarril y carreteras, así como la única emisora de radio, que en aquel tiempo transmitía de España al mundo entero.

Estudiada la situación en el Estado Mayor, decidimos que además de reforzar la organización defensiva había que conocer las intenciones del enemigo. Para ello, llamamos al jefe de nuestra Inteligencia y le planteamos el objetivo.

La primera medida fue infiltrar a través del río Tajo un pequeño grupo de guerrilleros con la misión de hallar un paso hasta una importante carretera.

Mientras esta misión se realizaba, se conoció que un coronel, jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército enemigo que estaba frente a nosotros, por casualidad también el III, había tenido un gran amigo, también militar, ya fallecido, con un hijo único que debía seguir las huellas de su padre. Las rutas de estos amigos se habían bifurcado, pero en el viejo coronel debieron quedar bien grabados los rasgos de aquel cariñoso niño, que se sentaba en sus rodillas cuando iba a visitar al amigo.

Reunidos todos los antecedentes y estudiados los hechos, relaciones, carácter de los amigos y familiares, se preparó a un joven comandante de academia que recordaba perfectamente cada detalle y anécdotas de los viejos amigos, y una noche, utilizando el paso encontrado por los guerrilleros, salió a la carretera donde un camión lo acercó al Estado Mayor del Cuerpo de Ejército enemigo para hacer una visita de cortesía al viejo y querido amigo de su padre. El coronel aceptó la visita, sin percatarse de la suplantación, y emocionado invitó a almorzar al supuesto comandante nacional (nosotros éramos los rojos), quien regresó con una valiosa información. La ofensiva sería sobre Aranjuez, en los próximos días, atravesando el Jarama y el Tajo, para cerrar así el cerco de Madrid. La operación sería fácil, pues la harían con fuerzas del Cuerpo de Regulares (marroquíes), apoyado por 130 baterías italianas de 4 cañones de 11,43 milímetros, por un lugar en que se enlazaban las brigadas 77 y 33 de nuestro Cuerpo de Ejército.

Sin contar con la brigada anarquista número 77, por si se filtraban al enemigo nuestros preparativos, se comenzaron a tomar medidas entre las cuales estaba situar una brigada de infantería en segunda línea, detrás del probable punto de ruptura, y acercar también la caballería, cuya base estaba a unos 30 kilómetros.

La brigada, traída de la segunda línea, tenía un comandante autosuficiente al que ofrecimos el cambio de algunas armas para unificar sus calibres, lo cual rechazó; se le hicieron también una serie de recomendaciones para preparar la disposición combativa de sus tropas, a lo cual contestó que él sabía muy bien lo que tenía que hacer. Como no se le podía dar la información sobre la inminencia del ataque, la respuesta fue: “Si no toma las medidas indicadas, si el enemigo ataca los arrollará, y en el mejor de los casos usted quedará de soldado raso”. Y, desgraciadamente, así fue.

El enemigo atacó, inesperadamente, al mediodía, infiltrándose entre las dos brigadas y saliendo al río, pero en un contrataque nocturno, con un alto precio de vidas, se le rechazó hasta sus posiciones de partida. Nunca en la guerra se había utilizado tal cantidad de artillería contra nosotros como en esta operación, donde localizamos 65 baterías italianas 11,43 de cuatro cañones

por kilómetro de frente, produciendo relativamente pocas bajas por caer los proyectiles en un terreno arenoso, aunque por su densidad semejaban gotas de lluvia.

Durante el contrataque vi algo que nunca olvidaré: dos soldados bajaban de un pequeño cerro a un compañero herido, hasta el puesto sanitario. Iba sentado sobre las manos enlazadas de sus compañeros. Me eché a un lado, y alumbrándolo le pregunté:

—¿Cómo van las cosas arriba?

—¡Muy bien! —contestó. ¡Cómo estamos pisando cabezas de moros en las trincheras!

Lo miré, no tendría 20 años, llevaba el vientre abierto de un bayonetazo y se sujetaba los intestinos con las manos. De regreso pregunté por él: había muerto. ¡Así de sencillos son los héroes!, me dije.

Aquella noche infernal, la 77 Brigada resistió, si bien es cierto que después de la penetración diurna el enemigo viró hacia el norte, saliendo al Estado Mayor de la 33 Brigada, a la cual trató de envolver. Esta brigada combatió heroicamente siguiendo a su jefe, Vilches, que pocas semanas después, ya perdida la guerra, fue ahorcado públicamente por los fascistas en su pueblo, llamado Martos, en la provincia de Jaén, al cual regresó creyendo ingenuamente en las declaraciones del enemigo de que no habría represalias.

Como a las diez de la mañana del siguiente día, con el asesor militar soviético del Cuerpo de Ejército, coronel Siroki, y con el presidente de la Comisión Político-Militar del Ejército del Centro, compañero Girón, visitamos el escenario de los combates del día y la noche anteriores, y comprobamos con asombro que al cavar las trincheras, como la oscuridad era tan intensa, los zapadores viraban cuando sentían el sonar de los picos del enemigo, que al igual que ellos preparaban su defensa, y así llegaron a estar solo a unos metros de distancia.

Durante esta inspección, el coronel Siroki preguntó a uno de nuestros soldados que estaba en uno de los puntos más avanzados:

—¿Qué tal, cómo está la cosa?

—Bien, ahora hay calma —contestó el soldado.

—¿Y cómo está la familia? ¿Tienes noticias de ella?

—Sí, recibí carta de mi mujer la semana pasada y ella y los niños están bien.

—¿Y cómo llega la prensa?

El soldado le enseñó el periódico del día anterior.

—¿Cuándo comiste la última vez? —fue la nueva pregunta del coronel.

El soldado sacó de un nicho cavado en la pared de la trinchera un pan de campaña, una lata de sardinas y una tableta con ocho onzas de chocolate.

—Pero caliente —insistió el coronel—. Caliente.

—Caliente no es posible —dijo el soldado—. Los combates desde anteayer no permiten subir la comida a las posiciones avanzadas.

Nos despedimos del soldado y a continuación el coronel pidió ver al jefe de Intendencia, un capitán, viejo militante del Partido Comunista.

—¿Por qué no se lleva comida caliente a las posiciones avanzadas desde anteayer? —preguntó el coronel.

—Los combates fueron tan intensos que no se podía subir —contestó el capitán.

—Entonces, ¿no se pudieron retirar los heridos y los muertos durante el combate?

—Sí, cómo no —contestó el capitán sin darse cuenta hacia dónde apuntaba la pregunta.

—¿Quiere decir que los soldados de Intendencia son peores que los sanitarios, los municionadores o los zapadores? ¿Ellos no pueden arriesgarse siquiera una hora al día para acercar comida caliente a sus compañeros de la primera línea, que se están jugando la vida sin descanso?

Así era nuestro asesor, nuestro compañero Siroki, a quien un canalla saboteador, una semana más tarde, asesinó empujando hacia un barranco su auto, con un camión.

Otro hecho inolvidable que me ocurrió en este período fue el traslado del sargento Celestino García a la 18 Brigada.

Era la época en que el enemigo había concentrado un enorme arsenal de recursos contra nuestro Ejército del Este, comprimiéndolo hacia la frontera francesa, a través de la cual se tuvieron que replegar más de 200 000 soldados, oficiales y jefes que fueron desarmados e internados en varios campos

de concentración. Esta atroz acción se realizó cumpliendo las órdenes del gobierno democrático de *monsieur* Daladier, posteriormente artífice de la capitulación de Munich ante Hitler, negociación en la cual entró sin duda la liquidación de la resistencia española, con la complicidad del Comité de No Intervención, presidido por Inglaterra y Francia.

Celestino era, al producirse el alzamiento fascista, un campesino analfabeto que sostenía a su madre vendiendo frutas y hortalizas, con una carretilla, en el pueblo de Morata de Tajuña. Este pueblo, que nunca cayó en poder del enemigo, al que solo pudo acercarse unos tres kilómetros durante la batalla del Jarama, estaba enclavado en el sector de defensa del III Cuerpo de Ejército y concretamente en la zona que defendía la 18 Brigada de Infantería. Celestino fue trasladado a la 18 Brigada desde la II División, que libraba a la sazón feroces combates defensivos en el Frente del Este, para detener, junto con todo el Ejército del Este, la ofensiva de los nacionales, marroquíes e italianos por tierra, apoyados por una gran flota aérea alemana y las escuadras navales ítalo-alemanas, desde el mar Mediterráneo.

En esta lucha, el modesto Celestino destruyó él solo siete tanques italianos en combate. Celestino nos fue transferido y cuando llegó a nuestro Estado Mayor a semejante héroe lo recibimos como correspondía.

El flamante sargento nos explicó su hazaña con la sencillez innata del campesino:

“La situación en el frente era desesperada, pues el enemigo atacaba con grandes medios y gran cantidad de tropas en la dirección de Barcelona (segunda ciudad de España; sede del Gobierno y de todo el alto mando militar). En pleno combate, que duraba ya dos meses, el Partido Comunista de España reunió a todos los militantes, célula por célula, y les pidió detener la ofensiva del enemigo, aun a costa de la vida: *¡Donde haya un militante, este no puede retroceder un paso!*

”Volví a mi escuadra y les hablé a los cinco compañeros que estaban a mi mando sobre la situación y acordamos morir antes que el enemigo pasara por donde estábamos. Profundizamos una cuneta a la orilla de una carretera, convirtiéndola en trinchera y yo dije: ‘Cuando empiece la preparación artillera ya

estamos protegidos y cuando avancen los tanques, aquí tenemos suficientes granadas de mano, pero nadie lance granadas hasta que yo dé la orden, pues para no fallar hay que esperar a que lleguen al otro lado de la carretera, así los alcanzamos bien y estamos fuera del ángulo de tiro de sus ametralladoras’.

”Pasó el cañoneo y se oía ya cerca el trepidar ensordecedor de los motores; miré y eran unos cuarenta tanques italianos los que avanzaban sobre nuestra posición. Sentí mucho miedo, pero me acordé de la orden del Partido y me dispuse a morir como corresponde a un militante comunista. En ese momento grité a mis compañeros de la escuadra: ‘¡Preparados para lanzar granadas!’ Y volví la vista hacia ellos, viendo con terror que estaba solo, acababan de huir, llenos de pánico, y yo sentí también el impulso de correr, pero yo no podía correr.

”Los segundos pasaban y el primer tanque llegó al otro lado de la carretera, lancé una granada con mucho miedo, porque ya me consideraba aplastado y me tiré al fondo de la trinchera, pero el tanque no pasó. Cuando miré, lo vi, girando con una estera partida, en el momento que llegaba un segundo tanque, al que lancé otra granada, ya con menos miedo, y varias más al tercer tanque, ya sin miedo, pues me di cuenta que estaba totalmente fuera del ángulo de tiro de sus ametralladoras, que seguían disparando, pero por encima de mí, a otras posiciones.

”Perdido totalmente el miedo, olvidado de mí, sin darme cabal cuenta de lo que hacía, seguía lanzando granadas como un loco hasta que el grueso de los tanques viró en redondo convencidos de que un arma secreta de los rusos estaba allí emplazada.

”Con una granada en cada mano me acerqué al primer tanque, les ordené que arrojaran las armas manuales fuera del tanque y que salieran. Ya iban acudiendo en mi ayuda los compañeros de mi compañía y así reunimos hasta dieciocho prisioneros italianos, incluyendo tres oficiales.

”Inmediatamente me llevaron al Estado Mayor de la división, de aquí al Cuerpo de Ejército, al Ejército, y cuando estaba en el Estado Mayor del Ejército llamó el compañero (Juan) Negrín, jefe del Gobierno y ministro de Defensa. Me trasladaron según sus instrucciones y me recibió el Gobierno, que estaba reunido. Negrín dijo:

”—¿Sabes lo que has hecho? El Gobierno te quiere premiar, pide lo que quieras.

”Yo contesté que había cumplido con mi deber y que no quería nada. Además, la única cosa que yo quería, el Gobierno no me la podía dar.

”—Pero ¿qué cosa vas a pedir que el Gobierno no te pueda dar? —dijo Negrín.

”—No, nada, porque yo comprendo que en la situación que tenemos no puede ser y no se debe pedir.

”—Al menos déjanos saberlo —insistió Negrín.

”—Mire, compañero presidente —dije yo—, desde el primer día de la guerra me incorporé a la lucha y llevo más de dos años sin ver a mi madre, pero como ella está en la otra zona (el enemigo había metido una cuña hasta el mar y partido en dos el territorio republicano), para qué voy a pedir un pase, si ya no se puede ir”.

Pocas horas después, Celestino García, con su uniforme nuevo de sargento recién ascendido, tomaba un avión de bombardeo ligero tipo Katiuska que lo llevó en tres horas a Madrid y poco después recorría los 50 kilómetros que separaban esta ciudad de Morata de Tajuña, su aldea, para caer en los brazos de su madre, llevando en el bolsillo de su guerrera una orden de traslado para la 18 Brigada, posicionada a tres kilómetros de Morata.

Terminada la guerra, el sanguinario régimen fascista ordenó fusilarlo una madrugada de 1940.

El curso de la guerra

La lucha cobró un derrotero desventajoso desde que el enemigo, concentrando un enorme arsenal de recursos contra nuestro Ejército del Este, lo comprimió hacia la frontera. En esta derrota que sufrió el Ejército Republicano, los miles de hombres que se perdieron dejaron en manos del enemigo fascista todos sus armamentos pesados. Además se perdió el dominio de la región de Cataluña, la más importante de España para la guerra, pues contaba con la única industria del país que fabricaba aviones de combate. El hecho de que el presidente de la república, Juan Negrín, y su Gobierno se protegieran en Francia para evitar caer en manos de los franquistas fue un golpe tremendo para la moral de nuestras tropas y de toda la población republicana.

En esta derrota intervinieron diversos factores, particularmente la salida de España de las Brigadas Internacionales bajo las presiones que hizo al Gobierno el Comité de No Intervención.

En esa época estaba ya decidido que Hitler librara su guerra contra la Unión Soviética, para lo cual Inglaterra, Francia y Estados Unidos veían con buenos ojos el crecimiento del nazifascismo, con la idea de que Alemania, ayudada por Italia y Japón, destruyera a la URSS y que luego las “democracias” impusieran sus intereses a los vencedores, extenuados por años de cruenta lucha.

Tales propósitos recibían acogida dentro de algunas fuerzas republicanas, que temían el advenimiento de un régimen socialista en caso de victoria, sentían el cansancio de tres años de guerra y el atroz sacrificio sufrido tanto de parte del Ejército como de la parte civil.

Aún la República contaba con más de 700 000 hombres organizados militarmente, aunque con escasos tanques y aviones, pero la mayoría con buena preparación combativa, concentrados principalmente en el Ejército del Centro. Pero la situación se tornó muy difícil.

Esta situación se vio agravada por el hecho de que el Gobierno Republicano, al replegarse a Francia, hizo crisis, y el presidente y varios ministros se negaron a regresar a España. Este fue el caldo de cultivo para que se desarrollaran el entreguismo y la traición, bajo la bandera de negociar una “paz honrosa”.

La cabeza más sobresaliente de la corriente capituladora fue el coronel Segismundo Casado, militar de profesión, sin brillo ni méritos excepcionales, pero que dada su posición de haber mantenido fidelidad a la república, había escalado posiciones en el Ejército del Centro. Dicho ejército era responsable de la defensa de Madrid y estaba constituido por cuatro cuerpos de ejército, 12 divisiones y numerosas unidades independientes de tanques, ingenieros, artillería, defensa antiaérea y fuerzas guerrilleras. Esto era una gran fuerza de 240 000 hombres bien posicionados, veteranos de mil combates, dirigidos por oficiales y jefes que casi en su totalidad habían enriquecido su experiencia militar con cursos en las escuelas especializadas.

La conspiración de Casado se desarrollaba en íntima relación con el Servicio de Inteligencia inglés, en el cual le fue ofrecido un puesto. Casado murió años después de perderse la guerra, en Inglaterra.

En medio de las indecisiones del Gobierno, que se hallaba en Francia, Casado, de forma taimada, iba componiendo lo que se proclamó en la noche del 5 de marzo de 1939 como la Junta de Gobierno, que “se constituía porque el país no podía seguir sin dirección, exhausto, tras tres años de lucha y ansioso por conseguir una *paz honrosa* para todos”. Ya en esa fecha Juan Negrín, jefe del Gobierno, y varios ministros, habían regresado de Francia y tomado, al conocer la situación, la medida de ascender a general a Casado y darle el cargo de Inspector General del Ejército, lo cual el ascendido no aceptó, optando por la sublevación, que comenzó por la Escuadra Naval de la base de Cartagena y fue aplastada rápidamente por las fuerzas leales a la república.

Como es natural, el coronel Segismundo Casado tuvo cómplices y colaboradores en el campo republicano, en primer lugar los jefes militares del viejo ejército, como el coronel Garito, emboscado como jefe de Operaciones del Ejército.

En la parte civil, Casado contó también con el apoyo de Cipriano Mera, dirigente principal de los anarquistas madrileños, a la sazón jefe del IV Cuerpo de Ejército, compuesto de cuatro divisiones y unos 50 000 hombres posicionados en el sector este de la defensa de Madrid.

También contó con el apoyo internacional de los viejos dirigentes social-demócratas y no menos viejos traidores de la clase obrera Julián Beaterio y Wenceslao Carrillo, este último padre de Santiago Carrillo, que años más tarde fue secretario general del Partido Comunista de España, el cual lo condujo a un fraccionamiento en multitud de grupos enfrentados entre sí.

Al realizar su alzamiento, la “junta de Casado”, como la llamó el pueblo español, fue identificada por este como una junta capituladora y entreguista que se ocultaba tras la bandera de la paz honrosa, por lo cual encontró automáticamente la más enérgica resistencia.

La primera acción de la junta fue detener sorpresivamente, mediante emboscadas bien organizadas, a dirigentes

comunistas cuyo partido constituía la mayor fuerza política y militar en el Ejército del Centro. Simultáneamente comenzó a realizar consultas con jefes de las grandes unidades militares subordinadas, encontrando el rechazo del coronel Luis Barceló, jefe del I Cuerpo de Ejército, y de los jefes de la 1ª, 2ª y 3ª divisiones que lo componían.

Sin embargo, el jefe del II Cuerpo de Ejército, coronel Bueno, tuvo una actitud vacilante y se declaró neutral, con lo cual facilitó que el jefe de la 8ª División de su Cuerpo de Ejército, teniente coronel Zulueta, apoyara a la junta. Casado también se mostró dispuesto a dialogar para encontrar una solución con el coronel Francisco Ortega, jefe del III Cuerpo de Ejército, pero los jefes de otras divisiones y unidades independientes bajo su mando no apoyaron a la junta, con excepción de la 13ª División, cuyo jefe, el coronel Recio, tuvo que ser detenido y sustituido por estar involucrado en la conspiración. El IV Cuerpo, dirigido por Cipriano Mena, estaba incondicionalmente con la junta y ya había aproximado a Madrid su 12ª División.

Últimos momentos de lucha

Ese día, 6 de marzo de 1939, primero de vida de la junta, fue una jornada de definiciones, de aclaración y toma de posiciones, bajo una extrema tensión.

Un balance de la correlación de fuerzas establecía sin dudas la precaria situación de la junta, cuyo Estado Mayor, ubicado en la posición Jaca, lindante con el aeropuerto de Madrid, fue tomada al día siguiente del alzamiento por tropas leales al gobierno legal del doctor Juan Negrín.

Una vez recuperada, se estableció allí la dirección de la resistencia a la junta de Casado, que dirigía Isidoro Diéguez, miembro del Buró Político del Partido Comunista, al frente de toda la resistencia.

El coronel Casado llamó de nuevo al vacilante jefe del II Cuerpo de Ejército, al cual yo no pude convencer de que cortara toda relación con el traidor, quien aceptó visitarlo aquella noche en su nuevo refugio del Ministerio de Hacienda, donde Casado prometió que le entregaría al coronel Ortega una serie de proposiciones para Isidoro Diéguez, con el compromiso de llevárselas a este esa misma noche, en mano, a la posición Jaca.

La misma tarde del día 6, dos compañeros que resultaron ser el chofer y el escolta de Dolores Ibárruri, la *Pasionaria*, después de muchos esfuerzos lograron entregarme un mensaje para hacérselo llegar a Diéguez, el cual me llenó de consternación. El mensaje decía:

“En las condiciones actuales la continuación de la resistencia es imposible. Hay que aprovechar el tiempo que queda para adaptar el Partido a las condiciones de lucha en la más absoluta clandestinidad”. Firmado: la *Pasionaria*

Además, los compañeros que me entregaron la nota de la *Pasionaria* me dijeron que varios miembros de la dirección del Partido y el Gobierno habían viajado en avión hacia el extranjero.

Decidí acompañar al coronel Ortega a su entrevista con Casado, aunque no participé en ella a fin de poder pasar los puestos de control de los casadistas con más facilidad y entregar el mensaje de la *Pasionaria* a Diéguez.

La entrevista Casado-Ortega se resolvió en menos de una hora y en el Studebaker del jefe del Cuerpo de Ejército llegamos a la posición Jaca, donde informamos por separado a Diéguez. Ortega, sobre las proposiciones de Casado, y yo, sobre todas las vacilaciones de Ortega, por lo que Diéguez decidió que no fuera Ortega, sino yo quien me hiciera cargo del mando del II Cuerpo de Ejército. Asimismo, entregué el mensaje de la *Pasionaria* para él.

Pero esa noche era vertiginosa y en el transcurso de las conversaciones con Diéguez ocurrió un acontecimiento que puso en claro que efectivamente, a pesar de toda nuestra decisión y deseo de dominar la situación en Madrid y de acorralar a Casado y los suyos, nuestra resistencia era el epílogo de la República Española.

Una patrulla comandada por un oficial se presentó con un prisionero acabado de capturar.

El prisionero era un teniente coronel de artillería que hacía unos minutos había llegado a una de nuestras posiciones avanzadas gritando:

—¿De quién sois? ¿De Casado o de Negrín?

Un soldado avispado contestó rápido:

—Casado.

El teniente coronel, de completo uniforme, avanzó y al llegar al parapeto dijo:

—Lléveme a su jefe. Soy de los suyos, quiero ver al coronel Casado.

Al comenzar el interrogatorio al teniente coronel de las fuerzas nacionales, se presentó el coronel Barceló, quién estaba ocupando el cargo de jefe del Ejército del Centro desde el momento de la toma de la posición Jaca. Barceló, que obviamente lo conocía bien, le dijo:

—¿Tú aquí? ¿Qué es lo que te trae?

—Yo —dijo el desertor— he comprendido que ustedes tienen razón y ya no puedo resistir tanto moro, italiano y alemán en mi patria.

—Tú siempre fuiste un reaccionario —le dijo Barceló—, ¿y decidiste pasarte ahora a nuestro lado, cuando tenemos virtualmente perdida la guerra?

—Sí, pero a pesar de todo soy español —dijo el artillero.

—Pues te doy exactamente cinco minutos para que reflexiones y nos digas qué mensaje traías al coronel Casado. ¡La verdad! Si no, dentro de diez minutos te fusilamos —dijo Barceló—. Y tú conoces bien mi palabra —añadió.

A los cinco minutos sacaron al teniente coronel de la habitación donde estaba meditando y explicó que traía un mensaje de Franco a Casado a fin de coordinar una operación que debía comenzar el día 7 a las 5:00 horas. Pidió un plano, marcó las coordenadas del ataque, detallando las fuerzas que lo iban a realizar y el apoyo artillero con que contaban, aunque si todo salía como debía ser, por ese sector los nacionales ocuparían Madrid sin derramamientos de sangre.

Sin perder un minuto Barceló informó a Diéguez, quien pidió una comunicación con Casado por el teléfono directo, que se conservaba intacto, con el Ministerio de Hacienda.

—Oye, Casado, aquí Diéguez. Tenemos una información de que el enemigo va a realizar un ataque y te propongo suspender inmediatamente los combates entre nuestras fuerzas y que envíes una brigada a la Ciudad Universitaria. Nosotros enviaremos una brigada también como refuerzo.

—Yo estoy de acuerdo, por encima de todas las diferencias yo soy antifascista —dijo el canalla.

—Bien, acordado.

A las 5:00 horas se produjo un avance del enemigo, que fue recibido de forma muy distinta a como ellos lo esperaban, fue fulminantemente rechazado, lo cual le valió la vida al teniente coronel mensajero.

Pero otra cosa fue la actitud de Casado. Precisamente a las cinco de la mañana, y para coincidir con el ataque fascista, dio orden de avanzar a la 12ª División del IV Ejército, que se encontraba estacionada en las proximidades de Alcalá de Henares, a 30 kilómetros del centro de Madrid.

Cuando rechazamos a los fascistas por la Ciudad Universitaria, nos llegó la información de que la 12ª División había llegado a la margen derecha del río Jarama, por el sector de Paracuellos-San Fernando, y se estaba replegando en orden de combate para atacar la posición Jaca.

Al llegar los primeros leales al Puente de San Fernando, sobre la carretera de Barcelona, ya se encontraba en el centro mismo del puente el Estado Mayor de la 12ª División, encabezado por su jefe, Liberino González, bajo las banderas rojinegras de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), desplegadas a todo viento.

Después de dialogar con ellos infructuosamente para hacerles comprender que servían al fascismo y que su cuerpo de ejército estaba abandonando sus posiciones de combate, abriendo una brecha a las fuerzas de Franco y marchando en apoyo a una traición, dimos órdenes a los ingenieros de volar el puente, al mismo tiempo que el enlace del jefe de la 18ª Brigada voló con una granada antitanque el Estado Mayor, muriendo entre otros el jefe de la 12ª División.

Esto produjo un evidente desconcierto y repliegue, pero al mediodía la posición Jaca era fuertemente castigada por la artillería de la 12ª División y en las primeras horas de la noche tuvimos que volar las comunicaciones y replegarnos, cercados por sus tanques.

El abandono de sus posiciones por el IV Ejército abrió al enemigo una puerta hacia Madrid de 70 kilómetros de ancho y además, nuestros combatientes que defendían la ciudad de frente contra los franquistas desde hacía casi tres años tenían ahora también que defender su espalda de un enemigo que llevaba su propio uniforme y hasta hacía solo unos días defendía su misma causa.

El día 9 tratamos de recuperar la posición Jaca mediante un ataque envolvente, pero solo disponíamos de unos 6 000 hombres de infantería para enfrentar a los 12 000 de la 12ª División, que contaba además con el apoyo de tanques y artillería.

Esta inferioridad solo se habría podido compensar sacando tropas de la primera línea, pero eso abría el frente a los fascistas, lo cual había que evitar a toda costa, pues era la derrota definitiva.

En la noche del día 11, después de fuertes combates en la Ciudad Lineal, fuimos cercados en Fuencarral, entonces un pueblito del cinturón de Madrid, y rompiendo el cerco, al amparo de la oscuridad, nos retiramos desordenadamente hacia el Palacio del Pardo; los principales dirigentes decidieron concentrarse en Manzanares del Real, el día 12, para analizar la situación y tomar decisiones.

Yo fui encargado de una exploración que consistía en introducirme en el Ministerio del Interior de la junta y obtener un gráfico con los centros de resistencia que aún seguían combatiendo. Esa misión solo se podía intentar por el caos reinante y para ello fingí ser un oficial casadista.

Mientras obtenía la información, mi chofer, influido por el miedo, me dejó en ese ministerio, lo cual me impidió llevar la información ya que el puesto de mando del I Cuerpo de Ejército, todavía en nuestras manos, estaba a 50 kilómetros por carretera. Comencé a contactar para trasladarme hasta allí, pero al siguiente día conocí que los jefes del I Cuerpo de Ejército y de las Divisiones 1ª, 2ª y 3ª habían sido detenidos y otros dirigentes se habían pasado a la clandestinidad.

Deambulé por aquel caótico Madrid tratando de orientarme, y ya sin contactos con Diéguez ni con los demás, me sumé también en la clandestinidad.

El día 27 recibí orden del Partido de dirigirme a un puerto del litoral Mediterráneo para embarcar hacia la URSS, sin otras precisiones. Inmediatamente me despedí de Pilar, que se portó estoicamente y quedaba a merced del franquismo triunfante, con la promesa de ambos de volvernos a reunir donde fuera, sin pensar que solo nos separaríamos por poco más de un día.

De Madrid salía una continua caravana de gente desesperada ante la inminencia del abandono de las posiciones por nuestras

últimas tropas. No había ningún transporte organizado y cada cual montaba en lo que podía. Iba con otros compañeros y tratamos de robar un auto, con tan mala suerte que a las pocas cuerdas del robo, cuando ya creíamos haber despistado a un vehículo de la policía que nos perseguía, al doblar de la esquina, nos dimos de cara con él. Casi chocamos y después de una explicación nos dejaron ir, claro está que sin el carro.

Montados en un camión fuimos por el pueblecito de Tielmes, a unos 50 kilómetros por la carretera de Valencia, pero allí ya todos los transportes iban llenos y nadie paraba.

Decidimos caminar hacia Tarancón, importante nudo de comunicaciones donde conseguimos montar en un camión que se decía iba a Alicante, pues la junta había anunciado que el puerto de aquella ciudad era zona internacional, protegida por los ingleses para facilitar la salida de España de todos los que estimaran que su vida corría peligro.

Marchando en camión en dirección a Valencia nos vimos obligados a parar porque estaba cruzando la carretera la división italiana Vittorio, cuyos tanques y artillería iban a toda velocidad en dirección al puerto de Alicante.

En un rápido cambio de impresiones con algunos compañeros del camión, decidimos que no había ninguna garantía, caeríamos en manos de los italianos y seríamos fusilados.

Por mi parte, decidí regresar a Madrid y sumirme en la clandestinidad. Tomé como pude otro camión que me dejó a gran distancia de Madrid, separándome de mis compañeros, y emprendí a pie un largo camino en el cual me adelantaban las tropas enemigas.

Al llegar a Madrid me encontré con el fascismo, no en palabras ni en escritos como yo lo conocía, no teóricamente, sino real, en toda su bestial y terrible presencia.

Capítulo 3. Bajo el fascismo

Madrid

Entré en Madrid el 29 de marzo, por la misma carretera que había salido dos días antes, solo que ahora estaba totalmente desierta, como si un huracán hubiera acabado con su incesante tráfico.

Pasada la bifurcación que conduce al aeropuerto de Barajas estaba el pueblecito de Canillejas, donde presencié al pasar el primer acto de barbarie de las fuerzas nacionales. Un moro cortaba con su afilada gubia la correa del reloj de pulsera de una joven, sin importarle para nada la muñeca que lo portaba; con una gubia, el terrible puñal curvo marroquí con el cual habían cercenado la cabeza de mi cuñado Nicolás en Talavera de la Reina, al ser sitiado junto a unos doscientos compañeros más cuando se les habían acabado las municiones. Sus cabezas fueron horriblemente cercenadas por el delito de luchar, de frente, contra los traidores y los invasores de su patria, cuando tenía 27 años.

Era media mañana. Me di cuenta de que ya Madrid estaba siendo “liberada”, o sea, ocupada totalmente por las tropas nacionalistas del general Franco. La realidad causó en mí un impacto terrible y tomé el rumbo más corto hacia mi casa, metiéndome por la calle Cartagena, estrecha y de angostas aceras, por donde caminaba arrastrando mis ampollados pies, que habían soportado más de 36 horas de movimiento, sin un minuto de reposo ni haber tomado ningún alimento.

De pronto, a mi costado sentí abrirse una puerta estrepitosamente, por donde salió un hombre vestido de guardia civil, con tricornio —el odioso tricornio símbolo de la brutalidad de ese cuerpo— y un fusil máuser corto (llamado mosquetón), que terminaba de ponerse el correa. Con voz que era un bramido salido de lo más profundo de la caverna política, gritó con odio inmenso: “¡Viva Franco! ¡Viva España!”. Es decir, aquella bestia cavernaria que había pasado emboscado toda la guerra,

sin ningún registro en su casa, puesto que había conservado su uniforme y su arma, salía ahora decidido a tomar revancha, a adquirir ante los suyos el crédito que no había conseguido en la lucha frontal jugándose la vida cara a cara.

A pesar del peligro que entrañaba, después de este suceso llegué a mi casa, casi inconsciente, con una fiebre de más de 40 grados, absolutamente desfallecido, con la boca reventada; pero allí estaba Pilar para cuidarme y protegerme. En mi delirio se confundían los edictos militares, que empezaban siempre:

—Se fusilará a aquellos que habiendo sido miembros del Ejército Rojo no se presenten.

—Se fusilará a aquellos que hayan sido dirigentes de organizaciones y partidos.

—Se fusilará a aquellos que hayan participado en crímenes o detenciones de...

—Se pasará por las armas a aquellos que hayan colaborado...

—Se fusilará en el acto a los que se les encuentre armas.

—Están incurriendo en pena de muerte los que oculten a miembros del Ejército Rojo.

—Serán detenidos todos los que viajen sin salvoconducto.

—Se prohíbe terminantemente la salida de Madrid.

—La moneda *roja* carece de todo valor desde la publicación de este edicto.

—La documentación personal deberá ser renovada en el plazo de siete días, presentando junto con la solicitud un aval del señor cura párroco, uno del jefe del puesto de la Guardia Civil y uno de un *camisa vieja* (falangista viejo).

—Se prohíben terminantemente los cambios de domicilio.

—Los vecinos de cada casa se registrarán con el jefe de la Falange de su edificio y toda visita que pernocte en la casa debe ser autorizada previamente.

—Todo el que conozca... debe denunciar... sea de familiares allegados o directos.

Y así seguían los edictos: SE FUSILARÁ, SE FUSILARÁ, SE FUSILARÁ...

Las radios daban sin cesar los campos deportivos, cuarteles, conventos y terrenos yermos habilitados para recluir a los vencidos.

Muchos republicanos desmoralizados, sin dinero para viajar, para comprar comida ni ropa, sin documentación válida, se entregaban por miles, y otros eran capturados, incluyendo altos jefes del Ejército Republicano, comisarios, gobernadores y dirigentes políticos, que por una causa u otra no habían podido salir del país ni ocultarse debidamente.

Vivíamos los primeros días de *la paz fascista* de Franco, o lo que es igual, la paz honrosa prometida por la junta del coronel Segismundo Casado, quien ya descansaba en Londres de su “fatigosa” labor, junto a sus más íntimos colaboradores. Mientras, el pueblo español, inerme, era sacrificado en la matanza fascista.

Tres días después, o sea, el primero de abril, me pude levantar y con la ayuda de Pilar engrasamos bien nuestras pistolas Star, que envueltas en trapos también empapados en grasa gruesa metimos en una caja y enterramos cuidadosamente en el patio de la casa, junto con varias cajas de municiones.

Ese mismo día, como a las diez de la mañana, mi cuñado, que había estado en la zona de Franco durante toda la guerra, llegó vestido impecablemente y con el haz de flechas que era el distintivo fascista, más otras condecoraciones en su pecho. Al abrirle la puerta —de su casa, pues nosotros vivíamos en ella—, lo miré. Su cara al verme se puso resplandeciente y le dije:

—Si quieres que yo no me vaya al entrar tú, quítate esa porquería del pecho.

Él se abochornó y me contestó:

—Yo soy el mismo de siempre, pero estoy obligado a ponerme melas.

Se quitó todas sus chapas y me preguntó:

—¿Cómo estás?

Yo le conté mi situación y dijo:

—Yo vine con el coronel jefe de Transporte del II Cuerpo de Ejército, del cual soy ayudante, y tengo una tanqueta para sacarte de Madrid sin problemas. Después, en el Estado Mayor te daré un documento militar para que puedas viajar hasta León donde está tu hermana.

Efectivamente, era mi cuñado, el hombre extraordinariamente bueno de siempre, al que los fascistas habían obligado a incorporarse al servicio militar activo a pesar de ser inválido de guerra, so pena de ser fusilado.

Aquella tarde, el tanquista, el coronel, mi cuñado y yo salimos hacia el Estado Mayor de aquel cuerpo de ejército fascista, que paradójicamente tenía el mismo número y estaba en las posiciones frente al III Cuerpo de Ejército de la república, donde yo actué la segunda parte de la guerra.

El lugar donde se encontraba el Estado Mayor era un viejo pueblo de Castilla llamado Villanueva de Montalbán, donde no existían hoteles y sí viejos mesones que desde los tiempos de Don Quijote de la Mancha daban albergue, buena comida y buen vino a los viajeros.

Como es natural, mi cuñado solo informó al coronel su intención de enviarme con mi hermana para que me repusiera de mi larga enfermedad, que el coronel creyó, sobre todo por mi estado de depauperación y la monstruosa deformación de mi cara a causa de una gran cantidad de forúnculos que me brotaron, lo cual ayudó a creer que yo era una víctima de los rojos.

Tanto fue así que nos invitó a una buena cena, que no era prudente rehusar, y me hizo pasar uno de los momentos más difíciles de mi vida clandestina, que acababa de empezar.

El mesón donde íbamos a cenar tenía un salón de 50 metros de largo y 20 de ancho, con mesas y bancos rústicos de roble ocupados por cientos de soldados medio ebrios que celebraban el triunfo con vino y más vino.

Tras el coronel caminamos el largo pasillo central hasta el final del salón donde estaba preparada una mesa con mantel y vajilla.

Al llegar, el coronel se viró y gritó con voz de mando:

—¡Firmes! ¡Canallas! ¿Ya no reconocen a sus jefes?

Y recorrió de nuevo el salón, pasando revista a los soldados alineados en dos filas a lo largo del pasillo. Al llegar a la puerta dio media vuelta, sacó la fusta, que junto a las espuelas formaba parte del atuendo de campaña de los altos oficiales, y comenzó a dar un fustazo en la cara a los soldados, de derecha a izquierda hasta la última fila. Al terminar se volvió y dijo a los sorprendidos soldados:

—¡Esto es para que no olviden el respeto que deben a sus superiores!

¡Solo por mi enfermedad pude justificar no probar bocado de aquella exquisita cena!

Al día siguiente, provisto por mi cuñado de documentos y dinero, llegué en el automóvil de unos negociantes italianos a la estación de ferrocarril más próxima. Me pude meter en un tren increíblemente lleno de pasajeros y alcanzar la dicha de abrazar a mi hermana, aunque con la preocupación por la suerte de Pilar, que se había quedado en Madrid. Informada mi hermana de toda la situación, me dejó su alojamiento y marchó a Madrid, de donde me remitió ocho días después a Pilar en un vagón lleno de mulas, con un salvoconducto proporcionado por mi cuñado, el teniente Gabriel Parra Jiménez.

En León, Pilar y yo vivimos discretamente durante tres meses nuestra verdadera luna de miel. No éramos conocidos y fuimos protegidos por personas relacionadas con mi hermana y mi cuñado. Se trataba de una ciudad de más de cien mil habitantes, tomada como base central en España por la Legión Cóndor, lo cual había operado en la población el singular fenómeno de volver a todos sus habitantes antinazis y en consecuencia antifascistas. Ello se debía a la conducta prepotente de los alemanes, cuyos vehículos transitaban a espantosa velocidad por las calles y cuando ellos lo hacían a pie, los españoles debían cederles el paso en las aceras o de lo contrario eran golpeados. Además, todos los hoteles, restaurantes, bares y cuanto lugar tenía la población para su recreación había sido tomado militarmente y los alimentos iban a manos de los alemanes, que se divertían lanzando frutas desde los balcones de sus alojamientos, para que los muchachos hambrientos se despedazaran por apoderarse de una naranja, evento que celebraban los *cóndores* nazis con estruendosas carcajadas.

A los seis meses de estancia en León, mi hermana me comunicó que había hecho contacto con el consulado general de la República Argentina y que debía estar en Madrid el día que señalaron, a las 9 de la mañana, para entregarme mis documentos acreditativos de la nacionalidad argentina, de los cuales me habían despojado arbitrariamente al comienzo de la guerra.

El traslado a Madrid con documentos falsos en ferrocarril tenía una gran peligrosidad, por lo cual preparé bien mi bicicleta y la noche anterior a la fecha señalada recorrí los 327 kilómetros que separaban a las dos ciudades. Sin luz, pasando así inadvertido los puestos de control de carreteras, llegué desfallecido a Madrid, a tiempo para la cita con el cónsul.

Un patrón bueno

Cuando llegué a Madrid después del extenuante viaje nocturno en bicicleta, solo posible gracias a mis veinticinco años de edad y mi estado atlético óptimo, me dirigí a la casa de mi cuñada, que vivía en las afueras de la ciudad. Me bañé, me vestí con elegancia y salí discretamente hacia el consulado argentino. La secretaria del cónsul resultó ser una dulce y bondadosa muchacha que rápidamente me pasó a la presencia del señor cónsul, quien también me acogió cariñosamente. Esa mañana fui inscrito en el registro consular y provisto del pasaporte, el certificado de matrícula y la libreta de enrolamiento, documento militar de la mayor importancia para demostrar la ciudadanía argentina de origen.

Salí del consulado poseído de gran optimismo y buen apetito, por lo que decidí almorzar en una lujosa taberna frecuentada por la burguesía madrileña, lo cual me protegía de la policía, pues era improbable que interrumpieran la plácida digestión de tan digna clientela, para una requisa.

Elegí una mesa en la esquina menos iluminada del salón-comedor y pedí al camarero una comida como para satisfacer a quien horas antes había recorrido 327 kilómetros en bicicleta. Cuando finalizaba mi succulento almuerzo escuché una exclamación, y con asombro y temor vi que desde una mesa próxima una señora elegantemente vestida le indicaba a su esposo hacia donde yo estaba. Se trataba de la esposa de mi patrón, y su descubrimiento provocó en mí una reacción instantánea.

Me levanté y me dirigí a su mesa saludándolos respetuosamente, como correspondía a mi condición de subordinado. Mi patrón preguntó:

—¿Por qué al terminar la guerra usted no se presentó ante mí? ¿O es que no quiere seguir trabajando conmigo?

—¿Cómo puede usted pensar eso, don Manuel? Lo que pasó es que estuve muy enfermo, mi hermana me llevó con ella a León, donde pasó la guerra, y hoy es el primer día de mi estancia en Madrid.

—¿Usted puede ir a las cuatro de esta tarde a mi despacho, para conversar?

Pensando a velocidad electrónica que tenía dos horas para ir a la entrevista o huir, le dije:

—De acuerdo, don Manuel, a las cuatro estoy en su despacho.

Mi patrón era un aristócrata burgués, millonario con solo 34 años de edad, que entre sus numerosos negocios tenía ocho fábricas de cerveza y unos 20 hoteles y restaurantes en toda España. Se trataba de un tipo con fama entre los trabajadores de ser persona de buenos sentimientos; yo lo había conocido como aficionado al ciclismo y no sé por qué yo le simpatizaba a él y a su esposa, lo cual motivó que cinco años antes me diera empleo. No obstante su actitud personal bondadosa, socialmente era un explotador inmisericorde y profundamente reaccionario. Miembro de la dirección fascista de Madrid, esto lo obligó a ponerse a salvo al inicio de la sublevación militar fascista, refugiándose en la “zona nacional”, o sea, en el territorio dominado por los traidores desde el primer día.

Dedicadas las dos horas a analizar la conveniencia de ir a la entrevista con mi patrón, decidí correr el riesgo, ya que él solo me conocía como deportista.

Llegado a su despacho, don Manuel me invitó a sentarme y acto seguido llamó a su cajero diciéndole:

—Don Ramón, el señor va a seguir trabajando con nosotros. Págueme el sueldo completo de tres meses para que termine su convalecencia.

—Y usted —dijo alargándome su aristocrática mano bien cuidada de señorita—, venga exactamente de hoy en tres meses a esta misma hora para comenzar a poner en funcionamiento la granja avícola.

Salí del despacho muy contento y con una cantidad de dinero que ni había soñado, me alojé de nuevo en la casa de mi hermana y mi cuñado, donde estaba bastante protegido, y comencé en los días siguientes, muy cautelosamente, a explorar el estado de la organización clandestina del PCE, de cuya actividad las calles de Madrid no daban muestra alguna.

Contactados los domicilios de algunos militantes, conocí que unos estaban presos y otros del todo desmoralizados; tal era el clima de terror que vivía la capital de España. Terror que calaba hasta los huesos y que junto con el hambre espantosa que sufrían casi todas las familias de los ejecutados, de los presos y de los fugitivos, hacía que miraran con espanto a cuantos les hablaran de continuar la lucha bajo las condiciones del fascismo.

—Hoy fusilaron a Fulano y a cien más.

—En Porlier solamente están fusilando a cien cada día. No hay quien se mueva, ¡es una locura!

Así decían la mayoría.

Con las mayores precauciones me acerqué a la casa de Julio López (Julito), instructor del PCE en el II Cuerpo de Ejército. Su compañera me informó que él no había sido molestado por la policía, y a través de ella concerté una entrevista, con las mayores precauciones.

Julito, viejo militante del Partido en Madrid y máximo responsable de este en el II Cuerpo de Ejército, era un obrero tipógrafo de firmeza a toda prueba, que conocía personalmente a centenares de comunistas, la mayoría de los cuales estaban presos o fusilados, otros huyendo o desmoralizados. Pero también conocía a algunos que mantenían sus principios con entereza y estaban dispuestos a proseguir la lucha. Contactados los camaradas más preparados, convinimos en que mi obligación moral de militante era regresar a Madrid para, apoyado en mi documentación, legalizar mi situación y aprovechar los tres meses de “convalecencia” para explorar la situación de todos los militantes que conocíamos, celebrar una consulta y ver la situación con mayor claridad, pues en nuestra fe incondicional al Partido no cabía la idea de que no existiera ya una organización clandestina, aunque nosotros no la hubiéramos encontrado aún.

Decidido mi regreso a Madrid, hablé con mi hermana, que acordó alquilar un chalet con capacidad para todos en un barrio denominado Colonia del Viso, habitado por pequeña y media burguesía adicta al régimen. Mientras se realizaba la mudanza, yo viajé a León para traer a Pilar, quien entró en la casa de dos plantas que estaba rodeada de jardín, sin ser vista por los vecinos. Mi cuñado, oficial del Ejército Nacional, dio la lista de los habitantes al jefe de la Falange del barrio, que no pidió documentos de nadie, pues bastaba la palabra de un combatiente con varias condecoraciones, como mi cuñado.

Sabíamos que en nuestro antiguo barrio la policía había indagado varias veces por el paradero de Pilar, por el terrible delito de ser miembro del PCE y de la Federación de Mujeres Antifascistas. Por esto, ella permanecería sin salir de nuestro nuevo domicilio, ya que se mantenía su búsqueda.

La situación se vino a complicar cuando dos policías se presentaron con una orden de detención para mí, que no estaba

en la casa. Los policías se encontraron con mi hermana, que les abrió la puerta y al darles paso, en el vestíbulo vieron un ropero donde estaba colgada la guerrera de mi cuñado con sus condecoraciones, lo cual hizo vacilar a los policías, que aceptaron la proposición de mi cuñado de conducirme él mismo ante los agentes, en la seguridad de que se trataba de una denuncia falsa.

Con esta estrategia se sacó a Pilar de la casa y la escondieron en el domicilio de unos familiares, en un barrio distante, en previsión de cualquier registro.

Acompañado de mi cuñado fui “a aclarar” la situación, tratando de que los policías, influenciados por mi cuñado, cancelaran la orden por inconsistente.

La conversación con los policías profesionales fue muy singular; tuve la suerte de que se trataba de dos fascistas que habían pasado la guerra en el territorio republicano, sin que las autoridades los hubieran perseguido y viviendo de su profesión.

La denuncia se acompañaba de algunas pruebas como papeles de mi puño y letra sin firmar, pero estaba aderezada con tales exageraciones sobre la importancia de mi cargo en la guerra, que yo dije a los policías:

—¿Ustedes dónde pasaron la guerra?

—En Madrid —respondieron.

—Entonces —dije yo— no hacen falta testigos. Si yo soy el dirigente que se dice ahí, ustedes me tienen que conocer muy bien.

Los agentes, afortunadamente de la policía criminal y no de la política, me miraron con cara de consternación y dijeron:

—¡Esto es lo que pasa, que hacen denuncias sin ningún fundamento, para vengarse de quien quieren! ¡Nosotros informaremos al jefe para cancelar esto!

Nos despedimos, pero al no tener, como es natural, ninguna confianza en que no se produciría mi detención, no volví a la casa y Pilar tuvo que trasladarse a Barcelona.

Recapacitando sobre cómo se había producido la denuncia, llegamos a la conclusión de que al solicitar mi licencia de conducción, dado que el modelo de solicitud llevaba cuatro fotografías, debió ser visto por un fascista emboscado en la Dirección de Transporte del III Cuerpo de Ejército, en la cual me vería al-

guna vez de las que yo iba a resolver asuntos del transporte de nuestra gran unidad.

Para complicar la situación, Pilar me escribió desde Barcelona comunicándome que estaba en estado. No había alternativa: yo no podía ir para Barcelona y, por tanto, Pilar debía volver a Madrid. Me di a la tarea de alquilar un apartamento chiquito y discreto, para nosotros, en la calle de Alcalá.

En tanto, había llegado la fecha de la entrevista con mi patrón, que me recibió muy amable y me dio instrucciones y facultades para asumir la dirección de la granja, en el puesto de un mexicano que había optado por regresar a su país. Durante la entrevista, celebrada en el despacho de la fábrica de cervezas, me atreví a preguntarle:

—Don Manuel, ¿cómo encontró usted esta fábrica a su regreso?

—Algo sorprendente —me dijo—, yo había dejado la cuenta bancaria vacía y la encontré con buen dinero; habían instalado algunas máquinas nuevas y los locales habían sido pintados y reparados.

—Entonces —dije yo sin pensarlo, resultado de mi incontinida indignación—, ¿por qué ya van ocho obreros fusilados? Todo el consejo de trabajo. Además, me dijeron que la semana pasada Penacho, el despachador, se encerró en su oficina y se ahorcó cuando lo fue a detener la policía.

—Pero yo no soy culpable. Eso es obra del alemán don José (el ingeniero jefe era un nazi), y yo no puedo impedirlo, no puedo hacer nada.

—Sí, comprendo.

Ese era mi patrón, persona servicial y bondadosa que atendía con amabilidad a cualquier obrero o familiar que fuera a visitarlo en petición de ayuda, pero, al mismo tiempo, un feroz miembro de la clase explotadora, intransigente, capaz en su odio de clase de emplear a un asesino nazi para realizar sus fines sin afectar su fachada de bienhechor.

La granja avícola era una modernísima instalación con técnica muy avanzada para producir pollos en máquinas, que eran asados en diez minutos en los asadores de que estaban provistos los restaurantes de mi patrón, lo cual permitía a los clientes elegir el ejemplar vivo que querían comer quince minutos más tarde.

La granja estaba situada en el corazón de la ciudad, en los sótanos de un viejo frontón, y sobre ella se alojaba la guardia personal del ministro de Gobernación, Serrano Suárez, sádico torturador y asesino, cuñado de Franco.

Del ministro de Gobernación dependía toda la Policía y el Cuerpo de Prisiones, así como la Guardia Civil y la Policía Armada.

Mi centro de trabajo estaba, por tanto, protegido por una guardia permanente de asesinos armados hasta los dientes, ante los cuales yo aparecía como empleado de confianza de un jefe de la Falange. Esto me facilitaba una cierta impunidad para utilizar las cámaras frigoríficas vacías, en las cuales a veces celebrábamos reuniones clandestinas con la mayor seguridad, dada su hermeticidad garantizada por doble puerta de gruesas paredes de corcho y hormigón, que hacía imposible que fueran traspasadas por el ruido.

El personal empleado bajo mi selección era fundamentalmente antifascista, pero en todas las ocasiones festivas nos presentábamos con los símbolos de la Falange, lo cual garantizaba la simpatía de la guardia pretoriana hacia nosotros, su confianza en nuestra idoneidad y la de mi patrón. Esta circunstancia totalmente accidental facilitó la posibilidad de trabajo clandestino con mayor seguridad.

En un nuevo apartamento

Pocos días después de instalarme en el nuevo apartamento, llegó Pilar desde Barcelona y comenzamos a vivir allí, un lugar desvinculado con el área donde habíamos residido durante y antes de la guerra.

Al poco tiempo pasamos la terrible zozobra de que el compañero Julio López, Julito, fue detenido de una forma bestial, pues cuando los esbirros llegaron a las dos de la mañana despertaron con su despliegue a toda la familia, entre ellos un niño de dos años que rompió en llanto y al cual la madre dijo para calmarlo:

—¡Cállate *Stalin*ito, que tu papá volverá!

—¿Cómo ha dicho usted? ¿*Stalin*ito? —preguntó uno de los esbirros.

Y tomando al niño por los pies lo impulsó en el aire y lo estrelló contra la pared, ante la vista horrorizada de sus padres y hermanos.

A algunas personas les pudiera parecer que la brutalidad de las tropas de Franco se debía al odio generado en la guerra, pero si se analizan los archivos nazis se verá que Hitler y Himmler realizaron sus matanzas masivas fuera de Alemania, en países ocupados, y no contra ciudadanos alemanes, mientras que Franco y sus secuaces asesinaron a más de un millón de sus propios compatriotas, hombres, mujeres y niños, empleando los métodos más salvajes, como la tortura, el incendio de casas con familias dentro, el toreo y muerte con estoque, el degüello ante los seres queridos y otros muchos que la mente humana se resiste a creer.

Para encontrar el apartamento de Alcalá donde vivimos y traer a Pilar, conté con la ayuda inapreciable de Antonio López, militante comunista y obrero tranviario que nos localizó un apartamentito increíblemente reducido, de una habitación, una cocina, un baño y una sala, todo en miniatura, pero con la ventaja de estar en la azotea de un edificio de la céntrica calle de Alcalá, que solo tenía un apartamento por piso, con un alquiler alto, accesible solamente a familias de elevados ingresos.

El franquismo estaba alimentado con la Segunda Guerra Mundial, por la agresión a Polonia el primero de septiembre de 1939, y el mundo presenciaba con espanto cómo el nazismo iba cubriendo con su negra mancha los mapas de Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega, Yugoslavia, Hungría y Grecia, además de Austria y Checoslovaquia, ocupadas anteriormente.

Los llamados a las democracias hechos por la Unión Soviética para crear un poderoso frente antifascista fueron utilizados demagógicamente por Inglaterra y Francia, que evidentemente solo querían crear las mejores condiciones a Hitler para su agresión a la URSS y solo concurrían a las conversaciones con la Unión Soviética para desorientar a la opinión pública de sus países y a la del resto del mundo, fingiendo una disposición de llegar a un acuerdo y una acción que encubriera sus verdaderos fines: que Alemania destruyera a la URSS.

Así llegó el 22 de junio de 1941, con la nueva de que las fuerzas alemanas habían invadido, con enormes fuerzas, los territorios

soviéticos, noticia que llenó de alarma a todos los comunistas europeos.

Para los comunistas españoles la situación era de singular importancia. Solo hacía dos años que se había terminado la guerra en la cual habían participado más de dos millones de españoles, entrenados en el fragor de las batallas, que conocían el manejo de las armas más modernas, incluyendo los bombarderos en picada conocidos como Stukas, los cazas Messerschmitt y los tanques T 34.

Nuestra conciencia política y la necesidad de supervivencia exigían que si se producía lo que considerábamos como indudable: el llamado de Hitler a Franco, esas fuerzas no podrían ser puestas a disposición del nazismo contra los ejércitos de la URSS.

Era indispensable comenzar a dar signos de actividad en las ciudades y reactivar el movimiento guerrillero que aún existía en Asturias y Galicia, especialmente, el cual no se había extinguido a pesar de la ferocidad de la represión.

Urgía no solo unificar los diferentes grupos de comunistas de acuerdo con la estructura leninista del Partido, sino también dirigirse a otras fuerzas para crear un frente de unión nacional contra el franquismo.

Después de localizar a numerosos militantes del Partido que estaban en la clandestinidad, algunos de los cuales dirigían pequeñas organizaciones locales a las que identificaban como *el Partido*, se llegó a la conclusión de que este no contaba con una organización vertical para toda España, bien estructurada, indispensable para el difícil trabajo clandestino a que nos enfrentábamos.

Algunos destacados militantes que por diversos medios habían logrado abandonar el campo de concentración establecido por los italianos en Albatera nos informaron que al salir de España la dirección del Partido había encargado su máxima representación a Jesús Larrañaga, secretario general del PC de Euzkadi y miembro del Buró Político del PCE. Detenido y encerrado en aquel campo, Larrañaga logró fugarse, dejando encargado al miembro del Comité Central (CC) Ramón Ormazábal, director de *Mundo Obrero*, órgano central del Partido.

Ormazábal también escapó y logró llegar a Francia. Había transferido su responsabilidad al miembro del CC Heriberto

Quiñones, quien desde la prisión en Valencia impartió instrucciones a Julián Vázquez y a Manuel Prades Blanco para que comenzaran los contactos y vertebraran la organización en Madrid.

No había tiempo que perder; los nazis avanzaban sobre Moscú, teníamos contactados varios grupos más o menos organizados pero sin tareas, por lo que resultaba urgente preparar una conferencia del Partido que eligiera la dirección provincial de Madrid lo más democráticamente posible, bajo tan tremenda represión. Por otra parte, habían sido fusilados 17 compañeros valiosísimos, encabezados por Domingo Girón, miembro del CC, y Eugenio Mesón, secretario general de la Juventud Socialista Unificada de España, y entre los que se encontraban varios comisarios y jefes de divisiones, héroes de nuestra guerra antifascista, que desde la cárcel habían ejercido la orientación de algunos grupos de comunistas en la clandestinidad.

Transcurría el mes de octubre de 1941 y los nazis, a costa de grandes pérdidas, avanzaban sobre Moscú. Hitler pedía a sus vasallos de Europa —Antonescu, Mussolini, Horta y Franco— el pago de su contribución con más hombres para el frente ruso.

Era necesario encontrar un local para la reunión, por lo que examinadas todas las posibilidades se acordó utilizar mi miniapartamento, que contaba con una gran azotea bajo mi absoluto control. Nos reuniríamos allí con el pretexto de celebrar el bautizo de mi hija. Pilar había dado a luz a la niña en un hospital de maternidad propiedad de una orden religiosa, ya que no contábamos con recursos económicos, y allí era condición *sine qua non* bautizar a los nacidos como la Santa Madre Iglesia católica, apostólica y romana manda. Por tanto, nada más natural que la familia y algunos amigos celebraran tan fausto acontecimiento con una fiesta.

La portera, a la vez representante de la Falange en el edificio, fue informada previamente y todo transcurrió con plena felicidad. En el bautizo se formó el comité provincial del Partido en Madrid, del cual fui elegido miembro y secretario de una de las zonas en que se dividió la ciudad para el trabajo del Partido. Este fue el segundo comité provincial del Partido Comunista de España en la clandestinidad, pues el designado al terminar la guerra, encabezado por una compañera, Matilde Landa, fue

descubierto por motivos que nosotros no llegamos a conocer y fusilados sus miembros.

Las cosas comenzaron a vertebrarse, a funcionar mejor, el número de células aumentaba, las medidas de seguridad eran extremas.

Un día, a una reunión faltó un miembro del comité provincial, sin conocerse los motivos. Hubo una proposición de condenarlo a muerte si no existía plena justificación, por considerarse una desertión. Cuando se procedió a verificar la causa de la ausencia no había razones válidas. Era Manuel Prades Blanco. Sometida la proposición de ejecución, fue derrotada por siete votos en contra y dos a favor, entre ellos el mío. Dos meses después, este individuo, viejo dirigente provincial del Partido, fue detenido por la Policía Política, por lo que todos los participantes en el bautizo desaparecimos de nuestros domicilios, incluyendo la bautizada y su mamá.

Al ser apresado pasó a la cárcel de Porlier, desde donde otro participante en el bautizo, designado secretario general y detenido en los mismos días, comunicó que Prades Blanco se había portado bien ante las torturas y que solo lo acusaban de su actuación en la guerra.

Todo el trabajo clandestino realizado consiguió que al llamado del Führer —a pesar de una gran campaña orquestada con la música de las victorias obtenidas por el ejército “invencible” de la Gran Alemania— solo 20 000 falangistas enrolados en la División Azul, bajo el mando del asesino general Muñoz Grandas, fuera la ayuda del vasallo español al amo alemán. La contribución del pueblo español a la defensa de la democracia y a la victoria soviética consistió en impedir que las grandes fuerzas militares que potencialmente poseía la España fascista fueran utilizadas por Hitler. Para entonces ya el pueblo español había pagado el precio de un millón de muertos en los tres años de guerra y más de otro millón en las cuatro décadas de represión que siguió al establecimiento falangista en España.

Durante el período comprendido entre junio y octubre de 1941, la actividad organizativa del Partido aumentó considerablemente no solo en Madrid, sino también en varias provincias de Castilla y el norte de España. A ello contribuyó en buena medida la presencia de Heriberto Quiñones, que habiéndose

fugado de la enfermería de la cárcel de Valencia, tomó inmediatamente en su mano la dirección del trabajo clandestino. Otro factor fue la entrada ilegal de una edición especial de *Mundo Obrero*, órgano central del Partido Comunista, cuya aparición llenó de optimismo a los militantes, pues significó que el Partido no solo vivía, sino que además se vertebraba, a pesar de tener su Comité Central en el extranjero. Quiñones desplegaba una actividad incansable día y noche, incorporando militantes al trabajo clandestino y contactando a representantes de otras fuerzas antifranquistas, con el fin de crear un frente nacional de lucha.

No obstante, su actividad no se podía sustraer a la ley de que cuando se aumenta la velocidad, crece la inestabilidad y aumenta el riesgo. Por esa causa, en una entrevista le planteé lo peligroso de su decisión de reincorporar al Partido a Jesús Ugarte, expulsado del Comité Central del Partido Comunista de Euzcadi en 1934 por trotskista, y en cuyas manos Quiñones estaba poniendo todo el aparato de organización del Partido en la clandestinidad. No nos convencimos uno al otro, y le aseguré que en esas condiciones no podría contar más conmigo, por considerar muy peligroso para los que trabajábamos en la clandestinidad la responsabilidad que había concedido a Ugarte. Nos despedimos, y él me prometió considerar mi planteamiento.

En las garras de la Gestapo falangista

La misma noche de la conversación con Quiñones, a las dos de la mañana, la policía de la Brigada Político Social, rompiendo puertas, entró en mi apartamento sin siquiera pedirme documentación. Al frente de los siete esbirros que nos encañonaban a Pilar y a mí venía un tal Castellanos, viejo falangista descubierto por la policía republicana dos meses antes de terminarse la guerra, emboscado en la plana mayor del transporte del III Cuerpo de Ejército, por lo cual di orden al comandante de aquella unidad de que fuera trasladado inmediatamente a una compañía de zapadores que trabajaba ante nuestra primera línea de fuego.

Sacado de mi casa a empujones, me introdujeron en un gigantesco automóvil Hispano Suiza, de la policía. Con ilimitado

asombro comprobé que me habían sentado al lado de otro detenido, al que reconocí: el polaco, miembro también del comité provincial, y me dije: “¡Cómo es posible!”.

Fuimos conducidos directamente a la Dirección de Seguridad, que estaba en el Ministerio de la Gobernación, y subidos al despacho del señor Martos, jefe de la Brigada Político Social, de aspecto carnicero, al cual nos entregó Castellanos diciendo:

—Aquí están el argentino y el polaco —acompañando la presentación dos tremendos puñetazos en nuestras caras, a los que siguieron una andanada de todo tipo de golpes, propinados por la cuadrilla de asesinos presentes, de los que conté hasta diecinueve.

Uno de los policías le aclaró a Martos, dirigiéndose al “polaco”:

—Este es el ingeniero que estaba trabajando aquí, en el montaje de las emisoras alemanas.

Como al parecer no tenían organizadas las preguntas, después de la golpiza nos condujeron a los subterráneos y nos encerraron en calabozos separados, dos pisos bajo el nivel de la calle.

Utilizando mi estatura determiné que el largo de la mazmorra era de 1,6 metros por el mismo alto y 1,20 metros de ancho, en el cual un camastro de hierro anclado en tres paredes, sin colchoneta, no permitía estirarse completo, por lo que opté por tenderme en el suelo.

El ambiente era maloliente. Toda la ventilación la proporcionaba un ventanuco calado en la puerta, en cuyo hueco, de unos 30 x 20 centímetros, había dos barras de hierro de $\frac{3}{4}$ de pulgada, como muestra del origen inquisitorial del edificio.

El silencio estaba amenizado por los lastimeros quejidos de cientos de torturados, lo cual imposibilitaba el alivio del sueño más allá de un estado de seminconsciencia.

Nunca se me había ocurrido imaginar que cuando en los días de fin de año íbamos a oír las 12 campanadas a la Puerta del Sol, como es la tradición de los madrileños, bajo el austero edificio del Ministerio de la Gobernación, en plena Puerta del Sol, coronado con el espléndido reloj, símbolo de la marcha de la historia de España y que cuenta oficialmente la vida de los españoles, existía un antro medieval de horror y muerte como ahora estaba descubriendo, en el que habrían ya perecido millares de infelices.

Como no sabíamos de dónde procedía el golpe, primero pensé que mi conversación con Quiñones hubiera llegado a Ugarte y este informara a la policía, pero al ver al polaco comprendí que venía de otra dirección.

Además, solo habían transcurrido horas entre la conversación con Quiñones y la detención. Más tarde se supo cómo habíamos sido vendidos. Hacía ya un mes que Prades guardaba prisión, sin habernos delatado, pero un parte de guerra del Estado Mayor alemán anunció: “El Ejército Rojo ha sido aniquilado y pulverizado. Nuestras tropas se hallan a las puertas de Moscú y solo resta realizar las operaciones de limpieza”.

Este parte de guerra fue puesto hábilmente en las manos de Manuel Prades Blanco, en la cárcel de Porlier, donde estaba incomunicado en espera de su juicio, y la noticia lo llenó de pánico. El miserable no pensó más que en salvar su propio pellejo y pidió al guardián que transmitiera su petición de hablar con el juez instructor cosas que sabía y no había dicho.

Presentado en la cárcel el juez, quien era el teniente general Josualdo de la Iglesia y Llano Rosillo, Prades le exigió la promesa de que no lo fusilaran a cambio de informar todo lo que sabía de las actividades clandestinas del PCE, de cuya dirección en Madrid formaba parte.

Naturalmente, el general prometió lo solicitado por el traidor y así, aquella misma noche y la siguiente, la policía hizo su redada.

Los esbirros de la Brigada Político Social, en cuyas manos habíamos caído, trabajaban en dos sesiones nocturnas, la primera la dedicaban a realizar detenciones y la segunda a los interrogatorios.

Al principio se dedicaron a preguntar las formas de organización que había adoptado el Partido Comunista Español y quiénes eran sus dirigentes, con sus correspondientes cargos, utilizando el método de ofrecer la libertad por la delación, y como no les daba resultado aplicaron todos los sistemas de tortura.

Los tres primeros días, los golpes fueron en el cuerpo, con bicho de buey y mangueras, y después pasaron a las quemaduras en las manos y partes sensibles, donde apagaban sus cigarrillos y tabacos.

También nos golpeaban las articulaciones y uñas con reglas de canto, hasta romperlas, aunque comparativamente mis

torturas eran menores, pues una llamada de la embajada de la República Argentina solicitando permiso para visitarme fue de gran ayuda.

Las acusaciones eran poco concretas –“lo sabemos todo”, decían– y yo pensaba que si preguntaban es que no sabían nada. Así pasaron los siete primeros días, de tremendas palizas nocturnas de las que me recuperaba durante el día, tirado en el suelo del calabozo, adonde me conducían arrastrado dos guardias, después de cada interrogatorio.

Ante el poco efecto de las palizas, el señor Martos dijo:

–Busquen y traigan a su hija a ver si habla o no habla.

Pero Pilar, siguiendo mis instrucciones, había desaparecido y la niña fue recogida por unos extraordinarios vecinos, lo cual nos salvó a los dos.

Una noche comenzó a asistir a los interrogatorios Manuel Prades Blanco, quien por haber sido detenido tres meses antes y también por su débil participación en el trabajo del PCE, tenía un conocimiento limitado del funcionamiento de la organización. El primer esfuerzo de la policía conmigo fue que admitiera conocer a Prades, mientras este me persuadía, sentado en un sillón y fumando un habano, de que era inútil negarlo, pues él lo había dicho todo. Esto me dio la medida de la información que tenía la policía y me encerré en la posición de que no lo conocía, que seguramente era un tipo que quería salvarse acusando a infelices.

A los dieciséis días de estar en el calabozo No. 9, en el que según algunos comentarios había estado antes Luis Companys, presidente de Cataluña, ya fusilado en esa época, me trasladaron al calabozo No. 12, con el comunista alemán.

En este calabozo se estaba menos mal, éramos dos en lugar de los tres hacinados en el anterior. El alemán se compadeció de mí y me ofreció su catre, pero los huesos me dolían menos en el suelo y rehusé. El alemán, que hablaba perfectamente español y además francés y árabe, me contó su dramática historia de comunista que logró fugarse y llegar a Marruecos, donde al cabo de varios años fue localizado por la Gestapo y detenido por las autoridades españolas. Estaba de paso para ser conducido a Alemania.

Ya que al ser detenido me hice el propósito de no confiar ni en mi madre, volqué poco a poco mi corazón en aquella víctima

del fascismo y le dije muy “confidencialmente” que había sido voluntario en el Ejército de la República Española por un problema de conciencia, que como era argentino no me ascendieron, siempre fui soldado, haciendo una meritoria demostración de inocencia en los cuarenta y nueve días en que estuve de compañero de celda del alemán.

Desde que pasé al calabozo del alemán las palizas cesaron y los interrogatorios no eran tan frecuentes, mientras al alemán le propinaban una paliza diaria, pero lo hacían en la cámara abierta al final del pasillo, por lo cual los insultos del alemán a los policías y los golpes y preguntas de estos transcendían a todo el subterráneo. Pero había algo singular: el alemán insultaba a guardias y policías, y no presentaba contusiones después de las golpizas. Esto, junto con su interés en hablar en árabe con el polaco, para lo cual empleaba varias horas al día pues los calabozos colindaban, fue conformando en mí la idea de que se trataba de un agente de la Gestapo, que intentaba sacar del soviético y de mí lo que los golpes no habían logrado. Por ello, un día al pasar ante el calabozo del soviético le dije:

—Wajsblum, Otto es de la Gestapo —cosa que hice a tiempo, pues tenía preparado un mensaje en miniatura para que este lo hiciera llegar a Juanita Corzo, secretaria de Dolores Ibárruri, incomunicada en otra parte de aquel sótano. Convertido en una bolita, Wajsblum se tragó el mensaje.

Así, en condiciones infrahumanas, con frío bajo cero, alimentados dos veces al día con hojas de árboles hervidas y de cuando en cuando con algunas cáscaras de mariscos, llegó el 4 de enero de 1942 en que me llevaron al departamento de fotografía para hacerme la ficha. Allí había un espejo y al mirarme no me reconocí. Frente a mí estaba un tipo con pelo y barba muy crecidos, los ojos sin brillo, hundidos en sus cuencas, los dientes negros y las encías blancas, sin sangre. Un barbero me peló y afeitó para hacer posible la fotografía y al verla, exclamé:

—Si algún día soy ministro y me presentan esta fotografía no me quedarán dudas de que se trata de un asesino.

Al anochecer del siguiente día, 5 de enero, fuimos sacados algunos detenidos de las mazmorras y conducidos a un patio interior, donde se hallaba estacionado un carro celular. Con los policías que custodiaban el carro estaba mi compañero alemán.

Cuando yo iba a montar, se dirigió a mí muy sonriente y con la mano extendida dijo:

—Le deseo buena suerte. Si algún día va usted a Frankfurt del Main pregunte por Otto Hauser, agente del Servicio Especial de la Gestapo. Mi padre es el director gerente de la fábrica Osram.

Miré su mano despreciativamente y le contesté:

—Muchas gracias, ya yo me lo suponía.

Parece que no estaba bien informado, pues esa noche no nos fusilaron como él pensó. Tampoco imaginó la serpiente hitleriana que años después su nombre, facilitado por mí, iría a las listas de los criminales de guerra de Nuremberg.

Así terminaron mis terribles e inolvidables sesenta y cinco días en la Dirección General de Seguridad.

En la cárcel

Del Ministerio de Gobernación, flacos, desnutridos, con ropa de verano y temperatura de seis grados bajo cero, nos condujeron a la cárcel de Torrijos, enclavada en un barrio aristocrático de Madrid y cedida graciosamente al tirano por una orden religiosa con el benefactor propósito de facilitar a los represores su “piadosa misión”.

Después de muchos trámites, registros, conteos y pases de revista, fuimos a parar a un desván donde había cientos de presos más y nos acomodamos a tiritar toda la noche, a medio metro de las tejas cubiertas de nieve, que afortunadamente estaban congeladas y no permitían el paso del aire glacial que soplaba. A las seis de la mañana nos despertó la diana con sus estridentes trompetazos y nos obsequiaron un caldo de tapioca bien caliente que nos supo exquisito comparado con el caldo de hojas de árbol que dos veces por día habíamos tomado durante sesenta y cinco días de incomunicación.

Seguidamente un guardia condujo al sótano a los que habíamos ingresado la noche anterior y como medida profiláctica contra el piojo verde, transmisor del tifus exantemático del cual estaban cuajadas nuestras ropas, nos afeitaron hasta el último pelo, nos ducharon con agua helada y, llevando por toda ropa y abrigo un mono húmedo, nos sacaron a un patio.

Era el 6 de enero, que en España se celebra el Día de los Reyes Magos, en que los niños reciben regalos en correspondencia con

las posibilidades de sus padres. Como un regalo para nosotros pronto comenzó a salir el sol, lo cual era inusual en enero. En un ángulo del patio protegido del aire, mi amigo Wajsbblum y yo ocupamos un cómodo asiento en el suelo para disfrutar de sus rayos acariciadores.

Sentados frente a frente, nos miramos y al unísono rompimos en una carcajada al contemplar cada uno el cráneo del otro lleno de deformidades increíbles puestas de relieve por el afeitado de la cabeza, dándonos un aspecto grotesco. Quizás nos reíamos porque a pesar de todo estábamos vivos. Era lo más probable.

Al mediodía entramos en el edificio a comer el rancho, una bazofia para puercos hambrientos, y poco después me ocurrió un incidente curioso.

Estaba sentado en el suelo en un lugar semioscuro cuando una figura alta vestida de negro me señaló con el índice y dijo:

—Usted fue.

—Yo no fui nada, señor —riposté sin saber a qué se refería.

—Sí, usted fue quién me salvó la vida una noche en Villalba, una noche que me iban a fusilar los anarquistas. Usted apenas me vio, pero yo lo recuerdo muy bien.

—Yo no fui, no lo conozco.

Más tarde pedí información sobre aquel individuo a otros presos y me dijeron que se trataba del famoso odontólogo conde de Casa Aguilar, que llevaba varios años preso por ser miembro del Partido Comunista Español. Entonces repasé mi memoria y recordé que al principio de la guerra recibí un mensaje de que un grupo de anarquistas iba a fusilar en Villalba a un militante comunista, no por ser comunista, sino por ser conde.

En 1944 conocí que dicho militante fue puesto en libertad condicional, después de haber perdido el condado y ganado una tuberculosis, y que un día, al pasar ante la guardia fascista del Ministerio de Gobernación, fue tan expresiva la carga de odio y desprecio con que miró a los falangistas, que lo detuvieron y lo mataron de una descomunal paliza.

Aparte del mal efecto que me causó inicialmente el sorprendente encuentro con *mi salvado*, el día, comparado con los anteriores, fue feliz, porque como era Día de los Reyes dejaron a los presos que tenían hijos verlos a través de una fuerte división metálica, y a la hora programada allí estaba Pilar con

mi hija en brazos, increíblemente salvadas de la búsqueda de los gestapo-falangistas. Para terminar felizmente aquel día 6 de enero, al final de la tarde se realizó en el patio de la cárcel una ceremonia tragicómica, que diariamente se celebraba y que consistía en el recuento de los 2 800 presos que allí se encontraban.

Para comenzar se mandaba a formar a todos los presos en largas y apretadas filas, lo cual corría a cargo de los guardianes. Una vez formados, aparecía el director de la prisión con solemne paso, escoltado por el vicedirector, el capellán, el jefe de servicios, el oficial del centro (una especie de jefe de plana mayor) y los demás oficiales, todos ocupaban una tribuna desvencijada, adornada con las banderas del movimiento falangista, ante la cual estaba la banda de música compuesta por tres harapientos presos comunes: un trompeta, un violín y unos platillos.

A una señal del señor director, la banda inició una infernal interpretación del himno fascista *Cara al sol*, que obligatoriamente debían cantar los presos, por lo que se formaba una diabólica algarabía de discordancias e insultos en que nadie podría distinguir ni la música ni la letra, aunque fuera mago. A continuación se iniciaba el recuento y uno comprendía entonces por qué se llamaba así, pues no era un pase de listas corriente, sino que los guardianes semianalfabetos se equivocaban varias veces y lo mismo faltaban 10, que sobraban 8, lo cual llenaba de zozobra a los ocupantes de la tribuna.

En el primer caso habría que dar cuenta a la policía para la captura de los que faltaban, en detrimento del prestigio de la institución, y en el segundo caso había que seleccionar los ocho para incorporarlos al grupo que sería fusilado a la mañana siguiente, pero en los dos casos significaba más trabajo para la dirección. Al fin, después de varios recuentos, la cuenta cuadró y los presos pudieron romper filas después de una hora de pie, pero regocijados dentro de la trágica situación por la incapacidad de los vencedores y su ridícula solemnidad.

En los pocos días que permanecimos en la prisión de Torrijos pudimos apreciar que los presos eran casi todos de carácter político, tenían una elevada moral e invertían su tiempo en círculos de estudio y conversaciones de alto contenido, a veces pintorescas, como en el caso que vamos a referir.

La discusión era entre un estudiante de medicina y un señor de sesenta años, sobre materialismo y metafísica. Cada parte echaba mano de sus mejores argumentos y un numeroso auditorio contemplaba cómo se enrojecían las mejillas del defensor de las concepciones bíblicas. El estudiante hacía algunas observaciones a las teorías de su antagonista, que, empleando el último argumento de su arsenal, exclamó:

—Sepa usted, señor mío, que no está hablando con cualquiera: soy coronel profesional.

La respuesta del estudiante fue lapidaria:

—Ya se nota, ya se nota.

Una estruendosa carcajada puso fin al debate.

Porlier

A mediados de enero *el Polaco* y yo fuimos trasladados a la cárcel de Porlier. Después de los trámites de ingreso se nos destinó a la cuarta galería, donde se nos asignó a cada uno un espacio de dos mosaicos de ancho por seis de largo del cual era imposible salirse pues cada preso defendía su frontera; cuando se tendían los petates para dormir había que entrecruzar las piernas con el compañero de la siguiente fila, y para darse vuelta tenía que ponerse de acuerdo toda la fila, pues los dos mosaicos no permitían descansar de espaldas.

Rápidamente, con posterioridad a nuestro alojamiento, nos contactó la organización clandestina del Partido, que nos informó sobre la situación de la cárcel y en particular de la sala, quiénes de los 84 compañeros restantes eran confiables, quiénes eran flojos y hasta de algún chivato de los que la policía se valía para identificar y relacionar compañeros, de los cuales, pese a las torturas, no habían conseguido establecer sus vínculos clandestinos. Esta prisión estaba solo a 200 metros de la anterior y también había sido *piadosamente* cedida por otra organización religiosa, como prueba de identificación y solidaridad con el nuevo régimen, continuidad consecuente de la actitud mantenida durante la guerra por el cardenal primado y toda la Iglesia católica, con la honrosa excepción de los sacerdotes de Euzkadi y algunos casos individuales en el resto de España.

La prisión, incluido el edificio y sus dos patios, ocupaba una manzana, o sea, unos diez mil metros cuadrados, y estaba delimitada por las céntricas calles Lista, Torrijos, General Porlier y Hermanos Miralles.

La población penal era de entre 5 600 y 6 000 reclusos alojados en las seis plantas del edificio, que a los fines organizativos se denominaban galerías e iban desde la primera a la sexta. La sexta era la más “cómoda”, estaba ocupada por 600 masones de todos los grados, incluyendo los más prominentes, y en la primera planta estaba la Galería Provisional, donde se guardaban los condenados a muerte, de 600 a 1 000, cifra fluctuante dada la gran actividad de los Tribunales de Excepción y los pelotones de ejecución.

El edificio, que ocupaba la mitad de la manzana, era una sólida y moderna construcción en forma de cuatro fuertes muros de piedra de cantería y hormigón armado, con columnas interiores de hierro y tejado sobre estructura de acero. Disponía de un patio interior de 40 x 40 metros que en el fondo estaba cerrado por un muro de cinco metros de altura en el cual había una puerta metálica con un guardián permanente. Esta puerta comunicaba los patios interior y exterior, que en los bordes de las tres calles que lo delimitaban estaba defendido por doble alambrada militar de púas y en cada esquina contaba con una ametralladora para hacer fuego cruzado y rasante en caso de intento de fuga por ese patio. Las ventanas de la prisión estaban protegidas por barrotes torneados de hierro forjado, cuyo grueso daba la impresión de ser imposible de cortar.

Además de los masones, había unos cinco mil quinientos presos políticos, cuya mayoría eran comunistas y sesenta presos comunes. En esta prisión concentraba el régimen de Franco a todos los militantes destacados pendientes de comparecer ante el Consejo de Guerra Sumarísimo para recibir una sentencia que en la mayoría de los casos era de fusilamiento y en otras de garrote vil. Los condenados a otras penas eran trasladados a las demás prisiones y campos de trabajo, que en número de 240 existían en 1943.

Después de la “victoria” fascista en España florecieron dos enormes negocios; uno era el de la bolsa negra con los produc-

tos de primera necesidad; el otro, la explotación de los presos y de sus familiares hasta lo inaudito. Todos los funcionarios del aparato militar, policial y jurídico se dejaban sobornar de la manera más impúdica. Por dinero informaban si el detenido estaba vivo, por dinero informaban del estado de salud, de la situación de su expediente, de quién era el secretario de las causas, que a su vez se dejaba sobornar y repartía con el juez; por dinero entregaban al preso una carta, un paquete de ropa o de comida. Por dinero hacían llegar una medicina, y por dinero retrasaban la celebración del consejo de guerra y se obtenían sentencias de treinta años en lugar de pena de muerte. Por dinero también se conmutaban las penas de muerte, como en el caso de Crisanto Rodríguez, acusado falsamente y condenado a muerte. Se ordenó la revisión de su causa, que concluyó en una nueva pena de muerte, hasta que a la tercera, en el caso de Crisanto, su padre agotó el dinero que tenía por la venta de la panadería de su propiedad, su única fortuna. Y así fue fusilado Crisanto.

Pero había otra forma brutal de explotación de los presos ya condenados, que era su alquiler a las empresas constructoras. En el centro, o al costado de una obra, se construía un campo de trabajo. La empresa acudía a una organización “piadosa” llamada Patronato de Nuestra Señora de la Merced, de composición religioso-militar, a la cual solicitaba la cantidad de trabajadores necesarios, que eran seleccionados en las cárceles de entre los reclusos ya condenados, mediante un examen de su dentadura, musculatura y estado físico general.

La empresa pagaba al patronato el salario oficial que devengaba un obrero libre por jornada de ocho horas, de cuyo salario mínimo de nueve pesetas y media los presos recibían media peseta y la familia una. Por si esto fuera poco, el campo de trabajo estaba custodiado por oficiales y guardianes de prisiones, los cuales acordaban con la empresa jornadas extenuantes de 12 y 14 horas, por lo que la empresa pagaba gustosa, sin que los presos recibieran más que el trabajo brutal e inhumano. Todo se hacía bajo el manto protector del Patronato de Nuestra Señora de la Merced. Todo estaba bendecido y cubierto con el manto sagrado de la religión católica.

Dada la escasez de recursos de los presos, se formaban comunas donde se repartía colectivamente todo cuanto los miembros recibían. *El Polaco* y yo pasamos a formar comuna con dos compañeros madrileños cuyas familias les mandaban comida y dinero, ya que nosotros estábamos en la más extrema depauperación y no podíamos pensar en una ayuda familiar suficiente.

Solo gracias a la solidaridad de la mayoría de la población y especialmente del sacrificio de la escasa alimentación que recibían las familias en aquella etapa de increíble escasez, los presos subsistían al hambre, el frío y la suciedad generada por la promiscuidad en que vivía la población penal, azotada por el tifus exantemático transmitido por los piojos, que en cantidades inconcebibles habitaban en las ropas de los presos a pesar de los esfuerzos de estos para hacer frente a la situación mediante la autodisciplina. Por ejemplo, en la cuarta galería teníamos dos duchas, dos inodoros y dos urinarios para 1 400 personas, sin ninguna asignación de jabón, detergentes, ni desinfectantes. Solamente un día a la semana nos correspondía hacer un paquete con toda la ropa, a excepción de la puesta, la cual se llevaba a una cámara de gasificación durante ocho horas.

Como un increíble exponente de la solidaridad y el sacrificio se produjo un milagro, a los pocos días de estar en Porlier: recibí un paquete de comida enviado por Pilar, a quien el día de la visita pude ver a través de una doble tela metálica, donde cientos de personas de cada lado trataban inútilmente, con sus mejores gritos, de hacerse entender. Posteriormente, Pilar visitó al *Polaco* como si fuera su esposa, pues la de él se había marchado de Madrid. Yo estaba jubiloso: ¿cómo era posible que no hubieran detenido a Pilar? Más tarde tuvimos la explicación:

En el antiguo domicilio de Pilar vivía su hermana Lola, quien fue detenida por mucho que protestó, hasta que al fin compareció ante el consejo de guerra, que al comprobar que no era Pilar modificó la solicitud de pena de 30 años por 12 años, acusándola entonces de ir al cementerio y guardar en su casa uñas de muertos. Rebajó la solicitud de pena como prueba de su alto concepto de la justicia.

La pobre Lola se conformó con tal de que no siguieran buscando a Pilar, ya que ante la ley, ella estaba encar-

celada y cumpliendo sentencia y Pilar podría estar libre, cuidar de la niña y de mí. Con la prisión de Lola, llegamos a ser cinco los de la familia que estábamos en diferentes cárceles. Por suerte, Lola fue liberada posteriormente. Tal era la actuación de los *tribunales de injusticia* fascistas y el desorden reinante.

Emilio Rodríguez

Otro hecho verdaderamente extraordinario vivido por mí en la etapa de la cárcel está relacionado con Emilio Rodríguez, por quien tanto me apaleó la policía. Cuando estaba en la Dirección General de Seguridad, los interrogatorios de la policía sobre mí iban dirigidos, entre otros propósitos, a obtener información sobre un cuadro medio del Partido que yo conocía:

—¿Dónde está Emilio Rodríguez?

Un mediodía abrieron mi calabozo y en la posición en que estaba, tirado en el suelo, a la vez que me propinaban varias patadas, me dijeron:

—¡Ya no hace falta que nos digas dónde está Emilio Rodríguez, ya lo tenemos!

Como a partir de entonces no me preguntaron más, llegué a la conclusión de que la detención era cierta, pero me extrañaba que no nos carearan, de lo cual deduje que no le habían sacado información que lo relacionara conmigo.

En cuanto llegué a Porlier y tomé contacto con la organización del Partido, y en entrevista con su máximo dirigente, a quien conocía del trabajo clandestino, le pregunté:

—¿Está aquí el camarada Emilio Rodríguez?

—Sí —contestó—. Hace varios días que ingresó procedente de la Dirección General de Seguridad.

—Tengo necesidad de coordinar con él algunas cosas para cuando el juez nos interroge. Prepárame una reunión con él dentro de las máximas medidas de discreción posible —solicité.

Dos días después me vinieron a buscar a la sala 16 para llevarme a otra pequeña donde solo había diez o doce compañeros, al parecer todos militantes del PCE, los cuales salieron a pasear en la galería, dejándonos solos a los tres que nos íbamos a reunir.

—Este es Emilio Rodríguez —dijo el representante de la organización del PCE, presentándose a un hombre de unos 28 años de edad y mediana estatura, profundamente demacrado y con una cicatriz que saliendo de la cabeza le bajaba a la frente y le partía la ceja, en una cara llena de hematomas hasta el mentón.

—Tú no eres Emilio Rodríguez —exclamé.

—Yo sí soy Emilio Rodríguez —afirmó.

—Pero no eres el Emilio Rodríguez que buscaba la policía —insistí imprudentemente.

Así se explica que por mucho que me preguntaban yo no entendía nada y aunque me hubiera aflojado nada podía haber dicho.

Y a continuación preguntó:

—¿Y quién es ese Emilio Rodríguez?

—Es un dirigente del Partido —repuse impensadamente—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Tú crees que no lo busquen si yo me callo?

—Creo que no, pues a partir de tu detención no me preguntaron más, lo cual prueba que creen que tú eres la persona que buscaban. Él podrá trabajar con otro nombre en la lucha clandestina. Eso pienso yo —dije.

—Entonces me callo la boca, para que ese otro camarada siga en la lucha.

—Pero nos van a fusilar, Emilio.

—Yo me callo la boca —dijo finalmente.

Y así fue. Cuando 15 meses después nos instruyeron de cargos, entre las 12 penas de muerte que el fiscal pedía estaba la de Emilio Rodríguez, finalmente condenado a 30 años, de los cuales pasó 20 entre rejas, 18 de ellos en el presidio de Burgos. Murió a los seis meses de ser puesto en libertad. Contaba solo 48 años de edad y mil de sufrimientos.

Recordando la modesta grandeza de Emilio Rodríguez, su entrega consciente y desinteresada a la causa de la lucha contra el fascismo, me siento con una deuda que no podría pagar a los miles y millones de revolucionarios que ofrecieron su vida por acabar con la esclavitud fascista y dar a la humanidad la perspectiva de una vida mejor en un mundo de paz.

La vida social en la cárcel de Porlier

La cárcel de Porlier era un volcán en ebullición. La composición política incluía a centenares de dirigentes comunistas, socialistas y anarquistas principalmente.

El tiempo que no se empleaba en clases de todo tipo, en pequeños círculos ilegales pero tolerados por la administración, se empleaba en discusiones políticas, filosóficas y militares. La moral de la población era extraordinariamente alta, estaba alimentada por los partes de guerra del Estado Mayor alemán, que aunque daban sus derrotas como avances, siempre apuntaban en el mapa hacia la retaguardia, y a falta de otra información sacábamos de ellos acertadas conclusiones sobre la inestabilidad del papel del “ejército invencible” de Hitler en la URSS. Ya había sucedido la batalla por Moscú.

No solo había entre los presos dirigentes políticos, sino también cuadros militares, jefes de divisiones y de cuerpos de ejército, profesores universitarios, poetas, músicos, pintores, caricaturistas, periodistas, médicos, arquitectos e ingenieros famosos, e incluso un Premio Nóbel de Física y académicos de la lengua española.

Solo la orquesta de la cárcel tenía 40 profesores de la Banda Municipal de Madrid, que aunque casi sin fuerzas para tocar, hacían un deleite la misa dominical a la que a todos, incluidos los ateos, nos obligaban a asistir. Esas misas eran un espectáculo en parte grandioso y en parte grotesco.

La parte grotesca comenzaba cuando el director, don Amancio Tomé, entraba en el *rastrillo*, salón-pasillo de unos 80 x 20 metros, o en el patio donde se celebraban las misas en razón del estado del tiempo, vestido con un uniforme especialmente diseñado y profusamente emperifollado con tiras doradas que resultaba ser un híbrido de almirante y capitán general, portando en la mano un precioso bastón de mando con empuñadura de marfil adornada con incrustaciones, caminando con paso teatral al frente de un séquito de oficiales al ritmo de una marcha solemne compuesta especialmente para él, cuyos primeros compases eran ejecutados por una corneta cuyo tono ocultaba el canto disimulado de los presos.

—¡Ya viene Tomé...! ¡Ya viene Tomé...!

Era tan ignorante este jenízaro fascista que un día, en el espectáculo musical patrocinado por él, un recitador declamó con gran perfección y sentimiento una poesía que emocionó incluso a aquel bárbaro, el cual preguntó:

—¿De quién es esa poesía?

—De Rubén Darío —le contestó el declamador.

A lo cual el director exclamó:

—¡Que se presente a mí inmediatamente! ¡Quiero felicitarlo!... ¡Y que le den ración doble! —dijo a los oficiales, quienes después de muchos esfuerzos, comprobaron que Rubén Darío no estaba preso. Su vida no alcanzó para conocer esta barbarie, aunque sí la de la colonia.

No obstante, este fascista, tan ignorante como la mayoría de ellos, era menos malvado, y su ignorancia la explotábamos para adueñarnos de algunas posiciones administrativas de la cárcel que estaban desempeñadas por oficiales ineptos y vagos, los cuales aceptaban gustosamente la ayuda de los presos que les hacían el trabajo burocrático.

Don Amancio Tomé fue director hasta el día en que llegaron unas 500 órdenes de libertad y los “presos oficinistas” cambiaron 197 expedientes de los 500 inofensivos presos para los que se enviaron esas órdenes, por los de comunistas que tenían solicitada pena de muerte por el juez instructor, los cuales salieron a la calle. Ello produjo un escándalo mayúsculo y la destitución del director, de algunos oficiales y la pérdida de su destino, con el correspondiente castigo de los reclusos que habían puesto el paquete de expedientes en las manos del oficial encargado de su preparación, para la firma de Tomé.

Cada dos o tres días la población de la cárcel era sacudida por una ola de dolor e indignación al conocerse la lista de los compañeros que serían ejecutados al siguiente día. Muchas veces los fusilados dejaban cartas personales o colectivas, que al circular secretamente de mano en mano elevaban aún más la moral y la fe en la inevitabilidad de nuestro triunfo sobre el fascismo.

A los siete días de hallarme en Porlier, el 21 de enero de 1942, fue ejecutado un grupo en el cual se hallaban los miembros del Buró Político del Partido Comunista de España Isidoro Diéguez y Jesús Larrañaga, y varios miembros del Comité Central, así

como Jaime Giraban, Asarta y Flavio Barreiro, traicionados en Portugal cuando, desde América, intentaban penetrar clandestinamente en España para dirigir la lucha antifranquista.

Días antes de esta ejecución tuve una larga discusión con el dirigente principal del Partido en la cárcel, con motivo de la comunicación de mi propósito de fugarme.

En el transcurso de la discusión le expresé mi disconformidad con la tradición de estoicismo que con ejemplar unanimidad demostraban las víctimas al ir al paredón de fusilamiento, sin miedo, orgullosos de su condición de comunistas, estoicismo fatalista que los comunistas transmitían a los de otras ideologías “para no dar a los fascistas el gusto de verlos temblar ante la muerte”.

Le expresé que yo prefería a un condenado con miedo que se lanzara sobre su guardián, le quitara el arma y lo matara, aunque luego lo acribillaran a balazos. Que no entendía cómo no se hacía algo para salvar a los miembros del Comité Central del Partido, que evidentemente serían ejecutados en los próximos días, como después sucedió.

—¿Algo como qué? —me preguntó.

—No sé —dije—, no tengo una idea elaborada, pero sé que aquí hay más de tres mil comunistas que empujando a una sola voz son capaces de destruir los muros de la prisión.

—Estás loco —contestó—. Las represalias serían horribles.

—¿Y necesitan justificación para fusilar? ¿Por qué fusilan continuamente si no hay fugas?

—El Partido no autoriza las fugas —dijo.

—Pues quiero que sepas que yo pienso que todo preso está inhabilitado como revolucionario y que su misión es fugarse para poder continuar la lucha en mejores condiciones. En cuanto a los riesgos creo que hay que afrontarlos y que el Partido debe organizar algunas fugas, corriendo los riesgos que sean necesarios. ¿Sabes tú quién es *el Polaco*? Yo opino que él solo tiene tanto valor para la revolución como muchos de nosotros juntos, incluido el Premio Nóbel.

Mi amigo *el Polaco*

Lo conocía desde antes de mi detención, aquella noche en que lo encontré sentado en el carro policial. No hubo entre

nosotros ni un gesto, ni una mirada que pudiera indicar que nos conocíamos, pero fuimos incluidos en el mismo paquete de cuatro mil folios que la policía y el juez instructor prepararon contra veinte presos, entre los que había dos mujeres, la mayoría de los cuales nunca nos habíamos conocido, ni siquiera oído hablar de referencia. La policía nunca sospechó que él era ciudadano soviético.

Su nombre, Joseph Wajsblum Herman, hacía verosímil su nacimiento en la ciudad polaca de Lodz, donde su padre, ingeniero inglés casado con una judía, dirigía las allí famosas fábricas textiles, propiedad de una firma inglesa.

Al nacer, Wajsblum se encontró con que en su casa hablaban polaco e inglés, mientras en la escuela, los entonces ocupantes rusos imponían su idioma. Cuando en 1914 los alemanes invadieron Polonia, desatándose la Primera Guerra Mundial, el idioma ruso fue sustituido en la escuela por el alemán. Como su familia tenía intimidad con los Sklodowska, cuyas hijas Eva e Irene, posteriormente Madame Curie, hablaban francés, el niño Joseph se encontró con cinco idiomas que posteriormente amplió y perfeccionó hasta llegar a conocer, entre idiomas y dialectos, doce. Cursó estudios en Berlín, París, Alejandría y Jaffa; se destacó como ingeniero en electrónica y sus relaciones facilitaron que trabajara con Einstein y después con Frederich Joliot Curie, como asistente.

El primer plan de fuga

Wajsblum y yo habíamos constituido una comuna para apoyarnos y repartirnos equitativamente lo que recibíamos de afuera. Los otros dos miembros de la comuna, Teógenes y Chano, eran viejos camaradas míos de la guerra y del deporte; el primero era el campeón de España de alpinismo y el segundo, un notable montañero. Ellos también, por su participación en la guerra, afrontaban una petición fiscal de pena de muerte, lo que hacía mayor nuestra compenetración, ya que los cuatro éramos *carne de cañón*.

Los cuatro miembros de la comuna maniobramos hasta conseguir que nuestros petates estuvieran juntos, con lo cual disponíamos de ocho losas de ancho por seis de largo, o sea, de un

espacio equivalente a un metro y sesenta centímetros de ancho por un metro y veinte centímetros de largo, en el que transcurría todo nuestro tiempo, exceptuando el paseo por la galería o por el patio interior, el día que nos sacaban, una vez por semana.

Jóvenes, deportistas tres de los miembros, y convencidos todos de que no teníamos más perspectiva que el fusilamiento, decidimos organizar nuestra fuga.

Durante once días analizamos un plan de fuga que al día siguiente era reemplazado por otro superior, hasta que elegimos el que consideramos mejor; no obstante, muy complejo.

Localizamos a un preso que fue capataz en la red del alcantarillado de Madrid y, sin que se diera cuenta, averiguamos con él que a una cuadra de allí pasaba un canal subterráneo con andenes laterales.

Pensamos utilizar mi antiguo centro de trabajo, ubicado en la misma calle donde estaba la cárcel, a unos ochocientos metros. Contacté a un camarada dispuesto a todo que aún trabajaba en aquel lugar. Le pedí que explorara la alcantarilla desde el canal principal hasta la entrada de la cárcel, único entronque en aquella cuadra al lado derecho de la calle General Porlier y Lista, para lo cual fue necesario sacar un plano y dar instrucciones precisas; todo en el mayor secreto.

Comenzamos a recoger pequeñísimos trozos de cera que algunos compañeros utilizaban para encerar las agujas con las cuales hacían las suelas de sus alpargatas; cera que nos sirvió para sacar el molde de una cerradura, para lo cual aprovechamos la estupidez de un guardián al que hicimos centrar la atención en un grupo que discutía, mientras uno se acercó a la puerta y sacó el molde. Después de muchas discretas combinaciones conseguimos sacos con los que un pastor experto en sogas nos tejió cuerdas de cuatro a cinco metros, cada una muy fuerte pero de tamaño legal, pues las usábamos para llevar los lunes el petate a la desinfectación. También conseguimos una llave en bruto y al final alguien nos prestó una lima, así elaboramos la llave hasta que fue probada con éxito completo.

Teníamos las sogas, la llave de la puerta blindada, que de noche no tenía guardián, el enlace que el día y la hora fijados estaría esperándonos en la alcantarilla, pero era preciso realizar un ensayo. La boca de la alcantarilla estaba en el centro del

patio interior de la cárcel y había que levantar la tapa de hierro, deslizarse en la alcantarilla y volver a colocar la tapa. En mi antiguo centro de trabajo nos esperaba el baño y la ropa limpia. Se imponía, por lo tanto, provocar varios apagones generales de la luz eléctrica de la prisión, de lo cual se encargó *el Polaco* con todo éxito.

Cuando se produjo el primer apagón, las medidas fueron extremas; la guardia reforzada y la escolta exterior estaba con el dedo en el gatillo de sus ametralladoras. Pero cuando el apagón se produjo varias noches alternas, y no pasó nada, la guardia consideró que era a causa de que los cables estaban viejos y producían cortocircuitos.

Todo estaba a punto, menos una cosa: nadie estaba seguro de que *el Polaco*, cuya salvación era el objetivo principal, podría bajar veinte metros por una sogá hasta el patio interior sin que al deslizarse se quemara las manos por la fricción, soltara la sogá y todo acabara en una tragedia ante el paredón, sin juicio alguno.

Buscando la manera de entrenar al *Polaco* decidimos utilizar al que consideramos el más cretino de los oficiales, cuando pasara visita de inspección.

Efectivamente, cuando a don Perfecto le correspondió la guardia, al entrar en nuestra sala 16 se encontró con una encarnizada discusión que se interrumpió con una solicitud:

—Don Perfecto, es que este compañero dice que es el campeón de España de alpinismo y asegura que bajó Los Hermanitos, que tienen doscientos metros, por una sogá —dijo uno de nosotros.

Teógenes, sogá en mano, se dirigió respetuosamente a don Perfecto:

—Si usted me da su permiso, le voy a demostrar que sí se puede a estos ignorantes, aquí mismo.

—Hágalo —dijo don Perfecto condescendentemente.

Una vez recibida la autorización, acompañada con un leve asentimiento de cabeza de don Perfecto, Teógenes enganchó las sogas amarradas a la estructura del techo y demostró cómo se pasan la sogá los alpinistas por la espalda, el pecho y la entrepierna, sin peligro de impulsarse demasiado o cansarse.

—Así lo hace cualquiera —dije—. Yo creía que era deslizándola con la mano.

—Cualquiera menos tú —dijo Teógenes.

Y allí comenzó un concienzudo ejercicio de los incluidos en el plan de fuga, ante la mirada bonachona de don Perfecto, el estúpido maestro de escuela metido a oficial de prisiones, que se alejó sonriendo.

Aquella noche *el Polaco* y yo fuimos incomunicados rigurosamente durante tres meses, incomunicación de la cual solo salimos para comparecer ante el Consejo de Guerra Sumarísimo.

El tribunal

Antes del consejo de guerra el resultado era perfectamente previsible, aun cuando ya las sentencias contaban con el formalismo de recibirse en un tribunal, en sustitución del método anterior, que consistía en un desfile de los reos ante una especie de inquisidor, que no se sabe por qué mágica deducción establecía la culpabilidad señalando con el índice a los que pasaban ante él:

Pena de muerte...

Treinta años...

Garrote vil...

Este tribunal no veía los expedientes ni daba oportunidad de expresarse a los encartados, pero nunca bajaba de la cota de treinta años, ni de la proporción de dos tercios de condenados a muerte en cada vista del tribunal. Una tarde me avisaron para que me vistiera bien pues iba a recibir una visita importante. Me bajaron a un compartimiento cercano a la Dirección, escoltado por un oficial, y a los pocos minutos se produjo la visita inesperada. Entró el canciller de la embajada de Argentina, acompañado por el director y un grupo de oficiales, anunciándome eufóricamente:

—¡Muchacho, acabo de tener una reunión con el capitán general Saliquet y me prometió que su pena de muerte será conmutada!

—Eso quiere decir —comenté— que el juicio será una farsa y que ya estoy condenado a muerte previamente a comparecer ante el tribunal, pues ya reconocen que recibiré una pena de muerte.

—¡Pero me dio su palabra de honor de que usted no sería fusilado! —insistió el canciller.

—Entonces, don Ricardo, no se hagan ustedes ilusiones, pues no les dio nada. ¡Ese señor no tiene honor: en 1936 se sublevó faltando a su palabra y perdió el honor!

—¿Qué dice usted? —exclamó horrorizado el canciller.

—¡Estás loco! —dijo bondadosamente el director, ante el desconcierto de los oficiales que no sabían cómo acallarme.

—Yo tengo que decirle la verdad, señor canciller, no tengo miedo, sé que estoy condenado de antemano y no puedo permitir que ustedes confíen en estos asesinos.

Y así, consternado por mi incredulidad, se retiró el canciller sin despedirse de mí, mientras el oficial me reintegraba a mi incomunicación.

Llevábamos ya 508 días presos cuando nos citaron a jueces un día, hacia las seis de la tarde.

Allí nos encontramos con un teniente del Cuerpo Jurídico de Artillería cuya guerrera tenía varias condecoraciones. Este se presentó:

—Soy el teniente Verísimo Vázquez y García de los Reyes, defensor de ustedes por oficio.

Y a continuación leyó una lista de once nombres para asegurarse de que todos estaban presentes y conocerlos físicamente. Muchos de nosotros no nos conocíamos.

—Todos ustedes tienen petición fiscal de pena de muerte.

—Después de conocer la solicitud, ¿cómo piensa usted conducir la defensa? —pregunté.

—Yo no conozco el sumario —repuso el teniente—, pues me lo acaban de entregar. Tiene 4 500 folios y solo dispongo de nueve horas. El consejo empieza mañana.

—¿Ni siquiera leyó las conclusiones? —agregué.

—Ni pienso leerlas —replicó nuestro defensor.

—¿Y usted es nuestro defensor? —dijo alguien desde atrás.

—Sí —contestó el teniente empinándose, pues era de baja estatura—, y además revolucionario, falangista, fascista y no me asusta la sangre. Si hay que fusilar a doce, a doce, y si a doscientos, a doscientos. ¡Defiéndanse ustedes, que saben bien lo que hacen!

Y tomando el portafolio se despidió así:

—¡Ah, y el que su esposa lleve esta noche veinte mil pesetas a mi casa, mañana no tiene pena de muerte!

—¿Quién tiene veinte mil pesetas? —dijo alguien—. ¿Cómo avisar a la familia?

—Ustedes tienen medios de avisar —concluyó el teniente, en abierta alusión a la organización clandestina en la cárcel.

Al terminar la sesión con el defensor, pregunté a Emilio Rodríguez:

—¿Qué vas a hacer, Emilio?

—¡Callarme! —contestó, dejando en mí una sensación de infinita admiración y respeto al más alto ejemplo de disciplina, espíritu de sacrificio y mayor firmeza revolucionaria que conocí en mi vida.

Aquella noche hubo actividad en la cárcel para proveernos de todo lo necesario con el fin de asegurar una presencia digna ante el tribunal.

Durante la madrugada del 22 de marzo de 1943 nos duchamos con agua helada y el amanecer nos descubrió elegantemente vestidos, afeitados y perfumados cuando los guardianes leyeron en voz alta la lista que escucharon en silencio los 1 200 presos de la cuarta galería.

Cuando abrieron la sala 36 en que nos encontrábamos los incomunicados, vimos a nuestros compañeros colocados a todo lo largo de la galería en dos densas filas que formaron espontáneamente, dejando solamente un pasillo de un metro, lo cual les permitía que a nuestra marcha nos pusieran la mano en el hombro, en forma de despedida y deseo de buena suerte.

Solo un hombre desconocido rompió la fila y abrazándose a mí exclamó:

—¡Gracias! —al tiempo que en dos surcos bajaban de sus ojos las lágrimas, que dejaban en su cara terrosa de viejo campesino castellano la marca de un sentimiento muy profundo, que casi nunca manifiestan de esa manera los españoles.

Era la despedida última, final, que nos tributaban nuestros compañeros de 15 meses de cautiverio, convencidos de que no había salvación posible.

El Consejo de Guerra Sumarísimo

Metidos en un camión de la policía nos condujeron directamente al Palacio de Justicia, conocido popularmente en Madrid como *las Salesas*, pues se encontraba en la plaza de ese nombre,

pero que en verdadera justicia debía llamarse *Palacio de las Injusticias*.

Hasta el comienzo del consejo fuimos previsoriamente alojados en distintos compartimientos para evitar que nos pusiéramos de acuerdo.

A las diez de la mañana fuimos introducidos en un imponente salón, donde bajo los símbolos fascistas y las banderas de la monarquía y la Falange se hallaba el estrado de los magistrados.

En él estaban sentados, en el lugar de los magistrados, trece asesinos con uniformes de coroneles y generales, ya retirados, que habían encontrado nuevo trabajo y lucían numerosas condecoraciones ganadas en las guerras coloniales de Cuba y de Marruecos. Aquellos “venerables” militares estaban conscientes del servicio que prestaban a la humanidad liberándola del *peligro comunista*, a juzgar por la expresión de sus rostros.

Todo el escenario era muy solemne, pero se les habían olvidado los testigos y el público, para el cual el local estaba provisto de numerosos y cómodos asientos en forma de semicírculo con base en el estrado.

Los reos ocupábamos bancos rústicos de roble situados en un nivel inferior. Estábamos agrupados en dos partes: 19 de un lado, y uno en el lado opuesto, de frente, este era nuestro delator. Cada grupo tenía por supuesto un defensor diferente.

—Queda constituido el Consejo Sumarísimo para conocer y fallar sobre los delitos contra la seguridad del Estado que constan en el sumario instruido por el juez especial, teniente general Josualdo de la Iglesia y Llano Rosillo, cuya lectura oiremos a continuación. El relator tiene la palabra —dijo el presidente:

—Resultando que... —comenzó el relator y leyó la síntesis de la acusación fiscal, con los nombres de los veinte acusados, incluido el traidor, quienes habíamos “cometido un crimen de lesa patria al querer derrocar el régimen instaurado por el Caudillo”. Omitió, por supuesto, que el costo fue de más de un millón de muertos.

A continuación tomó la palabra el fiscal, teniente general Banjul, que comenzó una diatriba llena de injurias contra nosotros y de grandes afirmaciones de fe fascista.

Este general había ascendido como la espuma en la guerra. Era hijo del general Banjul, cobarde jefe de regimiento que se sublevó al inicio de la guerra al frente de 3 000 hombres. A los dos días de su alzamiento fue derrotado en el cuartel de la Montaña, centro de Madrid, por el pueblo que atacó la fortaleza con palos, piedras y un cañoncito. El pueblo apresó al general y a los oficiales; el general fue fusilado por traición. A Banjul hijo lo detuvo una organización anarquista que lo sometió a crueles represalias, las cuales lo dejaron en el estado que ahora presentaba ante nosotros, semejando el Quasimodo de *Nuestra Señora de París* en lo físico y a Ilse Koch en lo moral.

Aquel energúmeno encorvado, contrahecho, retorcido de cuerpo y alma, inspiraba repulsión por su aspecto y por el odio a la humanidad que destilaban sus palabras. Aquel ente con aspecto de aura tiñosa y uniforme de general, de ojos turbios y nariz ganchuda apuntando al suelo, consumió una hora lanzándonos improperios que repetía una y otra vez, hasta saciar su ira.

En nosotros produjo cierta contenida hilaridad, y un estado de somnolencia en el “respetable tribunal”, que escuchaba la diatriba babeante de indignación.

Cuando hubo terminado su introducción, el señor fiscal se dirigió a mí:

—Póngase de pie. ¿Conoce usted al acusado que se encuentra en el banquillo frente al suyo?

—Sí, señor —contesté con aplomo.

—Señor presidente, señores del tribunal, ya no niega, ya no niega conocerlo.

—¡Cómo lo voy a negar si ese tipo presenciaba mis torturas en la Dirección General de Seguridad, noches enteras sentado en un sillón y fumando un habano!

—Cállese —gritó furioso el fiscal—. ¿Qué grado obtuvo en el Ejército Rojo?

—En el Ejército Popular Republicano, querrá usted decir —contesté.

—Es igual, es igual —ripostó.

—Para usted sí, para mí no.

—¡Conteste y no polemice! —dijo él.

—Es que usted pregunta y yo debo contestar claramente.

—¡Cállese ya! ¿Qué grado obtuvo?

—Soldado.

Mi declaración, o sea, mis respuestas, llenaron de furor al fiscal y dieron la tónica a los otros compañeros, comenzando por Wajsblum; el tribunal daba muestras de impaciencia por considerar que estaban perdiendo su precioso tiempo, en vez de aprovecharlo en tomar unos buenos vasos de vino. El fiscal consideró probada nuestra responsabilidad y el presidente dio la palabra a nuestro defensor, quien inició así su alegato:

—Señor presidente, señores del tribunal, es tan evidente la culpabilidad de mis defendidos que ante las pruebas mencionadas por el señor fiscal no me queda otra posibilidad que poner el destino de los inculpados en la reconocida magnanimidad de este honorable tribunal, solicitando que actúe piadosamente al pronunciar su sentencia.

Inmediatamente la presidencia procedió, como era de rigor, a dar la palabra al otro defensor que representaba al delator.

—Señor presidente, señores del tribunal —dijo con voz serena y pausada—, les ruego tengan la amabilidad de posar sus dignas miradas en el rostro de mi defendido. Observen sus facciones bondadosas, su mirada apacible y tranquila. Todo su aspecto inspira a primera vista que se trata de un ser incapaz de concebir ninguna maldad. Observen ese reptil, ese monstruo que se esconde bajo tan inofensiva apariencia. Es el ser más despreciable y malvado que se pueden imaginar. ¿De qué infamia no será capaz este vil engendro que ha sido capaz de delatar, de traicionar a sus propios camaradas, para lo cual solicitó a cambio al juez instructor no ser condenado a muerte y ahora espera confiado el pago? Pero, señor presidente, señores del tribunal, yo digo como el general Pompeyo cuando se negó a perdonar la vida de los delatores del patriota Viriato: “¡Roma no paga traidores!”. ¡Y la Falange tampoco debe pagar traidores!

Grande fue el estupor de todos los inculpados ante la violenta acusación de aquel defensor de oficio, rebelándose contra el pago de la traición de su defendido.

De inmediato los exhaustos miembros del honorable tribunal, desfallecidos y lacrimosos —pues algunos eran muy ancianos—, se retiraron a deliberar. ¡En qué manos estaba nuestro futuro!

Pasada una hora, el tribunal entró en la sala exhausto por el esfuerzo, y ante nosotros y los guardianes, puestos de pie, el presidente anunció:

—Este honorable tribunal, teniendo en cuenta las pruebas aportadas por el acusador fiscal y por la defensa, acordó dictar el siguiente fallo...

A continuación leyó cuatro penas de muerte y 16 cadenas a 20 y 30 años, pronunciando los nombres.

Entre los condenados a muerte estábamos Wajsblum y yo, además un español y Manuel Prades Blanco. ¡El traidor no era pagado!

Aquello era un triunfo, un triunfo que se producía al mismo tiempo que el ejército nazi de Von Paulus estaba siendo aniquilado por las tropas soviéticas en Stalingrado.

¡Emilio Rodríguez se había salvado! Había sido condenado a 30 años y ni a nosotros ni a nadie en el mundo le cabía en la cabeza pensar entonces que el régimen de Franco duraría más allá de la caída del nazismo en Alemania.

El Consejo de Guerra Sumarísimo había dispuesto del futuro de veinte personas, en tres horas.

Terminado el acto, Wajsblum y yo fuimos recluidos en jaulas de seguridad. Pilar sobornó a un guardia y nos envió un buen almuerzo.

Después yo, que entonces tenía buena voz, canté tangos, mientras Wajsblum se fumaba un habano *Romeo y Julieta*. Aquel tabaco tenía una pequeña historia. Un día fue a verme a la sala 16 un compañero de la cuarta galería que había sido jefe de Transporte del II Cuerpo de Ejército, el cual me quería y respetaba mucho. Lucía su *Romeo y Julieta*.

—Mira lo que me mandó mi mujer.

—Déjame olerlo —le dije—. ¡Tiene un aroma exquisito, pero este no te lo vas a fumar tú!

—¡Pero si tú no fumas! —dijo consternado.

—Yo no, pero lo voy a guardar para que se lo fume *el Polaco* el día que nos condenen a muerte.

—Si es así está bien, se conformó.

Y efectivamente, cuando terminamos la comida, mi amigo y camarada de infortunio recibió de mi mano el habano, que encendió y llenó de aroma la jaula hasta llamar la atención del imponente miembro de la Policía Armada que subametralladora en mano custodiaba nuestro recinto.

Mientras Wajsblum fumaba, yo canturreaba, y como llevé encima papel y estilográfica, decidí escribir al embajador de la República Argentina e informarle del juicio. Decía la carta:

Excelentísimo Señor Embajador:

Permítame distraer su atención para informarle que hace una hora terminó el Consejo de Guerra Sumarísimo por el cual fui condenado a muerte.

El Consejo de Guerra fue muy solemne. El tribunal estaba compuesto de honorables coroneles y generales retirados, muchos de ellos tan ancianos que pasaban gran trabajo para no dormirse.

¿Qué otra cosa pudieron hacer que condenar a muerte a quien comparecía ante ellos lleno de juventud, de complexión atlética, bien vestido y que al ser interrogado por el fiscal se puso de pie sin temblar?

¿No fue esto una ofensa, un delito y un insulto para tan venerable tribunal?

Todo el juicio, señor embajador, fue una farsa hasta el punto de pedirnos pruebas de que la acusación fiscal era falsa. En ningún momento se mencionó mi condición de argentino ni se me acusó de robos, abusos, fraudes o muertes y sí de ser antifascista, incluso se me atribuyó una intachable conducta moral.

Con mis saludos más respetuosos.

José A. Tuero

Una vez terminada la carta, observé que mi compañero había consumido parte del *Romeo y Julieta*, por lo cual le pedí el resto para enseñárselo a la réplica de SS que nos custodiaba con uniforme y porte impecable. Le pregunté:

—Señor policía, ¿le gustaría fumar este resto de *Romeo y Julieta*?

—Sí —contestó precipitadamente.

—Se lo tiene que ganar —dije—. Usted sabe que acaban de condenarnos a muerte. Pues bien, en la puerta está con mi mujer mi hijita pequeñita y quiero besarla antes de que me fusilen. ¡Haga pasar a mi hijita y es suyo el tabaco!

En ese año 1943 el hambre y todas las necesidades en España y Europa llegaban a límites inconcebibles. Así fue que el policía llamó a otro y a los diez minutos mi hijita estuvo unos cinco

minutos con nosotros y le pude ocultar entre su ropita interior la carta para el embajador argentino.

En la Galería Provisional

Era el 23 de marzo cuando *caímos* en la Galería Provisional de la cárcel de Porlier con *la Pepa* encima, como le llamaban irónicamente los presos a la pena de muerte, para la cual incluso tenían una canción con profundo humor, en argot madrileño y con música de chotis, que decía:

*Es la Pepa una gachí
que está de moda en Madrid
y que tiene predilección por los rojillos.
Cuando pasa esa mujer por Torrijos o Porlier
a cualquiera se le arruga el solomillo.*

El ingreso de tres más completó la cifra de 630 presos. Algunos llevaban condenados a muerte hasta cuatro años, como el ciego Moya, que había contado ya más de seis mil fusilados sin que la suerte hubiera hecho caso hasta entonces de sus ruegos, que al fin atendió en el mes de octubre de aquel año, pues la demora en la ejecución era una manera sádica de aumentar los sufrimientos, a los que la muerte ponía fin.

El hueco que nos correspondió era peor que en la cuarta galería; el hacinamiento era aún mayor, había gran humedad y suciedad a pesar de los esfuerzos de los condenados, que no disponían más que de una ducha, un lavadero, un inodoro, una llave de agua y un cubo.

El frente de la Galería Provisional era una enorme reja con una pequeña puerta y una cabina en la parte exterior, también de barrotes de hierro en todas partes.

La pared derecha solo tenía una puerta blindada; por ella sacaban a los que iban a ser ejecutados hacia la capilla, lugar donde recibían la oferta del cura de la prisión de ponerse a bien con el Señor antes de morir, lo cual no evitaba ser amordazados con esparadrapo y alambrados de pies y manos, como medida de seguridad que se tomaba para hacer el recorrido hasta el Cementerio del Este, donde se realizaban las ejecuciones.

El caso de muerte en garrote vil era una excepción cuya ceremonia se celebraba en la cárcel, con la “piadosa” asistencia del cura párroco, el verdugo y de un médico que tenía como misión controlar que la víctima no expirara antes de sufrir la cantidad de apretones que el tribunal de los dignos generales había dispuesto como justos para expiar su culpa de querer crear un mundo de paz y hermandad humanas.

La pared de la izquierda de la cárcel corría paralela a la calle Hermanos Miralles, cerrada al tránsito con rollos de alambre de púas militarmente dispuestos y una ametralladora en cada esquina, emplazadas en torres de unos cinco metros de altura. Todo este dispositivo se veía a través de unas ocho ventanas de gran tamaño abiertas en esa pared, y provistas de gruesos barrotes de hierro. La guardia exterior de la cárcel la hacía el Ejército, mientras en el interior actuaba el Cuerpo de Prisiones.

Las ejecuciones eran realizadas por fuerzas rotativas del Ejército, de la Guardia Civil o de la Policía Armada, de forma que nunca fuera el mismo pelotón quien ejecutaba, lo cual daba al régimen una mayor seguridad de que no se rebelarían, y además implicaba en el crimen a mucha gente que después temía la posibilidad de un cambio de régimen.

Los militares fascistas de la Falange Española participaban en los fusilamientos como voluntarios y muchas veces organizaban las matanzas para su satisfacción criminal.

El nivel de la moral en la Galería Provisional era extraordinariamente alto y la mayor preocupación era no flaquear en el momento de *la saca*. Solo presencié el caso de un viejo de 70 años que se echó a llorar, mientras vi a dos muchachos de 17 años comportarse serenamente cuando los sacaron por la puerta blindada para la capilla.

Por cierto, aquel viejo y uno de los muchachos formaban parte de un sumario o expediente donde había 17 acusados, todos con petición fiscal de pena de muerte. En el tribunal, el fiscal se dirigió al viejo para preguntar:

- ¿De dónde es usted natural y vecino?
- De Paracuellos del Jarama, señor —contestó el viejo.
- ¿Conoce a los acusados que están con usted?
- Sí, señor, son vecinos míos.

—Señor presidente, me basta. Elevo mis conclusiones provisionales a definitivas, solicitando sea aplicada la pena de muerte a los 17 encartados —concluyó el fiscal.

Y los 17 fueron ejecutados por el delito de ser de Paracuellos del Jarama, pueblo a 20 kilómetros de Madrid. Por el delito de estar el pueblo en lo alto de una meseta que había del lado del río Jarama y frente al aeropuerto de Barajas. Allí hay un farallón o talud vertical, donde en los días trágicos de la defensa de Madrid fueron fusilados muchos miembros de la quinta columna que se alzó para ayudar al general Mola a tomar militarmente la capital de España. Fueron ejecutados no por participar en los fusilamientos, sino solo por estar allí.

En la Galería Provisional las clases de superación en muchas materias continuaban a pesar de la posibilidad de morir al próximo día. Me hice cargo de la clase de Geografía Universal, cuando fusilaron al maestro Pablo Yague, prestigioso dirigente comunista de Madrid que había salido en libertad tres meses atrás, cuando el presuntuoso don Amancio Tomé firmó por error su libertad en el paquete de 500 libertades que le costó el cargo de director.

Pablo fue detenido a las pocas semanas de escapar; trabajaba en la actividad clandestina del Partido, lo que sumó otra pena de muerte a la petición fiscal, por si fuera poco una. Al ir a *sacarlo*, Pablo se despidió de todos los compañeros, insistiendo en su convicción de la inevitable derrota del fascismo.

El oficial Menoyo, esbirro fascista que realizaba la *saca* e incluía en este caso a Pablo y varios más, quiso interrumpir la manifestación de fraternidad y dijo:

—¡Vamos, termine ya este doloroso momento!

—Para mí —dijo Pablo—, es mi última satisfacción despedirme de mis compañeros y en cuanto a usted, no debe serle tan doloroso cuando se presta voluntario a las *sacas*. Así pues, no se ponga nervioso que yo no lo estoy.

Acto seguido pidió picadura de tabaco, lió un cigarrillo, al estilo español, con mano firme y lo encendió.

—Ve —le dijo al fascista—, no estoy nervioso, no me tiembla el pulso.

—Usted no estará nervioso pero yo sí —dijo el asesino.

—La diferencia está en que yo tengo la conciencia tranquila y usted no. ¡Vamos!

La clase de Geografía tenía muchos y aplicados alumnos; todos querían saber dónde estaba cada lugar en que se desarrollaban los combates señalados en el parte de guerra, bien fuera la región del río Don, el desierto de Cirenaica o una pequeña isla del océano Pacífico, pues todas nuestras esperanzas de salvación estaban colocadas en una fulminante victoria sobre el nazifascismo.

Llevábamos un mes en la Galería Provisional cuando se produjo una visita inusitada.

El oficial que custodiaba se acercó al enrejado y gritó:

—¡José Wajsblum!

Las seiscientas miradas se dirigieron a una figura alta, con sombrero y vestida de negro, que estaba junto al oficial, al otro lado de la reja.

Cuando Wajsblum se acercó, la figura le habló en alemán y *el Polaco* le dijo:

—Háblame en español que tú lo sabes bien. Porque quiero que mis camaradas entiendan lo que tú dices y lo que yo contesto.

—¿Por qué me maltratas si vengo a traerte la libertad? —dijo el alemán.

—¡La libertad, tú! ¿A cambio de qué?

—A cambio de nada, a cambio de que trabajes, ganarás lo que quieras y vivirás totalmente libre en Francia. Necesitamos poner en producción las fábricas Schneider y tú las conoces bien.

—Dile a tu amo, a Von Sthorer —casi gritó el soviético de origen polaco—, que si tú has sido traidor yo no, que no fabricaré cañones para disparar contra mi patria.

—Estás equivocado —dijo el nazi—, yo no soy traidor, yo me di cuenta de que Hitler dará a los alemanes aquello por lo cual luchábamos.

Terminada la visita, Wajsblum nos explicó que se trataba de un estudiante que había conocido en la Universidad de Berlín, años atrás, como miembro de la dirección de la Juventud Socialista, y que al triunfar el nazismo en 1933 había traicionado pasándose al Partido Nacionalsocialista.

Durante los 85 días que permanecí condenado a muerte, hacinado en la Provisional, pude conocer algunos casos extraordinarios.

Adelo Aguado Hidalgo, viejo comunista de Ciudad Real, fue detenido el mismo día de su regreso de Argelia. Sometido durante tres meses a horribles torturas, nada pudo decir de lo que nada sabía.

Por fin, el famoso juez especial, general Josualdo de la Iglesia y Llano Rosillo, lo interrogó y, como no sacó nada en claro, dijo:

—Secretario, escriba que se niega a declarar.

—Tenga, firme —le dijo el secretario a Adelo.

—Tampoco firmo —replicó Adelo.

—¡Pues no firme, no me hace falta! —dijo furioso el enano general—. Para fusilarlo, para quemarlo vivo, no me hace falta su declaración.

Ya anteriormente este monstruo me había advertido algo similar:

—No me importa que usted sea argentino, lo fusilaré. ¡Sepa que siendo auditor general de Cataluña firmé 48 000 ejecuciones sin temblarme el pulso!

Y Adelo fue condenado a morir en garrote vil mediante treinta apretones de dos minutos. ¡Una hora de agonía para la sádica satisfacción de la justicia fascista!

Cuando Adelo fue sacado de la Provisional, solo, por la puerta blindada hacia la capilla, lo hizo cantando *La Internacional* y desde esa hora, las cuatro de la tarde, hasta las cinco de la mañana que lograron meterlo en el cepo y ponerle el collarín alrededor del cuello, cantó con potente voz cuantas canciones revolucionarias conocía, conmoviendo no solo la cárcel donde ningún preso durmió en toda la noche, sino que sus canciones lograron llegar incluso a los transeúntes de la calle Torrijos.

Como a las cuatro de la mañana y a través de la puerta blindada, que no sabemos cómo, tenía un agujerito de unos cinco milímetros por el cual mirábamos en turno continuo los condenados, vimos pasar al cura párroco de la cárcel y sentimos su voz gritar con católica devoción:

—¡Callen a ese cabrón!

—Cálleme usted —dijo Adelo—. Entre, padre, ¿o tiene miedo? ¿No lleva una pistola ametralladora al cinto? Entre, no tenga miedo.

Y el “santo varón” se retiró.

Otro caso extraordinario fue el de un joven campesino de Villarejo de Salvanés, quien se encontró con sus dos hermanos como última voluntad de estos, condenados a muerte.

—No olvides quién nos fusila —le dijeron como despedida.

El muchacho, cuya madre había sido asesinada y su hermana violada por los esbirros cuando estaban buscando a sus hermanos para detenerlos, volvió al pueblo, escarbó y encontró dos pistolas que sus hermanos habían enterrado, y después de limpiarlas y engrasarlas montó guardia al jefe de la Falange, autor de los abusos, al que siguió y acribilló a balazos en un descampado.

Las investigaciones policíacas se orientaron hacia un pobre carpintero, padre de familia, el único que quedaba en el pueblo de los que habían votado por el Frente Popular. Las palizas eran horribles y el pueblo comentaba sobre su inocencia, por lo cual el muchacho con sus 17 años y las dos pistolas se presentó a las autoridades y reclamó:

—Suelten a ese hombre que es inocente. Yo lo maté.

Cuando lo sacaron para fusilar, se despidió tranquilo y sonriente como solo lo puede hacer un joven que tiene la conciencia del deber cumplido.

Todos los días eran intensos en la Provisional y tratar de describir tanta tragedia y tanto heroísmo daría tema para varios libros. Yo no tenía ninguna esperanza de salvación y por esa conclusión a que había llegado, no sentí ningún miedo. No obstante, la fuga seguía estando en mi mente. Un día, un compañero anarquista muy bueno me sorprendió pensativo en el baño, mirando hacia la ventana y las torres del centinela del patio.

—¿Qué miras tan pensativo?

—Que por esa ventana me voy a ir —contesté.

—Estás loco, si logras salir te matará la posta. ¿Cómo vas a cortar los barrotes de hierro?

—Si no tengo otra cosa, con los dientes —insistí—. Es un solo barrote y se corta él o yo me rompo los dientes, ¡de todas formas me los van a romper! Si me mata la posta, es mejor que morir con la boca tapada con esparadrapo y las manos y los pies alambrados. El mayor problema es cortar el barrote, después las postas se aquietan hasta las cinco de la mañana y tú, que

estuviste en el frente, sabes lo que le pasa a una posta a las cinco de la mañana. ¿Te imaginas una posta a las cinco de la mañana, en invierno, con frío y un poco de niebla, en un lugar donde nunca, en cuatro años, pasó nada y todo el mundo piensa, como tú, que es imposible que pase?

Durante este período la embajada de la República Argentina en España, bien por mi carta o porque recibiera órdenes del Gobierno argentino presionado por el movimiento de solidaridad antifranquista que en esa época era muy activo en Buenos Aires, presentó en audiencia del embajador ante el *Generalísimo* Franco la petición de conmutación de mi pena de muerte, a la cual el *Caudillo* contestó generosamente:

—Tendré sumo placer en dar satisfacción a la petición del Gobierno argentino —le respondieron al canciller.

Pero esto lo supe yo más tarde, pues los acontecimientos se precipitaron. Un día que llevábamos como tres sin fusilamiento, corrió un rumor que, como siempre, comenzó con un misterioso erizamiento en la piel de los condenados, que cuando había *saca* parecían estar reactivados con una carga eléctrica:

—¿Se sabe algo?

—No, nada, por ahora...

—Dicen que sí —se oyó más tarde.

—¿Quiénes?

—No se sabe, no hay nada y si hay, hay que esperar a que llegue la lista de Auditoría a la Dirección.

—¡Dicen que sí, que hay *saca*...!

—¿Qué expediente es?

—No se sabe... dicen que son cuatro.

—¡Cuatro! Aquí no hay expedientes de cuatro —dijeron los que llevaban la cuenta mentalmente.

—Sí —dije yo a Wajsblum—. Llegó la hora, somos tres aquí y Prades que está en la celda de castigo, cuatro.

E inmediatamente me puse a escribir mi apelación al embajador argentino. Coincidió que al siguiente día era 25 de mayo, aniversario de la independencia de Argentina.

Excelentísimo Señor Embajador de la República Argentina en España:

Desde la difícil situación en que me encuentro tengo el gusto de felicitar a Ud., máximo representante de nuestro país en España,

al cumplirse hoy un aniversario más de la Independencia Nacional de la República Argentina, a la vez que le doy mis expresivas gracias por los esfuerzos que Ud. realizó para salvar mi vida.

Escribo esta carta pocas horas antes de ser ingresado en la capilla para mi ejecución en este día víspera del 25 de mayo, tomado por el régimen de Franco para hacer una afrenta a nuestra patria, ya que mi persona carece de relieve para que tenga importancia mi ejecución en sí misma.

Lamento no solo por mí, sino por Ud., que el general Franco haya violado su promesa de conmutar mi pena de muerte pues me hago cargo de su situación.

Crea, señor embajador, en la sinceridad de mi agradecimiento hasta la última de las pocas horas que me quedan.

Con todo respeto.

José Américo Tuero

Ahora el problema consistía en hacer llegar la carta inmediatamente al embajador. Me ayudó que desde hacía pocas semanas los combatientes internacionalistas norteamericanos que, formando parte de la brigada *Abraham Lincoln* lucharon en la guerra de España, nos enviaban un paquete de comida, cigarrillos y siete dólares semanales, de cuyo contenido no vimos nunca el dinero. Tomando una cajetilla de cigarrillos *Camel*, de las dos que conservaba en reserva pues sabía que eran una *llave*, encendí un cigarrillo y me acerqué a la cancela echando fuertes bocanadas de aromático humo hacia la cabina del oficial de guardia. El oficial miró hacia la galería y ante mi seña de que se acercara, preguntó:

—¿Qué desea?

—Páseme a su cabina y se lo explico.

—Hable desde ahí —contestó el oficial.

—Para qué voy a gritar. ¿O es que tiene miedo con una pistola y yo desarmado?

Nunca había pasado nada y parece que mi aspecto convenció al oficial. Desde el día del consejo de guerra decidí gastar mi mejor ropa, así que me bañaba tanto como podía y me afeitaba y perfumaba diariamente, lo que ayudaba a mantener el ánimo colectivo.

Pasé a la cabina del oficial y dije:

—¿Usted sabe que soy argentino?

—Sí —contestó.

—Y sabe también que dentro de algunos momentos me sacarán para la capilla para fusilarme —continué mientras le ofrecía un cigarrillo, que él tomó con codicia de la cajetilla, gesto que aproveché para decirle:

—Quédesela, yo tengo más.

—Yo no sé nada —se excusó el oficial.

—Lo que usted no sabe es que mañana es el aniversario de la independencia nacional argentina y hoy hay una recepción en la embajada y le quiero proponer que vaya allá y le entregue esta carta de felicitación al señor embajador, en mano. La embajada está cerquita y seguramente lo invitarán a comer —dije incitándolo.

—Yo no puedo hacer eso —dijo el oficial—. Nos está prohibido sacar correspondencia y nos registran.

—Sáquela en la mano, está abierta, diga a su jefe para quién es.

—No, no puedo —dijo ya con menos fuerza.

—Mire —arremetí—, usted sabe que todos los condenados que están ahí no serán fusilados y si usted hace esto algún día le servirá. Ningún régimen es eterno y Franco está ligado a Hitler. Usted sabe que las tropas alemanas perderán la guerra, pues conoce la catástrofe del ejército alemán en Stalingrado. Cualquier buena acción puede ser que algún día le salve a usted la vida.

Y le puse la carta sobre su mesa, al tiempo que me volvía para entrar en la galería.

Después me contó mi hermana, que estaba en la recepción de la embajada, que el embajador la llamó y le enseñó la carta. Luego se dirigió hacia el Palacio del Prado a fin de obtener una entrevista con el tirano. Momentáneamente la ejecución fue suspendida para los cuatro, y veinte días después fue conmutada mi pena de muerte, pero no la de mis compañeros, ejecutados cuatro meses más tarde, incluyendo al traidor.

Cuando me despedí de mis compañeros de la Provisional, con gran alegría disimulada por mí, pero con inmensa pena por la situación de ellos, tuve una entrevista con el anarquista con quien había sostenido la conversación sobre una posibilidad de fuga desde el baño.

—Arturo, quiero hacerte un regalo —le dije.

—¿De qué se trata? —preguntó expectante.

—Quiero regalarte “mis dientes”, por si te decides a fugarte en mi lugar.

Y acto seguido le entregué una hoja de segueta que Pilar ingeniosamente había pasado entre la comida que me enviaba, a pesar de ser rigurosamente registrada.

Meses después, cuando ya no estaba yo en Porlier, me enteré de que Arturo fue muerto a tiros de ametralladora ya en la calle, casi libre. ¡Pero al menos no sufrió la infamante mordaza de esparadrapo ni las manos y pies alambrados! ¡Murió combatiendo!

Al fin, el día 15 de junio, al cabo de 85 días desde mi condena, se produjo la conmutación de mi pena de muerte por 30 años de trabajos forzados.

Como resultado de la enorme tensión a que sometí mi sistema nervioso en los tres meses últimos para no manifestar ninguna flaqueza ante mis compañeros, al reintegrarme a la cuarta galería me aparecieron una serie de 14 forúnculos en ambos oídos, que me hicieron muchas veces desear que me hubiesen fusilado. No había ninguna clase de medicinas y la asistencia de los médicos presos no alcanzaba, por más esfuerzos que hacían para aliviar tantos casos de tuberculosis, escorbuto por avitaminosis, tifus y cuanta enfermedad se pudiera imaginar, en un medio tan propicio para los microbios y los insectos.

Nadie carecía de piojos y las chinches mostraban una inteligencia increíble. Por ejemplo, en la enfermería, donde existían unas míseras camas de hierro, los enfermos se las ingeniaron para conseguir latas, que llenaban de agua y dentro ponían las patas de los catres. Aunque parezca increíble las chinches subían por las paredes al techo, en filas, y cuando estaban sobre el centro de la cama se dejaban caer, acribillando al pobre enfermo que creía estar a salvo.

La enfermería era prácticamente una sala provisional: casi todos los que ingresaban salían también para el cementerio. Así le pasó a Manolo, un muchacho fuerte y hermoso que no llegaba a los treinta años cuando tuvo la primera hemoptisis. Su estado fue empeorando hasta que al fin consiguió que lo ingresaran en la enfermería. La familia de Manolo hizo cuanto pudo para convencer a un primo suyo que era obispo para que

lo visitara en su lecho y ante su gravedad, se apiadara e hiciera gestiones para su libertad.

El obispo, quien tenía más urgentes misiones, anunció al fin la visita, que conmovió a las monjas que atendían la miserable enfermería, la cual fue aseada con mucho esmero y pocos medios.

Llegó ya, en el último instante, el señor obispo, con el director y un séquito de oficiales vestidos con el esplendor de su dignidad. En voz alta y con fingida ansiedad, el obispo preguntó:

—¿Dónde está Manolo?

Le indicaron una cama y vio a un ser esquelético con los ojos cerrados, al cual tocó tímidamente.

—Manolo, soy yo, tu primo. ¿No me reconoces?

Y el moribundo abrió con mucho esfuerzo sus ojos, miró al obispo y dijo:

—Sí, te reconozco. ¡Qué gordo estás, cabrón! ¡Cuánta carne para los gusanos!

Y así Manolo cerró por última vez sus ojos, como para librarse de una presencia hipócrita que jamás había tenido la piedad de utilizar su influencia para que se le hiciera verdadera justicia.

Relatar las cosas extraordinarias que ocurrían en Porlier sería interminable, pero hay otro hecho que, por excepcional, me conmovió hondamente.

Cuando llegaba la festividad de Nuestra Señora de la Merced, que a decir del clero católico era la patrona de los presos, daban un rancho especial después que pasábamos dos horas arrodillados escuchando una misa solemne, en la que el altar que se montaba y el atuendo de la numerosa, saludable y bien comida curia, era una ofensa a las miles de víctimas famélicas y llenas de piojos que escuchaban.

Más tarde permitían a los hijos menores de seis años entrar a ver a sus padres, visitas que se realizaban en cubículos cerrados. Esto ocasionaba un enorme trabajo a los guardianes y traía una cierta falta de control que permitía a los presos recibir a niños que no eran sus hijos, como en el caso de Wajsblum, que acogía la visita de mi hijita, y esto les ocasionaba un momento de verdadera alegría.

En la cárcel yo había conocido a un hombre que, en la Dirección General de Seguridad, sentí gritar desesperadamente ante las atroces torturas:

—¡Félix Bezares Romero!

Y volvían a azotarle hasta que se quedaba sin sentido, dando siempre la misma respuesta:

—¿Dinos cómo te llamas?

—¡Félix Bezares Romero!

Todavía hoy aquel nombre resuena angustiosamente en mis oídos.

En la cárcel lo conocí, pero nunca le hablé. Era bastante retraído, como desconfiado, tenía tipo de campesino y su conducta era ejemplar en todos los aspectos, por lo que llegué a la conclusión de que no entablaba amistad para proteger algún secreto.

De buenas a primeras, aquel hombre comenzó a indagar cómo conseguir cuatro onzas de chocolate. Eso era muy difícil, pero como en una cárcel entraba de todo, al fin, sacrificando su tabaco, logró el trueque por las cuatro ansiadas pastillas de chocolate, con lo cual parecía ser feliz. Nadie se imaginaba qué pretendía hacer con el chocolate.

Pasadas un par de semanas, llegó el día de Nuestra Señora de la Merced y por la tarde comenzaron a llamar a los padres de los niños, que según su turno esperaban en los cubículos de la planta baja.

Cuando me llamaron, bajé ilusionado y feliz al encuentro con mi pequeñita hija, que tenía un letrero con mi nombre en su pecho, y me encontré que tenía tres hijos en lugar de una.

Los varoncitos, de cuatro y seis años, me dieron un cartoncito con el mismo nombre:

—¡Félix Bezares Romero!

Lleno de asombro me asomé por la puerta que no estaba custodiada y al pasar un preso que ejercía de ordenanza, le dije:

—Busca a Félix Bezares en la cuarta galería, pues parece que no oyó cuando lo llamaron a ver a sus hijos, dale el número del cubículo. Pero corre, Crisanto.

Dos minutos después, Félix Bezares Romero, que no era tal, tenía a sus hijos en brazos. La comunicación era de cinco minutos y cuando avisaron que ya casi terminaba, Félix Bezares recordó algo y metiendo presurosamente la mano en su bolsillo extrajo cuatro pastillas de chocolate que con la mayor felicidad ofreció a sus hijos.

Como si tuvieran un resorte, los dos niños saltaron hacia atrás y el más pequeñín exclamó:

—No, papá, es para ti. ¡Nosotros tenemos de todo en la calle!

Esto lo desmentían sus famélicas caritas. Y Félix Bezares Romero se quedó sin saber qué hacer con las pastillas de chocolate en la mano cuando el guardián retiraba a los tres niños, mientras le corrían incontenibles las lágrimas. ¡Así los habían formado sus pobres y sacrificadas madres!

Fracaso de un nuevo plan de fuga

En el mes de agosto sacudió la prisión la angustiosa noticia de que todos los condenados serían trasladados a los tétricos penales de Hellín, en Dueso, Burgos y otros lugares, lo cual alejaba a los reclusos de las visitas, la ayuda familiar y la solidaridad, factores que habían permitido la subsistencia física de muchos de nosotros.

Pocos sabían que ello se debía a que la policía había descubierto un ambicioso plan de fuga y llegó a la conclusión de que la cárcel de Porlier no reunía las suficientes medidas de seguridad, pues la situación se había ido modificando y los presos habían sustituido la desmoralización por efecto de la derrota militar en la guerra de España, por una nueva moral.

Surgía un naciente entusiasmo, resultante de las victorias en el frente soviético, que ya se movía impetuosamente en dirección a Berlín, algo que no podían ocultar los partes de guerra alemanes, analizados por los presos ansiosamente, todos los días, para entresacar la verdad del galimatías de su redacción desinformadora y demagógica. Los partes decían: “Nuestras fuerzas librando tenaces combates avanzaron cuarenta kilómetros en dirección al río Dniester, ocasionando enormes bajas al enemigo en hombres y material”.

¡Pero si el río Dniester estaba a retaguardia del frente alemán! Así, paso a paso, episodio a episodio, batalla a batalla, heroísmo a heroísmo, vivían los presos la guerra, confiando en la URSS, en Stalin, en los mariscales y generales, de los cuales conocían sus nombres y biografías. Cherniakowki, el más joven mariscal de tanques, fue llorado en la cárcel de Porlier cuando murió en el ataque a la Prusia Oriental, y Malinovski era nuestro héroe, nuestro coronel *Malinó* de la guerra de España.

El plan de huida de la cárcel descubierto por la policía estaba dirigido por mi amigo Juan Romero, quien al llegar a España como voluntario búlgaro era Iván Romanoff. Me preguntó un

día si era posible fugarse de Porlier. Yo le propuse un plan de fuga que consistía en adueñarse de la cárcel en silencio, desde adentro, mediante la acción de un grupo de presos constituido por militantes comunistas aún no juzgados, pero con petición fiscal de pena de muerte, y realizando un traslado simulado de condenados a muerte, abrir la Galería Provisional.

El plan comenzaba con la fuga de un grupo de doce presos con condenas menores de 20 años que salían todos los días a trabajar al Campo de las Claveras, bajo la débil custodia de su guardián. El grupo de fugitivos tenía la misión de coordinar con el movimiento clandestino del Partido Comunista de España la participación de seis camiones que se estacionarían en una noche y hora dadas en las inmediaciones de la cárcel. El grupo, provisto de cuchillos, penetraría en la prisión por el alcantarillado y, como era conocedor del régimen interno y de toda la estructura del edificio, podría moverse con relativa facilidad. En la noche, después de cerradas las cancelas de las galerías, no había otra vigilancia que un guardián posicionado en cada uno de los seis pisos, en su cabina protegida, situada sobre el rellano de la escalera, en la parte de afuera de cada galería, de la que tenía la llave cada guardián. La operación de adentro hacia afuera era bastante fácil de realizar, pues eliminando a cuchillo al primer guardián se iba directamente al dormitorio, donde dormía el retén confiadamente.

Este retén estaba constituido por unos diez oficiales. Obtenidas las armas y los uniformes, amordazados y vigilados los oficiales, se iban eliminando los guardianes de las galerías mediante un relevo que por la hora y posición de las cabinas no debía ser notado en la galería.

Hecho el relevo, con toda calma se procedía a ordenar en cada galería la presentación de los que iban a ser trasladados.

El compañero escogido como oficial de centro, el más alto cargo nocturno, comunicaba al jefe de la guardia exterior —un oficial del ejército— el traslado que se iba a realizar en los camiones. Estos estaban situados a pocos metros y los trasladados comenzaban a salir en fila y bajo el control de los “guardianes”, con la protección de la guardia exterior. En realidad, saldrían los condenados a muerte, en su mayor parte comunistas, los cuales se incorporarían a una guerrilla existente en los montes

de Toledo, a cien kilómetros de distancia y a menos de dos horas en camión.

El plan, muy audaz, estaba favorecido por tres factores.

- Primero: El cambio de guardianes era frecuente y cada pocos días había alguno nuevo, lo cual ayudaba a la sorpresa.
- Segundo: El ejército que custodiaba el exterior pertenecía cada día a distinta unidad.
- Tercero: Era *vox populi* que todos los presos iban a ser trasladados a otras cárceles de un momento a otro.

Pero como dice el axioma religioso, “el hombre propone y Dios dispone”, y uno de los presos fugados de los que debían entrar en la cárcel por la alcantarilla fue detenido y “cantó” lo que sabía, por lo cual el plan falló y las autoridades decidieron un traslado inmediato para una nueva prisión, bautizada como Cárcel Modelo de Carabanchel. Por suerte, por la gran compartimentación de la operación no sufrimos represalias al no identificarse la cabeza del plan.

El traslado se realizó precipitadamente. Esto fue aprovechado por dos de los dirigentes de la fracasada fuga, uno de los cuales era Jesús Bayón, valeroso militante comunista que murió heroicamente meses después como jefe del ejército guerrillero de Toledo, y el otro, mi amigo búlgaro, que logró salir a Portugal, donde casualmente nos encontramos, en Lisboa, bastante tiempo después.

Hacia el campo de trabajo de Chamartín

Cuando llamaron a formar a todos los que ya estábamos condenados, pensamos con angustia en la sorpresa de nuestras esposas y su desesperación hasta que conocieran a qué presidio habíamos ido a parar cada uno. Yo esperaba que me enviaran al peor, el de Chinchilla, en Hellín, provincia de Cuenca, lugar lóbrego y frío, sin siquiera vías de comunicación para llegar a él.

Una vez formados, aparecieron unos hombres con aspecto de matarifes, bajo el mando de otros de civil, bien vestidos, que después de recorrer las filas comenzaron a revisar las dentaduras de los presos como si fuéramos caballos, y acto seguido, a palpar los músculos de nuestros brazos a través de la ropa. Finalmente

solo separaron a dos: un tenor cubano, que conocía muy poco, llamado Pelayo Cordero, y yo.

Nos dijeron que recogiéramos rápidamente nuestras pertenencias, que éramos trasladados, y aquellos cafres nos sacaron de la cárcel y dijeron que nos trasladaban a un campo de trabajo forzado, por ellos llamado eufemísticamente destacamento penal.

Al salir nosotros, Pilar, quien al igual que otros centenares de mujeres montaba guardia afuera, sabiendo del traslado, me vio, y yo pude apreciar la sorpresa y la alegría en su rostro, pues el chofer del camión ya había dicho a las mujeres que íbamos a trabajar a Chamartín de la Rosa, o sea, que nos quedábamos en las afueras de Madrid, trabajando en un gigantesco proyecto llamado Estación de Enlaces Ferroviarios, en un campo de trabajo forzado.

El trabajo consistía fundamentalmente en dar pico y pala, bajo la constante amenaza de reintegrarnos a la cárcel, algo que era mucho peor. Nuestras manos de señoritas por la falta de actividad física de varios años se ampollaron primero y se llagaron completamente después, sin que tuviéramos el alivio del más elemental botiquín, ni hierbas siquiera para curarnos, algo que teníamos que suplir con la aplicación de nuestros propios orines como cauterizante. El primer mes resultó horrible, alternando con el pico y la pala teníamos que descargar adoquines de piedra sílice y después pavimentar con ellos las calles, hasta quedar nuestros dedos con sus yemas en carne viva, lo que nos impedía dormir por causa de las palpitaciones en los dedos, que nos producían enormes sufrimientos. Pero a todo se adapta el hombre, pues si no, sucumbe, y nuestras manos se pusieron callosas y duras como los propios adoquines.

Además, vino en nuestro auxilio mi viejo oficio de carpintero, enseñado por mi padre. Cuando solicitaron un carpintero yo me presenté, y pedí un ayudante, que fue el cubano, con quien había establecido una estrecha relación, con lo cual nuestra situación personal mejoró; enseguida ganamos consideración porque sabíamos medir, dibujar e interpretar los planos que nos daban, lo que se traducía en un alto rendimiento. La ventaja principal de este tipo de prisión era que ganábamos una peseta y la familia estaba autorizada a llevarnos comida diariamente,

con lo cual la veíamos. Esta medida aparentemente humanitaria era motivada por la enorme escasez de la comida asignada a los presos, que no rebasaba las 800 calorías, a lo que había que descontar lo que robaban el director, los oficiales y los guardianes; después de esto apenas quedaban 500 calorías para tenerse en pie y rendir, y esto preocupaba a la empresa que había comprado al Estado una fuerza de trabajo que casi no producía dado su estado de depauperación. Tal situación se corregía en gran parte con la ayuda de la familia, que, a costa de su sacrificio, nos mantenía.

Un día se produjo un hecho que refleja exactamente el tipo de alimentación que recibíamos.

El director estaba criando dos puercos con las supuestas sobras de la comida de los presos. Los puercos se enfermaron, uno murió y el otro merodeaba por el bidón del rancho, cuando dieron la orden de formar para repartirlo. Yo formaba siempre de los últimos de la fila, pero fui llamado junto con el cubano, porque teníamos que seguir trabajando y debíamos comer de primeros.

Una vez formados y hecho el recuento de rigor, comenzó la ceremonia de distribuir el rancho, función del cocinero, quien tenía ese cargo por ser confidente. Repartían un cazo por cada preso. Cuando el director recibió el parte de que estábamos completos, dijo al cocinero:

—Manuel, antes de empezar recoja un cazo de la parte de arriba y échelo en el tanque del puerquito para ver si come algo, pues si no se va a morir.

El puerco se acercó, olió la comida y desagradecido, hizo gru, gru..., volviendo grupas.

Yo, que encabezaba la fila, no pude reprimir mi indignación al ver que le habían dado al puerco lo mejor de la comida y, dirigiéndome al cocinero, dije:

—¿Sabes lo que ha dicho?

—Yo no entiendo el lenguaje de los puercos —ripostó de mal humor el chivato.

—Pues yo sí, te lo voy a traducir. Dice que él no come esa bazofia, que está buena para los presos.

Todo el mundo se quedó sobrecogido; los presos —incluyéndome yo— pensaron: “Lo matan ahora mismo”. Pero los guardianes se limitaron a esperar la señal del director, quien dijo:

—Manuel, empiece a repartir la comida.

Durante muchos días esperé la represalia, que no tardó en llegar, aunque más leve de lo esperado. Tanto el cubano como yo fuimos trasladados a otro campo de trabajo forzado, más alejado de Madrid, que por tanto nos impedía ver a nuestras familias a diario.

Mi amigo Pelayo

Mi recién adquirido ayudante, Pelayo Cordero Nicot, procedía no solo de la lejana Cuba, sino, dentro de Cuba, de la remota región de Baracoa, en el oriente del país. Su figura alta y viril de mulato claro de impresionantes ojos verdes, unida a su buen carácter y dones para el canto, nos hicieron simpatizar de inmediato y convertirnos en inseparables para toda la vida.

Había venido a estudiar canto en el Real Conservatorio de Madrid. Vinculado a la intelectualidad de izquierda de su país y de España, donde encontró amigos como Wifredo Lam, había desarrollado un alto nivel ideológico como militante del Partido Comunista Español. Al estallido de la traición de Franco trabajaba en Radio Oeste, del Partido Comunista. Se alistó de inmediato y participó en la guerra con la 46 División en las operaciones de Lérida, Teruel y el Ebro, como comisario, bajo la dirección del *Campesino* (Valentín González).

Al terminar la contienda fue apresado y condenado a treinta años de trabajo forzado. Nos conocimos en la cárcel y luego, en los campos de trabajos forzados, estrechamos nuestra eterna amistad.

Cuando me escapé no pensaba que nos veríamos tan pronto, mas los azares de la vida nos hicieron reunirnos nuevamente. Después de fugarme, le fue concedida (por presiones de su embajada) una libertad condicional durante la cual pudo regresar a Cuba.

Trasladados al Valle de los Caídos

En aquel tiempo, el Valle de los Caídos era conocido como Valle de Cuelgamuros o simplemente Cuelgamuros, por los muros o cercas de piedra que existían en la misma cresta de la montaña, que en su parte más baja llegaba a unos 1 800 metros de altitud. El valle formaba una inmensa vaguada de unos doce kilómetros de largo por ocho de ancho, semejante a un triángulo

equilátero inclinado hacia su base. En sus extremos, separadas por una carretera de 10 kilómetros de largo, estrecha y asfaltada, se encontraban dos pequeñas poblaciones: Guadarrama y el Escorial.

¡Cuántos recuerdos traía para mí esa región!

¡Cuántas veces en mis entrenamientos de ciclista había mitigado mi sed en las aguas purísimas y heladas, aun en el mes de agosto, de la fuente que, a orillas de la carretera, esperaba eternamente la llegada del caminante, exhibiendo un cordial saludo grabado en su monumental y bella construcción de granito! La inscripción, aún impresa en mi mente, dice:

Dios hizo que yo manase.

Fernando que aquí viniese.

Para que el sediento bebiese

y a Dios y al Rey alabase.

Y realmente después de tomar el agua tonificante que la cordillera destilaba continuamente, si no a Dios y al rey, el sediento alababa y agradecía a la naturaleza y a los hombres que tuvieron la feliz idea de construir una fuente en aquel tramo de diez kilómetros de camino sin ninguna otra construcción, que de un lado tenía el desierto valle y del otro, hacia el llano, una enorme pradera donde crecían famosos toros de lidia: la dehesa de Pérez Tabernero.

¡Cuántas veces durante la guerra mis botas de combatiente habían caminado ese valle y las montañas que lo definían, al visitar las posiciones de las brigadas 29 y 30!

Sus picos, sus piedras y riachuelos, sus jarales y sus pinares no tenían secretos para mí, y ahora ese era mi secreto, mi arma desconocida para el enemigo.

El Valle de los Caídos había sido bautizado así como parte de un gigantesco proyecto elucubrado en la mente de un enano: el *caudillo* de España, Francisco Franco.

Elegió el escenario de su obra no solo por su singular belleza y con el pretexto de enterrar a los 200 000 muertos que había tenido su ejército en la lucha contra la república, sino, en realidad, para eclipsar con su grandeza el otro monumento, conocido en el mundo entero como Palacio del Escorial, que otro gran tirano, Felipe II, hizo construir utilizando a los prisioneros de

la guerra de Flandes. Algunos españoles pretenden que ese monasterio se considere como la octava maravilla del mundo, por su ubicación entre las bellas montañas, su arquitectura y por ser además la tumba de Felipe II.

En su fuero interno, Franco pretendió hacerse una tumba tan grandiosa como la de los faraones, y utilizando como esclavos a los mejores hijos de España, derrotados por la fuerza aplastante del nazifascismo, mandó vaciar una montaña de granito a más de 1 600 metros de altitud para hacer una cripta de 300 metros de largo por 100 de ancho y 27 de alto, con el proyecto de, sobre la misma, construir una elevada cruz de cristal de 200 metros de altura por 50 de ancho.

El campo de trabajo forzado denominado Valle de los Caídos estaba constituido por tres destacamentos penales, que llevaban —no sé si oficial o extraoficialmente— los nombres de las empresas constructoras que habían contratado con el gobierno no solo cada una de las grandes obras que formaban el conjunto, sino también a los esclavos que debían realizarlas, sin más herramientas que picos, palas, mazas, barras de hierro y sus brazos; con el terror como auxiliar.

La empresa Banús Masdeu tenía la contrata de un enorme viaducto y de la carretera. La empresa Agruman había contratado la cripta, por ser la constructora del metro de Madrid. Y la empresa San Román tenía la contrata del monasterio. Estas tres obras formaban el conjunto monumental Valle de los Caídos.

Nuestro destacamento penal era el Banús Masdeu, situado a unos seis kilómetros de la carretera Escorial-Guadarrama y a cuatro del monumento.

El contingente de presos tenía un bajo nivel cultural, estaba compuesto en un 90 % por obreros agrícolas oriundos del sur de España, andaluces, murcianos y extremeños.

Cuando fuimos trasladados de Chamartín a Cuelgamuros era el mes de octubre y todavía en la sierra hacía un tiempo ideal, aunque los manantiales que se nutrían de la nieve acumulada durante el invierno se hallaban exhaustos y todo el paisaje ofrecía una visión grisácea y árida, solo alegrada por el verdor eterno de las partes cubiertas por los pinos.

Nos recibió el director, auxiliado de oficiales y guardianes que procedieron al conteo de las nuevas bestias y nos leyeron el reglamento. El campamento estaba constituido por barracones iguales, con paredes de ladrillos donde existían ventanas de madera sin cristal ni rejas, cubiertos con techo de madera y teja. Como a unos setenta centímetros del suelo había una tarima de madera, que por la noche se convertía en inmensa cama colectiva donde se apretujaba todo el cansancio, todos los dolores físicos y morales, confundándose, entrelazándose, para dejar de ser personales y constituirse en un tormento colectivo, social, en el cual el problema individual era compartido por todos, igual que se compartía el hambre, el frío, los piojos y... la esperanza. Solo la esperanza podía mantener el deseo de vivir de aquellos hombres harapientos y famélicos, los días en que la temperatura descendía hasta 20 grados bajo cero, sin calefacción alguna en el interior de los barracones, con pésima comida y abrigo. ¡Solo la promiscuidad, la proximidad de los cuerpos y el aliento colectivo proporcionaban calor para subsistir!

El campo de trabajo Valle de los Caídos no estaba protegido por cerca ni por una guardia especial. La alta cordillera que constituía sus dos lados y la absoluta carencia de población y de comunicación, hacían que solo se pudiera salir de aquella cárcel pequeña para entrar en la terrible cárcel que entonces era toda España, y esto contribuía a que cada preso desestimara los deseos de fugarse.

Al llegar al destacamento penal Banús Masdeu tratamos de conocer la situación interna para localizar a algunos comunistas. Afortunadamente, allí estaba como practicante el estudiante de Medicina Carlos Berenguer, que hacía dos años habíamos conocido, en la cárcel de Torrijos, discutiendo con el coronel, y que era miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas. Por su amabilidad y simpatía personal conocía al detalle a todos los presos. Este joven era la persona de más alto nivel cultural en el campamento y aunque no había terminado la carrera de Medicina, por sus funciones de practicante fungía como un médico en lo que era posible, ya que por supuesto allí no existía ninguna atención médica.

Enterados de la situación del destacamento y localizados los militantes comunistas, con los datos de su biografía, condena

a cumplir y disposición para continuar la lucha, se creó en nuestro campamento la organización clandestina del Partido Comunista de España. Poco más tarde también se creó en los otros dos destacamentos contiguos, correspondientes a las otras empresas constructoras. Aprovechando que algunos domingos y días de fiestas religiosas, y con el fin de “salvar nuestras almas”, el clero organizaba misas conjuntas, intercambiábamos opiniones y así creamos una dirección para cada campamento, subordinadas a otra superior para los tres campamentos, o sea, para todo el conjunto de comunistas presos del Valle de los Caídos, que ejercían su influencia sobre la totalidad de la población penal.

La organización del Partido dio aliento a todos los presos y, mediante la información verbal —a pesar de tener que realizarse el trabajo en el más estricto secreto—, circulábamos las noticias de la derrota de las tropas alemanas en el Arco de Kursk, la total liberación de Ucrania y de Bielorrusia, así como la llegada de las tropas soviéticas a las fronteras de Polonia y Rumania.

Estas noticias alimentaban moralmente a la gente, pero además creamos las comunas para compartir los alimentos, los cigarros y el poco dinero que enviaban los empobrecidos familiares, lo cual ayudaba a los más abandonados y daba calor y unidad a nuestras fuerzas.

La empresa Banús Masdeu exigía más horas de trabajo y más rendimiento, y nosotros, con mucho tacto, escogimos al compañero y el lugar donde se debía dejar caer el comentario de que si mejoraran la comida y dieran algo más de dinero a los presos, estos tendrían más fuerzas y ánimo para trabajar y rendirían más, lo cual sería una maniobra inteligente de los empresarios, en vez de gratificar a los guardianes solamente. Esto trajo ligeras mejoras, que no por pequeñas dejaban de estimular a los presos.

Entre las propuestas a la dirección del Partido en el campamento, estuvo la de penetrar la oficina de la dirección del mismo, ya que dada la penuria dejada por la guerra, todo el trabajo burocrático se realizaba a mano. Después comenzamos por pedir permiso para pequeñas distracciones. Nos fue concedido organizar carreras cortas, saltos, carreras de sacos y otras diversiones con motivo de la festividad de Nuestra Señora de

la Merced, y al final mi compañero cubano, muy buen tenor y persona amable y simpática, cantó bellas canciones como *Siboney*, *Chivo que rompe tambó* y otras que aliviaban el alma atormentada de los condenados y causaban admiración a los oficiales y guardianes que las escuchaban.

Así se hizo popular el cantante cubano, mi amigo Pelayo, quien recibió la oferta de trabajar en la oficina junto con otro militante que hablaba poco y sentenciosamente, por lo que estaba clasificado como fuera de grupo.

El simpático cubano se ganó enseguida la confianza de un excelente camarada socialista, Sebastián Mayoral, que llevaba el libro registro de la correspondencia que entraba y salía del campamento, con lo cual teníamos conocimiento de todos los cambios, órdenes, instrucciones, traslados, libertades y sanciones, antes de que se aplicaran, de manera que la oficina quedó prácticamente bajo nuestro control, pues los oficiales preferían no escribir y se limitaban a revisar y firmar.

También nos ayudó que el director del destacamento era un teniente de la Legión Extranjera, mercenario de oficio, ladrón, borracho y mujeriego que no se adaptaba a vivir en aquella soledad y se iba a Madrid muchas noches, para regresar borracho al amanecer. Como medida de precaución, pues a veces faltaba hasta dos o tres días, dejaba documentos firmados en blanco sin siquiera foliarlos, entre los cuales había órdenes de libertad, algo muy bien aprovechado por los eficientes oficinistas, que crearon un fondo de tales documentos para el Partido.

Después de un invierno cruel en que las temperaturas llegaron un día hasta 21 grados bajo cero, apareció la primavera del año 1944, llevándose la nieve del valle, sustituida por cientos de alegres y alborotadores arroyuelos, entre los cuales surgía la vegetación primaveral, que llenaba el ambiente con los olores del orégano, el mastuerzo, la hierbabuena y las amapolas, imprimiendo al paisaje un colorido que sumado al canto de las aves del bosque daba a los presos nuevas fuerzas y nuevas esperanzas, que se agrandaban cada día también por las victorias de nuestros hermanos soviéticos, de los guerrilleros eslovacos y yugoslavos, de los maquis franceses, entre los cuales estaban decenas de miles de combatientes de nuestra guerra de España. Las noticias llegaban cada día más prometedoras, sin que la

censura fascista pudiera ya impedirlo, y esto demostraba que dicho aparato se resquebrajaba.

Al iniciarse ese verano de 1944 se produjo también la tan demorada apertura del II Frente, con el desembarco aliado por Normandía, que al distraer a las fuerzas alemanas en el occidente de Europa contribuía a facilitar el avance soviético hacia la capital del nazismo.

Estos acontecimientos militares, con sus correspondientes repercusiones políticas, eran analizados por el comité del Partido en el campo de prisioneros de Cuelgamuros, aprovechando las misas y otros eventos de los tres destacamentos, llegándose a la conclusión de que era necesario poner fin a nuestro cautiverio adueñándonos del campo, con el armamento de los custodios y además cinco toneladas de dinamita existentes en el polvorín de la cripta, para así organizar un frente guerrillero en la Sierra de Guadarrama.

Estudiada minuciosamente la situación de los campamentos, la guardia con que contaban, el armamento y el estado de ánimo de los guardianes, elaboramos un plan que a nuestro entender tenía todas las posibilidades de triunfar. La acción debía comenzar por el destacamento de Banús Masdeu porque por su posición dominaba la entrada del valle y trabajaba en el viaducto y la carretera.

Elaborado el plan, era necesario conseguir algunas armas de fuego para apoyar a los cuchillos existentes en la acción de reducir a los guardianes. Hacía poco habían relevado al director y el nuevo, don Segundo Garrido Olmedo, apodado por nosotros como *Cara de Cartón* por su rostro inexpresivo, era mucho más exigente y dedicado a su función que su antecesor, lo que requería mayor cuidado por nuestra parte.

Además de conseguir algún arma de fuego, era necesario intensificar los ejercicios y el conocimiento de las montañas adyacentes por un gran número de compañeros, por lo cual las exhibiciones y concursos de escalamiento fueron incluidos en las fiestas religiosas y patrióticas, con el beneplácito de *Cara de Cartón*.

Singular interés causó una apuesta que hice con un oficial, pues aseguré subir el pico más alto de la sierra, a 2 030 metros,

en cuarenta y cinco minutos, y que de no cumplir perdería cien pesetas.

Llegado el día y con algunos entrenamientos previos, inicié la ascensión en pantalón corto, por una ruta vigilada y con un guardián, reloj en mano, situado en lo alto. Lo importante para mí era el movimiento que la apuesta despertó y el entrenamiento de varios compañeros a que dio lugar. Como el objetivo estaba alcanzado, aunque pude llegar en menos tiempo miré el reloj y aminoré el paso para perder la apuesta, lo cual hizo la felicidad del oficial al tener que entregar en sus manos las cien pesetas, y ello me valió su condescendencia a partir de ese día.

Habiéndose consultado a todos los militantes del Partido para tratar de obtener armas, resultó que solo yo tenía dos pistolas con varias cajas de municiones, enterradas en el patio de tierra de la casa en que vivía al terminar la guerra, por lo que pedí a Pilar rescatarlas y que me las hiciera llegar a Cuelgamuros.

Un domingo en que, como era habitual, me visitaron Pilar y mi hermana con mi hija, me anunciaron que el próximo domingo traerían las armas. El domingo siguiente yo esperaba ansioso la llegada de mi familia y a la hora de costumbre no llegó visita alguna. Mi amigo el cubano y yo, que habíamos represado el agua del río que corría por el fondo del valle con un exiguo caudal en esa época de verano, nos fuimos a nuestra piscina a despiojarnos y bañarnos, convencidos de que ya no llegarían visitas, pues la ruta de autobuses La Tabanera, que pasaba por la carretera de Guadarrama-Escorial y dejaba a nuestras familias en la base del valle, a seis kilómetros del campamento, constituía el único medio de transporte y habitualmente era puntual.

Serían cerca de las once de la mañana cuando descubrimos que tras unas rocas, en la margen del río, estaba escondido el director, vigilando nuestros movimientos. Al mismo tiempo, a 50 metros de altura por encima de nuestro nivel, vimos espantados cómo descendían hacia donde estaba agazapado *Cara de cartón*, Pilar, mi hermana y la niña, con riesgo de caerse y derramar la comida donde se ocultaban las armas.

Rápidamente avanzamos, decididos a matarlo si descubría lo que traían en la cesta. A ellas las interceptamos en la bajada y

elegimos donde situarnos, aparentando que no nos habíamos percatado de la vigilancia. Después de los besos y abrazos naturales extendimos un mantel sobre la hierba, colocando encima todo el contenido de la cesta, la cual arrojamos a un lado para demostrar que estaba vacía. Al cabo de dos horas de feliz almuerzo comprobamos que había cesado la vigilancia y Pelayo y yo procedimos a enterrar, en un lugar bien escondido e identificable, “la parte de la comida” que tanto valor tenía para nosotros.

Durante el almuerzo, Pilar y mi hermana nos explicaron que la demora en su llegada se debió a que por primera vez la policía registró a los pasajeros de La Tabanera, pidió identificaciones y salvoconductos, abrió las maletas y pinchó con alambres las cazuelas de comida que traían los familiares de varios presos, dándose el hecho de que el alambre no topó con las pistolas por pura casualidad; afortunadamente la policía tampoco notó la extrema tensión y palidez de las dos viajeras.

Mientras poníamos a punto el dispositivo para la acción, esperábamos el resultado de la consulta hecha a la dirección del Partido en el interior de España sobre nuestro plan de levantamiento, que tardó más de un mes y fue realmente inexplicable y decepcionante. El enlace llegó un domingo de visita y me dijo: “El Partido no aprueba constituir una guerrilla en la Sierra de Guadarrama. En cambio autoriza tu fuga y que si puedes salgas de España”.

Y para que no hubiera dudas sobre el nivel de la decisión finalizaba como contraseña con un “Campos te manda saludos”.

Yo no pensé ni por un momento en fugarme en aquel momento. La Segunda Guerra Mundial tocaba a su fin y todos los anti-fascistas del mundo, presos y libres, teníamos la convicción de que el régimen de Franco no podía durar más allá de la derrota del nazismo.

Capítulo 4. La fuga

La ocasión

Una tarde, al pasar por delante de la dirección hacia mi barracón, vi que estaba parado en la puerta el director. Lo saludé como era reglamentario y me dijo:

—Carpintero, venga acá.

—Ordene, don Segundo —respondí.

—Lo que le voy a decir no me está permitido —dijo el caimán—, pero usted me cae bien. Prepárese, que mañana a las ocho lo van a trasladar.

—¿Hacia donde? —pregunté con fingida indiferencia.

—No lo sé.

—Será a Madrid, pues la embajada argentina está haciendo gestiones para mi repatriación y querrán tenerme más cerca —insistí.

—No lo sé, no sé más que mañana a las ocho vendrá la Guardia Civil a trasladarlo.

—Muchas gracias, señor director.

Entré pensativo en el barracón, analizando con qué intención oculta me había informado el director, e inmediatamente busqué al jefe de oficina y al otro oficinista de los nuestros, los cuales no sabían nada del traslado.

—Sebastián, tú asientas toda la correspondencia en el libro de registro, ¿hay traslados para mañana? —le pregunté.

—Sí, hay tres, pero tú no estás incluido.

—El director me dijo que mañana a las ocho vendrá la Guardia Civil a trasladarme. ¿Qué te parece?

—Me huele muy mal —comentó Sebastián.

—¿Hay algún tipo de correspondencia que no pasa por ti? —seguí indagando.

—Sí, hay una correspondencia secreta que yo no conozco.

—¿Y llegó hoy algún correo especial?

—No, pero no viene en correo especial —la recoge el director cuando va a Madrid.

—¿Y cuándo fue la última vez? —interrogué.

—Ayer —fue su respuesta.

Todo estaba claro: había tres traslados ordenados por escrito, oficialmente, y uno coordinado en Madrid por el director para aplicarme la ley de fugas, pero como se trataba de un extranjero cuya embajada se interesaba, quiso cubrirse informándome del traslado, seguro de que yo lo comentaría con mis compañeros, alejando de él la sospecha de mi asesinato. ¿Por qué aquella decisión de eliminarme? ¿En qué había fallado?

Repasando mi actuación de un año y diecisiete días de trabajo no encontraba ningún descuido, mas recordé la lección del estúpido don Perfecto y analicé la taimada personalidad de *Cara de Cartón*. Llegué entonces a la conclusión de que sin dudas había constatado que el estado de ánimo de los presos y su actitud habían cambiado desde que, a mi llegada a este campamento, se creó la organización clandestina del Partido. Se cantaba, había más conversaciones, más sonrisas, habían desaparecido los casos de total depauperación, gracias a las comunas.

Estaba claro. No encontraron la organización del Partido, aunque registraron los efectos.

Aparte de esto, un día ocurrió un hecho inusual: a la altura de unos cinco o seis mil metros apareció una columna horizontal de humo muy negro que se movió a enorme velocidad. Era un mediodía luminoso y todos los presos soltaron las herramientas para mirar al cielo. Bajo la columna vi las plateadas alas de un avión que reflectaban los rayos del sol, y esto me permitió establecer la velocidad en tres a cuatro veces más que la del avión. La dirección de la columna de oeste a este corría a lo largo de la cordillera, lo que favorecía el secreto de lo que evidentemente era la prueba de una nueva arma.

Algunos presos exclamaron: ¡Es un cohete!

—Qué cohete, ni qué cohete. ¡A trabajar! —gritaron los guardianes—. Es un fenómeno de la atmósfera.

Al analizar por la noche el suceso, el comité del Partido llegó a la conclusión de que era la prueba de un arma secreta de los alemanes. Yo redacté un informe que hice llegar enseguida a la embajada norteamericana, en ese momento la máxima representación de la democracia en España ante nuestros ojos.

Pocas semanas después, los cohetes alemanes V-I empezaron a caer sobre Inglaterra.

En tales elementos estimé, y estimo actualmente, que se basaron para decidir aplicarme la ley de fugas.

Rápidamente tomé la decisión de fugarme.

Traspasé la dirección del Partido a otro compañero y lo llevé al escondite de las armas. Aproveché la oscuridad para salir del barracón por una ventana. Después eché a rodar la versión de que al día siguiente, a las ocho, la Guardia Civil me conduciría a la embajada argentina en Madrid para embarcarme, expulsado de España, lo cual llenó de alegría a mis compañeros.

Dirigiéndome a la barbería, que trabajaba por la noche, pedí permiso para un turno preferencial. Los patilludos clientes accedieron gustosos cuando le dije al barbero:

—Tienes que hacerme un buen afeitado y un corte de pelo elegante, salgo mañana en libertad.

Después del corte de pelo y el afeitado ya los compañeros estaban dormidos, y perfilando mi plan de fuga revisé mis pertenencias, por lo que encontré una carta de mi hermana en la cual me informaba de su gestión ante el cónsul argentino en Barcelona, quien le ofreció que si lograba mi expulsión de España, él me embarcaba en el primer buque argentino que tocara aquel puerto.

Sabiendo que después de mi fuga harían un registro minucioso de mi petate, decidí hacer una pelotita con la carta de mi hermana y esconderla bien, pero no tanto que no la encontraran.

Hay que recordar que la fuga siempre estuvo presente en mi mente, desde mi detención, por ello existía una condición, preparada de antemano, que era indispensable para mi éxito. Esa condición fue dada un día que vino a verme mi hermana, como siempre con Pilar, y me dijo:

—Te traigo tres mil pesetas.

—¿De dónde las sacaste?

—Se vendió la casa y la finquita de nuestra abuela.

Así pues, *la Pinta*, la abuela querida, aún después de muerta me ayudaba con los restos de su miseria.

—No toques ese dinero —le dije a Pilar—. Cómprame una buena maleta. Pon en ella un traje, zapatos y camisas nuevas; medias, ropa interior, jabón, máquina de afeitar, cuchillas, perfume y una pluma estilográfica, más el dinero que te sobre, por si un día me hace falta, y la dejas en la casa de Adora, la mujer de Guerrero.

Guerrero era un capataz del viaducto, que vivía con su familia en una casita hecha por Banús Masdeu cerca del campamento, en la dirección del llano, y resultaba de toda confianza. Allí se quedaron a dormir, en ocasiones, Pilar y *Chely*, esta última muy feliz de poder jugar con las niñas de la familia.

El 17 de agosto amaneció espléndido y yo me levanté como si fuera a trabajar. Me despedí de mis compañeros, que me deseaban muchas felicidades fuera de España.

Aparte de los que salían a trabajar, quedaban en el campamento los oficinistas que no estaban de servicio y los guardianes. Como es de suponer, todo el mundo estaba expectante cuando llegó una pareja de la Guardia Civil, al mando de un cabo, con sus mosquetones cruzados en la espalda, como es costumbre para la marcha. Desde el campamento a la más próxima estación de ferrocarril había doce kilómetros de senderos entre pinares y jarales, bordeando profundos precipicios donde los lobos tenían confortables e inaccesibles guaridas.

Cuando el director me entregó al cabo, sin papel alguno ni instrucción de ninguna clase, tuve la certeza de que no llegaría a lado alguno, y como había sucedido con muchos miles antes, yo sería víctima de la ley de fugas, inventada por el propio cuerpo de la Guardia Civil en 1932 para asesinar inocentes, culpándolos de intentar escapar.

Decenas de ojos miraban mi partida cuando el cabo ordenó: —¡Adelante!

Todo el mundo esperaba que yo echara a andar, mas salí disparado como un corredor de cien metros planos y en segundos me interné en el jaral espeso que había bajando la montaña, dando enormes brincos de ciervo acosado. Los guardias civiles y guardianes no habían tenido tiempo ni de descolgar sus armas de la espalda.

Lógicamente, los guardias no podían contar para la persecución con los guardianes del campamento y no estaban auxiliados por perros, por lo que no se decidieron a seguirme. Esto los obligaba a tratar de impedir que yo llegara a una de las dos poblaciones situadas en los vértices inferiores del triángulo que formaban el valle, por lo cual debían dar aviso personal a la policía de Guadarrama y de Escorial para organizar mi captura, porque en el campamento no existía teléfono. Así pues, debían

recorrer no menos de seis kilómetros a pie hasta la carretera y luego siete hasta el Escorial o cinco a Guadarrama, en el primer automóvil que pasara.

En tanto, pasé como un rayo por la casa de Adora, le pedí la maleta y saludándola con agradecimiento, proseguí mi carrera montaña abajo, saltando de piedra en piedra.

Cuando llegué a la carretera aceché el momento en que no pasaba vehículo alguno y realicé lo que nadie pudo ni siquiera imaginar. Me interné en la dehesa de Pérez Tabernero, caminando nueve kilómetros, entre toros de lidia que me miraban amenazantes.

Al alejarme lo más posible de los rebaños de toros buscaba las partes bajas llenas de arbustos y hierbazales. Caminaba con sigilo para no llamar la atención, en dirección a la estación de ferrocarril de Villalba, a dos kilómetros del final de la dehesa.

El cruce se realizó con toda fortuna y un solo momento de peligro, cuando un jefe de rebaño me vio, se separó del grupo y se dirigió a mí, bello, imponente, caminando lentamente, sin dejar de observarme pero sin tomar impulso para atacar.

Contuve el miedo y no corrí, de haberlo hecho estaba perdido, y recordé los relatos de un compañero de la cárcel de Porlier, cuidador de toros. Decía Casiano, que así se llamaba el peón, que cuando iban a caballo entre los toros usaban la pica, vara de unos cuatro metros con un largo aguijón de acero en la punta para contener a los toros que se desmandan, y cuando iban a pie empleaban la honda, y como casi siempre es el mismo guapo de la manada el que ataca, raro es que en su vida no haya conocido el desagradable golpe de una piedra lanzada a tan increíble velocidad que él no llega a verla. Los toros que ya tienen esta experiencia asocian, en su racionalidad, el golpe con el solo movimiento del que lanza la piedra, de modo que se detienen y desisten de atacar.

Fuera cierta o no la teoría de Casiano, aquel monumento de la naturaleza que avanzaba se detuvo al ver que hacía el gesto de tirar una piedra, y pude llegar a la linde de la enorme pradera donde yo conocía que había unos manantiales con cuya agua se llenaban enormes bebederos para abreviar los toros.

En el momento de mi llegada a los bebederos había recorrido unos quince kilómetros en no más de hora y media, y era

preciso alcanzar un tren de pasajeros que pasaba a las once por Villalba, donde recogían las maletas.

Me quité las ropas y el calzado, con ellos hice un paquete, que guardé en la maleta para no dejar rastro, y como me había afeitado y cortado el pelo la noche anterior, me bañé esmeradamente y después de peinarme y perfumarme, me vestí de señorito, elegantemente, tomé la estilográfica y llené un documento de los que sustraían nuestros camaradas de la oficina. Mediante este, bajo firma y sello del teniente don José Pardo Pomares, se me ponía en libertad en el campamento de Banús Masdeu, del Valle de Cuelgamuros, después de haber cumplido mi condena, y se fijaba mi residencia en Madrid.

Después de recorrer dos kilómetros más entré en la estación, compré un diario fascista y me dirigí a la Guardia Civil de la escolta. Le pregunté si el tren venía en hora, luego de lo cual acepté muy contrariado un pasaje de segunda que me ofreció el despachador en lugar del de primera que había solicitado. Acto seguido encendí un cigarrillo *Camel*, cerca siempre de los guardias, que reconocieron así mi indudable nivel social y mi lógica adhesión al régimen.

Llegado el tren, en cuarenta minutos estuve en Madrid y veinte minutos después en la embajada de la República Argentina. Antes de ir, visité a una familia antifascista que se alegró mucho de mi libertad y en cuya casa dejé la maleta cargada con los harapos, que solo era ya un estorbo y un elemento sospechoso en caso de que me registrara la policía.

Al acercarme a la puerta de la embajada, un muchachito que trabajaba de botones, como los llaman en Madrid, se disparó hacia el interior gritando:

—¡El señor Tuero, el señor Tuero!

Y comenzaron a abrirse las puertas de diferentes despachos.

El primero en hablarme fue el canciller, que tanto había hecho por salvarme la vida.

—Che, pero vos estás loco —dijo—, ahora que íbamos a conseguir tu repatriación, te fugás. Si te descubren te fusilan.

—Esto se arregla —intervino el cónsul general, un fascista condecorado por Franco con la Orden de Isabel la Católica, y acto seguido tomó el teléfono.

—Don Aquilino, suelte ese aparato —dije yo—. ¿Usted me miró a la cara? Acabo de cumplir treinta años. No sé a qué edad usted fue hombre, pero yo hace mucho tiempo que lo soy, y un hombre que se fuga cuando lo van a matar, no permite que lo entreguen cuatro horas después.

—Pero lo van a coger y lo van a fusilar. Además, suponiendo que usted logre salir de España y llegar a nuestro país, usted va directo a Ushuaia (prisión argentina). Usted es comunista —me dijo venenosamente.

—Eso quiere decir que usted es copartícipe de todos los crímenes de Franco. ¿Quién le ha dicho a usted que porque un hombre tenga ideas comunistas, hay que matarlo?

—¡Pero si yo lo entrego no le pasará nada! Además, aquí no lo podemos tener. ¡En España no existe el derecho de asilo!

—¡Ni yo vine a solicitar asilo! —exclamé—. Solo vine a solicitar que protejan a mi esposa y a mi hija, que seguro serán detenidas, y a despedirme y mostrar mi agradecimiento a don Ricardo, que tanto hizo por salvar mi vida.

En ese instante de la discusión, que tenía lugar ante una decena de funcionarios, se abrió una puerta y apareció un hombre alto, de unos cincuenta años, elegantemente vestido y de porte distinguido. El embajador, a quien yo solo conocía de nombre, exclamó:

—¡Este muchacho tiene razón! ¡Si no existe derecho a asilo, lo menos que podemos hacer es desearle buena suerte! —y acto seguido abrió su saco cruzado y sacó del bolsillo interior una cartera de la cual extrajo un billete de mil pesetas que me entregó.

Inmediatamente, como obedeciendo a una orden, todos extrajeron dinero de sus carteras, que me brindaron.

En mí se produjo un momento de indecisión. Me asqueaba aceptar lo que me brindaban los mismos que antes guardaron silencio ante el intento del cónsul de entregarme a la policía, pero rápidamente pensé: “El dinero puede ayudarme”.

Después de la recogida de la ayuda económica, el cónsul general me dijo:

—¿Con qué documento está usted circulando?

—Eso es asunto mío, don Aquilino —contesté.

—Es que yo puedo hacerle un pasaporte que le servirá fuera de España. ¿Puede ir al consulado a las cinco a recogerlo?

Rápidamente comprendí que él podía avisar a la policía para que desde allí me siguieran, pero aseguraba cinco horas de tranquilidad, por lo cual contesté afirmativamente. A continuación pedí permiso para hablar por teléfono con Pilar y llamé a la casa de los vecinos del tercer piso, que regularmente cuidaban de mi hija. Fue la niña quien salió al teléfono y me informó que su madre había salido.

Me despedí del embajador y del canciller personalmente, y con un saludo general, del resto de los presentes. Salí de la embajada con un hambre de lobo y busqué un restaurante de lujo, donde no eran frecuentes las visitas de control de identidad de la policía, que, por otro lado, aún debía estar registrando piedras y pinos, ya que por la carretera no había salido.

El suculento almuerzo se prolongó hasta las dos de la tarde y en aquel ambiente tranquilo pude trazar mi plan.

- Primero: Vigilar con dos horas de anticipación el consulado general.
- Segundo: Hacer contacto con Pilar, prepararla para su detención y aviso al embajador.
- Tercero: Después de la entrevista con Pilar, salir de Madrid y tratar de llegar a Portugal.

Desde un portal del edificio de enfrente donde me situé a las tres de la tarde, vigilé sin un pestañeo el consulado, al cual solo entraron el cónsul y la secretaria, sin que se viera ningún movimiento de la policía por los alrededores. Por otra parte, era probable que el cónsul actuara con la mayor cautela, dada la posición del embajador. Así las cosas, decidí entrar y saludar a la secretaria, una argentina a quien conocía. Le pregunté:

—Carmita, ¿hay peligro?

—No, ya todo está preparado y el señor cónsul lo espera.

Me hizo pasar al despacho y el cónsul me entregó un pasaporte no válido en España, pero que me sería de gran utilidad en otros países. Después el cónsul, en actitud paternal, me aconsejó:

—Debe salir cuanto antes de Madrid, aquí corre mucho peligro. A las 22:45 sale un tren de la Estación del Norte; pague el billete en bolsa negra, pues en taquilla no lo encontrará, pero salga en ese tren.

Acto seguido el cónsul registró una gaveta y me entregó unos cuantos francos y escudos para que no tuviera problemas de dinero al otro lado de la frontera, sin sugerir cuál frontera, pues me daba moneda francesa y portuguesa. ¡La trampa era el tren de las 22:45!

Despedida de Pilar

Con extremas precauciones de autovigilancia caminé desde el consulado hasta las afueras de Madrid, por el lado de la Plaza Monumental de Toros enclavada al final de la calle de Alcalá, a unas cuatro cuadras de mi casa. Era plena tarde, pues en verano adelantaban el horario, y los muchachos que estaban en sus vacaciones escolares jugaban en el descampado reñidos partidos de balompié.

Me senté sobre una piedra para estudiar a aquellos muchachos y elegí uno que me pareció muy serio a pesar de que solo tenía unos nueve años, y cuando terminó el partido lo llamé y le pregunté:

—¿Quieres ganarte dos pesetas?

—¡Cómo que no! —contestó.

—Mira, vas a la calle Alcalá, 166, subes hasta la azotea, golpeas la puerta y preguntas por Pilar y le entregas este papel. Ella te dará dos pesetas. Cuando te dé la contestación, escrita en este mismo papel, yo te daré diez pesetas —y le di dos—. Ten mucho cuidado en no darle el papel a nadie. Ella es casada, si no la encuentras, preguntas o la esperas, pero de manera de no comprometerla, pues tiene el marido preso, ¿tú entiendes?

El muchacho hizo un gesto de hombre que conoce la vida y salió disparado con el papel, en cuyas líneas iba escrito:

Querida Pilar. No puedo resistir más tiempo sin verte. Necesito que aclaremos nuestra situación hoy mismo. Te espero en el camino de la plaza a casa de la vieja, a las nueve en punto de la noche. Dale dos pesetas al niño y contesta en este mismo papel, ya él sabe que eres casada y que no se lo debe entregar a nadie pues podría enterarse de lo nuestro tu marido.

Te quiero con todo mi ser.

Antonio

Cuando el muchacho arrancó, yo salí tras él y le monté vigilancia cerca de mi casa. Antes de regresar al sitio donde me dejó, alcancé al muchacho y al recibir el conforme de Pilar le entregué las diez pesetas ofrecidas, ante lo cual, para mi asombro, dio un paso atrás y dijo:

—¡Ya está bien! ¡Ya recibí cuatro pesetas!

Y desapareció como un cohete.

Tras la desaparición del muchacho, y con grandes precauciones, volví a aproximarme a mi casa, a distancia, para ver salir a Pilar, y tras llevarla bajo vigilancia unos tres kilómetros y estar seguro de que tampoco a mí me seguían, una vez en el punto convenido tuvimos un emocionante encuentro, aderezado con comida y vino que ella llevaba en previsión de que yo tuviera hambre, después de un día tan activo.

Pilar comprendió muy bien que no tenía otra alternativa que fugarme, e incluso nos reímos con toda sinceridad al representarnos mentalmente la sorpresa de la Guardia Civil y del director cuando dijeron “¡Adelante!”, y yo salí hecho un bólido.

Le expliqué con todo detalle lo ocurrido en la embajada argentina y con el cónsul posteriormente. Le dije que en cuanto nos separáramos saldría de Madrid para intentar pasar la frontera francesa, algo que solo ella y yo sabíamos, aunque en realidad tenía decidido dirigirme a Portugal. Lo hice como medida de protección, pues conocía los métodos que podía aplicarle la policía, sobre todo si detenían también a la niña, como yo esperaba.

Me informó que ya la policía había llamado a la casa de la vecina y que la niña había tomado el teléfono, que le preguntaron por mí y ella contestó que yo estaba en Cuelgamuros trabajando, pero que hacía un rato yo le había hablado por teléfono.

Después del análisis de la situación, concluimos que en cuanto entrara en la casa sería detenida, que debía arreglarse para que por la mañana los vecinos fueran a ver al embajador y le informaran la situación, sobre todo en lo referente a la niña.

Acordamos que cuando yo llegara a América la mandaría a buscar, que no perdiera el contacto con don Ricardo y con el embajador, para que la protegieran y gestionaran su salida con documentación argentina.

Efectivamente, Pilar fue detenida aquella noche, a poco de llegar frente al edificio de la casa. Desde el balcón de nuestros

vecinos la niña contemplaba cómo se llevaban a su madre. Según supe mucho después, ya en Cuba, el embajador actuó enérgicamente y consiguió libertar a Pilar días después de su detención.

Hacia la frontera portuguesa

Había que salir de Madrid rápidamente, pero no en el expreso de las 10:45 como aconsejó el cónsul. Al analizar el horario de los trenes vi que uno con dirección a Galicia había salido a la hora en que yo estaba en el consulado.

En aquella época los trenes hacia Francia y hacia la frontera norte de Portugal tenían que cruzar la cordillera de Guadarrama, lo cual los obligaba a dar un largo rodeo, pasando por las cercanías del Escorial hasta Ávila, y debían enganchar dos y hasta tres locomotoras en la pendiente a causa de las sobrecargas, puesto que usaban como energía leña o carbón de pésima calidad.

Mientras que para llegar a Valladolid el tren debía recorrer 350 kilómetros en diez horas, por carretera solo había 195 kilómetros, que se podían recorrer moderadamente en tres horas, ganando no menos de seis horas; o sea, que en automóvil yo podía tomar pasaje en Valladolid en el tren que había salido de Madrid cuando estaba hablando con el cónsul.

La decisión requería cierta audacia, había que cruzar la cordillera por el pueblo de Guadarrama, cuya Guardia Civil había sido la encargada de mi eliminación física aquella misma mañana.

Tomada esta atrevida decisión fui a una estación de taxis y alquilé uno que me llevaría urgentemente a Segovia, ciudad a 98 kilómetros, para atender a un familiar enfermo.

El automóvil tomó la carretera de La Coruña y una hora después, cruzando el poblado de Guadarrama, nos hizo parar el puesto de control, que examinó la documentación del vehículo y del chofer, echó una mirada al elegante pasajero e hizo la señal de seguir, con la cual recobré el aliento.

Llegados al centro de Segovia, me despedí del chofer y pregunté a un transeúnte dónde se hallaba la estación de autobuses, que casualmente estaba frente a mí.

A los pocos minutos estuve a punto de denunciarme, pues a poco salgo corriendo al ver entrar un tropel de la Policía Arma-

da, pero me contuve y resultó una falsa alarma: se trataba de personal que terminaba su servicio y regresaba a sus hogares.

El viaje de cien kilómetros hasta Valladolid se realizó felizmente en menos de dos horas y hasta dormí un poco, que buena falta me hacía.

El autobús terminaba en la estación de ferrocarril, así que no perdí tiempo para comprobar que mi tren no había llegado aún. No cabía duda: aquel espléndido día del 17 agosto debía ser inscrito entre los que mi estrella brillaba más esplendorosamente en toda mi vida.

Saqué mi pasaje en segunda clase, por estar agotada la primera, y al cabo de una hora, cuando llegó el tren, me acomodé en el pasillo, atestado de pasajeros sentados en sus maletas, muertos de sueño y de cansancio. Yo había tenido tiempo para lavarme la cara y afeitarme en los baños de la estación del ferrocarril y había dormido más de una hora en el auto. Además, mis nervios estaban en la máxima tensión: conocía que en el tren actuaba la Policía Política, que pedía documentos sin excepción, aunque en este sentido tenía mi salvoconducto como preso que habiendo cumplido su condena fijaba su residencia en Vigo, ciudad próxima a la frontera portuguesa, y donde además no era posible que hubieran puesto sobre aviso de mi fuga a la policía de aquel tren, puesto que yo estaba en Madrid después de su salida, y no me cabía la menor duda de que el cónsul argentino había informado.

Pero como ya estábamos en la madrugada del día 18 mi estrella dejó de alumbrar un momento, para complicarme la situación. Una joven avanzó por el pasillo pidiendo permiso para pasar al baño, tarea difícil entre tanta gente sentada y de pie, entre los cuales estaba yo.

Cuando la joven llegó al baño, se volvió gritando: "¡Me robaron la cartera!". Mi mente analizó la situación a una velocidad electrónica, seguramente pedirían documentación y era de suponer que el único preso en libertad era yo, por lo cual sería detenido como sospechoso. Miré por la ventanilla para saltar hacia afuera, pero el tren se deslizaba por la llanura de Castilla, a no menos de 70 kilómetros por hora, suficientes para por lo menos partirme las piernas. Había que resolver con inteligencia. En el compartimiento frente a mi posición en el pasillo, iban

sentados dos guardias civiles y un cabo de escolta. Con el mayor aplomo me dirigí al cabo:

—Señor cabo, ¿usted me permite una sugerencia?

—¡Hágala!

—Que se cierren las puertas del vagón y nadie se baje hasta que sean registrados todos los pasajeros, empezando por mí.

El cabo, indeciso, me registró, y acto seguido me propuso:

—¿Usted quiere ayudarme?

—Sí, señor —contesté.

—Pues cuide que nadie pase hacia allá.

Los pasajeros fueron registrados y no aparecieron ni el ladrón ni la cartera.

Al final de la ardua tarea saqué una cajetilla de *Camel*, que ya el cabo había visto en mi bolsillo, lo cual le ofreció una imagen de hombre de confianza, e invité a los guardias a fumar.

A los cinco minutos, el cabo propuso a los pasajeros de su banco de cinco asientos:

—Señores, ¿no les da pena que este señor haga el viaje todo el tiempo de pie pudiendo nosotros apretarnos un poco y hacerle un sitio?

Y entre el cabo y un guardia me hicieron un espacio que para mí era un aval.

Cuando llegó la Policía Política me encontró sentado entre dos guardias civiles, y el cabo, al informarles que un ladrón viajaba en el tren y que el registro se había hecho infructuosamente por ellos, agregó:

—Y este señor nos ayudó.

Garantía suficiente para que no me pidieran documentación en todo el viaje.

Después de un cambio de tren llegué sin novedad a Vigo, el más importante puerto del oeste de España, al cabo de haber recorrido más de mil kilómetros en tren y automóvil. En la estación tomé un taxi y me dirigí a un buen hotel, donde había estado hospedado durante varios días, diez años atrás. Era administrado por un matrimonio, del cual conservaba una buena opinión por su bondadoso carácter.

Al llegar comprobé que no había cambiado la administración y les recordé que había estado hospedado diez años atrás y volvía a causa del buen trato recibido. Eso los halagó, pero me

di cuenta de que no me recordaban, algo que me favorecía a los efectos de mi identificación. Solicité una habitación sencilla, no hubo dificultad y me pidieron que llenara unas planillas —casi una autobiografía—. Rogué que me permitieran llenar las planillas al día siguiente, pero lo rechazaron, informándome que la policía venía todos los días de siete a ocho de la mañana y los multaban si faltaba la de algún huésped. Alegando estar muy cansado, lo cual era bastante evidente, les pedí que me permitieran bañarme y después las llenaría en mi habitación, de manera que antes de llegar la policía las pudieran recoger en mi cuarto y así todos estaríamos complacidos.

Me bañé, estudié las planillas y no pude dormir pensando en la llegada de la policía y en mi único documento, de preso puesto en libertad.

Durante la noche mi cerebro, al igual que una computadora, manejaba diferentes variantes en base al documento que poseía y a otros modelos de libertad firmados por el anterior director del campamento de presos de Banús Masdeu, teniente don José Pardo Pomares, de la Legión Extranjera.

Al fin apareció la siguiente idea: había un guardia del campo de trabajo, llamado Tomás Calvo, que había salido de vacaciones hacia un pueblo remoto dos días antes de fugarme. Su edad, estatura y señas generales coincidían bastante con las mías y como se daba la circunstancia de haberse producido un cambio reciente de director, decidí extender una certificación en uno de aquellos modelos oficiales firmados y acuñados que tenía en mi poder gracias a Pelayo Cordero, mi amigo cubano, quien por cierto había salido expulsado de España dos semanas atrás y ya estaría cerca de Cuba.

El documento confeccionado por mí decía:

Yo, José Pardo Pomares, teniente de la Legión Extranjera en funciones de director del Cuerpo de Prisiones en el campo de trabajo de Cuelgamuros:

Certifico: Que hallándose en las funciones de su cargo el guardián del Cuerpo de Prisiones a mis órdenes don Tomás Calvo hubo de sufrir la pérdida de una cartera con todos sus documentos de identificación personal, por lo cual y a los efectos de su identificación, en tanto pueda gestionar y obtener los correspondientes duplicados, extendiendo la presente con el ruego a

todas las autoridades que le reconozcan la validez necesaria a los efectos para los cuales ha sido extendida.

Jefe del Destacamento Penal

Como medida de precaución, desaparecí a las seis de la mañana, hora en que abrieron el hotel. Pensaba que los administradores se callarían mi presencia de aquella noche para no buscarse complicaciones.

En Vigo había un consulado argentino cuyo cónsul era amigo del canciller y del que tenía buenas referencias políticas.

Me personé allí y tuve una larga conversación con el cónsul, al cual rogué que me ayudara a pasar la frontera portuguesa, para lo cual me pidió un tiempo, pues tenía que lograr algunos contactos. El secretario también resultó una persona muy amable e, informado por el cónsul de mi necesidad, mostró un gran interés y simpatía hacia mí.

Después de salir del consulado, busqué un hotel respetable, como son los que se titulan Hotel Comercio, y solicité una habitación para una semana que pasaría de vacaciones en Vigo; llené mis planillas y al mostrar al empleado mi documento de identidad, este hizo un gesto visible de desagrado. Después de posesionarme de la habitación y darme un baño, bajé al comedor, donde me ocurrió algo inesperado.

Entre los pocos clientes que ya quedaban en el comedor, había un joven de unos veinticinco años que se levantó de su mesa a mi llegada y con gesto amenazante se dirigió hacia mí:

—Ustedes son todos unos canallas, unos asesinos, ¿quién sabe cuántos presos habrá asesinado y ahora viene de vacaciones? ¿Piensa que estoy loco? Sí, estoy loco, loco, no tengo miedo, no quiero vivir, ¿para qué? —dijo muy alterado, quitándose los zapatos y presentándome sus pies llenos de grandes cicatrices.

—Fui desertor —continuó—, pero no pude pasarme con los rojos y detuvieron a mi padre y a mi madre, y los mataron con torturas. Los fascistas me persiguieron como a un perro rabioso; caminé huyendo, descalzo, por las noches robando en los corrales las sobras de los puercos. Me apresaron y torturaron. Ahora, a los cuatro años de terminarse la guerra, me soltaron. ¿Para qué sirvo?

—Cálmese y escúcheme —dije al joven lo más tranquilo que pude—. Yo soy guardián de prisiones, pero no soy político; es mi oficio. Ya antes de la guerra yo era guardián con el gobierno

republicano y cuidaba que no se fugaran los presos fascistas. No soy falangista, soy guardián y si cae este gobierno seré guardián con el que venga, no torturé ni lo haré. Yo gano mi pan solo cuidando que los presos no se fuguen.

Después de escucharme, el joven pareció más calmado y le dije:

—Yo sé que hubo muchos abusos y no estoy de acuerdo con ellos. Siéntate, por favor, y toma café.

Terminado el almuerzo, le pedí al joven que me indicara cómo ir a la playa y él me acompañó durante varias horas, me contó cómo los fascistas torturaron hasta la muerte a sus padres, en venganza por su filiación izquierdista y porque pensaban que ya él estaría disparando contra ellos del lado republicano, después de su desertión, cuando en realidad se encontraba fugitivo dentro de la propia zona franquista.

En dos días de estancia pude apreciar que de los más de cien mil habitantes de la ciudad, el 99 % eran antifranquistas y lo expresaban abiertamente.

Al tercer día, al visitar al cónsul, este me planteó la conveniencia de abandonar la ciudad; estaban llegando grandes cantidades de miembros de la Policía Política, que realizaban muchas detenciones preventivas ante la próxima visita del *Enano del Ferrol*, como allí llamaban a Franco.

El secretario del cónsul me explicó cómo encontrar un alojamiento confortable en un puerto de pescadores al otro lado de la bahía, donde también iban algunos turistas por tener una pequeña y tranquila playa.

Ya en mi nuevo alojamiento comencé a disfrutar de un ambiente de tranquilidad. Pasaba los días completos en la playa, tomaba el sol y me bañaba en un ambiente bastante solitario, lleno de encanto natural, con un agua transparente y una arboleda que llegaba hasta el mismo borde del mar.

Pasados unos cuantos días, el secretario del cónsul me informó de un contacto para pasar la frontera. Se trataba de antiguos guerrilleros que seguían en la clandestinidad, viviendo del contrabando con Portugal, a través de la frontera. Este contacto prometía un alto coeficiente de confianza, pero el grado de conciencia de los transportistas había descendido lo suficiente como para pedir dos mil pesetas por la operación. Esta petición

me obligó a localizar a Pilar, por medio del cónsul en Vigo, para que obtuviera las dos mil pesetas, lo cual fue posible con dinero de la familia, alguna ayuda del Partido y la abnegación de ella.

El paso de la frontera

Coordinados el día y la hora para el paso de la frontera, el secretario del cónsul me llevó a un sembrado de maíz, en las afueras de la ciudad, donde me presentó a dos hombres de unos treinta y cinco años, con ropa de trabajo, que me recibieron con simpatía.

Me despedí del buen secretario con agradecimiento y en una camioneta recorrí con mis guías unos cincuenta kilómetros hasta las proximidades de la frontera. Atravesamos arboledas y altos maizales y llegamos de pronto a la orilla del río Tuy, que marca la línea divisoria entre España y Portugal.

Entonces pregunté:

—¿Cuándo vamos a cruzar?

—Ahora mismo —contestaron.

—Son las dos de la tarde y con pleno sol —dije.

—Por eso, a ningún guardafrontera se le va a ocurrir que alguien intente cruzar en este momento. A esta hora ellos están confiados, disminuyen la vigilancia y duermen su siesta para estar bien despiertos por la noche.

Me pareció que el razonamiento era lógico y acepté.

Bajo un frondoso árbol que se inclinaba hacia el agua, había un pequeño bote en el cual apenas pudimos acomodarnos los tres.

—Salgan de popa —dije—, crucen el río de popa.

—¿Y eso por qué? —inquirieron.

—Porque yo soy el que paga. Si suena un tiro, ustedes, sin virar la embarcación, comiencen a remar hacia España.

Comprendieron mi estratagema: si éramos vistos parecería que veníamos de Portugal para España y nos detendrían los guardafronteras portugueses y no los españoles. Esto convenía también a los propietarios del bote, para quienes sería más peligroso caer en manos de los españoles.

En el centro del río, con medio kilómetro de ancho en aquel lugar, hice pedacitos mi identidad de guardián de prisiones y me quedé con mi identidad de argentino con pasaporte sin visado.

Felizmente arribamos a una playita ubicada en un viñedo. Saltamos a tierra rápidamente, caminando bajo un emparrado del cual colgaban espléndidos racimos de uvas, que más tarde se transformarían en el delicioso vino de Oporto.

Sin perder un minuto, mis porteadores iniciaron el regreso y yo me quedé solo, sin nadie conocido, en un pueblo de gente que resultó sorprendentemente cariñosa y solidaria, como pude comprobar después. Para este quedó grabado en mi corazón un agradecimiento eterno.

En la granja Raposeira

Estaba un tanto desorientado y en situación peligrosamente ilegal, pero ya en otro país. Aunque este también tenía un régimen fascista, la policía no me buscaba y ni sabía siquiera de mi existencia.

Cuando el bote estaba de regreso a la orilla española y yo trataba de decidir qué camino tomar, oí un *jshic!*, *jshic!*, y pensé en un pájaro de la cordillera de Guadarrama, que emitía un sonido así. Dirigiendo la mirada hacia donde sonaba, vi a una linda muchacha de unos diez y ocho años, que estaba en la parte más oscura del emparrado y me hacía seña con su índice de que fuera hacia ella.

Al llegar me tomó de la mano y sin decir nada, me condujo a través del viñedo, hasta una casa de piedra de cantería, de dos plantas, típica de campesinos acomodados. Inmediatamente salieron tres muchachas mayores que ella y me las presentó:

—Son mis hermanas.

La hermana mayor tomó el mando y preguntó:

—¿Huye de España? —a lo cual respondí afirmativamente.

—¿Tiene hambre?

—No —contesté.

—¿Quiere descansar? —preguntó de nuevo.

—Sí.

—Mis padres están en una feria y no regresarán hasta la madrugada —explicó como diciendo que solo su padre sabía lo que se debía hacer.

La casa y la actitud de las muchachas me ofrecían confianza, además no tenía otra opción. Otra de las hermanas me mostró

una habitación limpia con una cómoda cama, en la cual caí como una piedra, después de asegurar la puerta, que tenía llave.

Había cubierto la etapa más difícil de mi fuga. Mis nervios, sometidos a tensión extrema durante 28 días, se aflojaron y apareció un cansancio mortal, infinito, contenido hasta entonces por una voluntad de hierro.

A las nueve de la noche llamaron a la puerta para decirme que tenía la cena servida, comí con apetito y agrado. Luego, la mayor de las hermanas me preguntó si quería seguir descansando, le contesté afirmativamente y le agradecí sus atenciones.

Tres horas después me desperté sobresaltado al oír el ladrido de varios perros y rápidos golpes en la puerta de mi habitación, en tanto una de las hermanas exclamaba:

—¡Los guardias, los guardias!

La primera idea que vino a mi cabeza fue: “¡Me vendieron!”. Pero ante el insistente golpear de la muchacha en la puerta, abrí y esta entró. Cerró con llave y llevando su dedo a la boca me indicó que permaneciera callado. Los guardias entraron con sus perros en la casa y revisaron, según me pareció, pero al llegar a mi habitación, la muchacha desde la cama contestó:

—¡Déjenme tranquila, que estoy enferma!

Después sentí chocar de vasos, por lo que deduje que las hermanas habían invitado a los guardias a tomar vino, lo cual hacía pensar que alguno de ellos era conocido de la familia y el registro, cosa rutinaria por la proximidad de la frontera.

Un rato después se retiraron los guardafronteras y mi linda protectora salió de la habitación, para que yo continuara durmiendo.

A las cinco de la mañana de nuevo golpes en la puerta de mi habitación y una voz alegre que me anunciaba:

—Llegaron mis padres.

Me vestí y salí. Me encontré a un matrimonio de unos setenta años él y sesenta y cinco ella, que me abrazaron como a un conocido al que se espera.

El dueño de la casa, quien dijo llamarse Avelino Rodríguez Vilar, después de ordenar a su hija mayor que bajara a la bodega por una botella de vino, me dijo en español:

—Estará usted asombrado con lo que le ha pasado.

—Sí, ciertamente no me lo explico bien.

—Pues verás: yo tenía un amigo español que vivía próximo a nosotros, era médico y atendía a mi familia. También tenía clientes al otro lado del río. Un día fue a atender a un enfermo del lado de allá y lo asesinaron los fascistas. Desde entonces ayudamos a todo el que huye de España, yo me dejaría cortar un brazo por ver muerto a Franco.

Y prosiguió en estos términos:

—Ayer, cuando mi hija estaba en el viñedo, presencié cómo usted cruzaba el río y pensó que necesitaría ayuda. Por eso lo trajo a casa.

Después de brindar con un gran vaso de exquisito vino de Oporto, pregunté a mi protector:

—¿Y ahora cómo salgo de aquí?

—¿A dónde quiere ir? —preguntó también él.

—Al consulado argentino en Oporto.

—Déjelo de mi cuenta y siga durmiendo, yo me ocupo de todo —dijo el señor Avelino.

Me acosté y dormí tranquilo hasta las ocho, hora en que me despertaron para desayunar. Aparentemente nadie había dormido en la casa.

El desayuno de huevos con jamón y vino, en compañía del dueño, terminó con la llegada de una ambulancia, un médico y un guardafronteras, al cual me presentó el viejo como su hijo que prestaba servicio en el puerto de Tuy, a pocos kilómetros de distancia. El encuentro fue fraternal y como todo parecía estar coordinado, sin pérdida de tiempo me instalaron en la ambulancia, bajo la atención del médico y con un guardafronteras por chofer.

Me despedí de la familia Rodríguez Vilar, con el corazón rebotante de agradecimiento eterno y la fe acrecentada en la bondad del género humano.

Mi estancia en Portugal y salida hacia Cuba

Al cabo de recorrer en ambulancia más de doscientos kilómetros, me bajé ante el edificio que ocupaba el consulado argentino en la ciudad portuaria de Oporto, la segunda de Portugal.

El cónsul, un argentino de apellido alemán, no pareció sorprenderse con mi presencia y me atendió con la mayor

consideración. Registró mi pasaporte en su libro de matrícula, con lo cual adquiría cierto grado de legalidad en Portugal, aunque no tenía visado ni registro de inmigración.

A continuación me proveyó de una cantidad de dinero portugués.

Sin perder tiempo, el cónsul llamó a su secretario y le ordenó que me acompañara, para protegerme, hasta la embajada argentina en Lisboa, debiendo salir en el primer tren. Varias horas más tarde y después de ponerme en manos de un barbero que me dejó la cabeza lavada y cortado el pelo, así como bien afeitado, penetré solo en la embajada argentina, situada en un edificio de la Rua da Oporto, que el diligente secretario del cónsul de Oporto me indicó, dando así por terminada su misión, que no fue pequeña.

Al solicitar la audiencia con el señor embajador, la conversación degeneró rápidamente en una riña, pues me lanzó en la cara:

—Todo lo que le pasa se lo buscó usted. ¿Quién lo mandó pelear en España al lado de los rojos?

—¿Y quién lo autorizó a usted, representante de un régimen republicano y democrático, a tomar partido al lado de los nazis? —le espeté.

Acto seguido el embajador, que tenía el balcón de su despacho abierto, se asomó a la calle y gritó:

—¡Policía! ¡Policía!

En ese momento yo inicié el descenso de la escalera, cruzándome con un policía que subía al llamado del máximo representante allí de “mi país”.

Sin persecución alguna llegué a un gran parque y me senté en un banco a recapacitar sobre el nuevo rumbo que imponía mi actual situación.

Yo era un comunista con elevada formación política y ocho años de militancia, que incluían casi tres años de guerra y otros dos períodos casi iguales de clandestinidad y prisión, lo cual equivalía a una larga escuela revolucionaria. No obstante, en cuanto a la política internacional, respecto a los países capitalistas existía en mí cierta simpatía hacia los Estados Unidos de Norteamérica, por su sistema de vida y de producción avanzada, audaz y diferente al de la vieja Europa.

Yo conocía de la ayuda que prestó la Esso Petroleum Company a Franco, abasteciéndolo de combustible a crédito durante nuestra guerra, y que los bancos *Morgan y Rockefeller* compraban, en la bolsa de París, el papel moneda emitido por los fascistas españoles sin respaldo de ninguna clase, por lo que con ello daban cobertura financiera al fascismo. Sin embargo, aún veía románticamente a Franklin Delano Roosevelt como el demócrata sincero que en la hora decisiva obligó a la reacción inglesa a firmar una alianza con la URSS para derrotar al fascismo.

Reflexioné sobre mi situación. Me encontraba en un país desconocido, gobernado por un sátrapa fascista llamado Oliveira Salazar, unido mediante tratados a Franco y, por tanto, si la policía portuguesa me detectaba sería devuelto a España y fusilado. No contaba, además, con el apoyo de la embajada argentina, ni había allí ninguna representación soviética, único país socialista que existía, por lo que tenía que lograr algún auxilio para llegar a América.

No había otra posibilidad. Antes de la noche necesitaba resolver un alojamiento, de lo contrario caería en las garras de la policía de Salazar. Tenía que solicitar ayuda en la representación de los Estados Unidos.

Poco después del mediodía, preguntando acá y allá, localicé la embajada de los Estados Unidos. Expliqué al funcionario que me atendió que era un antifascista que había luchado voluntario en España y estando prisionero me había fugado, llegado a Portugal, y necesitaba ayuda inmediata.

El funcionario me explicó que ellos no podían ocuparse de tales casos, pero que existía una agencia de los Aliados para atender a los perseguidos por el fascismo y me dio la dirección.

Dicha sede ocupaba un gran edificio en la Avenida de los Aliados, y a ella me trasladé. Allí me atendió una norteamericana que, apenas me escuchó, me remitió a una alemana que dijo ser fugitiva del nazismo y la vicepresidenta de la agencia.

Sin perder tiempo me dio una tarjeta con la dirección de una pensión y el nombre de su dueño, a quien llamaría por teléfono. Indicó que volviera a verla dentro de dos o tres días.

Efectivamente, cuando llegué a la pensión, mi “excelencia”, como dicen cariñosamente los portugueses a todo ser humano,

ya tenía preparada una buena habitación y a la hora de la comida me llamaron para que pasara al comedor. El dueño resultó ser un español antifascista, quien me dijo que no me preocupara por el registro de los huéspedes, pues él tenía un convenio con la policía para que no molestara a sus clientes pidiéndoles documentación.

Resultaba obvio que por esta vía contaba con una gran protección y por supuesto fui advertido de que a nadie diera mi domicilio. Pasados unos días, doña María Opeinheimer, así se llamaba la alemana, me pidió una autobiografía que llené, muy cuidadosamente, sin declarar mi militancia política, ni la causa de mi detención y condena a muerte. Puse haber sido teniente, jefe de Transporte de la Segunda División del Ejército Republicano.

Me dijeron que mejorara mi indumentaria para no hacerme sospechoso en la calle, me vistieron elegantemente en una moderna tienda y me exigieron usar sombrero. También me dieron una cantidad de dinero suficiente para mis gastos en la calle, lo que me permitía visitar restaurantes y cafés al aire libre, de los que en aquella época había muchos en Lisboa, así como viajar en ómnibus y taxis, e ir a espectáculos si lo deseaba.

Sorprendentemente para mí, un día me preguntaron si era posible que yo reprodujera el gráfico que estando preso envié a la embajada de los Estados Unidos en Madrid, con el mayor número de datos y comentarios posible, lo que hice con pleno conocimiento. Después de hacer aquel trabajo noté que había ganado la consideración de doña María.

Un día, al salir de la oficina de los Aliados, recibí una enorme sorpresa al ver que entraba en ella mi amigo *el Búlgaro*, compañero de la cárcel de Porlier, del cual yo conocía su fuga, pero él no la mía, que se había producido después. Blanco por la sorpresa, *el Búlgaro* pasó por mi lado sin demostrar nada y yo me senté en el parque a esperar su salida para después seguirlo y adelantarlo para que él también se asegurara de que nadie me seguía a mí. El encuentro fue de una emoción indescriptible y durante horas nos contamos nuestras respectivas odiseas.

Este búlgaro, ocho años mayor que yo, era un hombre de una audacia sin límites, especialista en fugas. A los 17 años ya era

militante de las juventudes comunistas, y por participar en la insurrección de 1923, bajo la dirección de Jorge Dimitrov para impedir el establecimiento de la dictadura fascista en su país, fue condenado a muerte.

Confinado en el presidio de Burgas, una noche se fugó con tres jóvenes más y una vez en la calle les propuso robar una lancha y cruzar el Mar Negro hasta las costas de la Unión Soviética.

A pesar de ser rechazada la proposición por sus compañeros, que estimaban imposible tal travesía sin preparar reservas de víveres, agua y combustible, él insistió en sus propósitos.

En la oscuridad de la noche eligió la lancha de motor que le pareció más idónea y remando en silencio logró salir del puerto y arrancar el motor ya en mar abierto.

Sin reservas de gasolina ni de agua y sin alimentos, fue encontrado a la deriva, sin conocimiento, después de nueve días, por un guardacostas soviético frente a Sebastopol, adonde lo habían arrastrado las corrientes marinas.

En la Unión Soviética estudió Ingeniería Industrial y al ocurrir la sublevación fascista en España se ofreció como voluntario; fue destinado a la dirección de la industria de guerra en la región del Centro. Al concluir la guerra cayó prisionero de los italianos y fue internado en el Campo de Albaterra, de donde se fugó poco después. Durante esta fuga, al saltar un obstáculo de la defensa militar del campo, levantó las manos y una ráfaga de ametralladora lo alcanzó, llevándole la falange del dedo pulgar de la mano izquierda.

Harapiento, lleno de piojos y a punto de morir de hambre, caminando de noche y escondiéndose de día, llegó a un pueblecito de la costa mediterránea en el cual había estado una vez en la casa de un militante comunista, adonde se dirigió. El camarada, que estaba oculto en su propia casa, le dio de comer, un poco de dinero y una pistola, pidiéndole que se alejara porque si descubrían a cualquiera de los dos, los fusilarían a ambos.

Dos días después, la herida sin curar le provocó fiebres muy altas y tuvo que localizar en un pequeño pueblo el consultorio de un médico particular. Vigiló que no hubiera ningún paciente en el consultorio y al entrar, enseñó su herida al médico, que le dijo:

—Tiene gangrena, hay que operar ahora mismo.

—Está bien —aceptó *el Búlgaro*.

Mientras ponía sus instrumentos a esterilizar, el médico tomó el teléfono.

—Por favor, no llame —dijo *el Búlgaro*.

—Es para avisar a mi esposa que llegaré un poco tarde para el almuerzo —explicó el médico.

—Su esposa puede esperar un poco, doctor.

El médico no insistió, pidió a mi amigo que se acostara en una camilla y vino decidido, con una jeringuilla en la mano dispuesta para inyectar el anestésico.

—Sin anestesia —pidió *el Búlgaro*.

—¡Pero hay que amputar el dedo por la base, es imposible! —exclamó el doctor.

—Ampute sin anestesia —ordenó *el Búlgaro* sacando la pistola.

Terminada la operación, pidió algunas medicinas y advirtió al médico que no saliera del consultorio antes de diez minutos.

En otra ocasión en que de nuevo cayó preso, se produjo un traslado y se lanzó desde un vagón de ferrocarril a más de setenta kilómetros por hora de velocidad, consiguiendo verse libre nuevamente. No obstante, como España era toda una gran cárcel, volvió a ser detenido a finales de 1942, en un edificio de apartamentos donde se celebraba una reunión clandestina que fue sorprendida por la policía, advertida por un delator.

El Búlgaro se abrió paso a tiros y bajó por la escalera disparando contra sus perseguidores, pero en la calle había un fuerte retén de esbirros, que lo detuvieron, y unos meses después fue trasladado con todo el grupo clandestino desde Barcelona a Madrid, para ser juzgado con arreglo a lo dispuesto en la Ley de Seguridad, que establecía la pena de muerte para tales actividades. Con ese motivo nos conocimos físicamente en la cárcel de Porlier, y al final de nuestra estancia allí participamos en la preparación de un plan de fuga.

Durante mi estancia clandestina en Portugal contactaron conmigo algunos miembros del Partido Comunista de ese país, que realizaron los mayores esfuerzos por ayudarme. Uno de aquellos camaradas portugueses me condujo, un anochecer, a una casa en el barrio de los pescadores, donde conocí a dos oficiales y algunos tripulantes de barcos de pesca.

Después de conversar extensamente, resultó que su zona de pesquería eran las islas Azores, a mitad del camino entre España y América, pero con la particularidad de que era un centro de avituallamiento desde donde se podía llegar, en otra embarcación, al continente americano.

Cuando le informé de la posibilidad de ir a los Estados Unidos, mi amigo búlgaro se mostró contrario a mi idea y dijo que él iba para la Unión Soviética. Discutimos esta variante, pero no ofrecía ninguna posibilidad, pues solo había dos rutas: una era cruzar de nuevo España, atravesar Francia y, a través del frente de batalla, llegar hasta el ejército soviético, bien a través de los Países Bajos y Alemania, o cruzando Suiza y Austria. La otra ruta era bordeando todo el norte de África y el Medio Oriente, algo que a mi vista parecía aún más difícil, por lo cual decidimos que cada uno intentara la salida de Portugal por sus propios medios.

Yo estaba dispuesto a utilizar la vía de las Azores, pues mi situación con los Aliados se había hecho tirante. Cuando la agencia estudió mi autobiografía y el gráfico que me pidieron con mis consideraciones, me citaron una tarde para hacerme una oferta sensacional y totalmente inesperada por mí.

Estaban reunidos la alemana, un portugués y un pastor evangelista norteamericano, quienes me recibieron con encantadoras sonrisas.

—¿Le gustaría ser ciudadano norteamericano? —me preguntó sin preámbulo la alemana.

Tomado por sorpresa y estando, como estaba, en sus manos, tenía que ser cauteloso.

—Creo que es un honor ser ciudadano norteamericano —repuse lo más entusiasta que pude—, pero supongo que hay que tener condiciones para ello.

—Solamente ingresar en el ejército de los Estados Unidos —aclaró el portugués. Y como al parecer se me escapó un leve gesto involuntario, el portugués añadió:

—Naturalmente, como oficial.

—¿Y en qué frente sería incorporado? —pregunté.

—Usted sabe —dijo el portugués— que la guerra en Europa está próxima a terminar. Ahora hay que derrotar el fascismo japonés.

En mi mente aparecí combatiendo en una isla del Pacífico, al mando de una compañía de puertorriqueños u otros latinos, puesto que yo no hablaba inglés, ahorrando vidas de yanquis y defendiendo los intereses del imperialismo norteamericano frente al expansionismo japonés. Por eso, tratando de justificar mi negativa, dije.

—Si fuera en Europa, ahora mismo me incorporaba al frente —pensando que rápidamente me pasaría al ejército soviético en Alemania—. Pero la guerra del Pacífico yo no la entiendo —añadí.

—Es la misma guerra. El enemigo es el mismo: el fascismo —insistió el portugués.

—Para ustedes será así, pero yo no lo entiendo igual. Contra la Alemania nazi tengo incluso motivos personales, fui torturado bajo la dirección de la Gestapo. Tengo que pensarlo.

—¿Qué no entiende? ¿Por qué no es lo mismo? —machacaba el portugués.

Y yo, perdiendo un poco la calma, contesté:

—Lo que no entiendo es qué diferencia hay para un país colonial o para los semisalvajes habitantes de la Micronesia estar bajo un amo u otro amo, bajo el dominio japonés o el de otra potencia.

—Si usted no acepta esta propuesta, la única solución que le podemos ofrecer es la de ubicarlo como colono en Canadá o en Australia —dijo el pastor anglicano, interviniendo por primera vez en la conversación—. Piénselo y dénos su respuesta.

Cuando relaté al *Búlgaro* esa conversación, me dijo que a él también le habían hecho proposiciones, sin explicarme en qué consistían y que al rechazarlas le anunciaron que era el último mes que lo podían ayudar económicamente.

Ambos íbamos conociendo mejor las entrañas del monstruo escondido bajo el manto de organización de los Aliados para ayudar a los fugitivos del fascismo. Era preciso salir de Portugal.

Después del análisis completo de la situación y de su decisión de no acompañarme a América, *el Búlgaro* me dijo:

—Si llegas a un país donde haya embajada soviética, hablas con el embajador y le dices dónde estoy y en qué situación, pero solo al embajador. ¿Tú sabes mi verdadero nombre?

El Búlgaro usaba el nombre español de Juan Romero, natural de Valencia, pero Wajsblum me había comentado en el mayor secreto que era otro su nombre y me lo dijo.

—Sí —dije sin titubear.

—¿Cómo es? —me preguntó.

—Iván Romanov.

—No, ese no es tampoco —y escribió en su papel: Dichinov Boichov.

—Dame el papel —pedí.

—No, apréndetelo de memoria y no se lo digas a nadie, a no ser a quien te expliqué.

Fue la última vez que vi al *Búlgaro* en Portugal. Yo estaba dispuesto a utilizar la vía de las Azores, pues mi situación con los Aliados se había hecho muy tirante. En nuestra despedida, nunca imaginamos que muchos años después nos encontraríamos en la embajada de Cuba en Bulgaria.

Al siguiente día de la proposición de la agencia fui detenido por la Interpol, en la calle. Era evidente que la detención se realizaba a petición de los amigos norteamericanos, porque fui directamente conducido a la presencia del jefe superior, aunque también me di cuenta de que les habían dado muy escasa información con el propósito de no verse al descubierto.

Yo en todo momento estuve preparado para ser detenido e interrogado por la policía internacional de Lisboa, cuya lista de crímenes y de colaboración con la Gestapo y la policía fascista de Franco era bien conocida de los comunistas en España. Bastaba recordar la detención en Lisboa y entrega a los asesinos falangistas, de Isidoro Diéguez y Jesús Larrañaga, miembros del Buró Político del Partido Comunista de España, entregados con varios dirigentes más por estos esbirros de Salazar a sus colegas franquistas para ser ejecutados después de una farsa de juicio sumarísimo.

Hubo algo en mi detención que no conocían mis delatores y que sorprendió a la policía portuguesa, y fue mi pasaporte

argentino registrado en el consulado de Oporto, lo que venía a crear a mi detención una situación legal de otro carácter.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el jefe que tenía sobre su buró mi pasaporte y una cantidad crecida de dinero, lo único que me hallaron encima—. ¿Desde cuándo está usted en nuestro país? ¿Cómo es que su pasaporte no tiene visado ni tampoco el cuño de entrada de la Aduana?

—Verá usted, excelencia —dije en un portugués que ya hablaba inteligiblemente—. Yo llegué a Oporto el día 6 septiembre, como tripulante del buque argentino *Río Jachal*.

—¿Cuándo se fue su buque?

—El día tal, a las 4 de la tarde —contesté.

—¿Por qué no embarcó en su buque?

—Porque como usted conoce, los buques reciben la orden de zarpar del consulado inglés sin aviso previo y yo en ese momento estaba en tierra —expliqué.

—¿Cómo no tiene el cuño de desembarque en su pasaporte?

—No sé, nadie me pidió documentación al bajar al muelle.

—Y al zarpar su buque, ¿por qué no se presentó a las autoridades del puerto?

—Solo se me ocurrió acudir al consulado de mi país en Oporto, para informarles de mi situación. Además, le voy a ser totalmente sincero, excelencia, soy argentino, hijo de españoles y siempre he tenido la ilusión de conocer a mis abuelos y la tierra donde nacieron mis padres, y pensé que sería fácil pasar a España desde aquí y realizar mi sueño.

—¿Conque pasar ilegalmente a España? —dijo con malévola ironía “su excelencia” y dio por terminado el interrogatorio.

Sabía que la reacción ante mi idea de pasar a España clandestinamente surtiría un efecto contrario y fue por ello que se me ocurrió.

Dos días después “su excelencia” el jefe me comunicó que sería expulsado hacia América, en el buque español *Marqués de Comillas*, esperado por aquellos días en Lisboa.

Mi dinero había sido confiscado con dos fines: uno, pagar el pasaje en el buque; dos, abonar la multa que según las leyes de inmigración debía pagar por entrada ilegal al país.

Todo resultaba tan fácil y tan absurdo que me parecía increíble. Me sorprendería que no hubieran profundizado más en

sus averiguaciones, aunque la coartada del vapor *Río Jachal* era cierta y estaba perfectamente coordinada con el bueno del cónsul argentino en Oporto.

La perspectiva de viajar en un buque español no era muy de mi agrado. Llegado el día del atraque del *Marqués de Comillas*, fui conducido a la zona de embarque por la policía, que me entregó el pasaporte argentino con un visado de tránsito por Cuba y un recibo de la Aduana por el importe de la multa que “su excelencia el jefe de la Interpol” pagó con mi dinero, quedándose el resto como comisión.

El viaje hasta Cuba incluyó varios desvíos por motivos militares: uno en Gibraltar, con registro a fondo de barco, carga y subida de pasajeros, por las autoridades inglesas; una estancia de tres días en Santa Cruz de Tenerife, que aproveché para escribir a Pilar muy discretamente, pero que le permitía conocer que viajaba rumbo a Cuba, y una estancia para control exhaustivo, en la isla de Trinidad, también realizado por agentes ingleses. Uno de ellos, al tomar mi pasaporte, fue muy cordial y me dijo que él era argentino de origen, que no me quedara en Cuba porque la Argentina era un gran país.

Durante el viaje pasaba muchas horas en el camarote, para ser visto lo menos posible. No ignoraba el peligro de que el capitán tuviera instrucciones de desaparecerme mediante una caída fortuita al mar en la noche, o negarse a mi desembarco en La Habana y regresarme a España en la prisión del buque.

Para evitar la primera posibilidad solo me asomaba a la borda cuando estaban cerca otros pasajeros, y contra la segunda solo cabía identificarme con algunos pasajeros. Así pues, me fui acercando a un grupo de mujeres que viajaban con sus hijos.

Averigüé, escuchando sus conversaciones, que iban a México, donde se encontraban exiliados sus esposos, excombatientes republicanos, para reunirse con ellos. No obstante, esa circunstancia no era garantía para depositar en ninguna de ellas mi secreto.

También viajaban una galleguita de 19 años y su madre, iban a reunirse con una hermana casada en Ohio. Aprovechando la ocasión, entablé conversación con Josefina, que era el nombre de la joven, y con su madre, quienes poco a poco se fueron confiando y me contaron la historia de su tristeza. Su padre

había sido asesinado por los fascistas y la madre y ella vivían miserablemente desde entonces en su aldea natal, rumiando su odio al régimen, por lo cual decidieron pedir a su hermana que las llevara a vivir a los Estados Unidos, a pesar del dolor que les causaba abandonar su tierra. Analizada por mí la historia relatada por Josefina, y después de hablar mucho con su madre, confié solo a la muchacha mi situación y le pedí que en el caso de que yo desapareciera, averiguara con el capitán, y movilizara al grupo de mujeres republicanas y al resto de los pasajeros de tercera clase, para que lo denunciaran a las autoridades al llegar a La Habana y exigieran mi presentación.

Así mismo debía proceder si no me veía desembarcar en La Habana, ya que yo pondría toda la atención en despedirme de ella, en la misma escalerilla de descenso del buque.

Otra medida de autoprotección la realicé con el argentino del control inglés en Trinidad, a quien le dije que era preso político en España y me había fugado de un campo de trabajo, por lo que abrigaba el temor de que al viajar en un buque español, la policía podía dar mis señas y era posible que no me desembarcaran en La Habana, aunque el haber tomado el barco en Lisboa hacía menos probable que su oficialidad tuviera instrucciones de la policía hispana. El argentino prometió que en La Habana sería desembarcado, él estaría pendiente de ello.

Después del control en Trinidad hubo una fiesta a bordo para celebrar la llegada a Cuba y, al siguiente día, una misa solemne para agradecer al Supremo no haber sido hundidos por un torpedero en el cruce del océano. Los oficiales recorrieron las cubiertas para recoger a los pasajeros y así “no perdieran” su alma. Yo, que conversaba con Josefina, no quise esconderme y le pregunté:

—¿Usted va a ir a la misa?

Ella titubeó, por lo que le dije:

—Si no quiere ir no vaya, nadie la puede obligar. Vamos a pasear por la cubierta de primera, ahora que no hay nadie.

Cansados de pasear, nos acomodamos en espléndidos *chaise longue* y cuando vinimos a darnos cuenta la misa había terminado y el capitán arribaba a la cubierta con su séquito, en el cual ocupaba el primer lugar un italiano de unos cincuenta años, buen tipo, con una hermosa barba blanca bien cuidada,

de quien todo el barco murmuraba que era agente de la OVRA, agencia de espionaje italiana.

El espía, sin poder contenerse, nos increpó:

—¿Pero ustedes no han ido a la misa?

—Ya ve usted —contesté.

—¿Pero es que ustedes no tienen fe? —preguntó con indignación.

—No hemos ido a misa —dije—, pero en cuanto a tener fe eso es otra cosa, yo tengo, sin dudas, más fe que usted.

El italiano y todos los oyentes quedaron confundidos, y en cierta medida conformes, pues no se les ocurrió pensar en la fe inmovible de mis ideas, en el marxismo-leninismo, en la fe que hizo que Emilio Rodríguez afrontara sin vacilar la petición fiscal de pena de muerte y después pasara ¡veintitrés años de presidio por otro compañero, sin una queja!

Tras treinta y cuatro días de navegación, en los cuales los temores de ser capturado y regresado a España, de ser arrojado al mar, de cualquier incidente en las zonas de control de los Aliados por las que pasamos me hicieron vivir en alerta constante, divisamos una hilera de luces que bordeaba la bahía de La Habana, o más bien el famoso Malecón de La Habana.

El júbilo no permitió dormir a los pasajeros, quienes esperamos bajo un cielo estrellado de buen augurio la mañana limpia y bella, que nos permitió entrar a la bahía de La Habana y tener la posibilidad de desembarcar.

Me despedí de los pocos pasajeros con quienes había trabado contacto en este angustioso y esperanzador viaje, entre ellos de Josefina y su madre, que proseguían hacia los Estados Unidos.

Yo no tenía ningún contacto en Cuba, ninguna certidumbre de cómo continuaría mi vida, solo tenía una visa de tránsito para Cuba otorgada en Portugal.

Sin embargo, nada de lo anterior importaba, solo un pensamiento golpeaba en mi interior con frenética alegría: había logrado dejar atrás la negra noche del franquismo.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 5. En Cuba

Vislumbrar nuevas luces

Al cabo de muchos días de navegación, los pasajeros de aquel incierto viaje a bordo del *Marqués de Comillas* vislumbramos las luces del Malecón habanero, tantas que competían con las estrellas, como un buen presagio para el futuro.

Al amanecer, las autoridades cubanas abordaron el barco y con la ayuda de un práctico atracamos felizmente en un muelle del puerto de La Habana. Los pasajeros con este destino comenzamos a bajar y de pronto fui conducido por autoridades uniformadas a Triscornia, lugar de retención utilizado por la Dirección de Inmigración. Allí, no sé por qué, quedé retenido a pesar de contar en mi pasaporte con un visado de tránsito, que tampoco supe quién ni cómo, en Portugal, pusieron en mi documento.

El día de mi llegada se presentaron en Triscornia dos aventureros que habían participado como voluntarios en la guerra de España: Eufemio Fernández y Mario Salabarría, el primero era en aquel momento el jefe de la Policía Judicial, y el segundo, el comandante de la Policía Nacional. No tuve contacto con ellos, pero contemplé cómo ambos actuaron de una forma grosera y prepotente, ofendiendo y maltratando a las personas, entre ellas a un sacerdote al cual le encontraron, ocultos en sus ropas, documentos que ellos consideraron pruebas suficientes para clasificarlo como espía nazi, algo que pudo ser cierto, aunque no justificaba el ultraje que presencié.

Llevaba ya diez días detenido en Triscornia sin saber por qué, cuando un anoecer se apareció ante mí el compañero Julián Grimau, miembro del Comité Central del Partido Comunista de España, quien me conocía y me dijo:

—Mañana mismo te saco de aquí.

Grimau llevaba años residiendo como exiliado político en Cuba y mantenía una estrecha amistad con Jorge Agostini, que había combatido en España como voluntario cubano, al mando

de un submarino republicano. Agostini informó a Julián que Mario Salabarría le había dicho que en el *Marqués de Comillas* había llegado un argentino que decía haberse fugado de un campo de trabajo en España y le dio mi nombre, que Agostini transmitió a Grimau.

Durante uno de los días que permanecí en Triscornia recibí una extraña visita. Cuatro individuos jóvenes llegaron a una habitación con mucha luz y amplias ventanas abiertas, adonde previamente me había conducido un oficial cubano. Uno de los recién llegados, saludándome con marcado acento inglés, me invitó a sentarme a una mesa de madera sin nada encima, mientras que ellos permanecían de pie.

—De modo que usted se fugó de un campo de prisioneros en España —empezó uno.

—Así es —dije yo.

—Lo felicitamos. Ya se acabaron sus sufrimientos; ahora está en un país democrático —dijo otro.

—¿Cómo está la situación en España? —preguntó el tercero.

—Figúrese, yo estaba preso, no tengo una visión de la situación del país, pero por lo que pude apreciar durante mi fuga, en la población hay mucho descontento —contesté.

—¿Hay actividades clandestinas contra el régimen? ¿Simpatiza el pueblo con la democracia? —preguntaron.

—No cabe duda de que el pueblo español, que luchó tres años en defensa de la democracia, simpatiza con ella —respondí—. En cuanto a la lucha clandestina, supongo que existe, pero yo desconozco detalles al respecto.

—¿Los comunistas siguen siendo una fuerza importante? —fue otra pregunta.

—Los comunistas, como todas las fuerzas de izquierda, fueron reprimidos ferozmente y todos sus dirigentes fusilados —respondí.

—¿De qué forma trabajan ahora los comunistas, cuáles son sus métodos y su forma de organización? —continuaron preguntando.

—No lo sé. Yo estaba preso —fue mi respuesta.

—¿No conoció a algún dirigente comunista o tuvo contacto con él? —insistieron.

—No, no conocí a ninguno. Me temo que no quede ninguno con vida en España —mentí.

—Nosotros —dijo el único de los cuatro que no había hablado, sin explicar quiénes eran “nosotros”— estamos interesados en ayudar a que en España se restablezca la justicia y la democracia.

—Yo no puedo hacer más. No puedo decir lo que ignoro —expresé.

El interrogatorio había durado varias horas, sin que me ofrecieran ni agua. Y el carácter de este, quitando las torturas físicas, fue el mismo en muchos aspectos al utilizado por la Policía Política fascista en aquellas horribles noches que siguieron a mi detención en Madrid.

Analizado el desarrollo del interrogatorio, había que preguntarse: ¿Por qué tanto interés en conocer sobre la organización de la lucha clandestina, la fuerza del Partido Comunista y la existencia de dirigentes en el interior de España? ¿Por qué tanta coincidencia entre esta gente “democrática” y la policía fascista? ¿Para qué querían la información?

Cuando se fueron pregunté al teniente cubano y él me dijo:

—Son de la Policía Secreta de la embajada norteamericana.

En ese instante todas las dudas y desacuerdos con la “democracia norteamericana” que se habían ido acumulando en mí maduraron como una verdad irrefutable: comprendí que, en el fondo, por mucho que lo disimulara, toda la política norteamericana servía a los intereses imperialistas.

Al fin apareció Julián Grimau, cumpliendo lo prometido. Traía una carta de un senador, ante la cual la jefatura de Triscornia se derritió en facilidades, y acto seguido fuimos al Ministerio de Gobernación, donde un funcionario, al ir a introducirnos al despacho de su jefe, nos preguntó si no traíamos tabacos para él. Al contestarle que no, se escandalizó, pidiéndole a Grimau dos pesos para comprar tabacos antes de que entráramos, lo cual realizó rápidamente y se quedó con el vuelto. Introducidos ante el jefe, este miró satisfecho los tabacos de marca y puso el cuño y la firma en una autorización para residir en Cuba treinta días.

¡Era la etapa democrática! ¡El gobierno de Ramón Grau San Martín! ¡*Ahora hay dulce para todos!*!, decía su lema.

Existía gran entusiasmo en el pueblo, la mayoría pensaba que entonces sí se había abierto para todos los ciudadanos una verdadera democracia. La gente hablaba en la calle, en los parques, en las fábricas, en las obras, en los sindicatos, asociaciones, y hasta en el Congreso, de sus críticas sobre la sociedad y sus aspiraciones. ¡Ahora todo se iba a arreglar!

El “hombre del día” era el doctor Ramón Grau San Martín, que repartía sonrisas a diestra y siniestra, a la vez que repetía: *Hay dulce para todos*.

¡Era maravilloso y contagioso el entusiasmo de un pueblo confiado!

En La Habana

Era ya al atardecer cuando salimos de Tricornia, después de las gestiones en el Ministerio de Gobernación. Julián Grimau me llevó directamente a la Casa de la Cultura, que se hallaba situada en esa maravillosa Avenida del Prado, que junto con el Parque Central y el Capitolio, simbolizaban el urbanismo del nacimiento de la República de Cuba, al igual que La Habana Vieja el del poder colonial español.

Los dirigentes de la Casa de la Cultura eran españoles residentes y exiliados, que junto con personalidades cubanas daban un carácter nacional a la dirección, aunque el peso radicaba, en la práctica, en manos de los republicanos llegados a Cuba por diversas vías, después de la pérdida de la guerra de España. Allí tenía amparo todo perseguido del franquismo que arribaba desvalido, como yo ese día, a la Casa de la Cultura.

De inmediato contacté con mi amigo y compañero de la cárcel de Porlier y después del campo de trabajo forzado de Cuelgamuros, Pelayo Cordero, que había logrado salir de España con su familia hacia su patria: Cuba. En él y en su familia tuve afecto, apoyo y respaldo, tanto para mí, como posteriormente para mi familia.

Me sentí a salvo en la bella Habana, con su pueblo simpático y generoso. Mi meta era reencontrarme con Pilar y mi hija, quienes aún habían quedado en peligro, en las garras de la España de Franco.

Nunca sospeché las satisfacciones que me brindaría la vida en esta tierra, que fue también mi patria y que compensó lo vivido

por mí en los ocho años de guerra, torturas, cárcel y muerte en las garras del franquismo.

Con la alegría de estrenar una vida nueva me di a la tarea de ponerme en marcha y alquilé un pequeño cuarto en una casa de huéspedes en la calle Escobar, como si fuera un tal Emilio Fernández, ya que el prófugo del franquismo José Américo Tuero no debía usar su nombre por precaución, teniendo en cuenta que aún se vivía la Segunda Guerra Mundial.

Tenía 31 años, de estos, los últimos diez los dediqué al ciclismo, a ser cuadro político, militar, luego conspirador y carne de cañón de Franco, categoría a la cual pude, por suerte, renunciar.

Este currículo no servía para nada a los efectos prácticos. Había salido de toda la pesadilla con un buen estado de salud y de ánimo. Ese era mi tesoro, y mi único instrumento práctico, la carpintería, enseñada muchos años antes por mi buen padre. Así encaminé mis pasos, pude conseguir trabajo de carpintero y disponer por esa vía de mis primeros pesos cubanos en este país.

Ahora todo mi ser se centraba en recuperar a mi mujer y a mi hija y en seguir la lucha contra el fascismo. A mi fuga, Pilar había sido detenida, y la niña, ocultada por la familia Berenguer, que vivía un piso más abajo que nuestra vivienda. Esta bondadosa familia cuidaba a la niña esmeradamente, en las frecuentes y obligadas salidas de Pilar.

Tras dos semanas de constantes interrogatorios sobre mis planes de fuga, liberaron a Pilar, convencidos de que no hablaría y con la esperanza de que si la soltaban, podrían seguirla para tratar de capturarme. Inmediatamente después de su liberación, Pilar se dirigió a la embajada argentina para conseguir protección para la niña y para ella, ya que ambas eran españolas y estaban sujetas a las disposiciones franquistas.

Las organizaciones de los Aliados de ayuda a los presos y víctimas del franquismo y nazismo —de una de las cuales recibimos algunos recursos durante la época de la prisión y que me ayudaron en Portugal después— me enviaban de tanto en tanto información acerca de cómo marchaban los trámites de “mis mujeres”, para viajar a Cuba.

A través de Pelayo fui conociendo la situación de Cuba y la de los comunistas cubanos agrupados en el PSP, Partido Socialista

Popular, y por supuesto la del Partido Comunista Español en Cuba, que trabajaba muy vinculado con el PSP.

El PSP atravesaba una etapa de auge, representantes de este partido habían logrado gran influencia en las masas trabajadoras. Por esta vía el Partido contaba incluso con representantes elegidos por el pueblo para los órganos legislativos. Esto no dejó de ser una preocupación tanto para el “democrático” gobierno cubano como para sus amos, que ya entonces, como hoy, vivían muy cerca, a solo 90 millas.

Conocí que existía una emisora de los comunistas, aunque no se dijera así de claro: la Mil Diez. Mi amigo Pelayo era su director, y por esa vía me propusieron que concediera una entrevista en un programa de la emisora. En ella volqué todos mis sentimientos de sed de justicia, de dolor por los caídos y de dolor por los que quedaron en las cárceles franquistas. La Mil Diez era un lugar de constante actividad, de gran riqueza profesional y clara línea política, donde no existían discriminaciones, ni políticas ni raciales. Allí tuvo cabida el incalculable talento artístico de esta mágica isla, contando para sus programas con artistas que iban desde Julio Cueva —que había peleado en la Guerra Civil Española—, Enrique González Mantici, Adolfo Guzmán, Manolo Ortega y Raquel Revuelta, hasta personajes que por el color de su piel no hubieran sido aceptados por las grandes emisoras del país. Lamentablemente, algunos de ellos tuvieron mala memoria y no agradecieron las posibilidades que se les ofrecieron en Mil Diez, tales fueron los casos de Olga Guillot y Celia Cruz. Pelayo se mantuvo al frente de la dirección de la emisora hasta su cierre, pues el gobierno de Grau no pudo con tanta democracia.

Los comunistas cubanos tenían también un periódico, al cual se trasladó Pelayo: *Hoy*, tribuna de denuncia de los oscuros hechos que cometían o apañaban los políticos cubanos, apoyados por las bandas de pandilleros y asesinos que les servían. Por su oposición, *Hoy* fue atacado con acciones terroristas en varias ocasiones y el gobierno terminó por cerrarlo a los pocos años de su inauguración. Fue reabierto al triunfo de la Revolución.

También a mi llegada visité la legación soviética en Cuba. Dado el bajo nivel de relaciones entre Cuba y la URSS y el desagrado, ya evidente, de estas por los Estados Unidos, el grupo de funcionarios diplomáticos era exiguo.

Yo tenía un encargo dado por mi compañero de expediente de condena a muerte, Wajsblum, quien me pidió que si alguna vez me salvaba, contactara con una sede soviética y comunicara su final. También tenía un encargo similar de mi amigo *el Búlgaro*. Así lo hice.

Evidentemente Wajsblum pertenecía a los servicios soviéticos y consecuente con sus convicciones, este hombre extraordinario murió aislado de sus servicios, pero fiel a sus banderas.

No solo estuvo aislado de sus compañeros, sino hasta de su familia española. Se había casado durante la guerra con una española, con quien tuvo un hijo. La desgracia sobrevino después de la gran alegría de su paternidad. El niño no caminó nunca y casi no habló. Siempre quedó la sospecha de si esto lo quiso la naturaleza o si fue provocado por el médico franquista que atendió a su mujer en el parto, que tuvo lugar en Madrid, en medio de la Guerra Civil. Al caer preso, su mujer dejó paulatinamente de visitarlo y finalmente salió de Madrid sin ocuparse más de él; por ello, cuando había visita, Pilar entraba a verlo y cuando permitían la visita de los niños, mi hija también lo hacía a él. Esta fue una alegría extraordinaria para él en sus días finales.

Fue fusilado el mismo día que me tocaba a mí, aunque a mí me salvó la intervención del canciller argentino. Nadie reclamó su cadáver, así que lo hizo Pilar, única persona que acompañó el cuerpo de este destacado hombre de ciencias, extraordinario comunista e inolvidable hermano. Todo esto lo trasladé a los funcionarios de la legación soviética en La Habana, según mi promesa.

Durante dicha visita referí la anécdota del arma volante que vi en Cuelgamuros y por cuyo relato se mostraron tan interesados los norteamericanos en Portugal, hasta el punto de proponerme ingresar en su ejército.

Al fin, gracias a una de las sociedades de los Aliados, fui informado por cable que mis mujeres habían podido salir de España y también me informaron la fecha de llegada a Cuba.

El rencuentro de la pequeña familia

La primera impresión que recibieron las recién llegadas, que trataban insistentemente de divisarme desde la baranda del

barco que las trajo del frío Bilbao en aquel crudo invierno del 1945, fue la blanca y dulce sonrisa que iluminaba la negra cara de Rencurren. Por él, que quién sabe cómo podía subir al barco como maletero, supieron Pilar y mi hija que las esperaba abajo con todo mi amor.

Gracias, una vez más, al canciller argentino en Madrid, don Ricardo de La Oz, Pilar y *Chely* recibieron un pasaporte provisional argentino que les permitió dejar España. Sin este, el régimen de Franco no hubiera permitido salir a la esposa e hija de un prófugo que pudo evadir su maldad sin límites y no entregar la vida a sus sicarios.

Con un profundo suspiro comenzó a bajar mi querida y fiel Pilar la escalerilla de aquel barco, llevando de la mano a *Chely*. Durante el descenso, Pilar trató de dejar atrás nueve años de guerra, muerte, cárcel y aquel terror que el franquismo lograba meter debajo de la piel.

Rencurren diligentemente tomó sus equipajes, les abrió pasó hasta mí entre el gentío, y se retiró con una sonrisa aún mayor que la inicial, inspirada tanto por mi abundante propina como por el cuadro del reencuentro de la familia. Las abracé sin poder creer que las tenía, que estábamos juntos, que la pesadilla había quedado atrás. Después de tantos meses vi a Pilar, la mujer que había luchado a mi lado sin desmayar. Vi a mi hijita, a la que hasta ahora solo había visto en la cárcel, o en el campo de trabajo forzado de Cuelgamuros, donde una cierta tolerancia permitía a los presos, en determinados días, comer con su familia, inspirado esto por el interés de ahorrar el presupuesto de aquel campo de explotación y muerte. Nos abrazamos los tres, con el júbilo de los vencedores de la muerte, de las cárceles, de la muerte de los compañeros dentro y fuera de ellas.

Vencedores del hambre terrible, que también era muerte, sobre todo para aquellas heroínas sin brillos que eran las mujeres, quienes daban todo su aliento e incluso su alimento, a los hijos y maridos presos, y a veces hasta a compañeros abandonados en esas circunstancias por sus familias, o con una familia tan lejana que nada podía hacer por ellos.

Dejamos atrás, con dolor eterno, a los compañeros menos afortunados, presos aún, a la familia de la cual nos separamos, que había estado a nuestro lado en los días de infortunio. Algo nos animaba: la Segunda Guerra Mundial terminaría pronto

con el seguro triunfo de nuestra parte y, con esto, el franquismo desaparecería.

Por suerte no se puede ver el futuro... Hubiera sido muy desalentador saber que Pilar volvería a los 32 años y yo a los 36.

Nuestra nueva vida

Al conocer de la llegada de mis mujeres, arribé a la conclusión de que era imposible que vivieran en aquel cuartito alquilado para mí en la casa de huéspedes de la calle Escobar. Mi viejo y entrañable compañero de prisión Pelayo Cordero vivía con su esposa *Conchita* y sus dos hijos, Georgina y Pelayito, madrileños todos, en el reparto Almendares, en un pequeño apartamento que la generosidad de la familia hizo crecer para acoger con cariño a las recién llegadas.

Así, la felicidad de estar juntos volvió un juego el dormir en un colchón en el suelo, con el ameno episodio de los gatos que saltaban por la ventana y de vez en cuando brincaban sobre nuestros estómagos.

Me di a la tarea de buscar un techo decoroso para nuestra familia, reunida de nuevo. Sería nuestra primera vivienda común desde la de Alcalá, 166, cinco años antes. Conseguí un apartamento cerca del mercado de Cuatro Caminos, conocido como Mercado Único, y allí nos mudamos con nuestras maletas y pocos bultos. Para esto alquilamos una carretilla que viajó desde las calles 42 y 27 en el reparto Almendares hasta nuestro nuevo hogar en Monte y Pila. Era un pequeño apartamento pero muy completo, en cuyo alquiler se iba buena parte de mi salario de carpintero.

Como único mueble nuevo contaba con la camita de *Chely*, comprada en una mueblería modesta. El suelo y las maletas nos sirvieron de cama y mesa durante semanas y hasta meses. Después, con el paso del tiempo y según nuestras posibilidades, fuimos adquiriendo poco a poco el mobiliario necesario. Priorizamos una nevera, imprescindible en este caluroso país, a cuyo clima no estábamos acostumbrados. Nuestros muebles, por supuesto, fueron todos de segunda mano y tal vez hasta de tercera y cuarta, pero nos hicieron igual ilusión que si hubieran sido de maderas preciosas.

Los limitados recursos de la familia se iban en comer, dar dinero al Partido para los camaradas presos y muy poco más. Nuestra principal salida era a la Casa de la Cultura, y para ahorrar, la mayoría de las veces íbamos hasta el Prado caminando. Nuestra hijita jugaba montándose en los pacíficos leones de bronce del Prado de La Habana y al regreso tomábamos guarapo de tres centavos. ¡Qué felicidad pueden representar estas mínimas cosas a seres que pocos meses antes no habían contado ni con su propia vida!

Nuestra nueva vida giraba en torno al trabajo; el mío en la carpintería, el de Pilar en la atención de la casa. Ella trató de ayudar adicionalmente. Por un tiempo lavó la ropa a un pintoresco y supuestamente cantante operístico, que para ratificar su relación con el *bel canto* se hacía llamar Zamorini. Cuando él llegaba a buscar su ropa, todo el edificio lo sabía de inmediato por las escalas que llenaban el aire. Pilar también fabricó y vendió jabón, durante la escasez de productos en la posguerra, para ayudar con los gastos de la familia.

La Casa de la Cultura

La Casa de la Cultura estaba en el piso alto de una amplia y bella vivienda antigua ubicada en el Paseo del Prado, de La Habana. Estaba presidida por el compañero Pedro Cavia, e integrada por exiliados españoles, especialmente comunistas, por cubanos combatientes por la República Española y por simpatizantes de esta causa.

Allí se reunía una variada y enjundiosa representación de la intelectualidad de izquierda cubana e intelectuales republicanos españoles. Todos ellos fueron desinteresadamente a dar su sangre por la causa más justa del siglo XX: la guerra por la República Española. Con esta lucha de innumerables hombres honrados y desprendidos se trató de impedir el desarrollo del franquismo y de su padre, el nazismo, que probó contra el pueblo español toda la maquinaria ideológica y tecnológica, luego utilizada contra numerosos pueblos europeos, fundamentalmente contra el soviético.

En los actos de la Casa de la Cultura estaban presentes intelectuales comunistas cubanos y otros de izquierda. Poetas como

Nicolás Guillen y Félix Pita Rodríguez, pintores como Wifredo Lam y Carlos Enríquez, fantásticos oradores como Juan Marinello y Salvador García Agüero, se daban cita por cualquier conmemoración, para impulsar campañas, recaudar fondos para presos y guerrilleros, pedir libertad para los condenados, impedir el asesinato de los esposos Rosenberg, contra el fusilamiento de guerrilleros españoles como Gayoso y Seoane, y después, irónicamente, para salvar a Julián Grimau, quien vivió en Cuba, fue apresado al entrar a España para incorporarse a la lucha y terminó su existencia dolorosamente fusilado.

En fin, la Casa de la Cultura amparó toda causa justa. Allí funcionaba el Partido Comunista Español, no oficialmente por supuesto. También la Asociación de Mujeres Antifranquistas, organización que durante años recogió ropa, que a veces tejieron ellas mismas, para los presos que yacían en los cepos franquistas; o para los guerrilleros que hasta después del decenio del 50 se mantuvieron en las montañas españolas, sin perder la esperanza de pelear aún. Hasta se creó la Unión de Pioneros de la República Española en Cuba, aunque no duró mucho tiempo, pues la integraban Jorge, Emilio y mi hija *Chely*. Jorge y Emilio tenían a sus padres presos y marcharon con el tiempo a otros países. Mientras existió, la organización de los pioneros realizó actividades de rifas y bailes infantiles de carnaval.

La Casa de la Cultura era una organización extendida a todos los confines de Cuba, con más de treinta mil asociados, todos ellos simpatizantes de la República Española, que se movilizaban con una considerable fuerza para protestar también de otras atrocidades. Esto aumentó la preocupación de los “órganos democráticos” cubanos especializados en la lucha contra el comunismo, como el Buró Represivo de Actividades Comunistas (BRAC). En años posteriores el local de la Casa de la Cultura fue objeto de atentados dinamiteros, a manera de presión para que cesaran sus justas luchas, y los dirigentes de la organización y los militantes comunistas españoles fueron detenidos con igual fin.

Esta institución también era lugar de diversión donde se realizaban actividades recreativas y desde sus balcones se veían los carnavales cómoda y gratuitamente. En los salones se celebraban actividades en días señalados por su significación

política o festiva. En tales fiestas cantábamos las canciones españolas, empezando por el *18 de julio*. Con ello alentábamos el fuego que por España y quienes allí sufrían ardía en todos nosotros. Tratábamos de enseñar a los niños sus tradiciones, para impedir que perdieran sus raíces, absolutamente convencidos de que regresaríamos en breve y no debían desadaptarse.

Cada diciembre esperábamos allí el Año Nuevo, con el remedo de hacerlo en la Puerta del Sol de Madrid, tragando apresuradamente las uvas, una por cada campanada, y aquí, una por cada golpe de tenedor en un vaso. Esperábamos el Año Nuevo, el que traería sin duda el regreso, el que haría justicia a tanta muerte, el que derrocaría al asesino enano del Ferrol. Con grandes esperanzas nos abrazábamos, agradecidos al bello cielo que nos cubría y hacía revivir el escozor aún ardiente en la herida de la derrota.

La fiesta más jubilosa de los excombatientes republicanos y comunistas españoles fue en un restaurante de la playa de Marianao, donde con un almuerzo se celebró el derrocamiento de las fuerzas hitlerianas y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Entre lágrimas y cerveza se cantó un estribillo sin fin, que decía “tin tin, cayó Berlín... pon pon, cayó Japón”. Tal júbilo compartido por todos mostraba la seguridad en el pronto regreso de los republicanos españoles que vivíamos en Cuba y el derrocamiento del franquismo.

Los intereses de la política en general permitieron que la inmundidad declarada por Franco en la Segunda Guerra Mundial y quién sabe cuántos factores más impidieran que los presos españoles lograran ser liberados, permaneciendo apresados por años.

La “democracia cubana”

La etapa aparentemente democrática que se vivía en Cuba y el contraste con el pasado reciente que acabábamos de vivir en el franquismo nos hacían ver favorablemente la situación, aunque sin engañarnos acerca del fondo de la política gobernante. Con el tiempo nos fuimos percatando de muchos hechos y adentrándonos en la política social que imperaba en Cuba. Las acciones del pandillerismo, influido por la mafia estadounidense

interesada en extender sus tentáculos a los territorios allende los mares caribeños, lo sorprendían a uno en la prensa, e incluso en la calle, al punto de que Pilar, desde un tranvía, presencié a plena luz del día, para su susto y temor, un enfrentamiento a tiros entre los pandilleros.

Una política sometida a los Estados Unidos y la figura de presidentes dúctiles que decían defender y amar a su pueblo permitían día a día este creciente nivel de delincuencia e ingerencia norteamericana. Las posibilidades engañosamente amplias de los regímenes de Ramón Grau San Martín y después de Carlos Prío Socarrás fueron aprovechadas por la izquierda cubana en toda su amplitud. Por ello también participé en hechos tales como la construcción de una carroza de los sindicatos de izquierda, para que desfilara un Primero de Mayo.

Teniendo en cuenta que a través de la Casa de la Cultura se aglutinaban comunistas o personas de izquierda, artistas, obreros, profesionales y profesores, se creó para la construcción de esta carroza del desfile del primero de mayo un insólito equipo formado por un antiguo fiscal de la República, carismático e impetuoso, llamado José Luis Gálvez, y por un recio escultor y pintor español llamado Enrique Moret, que ilustraba con su enérgico pincel el periódico de la Casa de la Cultura. Redondeábamos el equipo mi amigo Pelayo, dotado de gran talento y habilidades artísticas, algún otro compañero y yo.

Moret estaba casado con Delia Echeverría, cubana de gran dulzura que traía una larga trayectoria de lucha, unida a Antonio Guiteras y a la lucha contra Gerardo Machado. El ímpetu desbordado de José Luis contrastaba con el de su delicada esposa francesa, llamada Rita, quien se hacía acompañar por un lanudo y blanco perro. Rita montó una peluquería donde trabajaron exiliadas españolas, como Angelita Callejas y Concha Abad. Lo más curioso de este sabroso cóctel era que la también encantadora hermana de Delia estaba casada con Aureliano Sánchez Arango, quien llegó a ser ministro de Prío Socarrás y luego enemigo a ultranza de la Revolución. Pero en aquella etapa, llegando a los años 50, fue en la casa de Aureliano donde se construyó la carroza para aquel primero de mayo.

Este especial círculo era visitado por muchos luchadores cubanos, tales como Raúl Roa, Elena Gil y su esposo Blanco;

también se les unían otros republicanos españoles intelectuales, siempre al lado de los pueblos, igual de allá que de aquí, como Julio López Rendueles, Alfredo Carabot y otros que pasaron a dar clases en la Universidad de Santiago de Cuba. Años después, José Luis Gálvez, en medio del cruel régimen de Batista, se incorporó desde Santiago a la lucha de la Sierra, y después del triunfo de la Revolución fungió como embajador durante algunos años.

Esa era la etapa en que la clase obrera desarrolló un movimiento muy fuerte, con líderes salidos de la base, como Jesús Menéndez y Aracelio Iglesias, inteligentes e incorruptibles. Ante el temor que originó en los mandatarios el incremento de la influencia de estos líderes comunistas, los gobernantes consideraron que la única salida era asesinarlos, como antes hicieron con Julio Antonio Mella y Antonio Guiterras. Y así lo hicieron...

La rencontrada familia de tres participó en manifestaciones de protesta, en los entierros de los líderes obreros cubanos asesinados (Menéndez y Aracelio), en las celebraciones del primero de mayo y en manifestaciones de mujeres para protestar ante la casa del entonces presidente Grau.

También participamos en un acto en el Estadio del Cerro, cercado por la policía, que llenó de horror a mi pequeña, que refugiada en mis brazos y con la cabeza escondida, trataba de no ver de nuevo el espanto y la brutalidad que ya conocía.

Otras actividades de nuestra vida habanera

Aunque sin vínculo con la Casa de la Cultura, también fue un centro de los republicanos españoles una muy modesta instalación de Cojímar llamada el Valle de Lemus, donde por un peso al mes se podían pasar los domingos junto al mar. Allí hablaban los mayores –Emilia, Sinobas y Maruja, María de los Ángeles, Carabot, Rendueles, *Conchita*, Angelita...– de la eterna ansia de la caída de Franco y del regreso a la patria. Allí se aglutinaban personas unidas por sus ideales, de los más disímiles sectores: obreros, profesores universitarios, médicos, artistas e intelectuales. Nuestra familia era de tres solamente, pero teníamos suerte, pues había varias familias integradas

por la madre y uno o dos hijos solamente, mientras los padres yacían en cárceles de España.

Los niños del grupo se compensaban con el cariño que entre ellos se tenían. Vivían grandes aventuras, remontaban el río Cojímar, imaginaban peligrosos encuentros con cocodrilos y serpientes venenosas. También tenían otros “sanos” entretenimientos, tales como robar los huevos de los nidos ajenos, y la variante de entrarse a pedradas con otra banda de lugareños que defendía sus nidos.

Asimismo, tuvimos la ocasión de ver cine soviético en los años 50, en lo que después fue el Teatro Musical de La Habana. En sesiones ofrecidas los domingos por el mediodía, donde los escasos espectadores pasaban por el cordón atemorizante puesto por la policía para desalentar y controlar a los cinéfilos, vimos magníficos filmes que nos llenaron de placer y aliento.

La familia con la que compartíamos como con la propia, tanto en cumpleaños como Navidades, fines de año y demás actividades familiares, era la de Pelayo, para mí más que un hermano, un inefable amigo. Igual grado de afecto nos unía con su esposa *Conchita* y sus hijos Pelayito y Georgina, con quienes nos relacionamos durante décadas, en tiempos fáciles y difíciles.

Progreso obligado

En tanto, yo dejé de ser asalariado por una fatal coincidencia. Una mañana llegué al taller de carpintería de mi patrón, como cada día, y todos los trabajadores paulatinamente empezaron a mirarme con insistencia. Esto llegó al extremo de hacerme sentir muy mal. Entonces otro carpintero dejó encima de mi banco un periódico doblado, en cuya hoja se leía: “Asesinato en La Habana Vieja.—Una ciudadana vecina de la calle... apareció asesinada en la mañana de hoy. Se presume que el autor del hecho es su amante, señor... (el nombre falso que yo usaba), el cual se dio a la fuga. Se agradece a cualquier persona que tenga información la comunique a la Policía”.

No es necesario ser muy imaginativo para saber que en cinco minutos me cambié de ropa y nunca regresé a cobrar el salario que me quedaba allí. Esto anticipó el cambio que de cualquier modo iba a realizar. Alquilé un chinchal en el Cerro, con un

ayudante de 15 años conocido como *Tarzán*, y como medio de transporte me acompañaba mi amada bicicleta de carreras. En ella realicé actos dignos del circo, pues cargaba con una mano piezas de madera, mientras guiaba con la otra. Por ello sucedió que un día en que iba con mi bicicleta cargando con una mano un pesado marco de sabicú e iniciaba la subida de Puentes Grandes, el copioso sudor resultante del sobrehumano esfuerzo me obligó a parar. En eso oí una voz:

—Amigo, ¿no me aceptaría un vaso de cerveza?

La botella fría tentaba desde su mano. La tomé y agradecí al cordial cubano. Nunca más pensé en ello. Pero después del triunfo de la Revolución, hallándome en un lugar público, se me acercó una persona que me recordó la anécdota. Era mi gentil anfitrión. Alabé su buena memoria y respondió:

—Nunca pude olvidar semejante cara de agotamiento.

En aquel tiempo se mantenía constante la comunicación con nuestra familia en España, con mi hermana y con la de Pilar, el cuñado y la sobrina. Utilizábamos a un tripulante de un barco español para intercambiar pequeños regalos. A pesar de que nuestra situación económica era muy limitada, siempre enviábamos a la familia y a los camaradas de la cárcel pequeños apoyos.

En varias ocasiones mis camaradas presos se las ingenieron para enviar cartas, bellas tarjetas y un precioso pañuelo con motivos de Madrid pintados a mano, conservado como reliquia en nuestra familia.

Ciclismo en Cuba

El ciclismo fue otra de las pasiones de mi vida. Un tiempo después de mi arribo a Cuba contacté con el incipiente ciclismo cubano, que se nucleaba en un excelente grupo de amantes de este deporte, entre los cuales estaba Reinaldo Paseiro, magnífico y criollo compañero, famoso por su simpatía, que con el posterior auge deportivo en la Revolución dirigió este sacrificado deporte hasta su muerte.

Integraba también aquel grupo Ángel Delgado, quien tenía un taller de bicicletas frente a la iglesia del Cristo, y su hijo Luis Delgado, durante varios años el campeón de Cuba. Luisito, como le llamábamos, trabajaba como vista de Aduana y con tal nivel

económico podía mantener este caro deporte. También eran fuertes participantes *Cheo* Coiradas, Oriol Menéndez, Emilio Rodríguez y su padre, y Francisco Diez, este último conocido como el médico argentino.

En el grupo había también personas muy humildes: uno de ellos vendía flores en su bicicleta entre semana, por lo que comprar los neumáticos y otras piezas era una proeza para él. Aunque parezca algo contradictorio, solo la gente que representaba a la entidad del gobierno, que malamente atendía el ciclismo y aparecía esporádicamente en algunas premiaciones, se sentía ajena a aquel deporte. Por esa actividad ganaban algunos pesos, pero su alma no pertenecía a ese santuario que es el deporte.

El deporte crea un gran compañerismo y reúne a personas limpias y abnegadas. Establecí relaciones muy fraternales con algunos de los integrantes del grupo. Pero si alguien tenía en el grupo un carisma especial era *Paco*, el médico argentino. Tener nacionalidad argentina nos acercó más. Iba a mi casa, inyectaba a mi pequeña cuando enfermaba y decía que era médico en un hospital de Santiago de Cuba.

En aquel tiempo se le manifestó una fuerte alergia a mi hija. Esto me convenció de que ella debía practicar deporte, y aunque para mí era un gran sacrificio, le compré una bicicleta nueva, como pago de su esfuerzo en aumentar de peso, pues como había pasado conmigo en mi infancia, era muy inapetente. Mi hija se convirtió en mi inseparable compañera en las competencias deportivas.

A la búsqueda de otras variantes deportivas para mi hija y para mí, en mi taller de carpintería, entre *Paco* y yo construimos un kayak llamado *Tabaré*, en honor al cacique indígena uruguayo, y la canoa, *Ángeles*, el nombre de la mujer de *Paco*. Una vez terminadas las embarcaciones, las guardábamos en un lugar llamado Los Cocos, pequeño pueblo de pescadores situado en la base del castillo de La Cabaña. Allí enseñé a mi hija a manejar el kayak y a remar en la bahía, en un complot nuestro que ocultaba tal fechoría a su madre. Allí, frente a Los Cocos, anclaban los llamados viveros, en los que muchas veces comimos deliciosas chernas y pargos cocinados por aquellos magníficos hombres de mar, abiertos y sinceros, que encaraban día a día una vida muy dura para sostener a sus familias.

Mucha alegría nos ofreció a mí y a mi familia nuevamente el ciclismo. El grupo de ciclistas comenzó a hacer excursiones con sus familias, a Varadero, Viñales y otros lugares distantes. Estas actividades nos ayudaron a conocer a Cuba y nos proporcionaron gran disfrute. Nosotros los ciclistas íbamos en las bicicletas y las familias en un viejo carro que alquilábamos.

Con este buen grupo de ciclistas y aficionados pasamos curiosas situaciones. Una de ellas fue en un viaje a Varadero, que en esa época –sin estar la Vía Blanca– se realizaba atravesando por Cárdenas. Ya en la ciudad de Cárdenas, la policía nos detuvo y puso tras las rejas. ¿Qué pasó? ¿Qué habíamos hecho? ¿De qué se nos acusaba? ¡Pues de inmoralidad!

Vestíamos traje de ciclismo y por supuesto íbamos, para el jefe de la Policía de allí, ¡casi en calzoncillos! Trabajo nos costó convencerlo y proseguir hacia Varadero.

No solo andábamos en bicicleta. Hicimos un viaje por mar en un barco pequeño, cuyo capitán se llamaba *Berrinche*. En él nos hacíamos como quince personas y el yatecito, después de dar la vuelta al Morro, se vio zarandeado por un buen oleaje. Llegar a Cojímar y luego a Bacuranao, donde dormimos en tiendas sobre la arena, nos pareció más amenazador y largo que hoy un viaje al cosmos.

Solo buenos recuerdos guardo de esta etapa y ese grupo, que constituyó la base del incipiente ciclismo cubano. Especial recuerdo atesoro del *doctor Paco*, que ni era médico –pues no terminó la carrera– ni argentino, y llevó sus inofensivos rasgos de extravagancia a visitar a sus amigos, entre los que me encontraba, con su pequeño hijo tomado de la mano y un mono, llamado *Pepe*, sentado en su hombro, que enredaba la cola en el cuello de su amo.

Paco era en realidad un bondadoso valenciano, buen ilustrador de libros, que por causas inexplicables se creó otra personalidad, guardando su verdadera identidad en una noble y dulce alma.

Con el equipo cubano de ciclismo asistí a los Juegos Panamericanos de México, en el año 1955, hecho que me permitió apoyar al equipo cubano, pues trabajé como masajista y entrenador. Este bello episodio me compensó parcialmente, casi veinte años después, de no haber participado en la Vuelta a Francia,

el evento más importante de ciclismo de la época, para el cual estaba seleccionado cuando me integré a las fuerzas republicanas durante la Guerra Civil Española.

Prosperidad

El aumento del trabajo en el chinchal de carpintería me permitió mudarme para un apartamentito de dos cuartos en Goicurúa 9. Este barrio apacible de Santos Suárez, con cercanos parques y vegetación, dio más salud a la familia, especialmente a la pequeña, que bajaba las lomas en sus patines y después en bicicleta. En esa época mi hija cumplió la edad de ir al colegio y la selección de este fue una prioridad en nuestro tenso presupuesto. Excelentes amigos de la Casa de la Cultura, Federico Álvarez y su esposa Maritza, nos recomendaron el Instituto Edison. Era un colegio de muy buen nivel docente, laico y radicaba en el cercano barrio de La Víbora. Adicionalmente, como la familia Álvarez marchaba a México, *Chely* heredó una buena parte de los uniformes de la hija de los Álvarez, que asistía al Edison. Así empezó *Chely*, que aún no había eliminado del todo su acento madrileño, en el preprimario, o sea, en precolar del Instituto Edison. Fue muy contenta, pues su condición de hija única, criada solamente bajo las faldas de su madre, agradeció el contacto con otros niños. A pesar de que nuestra mente seguía convencida del pronto retorno, silenciosa pero obviamente, cada día aquella plantita que era nuestra hija echaba raíces y se aferraba a esta nueva tierra. Cada día hablaba más a lo cubano, se movía y hasta reía a lo cubano, ¡tal era su necesidad de estabilidad y de arraigo!

En tanto, el chinchal de carpintería en el que trabajaba a diario hasta altas horas de la noche, incluyendo los sábados y la mayor parte de los domingos, empezó a progresar. Comencé a hacerme de clientes fijos y a trabajar vinculado a un contratista cubano que construía casas y me subcontractaba la carpintería. Eso me permitió mudarme a otra nave, justo frente a mi chinchal, y contratar más carpinteros. Los sábados, Pilar y *Chely* me acercaban el almuerzo, para lo cual se daban una buena caminata de dos o tres kilómetros. *Chely* poco a poco me fue convenciendo de ir al taller conmigo los sábados, con la tarea

que ella se impuso de barrerlo. Era aún tan pequeña que en el colchoncito de una camita de sus muñecas la sentaba en el caballo de mi bicicleta.

El crecimiento del taller requirió de un vehículo mayor que mi bicicleta y adquirí a plazos una camioneta *pick-up* nueva, marca Chevrolet. El pago de las letras hacía que muchos días al final de cada mes, fecha en que se debían pagar los plazos, Pilar y yo no pudiéramos dormir pensando en el riesgo de perder el transporte y todo el dinero ya pagado.

En esa etapa, de 1950 a 1951, nos mudamos a una casa muy cercana al taller, que facilitaba mi vida y la de la familia. El fondo daba a un placer yermo y hacía de él un lugar seguro para la celebración de las reuniones del grupo del PCE al que pertenecía, pues la situación se tornaba cada día menos segura. Los compañeros entraban cautelosamente, por separado, y salían igual.

Ya la famosa farsa democrática no estaba tan clara y era necesario tomar medidas, algunos miembros del PCE habían sido detenidos para interrogatorios. De hecho, estábamos a un año del golpe de Estado de Fulgencio Batista.

Pese a las presiones económicas salimos adelante y el volumen de trabajo del taller se incrementó, sobre todo con la aparición de un nuevo contratista aragonés, conocido por el apodo de *Maño*, que comenzó a darme sus trabajos de carpintería. Era indudablemente una de las personas más curiosas y nobles que he conocido.

El Maño había dejado hacía tiempo su natal Aragón y se había aplanado al ambiente bohemio de esta ciudad. Le gustaba la juerga, que pagaba gustosa y frecuentemente pues era dadivoso y presto a gastar y a ayudar a quien se lo pidiera. A pesar de ganar bastante dinero vivía en un cuarto bien modesto en la esquina de Tejas. Tan contradictorio y bohemio era que ganó un concurso de baile de danzón siendo aragonés.

Tiempo después, *Maño el Aragonés* estabilizó su vida personal con una asturiana que trabajaba de cocinera en casas ricas de La Habana. Sus finanzas cayeron en manos de una asturiana tan beata como especialista en finanzas, que siempre mostró una predilección hacia mi persona, creo que por considerarme

una influencia antijuerga para su marido y además porque mi familia era, como ella, de origen asturiano.

Con el trabajo que me encargaba *el Aragonés*, que como contratista contaba con muchos y muy buenos clientes, el taller aumentó el número de trabajadores. Ya el alquiler de la casa en que vivíamos, ahora en el Cerro, cerca del taller, y el alquiler de este, sobrepasaban los 180 pesos mensuales, cifra muy alta para esa etapa. Esto y la influencia del *Aragonés*, me animaron a comprar un terreno. Decidí construir un taller y una casa anexa en San Miguel del Padrón, próxima a la Vía Blanca, que prácticamente se pagó con el ahorro de los alquileres y se pudo construir con el financiamiento que *el Aragonés* me adelantó con su siempre buena disposición de ayudar a los demás.

Podemos decir que en esa época, aunque trabajando sin un día de descanso, teníamos una situación satisfactoria. *Chely* seguía en el Edison, y resultó ser formal y buena estudiante. Nunca se desligó del taller, pues desde los 11 años iba a pagar cada sábado, después de haber hecho la nómina y ensobrado el jornal de los trabajadores. También tuvimos una gran alegría con el viaje a Cuba, en el año 1953, de mi querida hermana Sagrario, a quien hacía tantos años no veíamos. Esto representó para ella un notable sacrificio físico, dado que su salud no era ya muy buena, y también económico, por el alto costo de un pasaje en avión en aquella época. Disfrutamos muchos momentos de felicidad en nuestra nueva casa y pudimos enseñarle parte de este bello y hospitalario país. Por mi hermana nos actualizamos de la situación en España y la de los compañeros de la cárcel, a quienes siempre, según nuestras posibilidades, hacíamos llegar una poquita ayuda como expresión de eterno recuerdo. Continuábamos recibiendo cartitas de ellos, con minúsculas escrituras, que solo permitían los papeles de fumar utilizados para escribir, y reiteraban que a pesar del paso del tiempo nunca habían desmayado. Incluso escribieron una bella carta a *Chely*, donde la animaban a seguir estudiando, preparándose para el futuro, y firmaban amorosamente: “Tus tíos”.

Vuelta a la negra noche

Así sobrevino el artero golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, que hizo abatirse sobre nuestras cabezas las terribles alas de

una tiranía brutal que puso en peligro a todo el que tuviera ideas progresistas y, en particular, comunistas.

El ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, demostró la existencia de una fuerza dispuesta a todo, liderada por Fidel Castro. Yo, que siendo militante comunista mantenía la disciplina de lograr las transformaciones por la vía pacífica y no por la lucha armada, que tal era la línea del PSP y el PCE, contemplé este acto con preocupación y admiración.

El golpe de Estado colapsó la economía del país ante la incertidumbre del futuro, en manos de un dictador que resultó brutal. Esto repercutió en la construcción y, por supuesto, en mi carpintería, que casi se paralizó entre los años 1952 y 1954. La oposición a Batista se sintió de inmediato, también se notó en el ámbito en que nos movíamos. Se realizaron detenciones de dirigentes de la Casa de la Cultura y el PCE.

Alrededor de 1954, un argentino que formaba parte de una segunda hornada del grupo de ciclistas, me propuso que yo pusiera el dinero para la rehabilitación de una cafetería muy bien ubicada en L y 27, en el céntrico Vedado, la cual estaba en venta. Yo ponía el dinero, él la administraba y dividíamos las ganancias. Esto pareció funcionar un tiempo así, sin control por mi parte, por ingenuidad y exceso de confianza, pero cuando intervine y descubrí los fraudes ya era tarde: no encontré rastros ni del capital inicial, ni de las supuestas ganancias. Por todo ello decidí despedirlo sin denunciarlo por estafa, pues no era mi estilo.

Ante esta situación, Pilar y yo decidimos que ella atendería la cafetería. La levantaríamos y venderíamos, para recuperar el dinero perdido. Para esto gastamos aún más dinero, porque la remodelamos, convirtiéndola en una de las grandes y modernas cafeterías de La Habana. Tal decisión tenía un punto débil: nunca habíamos sido comerciantes y el corazón de Pilar no se atemperaba a la despiadada actitud de tener comida y dejar pasar hambre a quien pedía, o incluso a quien, teniendo hambre, por vergüenza no pedía.

Además, Pilar compraba todos los insumos para el restaurante y la cafetería de la misma calidad que los de nuestra casa. Su conciencia no le permitía hacer otra cosa. La principal ventaja de la cafetería era que se trataba de un establecimiento grande

con todos los servicios, 58 banquetas y una marquesina con ocho mesas, además de su cercanía a la Universidad y lo céntrico del lugar, que garantizaba la clientela.

¿Quién nos iba a decir que en un año la Universidad cerraría? ¿Que otra vez estaríamos en un campo de batalla? ¿Quién nos iba a decir que veríamos allí a lo mejor y lo peor de La Habana?

Conoceríamos prácticamente a todos los dirigentes de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y parte del Movimiento 26 de Julio. Conoceríamos del valor y los enfrentamientos de José Antonio Echeverría, José Machado (*Machadito*), Fructuoso Rodríguez, Juan Pedro Carbó Serviá, quienes se comportaban con un valor casi suicida enfrentando a los sicarios de azul oscuro, que siempre con la mano en la pistola avanzaban y retrocedían según sus oleadas de adrenalina, desde la Universidad hasta la calle 23. Veríamos el valor de los jóvenes enfrentados a los asesinos: vimos saltar a José Rebellón y otros compañeros por las azoteas, huyendo felizmente; a Faure Chomón y a la activa Mabel, a los muchachos del Hogar Católico Universitario, de los cuales asesinaron a varios el 9 de abril. Contemplaríamos al *Moro* Azef y a otros asaltantes de Radio Reloj trepar los muros de la Universidad, y con horror vimos el cadáver de José Antonio Echeverría, el dulce José Antonio, que Pilar trató de tapar con manteles sin estrenar, sin permitirle la nerviosa policía que había matado esa esperanza.

En la cafetería vimos también a los chivatos, cómo se cambiaban a una hora fija, igual que si fuera una posta militar, y también a los repulsivos Mata y Montesinos, quienes la registraron varias veces. Y para colmo de asco vimos tomarse un café, con su impecable blanco traje, al terrible Esteban Ventura y en otra ocasión al asesino Calviño.

Yo había cuidado de que en el ámbito de la cafetería no se conocieran mis antecedentes de comunista y combatiente de la Guerra Civil Española. También en cada uno de los varios registros que sufrimos esgrimí mi carné de argentino y esto nos dio siempre cierta protección. Con él en la mano, detuve al sanguinario capitán jefe de la Décima Estación de Policía en una ocasión en que entró a registrarnos con una nerviosa cohorte de asesinos en cuyas manos temblaban las ametralladoras.

Allí vimos crecer la construcción del hotel Habana Hilton y su *hollywoodense* inauguración, vimos el atentado a Santiaguito Rey, el regreso de los asaltantes de Radio Reloj a la Universidad de La Habana, la represión de la huelga del 9 de abril. Conocimos allí a personas y personajes de todo tipo, como el cómico mexicano *Tintán* y los cómicos Corona y Arau, que cumplían contratos en los cabarets de primer nivel de La Habana y en televisión, y no se ocultaban para expresar su simpatía por Fidel y el repudio a la barbarie batistiana. Por cierto, por ellos conocimos a la estrella de la época, el bolerista chileno Lucho Gatica. Arau luego regresó a Cuba a trabajar y dirigir el teatro musical, en los años 60. Décadas después logró su sueño de darse a conocer en Hollywood. Conocimos al hijo del extraordinario patriota puertorriqueño Pedro Albizu Campos. Compartimos con el actor Paco Alfonso, director de la sala teatro El Sótano. Veíamos a don Fernando Ortiz en el jardín de su casa, situada frente a nosotros, y también al *Caballero de París*, que ponía una flor en el busto de José Martí existente en el Hogar Católico Universitario, con la altiva reverencia que lo hizo famoso. *El Caballero* entregaba a Pilar un diploma cada vez que le mandaba comida. Además presenciábamos los intercambios impublicables de *la Marquesa* con los estudiantes universitarios, quienes disfrutaban provocándola, para oír la mezcla de su verbo de marquesa con la vulgaridad de los solares de La Habana. Por allí apareció la actriz Ana Lasalle, también amparada por Pilar. Venía de Venezuela, donde había dejado su compañía de teatro destrozada, y acumulado muchas deudas e hipotecas de lo poco que le quedaba en Argentina. Más tarde Ana, al triunfo de la Revolución, se integró aceleradamente a esta.

Los tiroteos en la zona eran frecuentes y los trabajadores de la cafetería se arrojaban al suelo. Pilar nunca hizo eso, ni lo permitió a nuestra hija. Ella y *Chely* se cubrían en las columnas: era comprensible que si ella no se había arrastrado ante Franco, no estaba dispuesta a hacerlo ante Batista y sus sicarios. En los apartamentos encima de la cafetería vivía la secretaria de un subsecretario de Gobernación de Batista. Era llevada cada día en un auto oficial por el chofer. También su cuñado pertenecía a uno de los órganos represivos de la dictadura y un día increpó

a *Chely* por estar vestida de rojo y negro. Para intimidarla, tiró su carné del órgano represivo al que pertenecía sobre el mostrador de la cafetería. Ese mismo individuo, actuando como un camaleón que muda el color de su piel, fue detenido en la Décima Estación de Policía, alrededor del 10 de enero de 1959, con una ametralladora y un brazalete del 26 de Julio, haciéndose pasar por un miembro de la clandestinidad.

Capítulo 6. El triunfo de la Revolución

Imágenes

Después contemplaríamos desde la cafetería el triunfo de la Revolución: la llegada de las tropas del Directorio Revolucionario, la salida de los presos del Castillo del Príncipe, el llanto inconsolable de las madres, que a pesar de ver abrirse las cárceles, no recuperaron a sus hijos.

Tal fue el caso de *Pepito* Mendoza, miembro del 26 de Julio, estudiante de ingeniería en la Universidad de La Habana. Sus padres radicaban en Camagüey, su madre era una pedagoga que sufría la lejanía de su único hijo. A fines de noviembre de 1958 este fue sacado a rastras de la casa de huéspedes en que vivía en 27 entre L y M. Enterados los padres y enloquecidos de dolor, viajaron de inmediato a La Habana. No cesaron de indagar por todas las instalaciones de detención y represión. La poca comida que ingería Nelly era una sopa que le preparaba Pilar y que bajo la invocación de la necesidad que tenía su hijo de ella, más que tomar, tragaba. Nelly y Espulga, así se llamaban sus padres, se lograron entrevistar con monseñor Arteaga, quien consiguió que los recibieran sicarios como Carratalá, que les tomaron dinero con la promesa de liberar al hijo. Ellos sabían ya que sus restos, destrozados y quemados cuando aún había vida en aquel despojo de 22 años y ojos azul cielo, yacían en una fosa común en Santa Cruz del Norte.

Por orientación de Fidel se declaró la huelga general el primero de enero. Las temidas perseguidoras de la policía batistiana estuvieron dando vueltas y tiroteando por La Habana y la zona del Vedado, ese día y el siguiente. Eran lobos acorralados...

El escenario de aquellos días lo abarcaba todo: el júbilo, la confusión, el enmascaramiento de batistianos que creyeron poder esconderse tras un brazalete rojo y negro. Los barbudos del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y del Movimiento 26 de Julio llegaban como en un cuento, como imitadores de los Reyes Magos, próximos a coincidir con la fecha de esta leyenda.

Los abrazos, la felicidad, luego el regreso del exilio de los perseguidos, son momentos mágicos que por mucho que se narren no se pueden trasladar. Para mí y mi mujer, que habíamos visto entrar a Franco con su caballería mora en Madrid, o sea, la derrota, esto era ver el triunfo.

La entrada del Ejército Rebelde, la imagen de Fidel en el tanque, vista por nuestra familia jubilosa en un espacio mínimo de la acera del entonces flamante Habana Hilton, resultaba una visión casi irreal.

La cafetería se convirtió en el comedor de algunas columnas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Especialmente recuerdo al jefe de una de las columnas, uno de los tres hermanos Páez, el más pequeño, llamado César. Bajó con los grados de comandante y lamentablemente no tardó en convertirse en antagonista de los barbudos del 26 de Julio, al igual que otros antibatistianos que no pudieron pasar el abismo de sus ambiciones y del anticomunismo, proceso ideológico que presentían. Este César Páez fue capturado dos años después en las montañas del Escambray, con asesinos de la misma ralea de los que había combatido, y precisamente fue capturado por la tropa a mí subordinada. No quise ni mirarlo, pues había que tener gran control para ver a este traidor y pensar que en los días de la victoria lo habíamos tratado como a un héroe.

Entonces también visitaba la cafetería Rolando Cubela, quien vivía en el mismo edificio y era una figura caracterizada por su imagen engreída y altanera, quien luego se convirtió en un enemigo de las fuerzas que querían cambiar radicalmente el país. Por allí desfilaban muchos destacados revolucionarios: Efigenio Ameijeiras, Faure Chomón, *el Chino* Figueredo, *el Moro* Azef, William Gálvez y hasta Camilo Cienfuegos, con su cautivante sonrisa, seguido de barbudos y lindas muchachas. Aquello era un hervidero de barbudos, muchachos de pocos años y méritos tan largos como sus cabellos, que veían por primera vez las luces de una ciudad deslumbrante, que no dormía.

Por cierto, estando Camilo en la cafetería quiso poner música en la vicrola. Buscó insistentemente en sus bolsillos sin hallar la moneda que quería para oír música. Yo, que lo observaba desde una prudencial distancia, me acerqué con unas monedas en la mano, que rechazó gentil pero rotundamente. Ante esto,

abrí con mi llave una de las cajas de música y marqué libremente, con lo cual él de inmediato marcó su música de preferencia y sonrió complacido.

Mi condición de argentino me acercó a otros compatriotas como Jorge Ricardo Masetti y a un periodista llamado, o conocido al menos, como Carlos Aguirre. A través de ellos vi por primera vez al comandante Che Guevara y conocí a sus padres. Debatíamos mucho de política y de los posibles derroteros de la Revolución. Con ellos presencié la gestación de la agencia de noticias Prensa Latina. Estos valerosos hombres se integraron también a los hechos de la liberación cubana y se prepararon para la liberación de sus patrias, o de la patria grande, América Latina. Por desgracia, pagaron con prisión y con la vida sus altos ideales, en la lucha armada por la liberación del continente.

Eran los gloriosos y turbulentos días del inicio de la Revolución, aún el Gobierno Revolucionario recién constituido no poseía una composición que garantizara una marcha como la que esperábamos una buena parte de la gente revolucionaria y progresista.

En aquellos días, de forma inesperada y rápida, conocimos que Fidel estaba en la Colina para reabrir la Universidad. Hacia allí fuimos corriendo, para integrar un montón compacto de personas que nos apretujábamos para ver más de cerca a Fidel, quien tenía a su lado al valiente y sencillo José Rebellón, dirigente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU).

El Ejército Rebelde encabezado por Fidel garantizaba que las fuerzas reaccionarias aún insertadas en las estructuras de gobierno no tuvieran futuro y no pudieran frustrar, como en otras páginas de la historia cubana habían hecho, los propósitos de las luchas abonadas con la sangre de sus mejores hijos.

Pasaron los primeros meses del triunfo de la Revolución y de la vida del nuevo gobierno, y Fidel tuvo que tomar el cargo de primer ministro, con la compañía de un hombre leal y revolucionario como Osvaldo Dorticós, apoyado por el pueblo que se manifestaba en las calles.

En esa época tomé contacto también con la Casa del 26 de Julio en Guanabacoa, a través de un activo muchacho miembro de la organización, sobrino del dueño del garaje donde yo echaba gasolina.

Las posiciones ideológicas de cada uno de los actores de la bullente sociedad en que nos convertimos luchaban, se transformaban y se adecuaban a la impetuosa marcha de los sucesos de la Revolución. Me pasaba horas y horas conversando con muchachos revolucionarios agrupados en la Casa del 26 de Julio de Guanabacoa, que no siempre pudieron adaptar su paso al del proceso. Yo también estaba en el juego, pero quería más, quería adivinar el futuro para decidir mi presente.

También como miembro del Partido Comunista Español apoyábamos el proceso, aunque no teníamos idea de hasta dónde llegaría Fidel. El Programa del Moncada dejaba claro el ambicioso cambio social que se proponía, pero ¿políticamente hasta dónde se podía avanzar?

En esa etapa, prudentemente, la dirección de la Revolución avanzó paso a paso, ganando todo el tiempo posible para la consolidación del proceso que se desarrollaba. La lucha ahora era más sutil en el campo de la ideología. Era una lucha múltiple, de enfrentamiento con los que habían sido batistianos, con los revolucionarios que no querían avanzar más, con los burgueses proamericanos, a veces radicados entre las fracciones de los grupos revolucionarios con tendencia de derecha, y la lucha de la izquierda, sobre todo en el 26 de Julio, que evolucionaba con celeridad. La aceptación entre los revolucionarios de los comunistas con filiación se manifestaba con diferencias individuales, por cuanto se mantenía el temor al fantasma del comunismo, gestado durante tantos años y bien consolidado.

Decisión

En largos años de trabajo en Cuba —ya iban para quince—, con una labor extenuante, había logrado una carpintería y una cafetería, tenía una casa propia y un automóvil. Y en la última etapa de la tiranía de Batista había acumulado también una buena cantidad de deudas.

Con mi historia y mis convicciones ideológicas tenía por delante una decisión importante que tomar.

Durante los años anteriores al derrocamiento de la tiranía tuve un cliente millonario judío que requería trabajo de carpintería. Uno era para su residencia, otro, para un alto edificio

frente al Hotel Nacional. Eran trabajos de envergadura y yo no tenía capital para tanto. Se lo dije, antecediendo mi solicitud de una declaración:

—Quiero que sepa que yo soy comunista y además requiero un anticipo.

—Precisamente, Tuero, por eso se lo daré.

Continuamos nuestros negocios en una amable relación, sin perder de vista la distancia social entre ambos. Después me envió a Colombia para analizar la posibilidad de montar un negocio de venta de madera, extrayéndola de las selvas colombianas. Visité Colombia, tuve la oportunidad de ver la belleza de su naturaleza, casi intacta en esa época. Vi la ferocidad de sus animales y la explotación bárbara de los pobladores, que convertidos en subhombres allí vivían.

Cuando el señor Levi leyó el informe que le presenté sobre la visita, me dijo:

—Tuero, es demasiado el peligro que usted correría para ganar dinero para los dos. Dejemos esto, ya encontraremos algo menos peligroso.

Este mismo señor Levi, al año del triunfo de la Revolución, pidió hablar conmigo y me dijo que se marchaba porque esto era comunismo. Yo que era comunista, y que mi sueño era verlo instaurado en Cuba, aún no estaba seguro de que la Revolución llegara a tener ese carácter. El señor Levi, judío muy rico, me ofreció irme con él, con toda mi familia, a dirigir una de las textileras que tenía en Venezuela.

Que el señor Levi fuera un enemigo clasista de esta Revolución y de cualquier otra, que conociera el marxismo, empleara parte de sus conceptos en nuestra conversación y hubiera podido identificar el carácter de este proceso mientras yo aún tenía dudas, me hizo pasar varios días reflexionando, sentado bajo la frondosa sombra de un mango que tenía en mi patio.

Pasado ese tiempo pedí ver al compañero Carlos Rafael Rodríguez y le comuniqué mi decisión de entregar mis negocios y que, además, estaba en espera de recibir cualquier tarea de la Revolución.

Capítulo 7. Mi desquite

Nuevas tareas

De inmediato, procedí a la entrega de los negocios: la carpintería, que contaba con mucho y muy buen equipamiento, y la cafetería, que con la reapertura de la Universidad florecía y ahora elementos oportunistas, que nunca hicieron nada más que temblar durante la dictadura, querían convertir en una cooperativa.

Carlos Rafael Rodríguez me envió a ver al comandante Pedro Miret y este, al relacionarme con mi excondición de propietario de la carpintería, me envió de interventor a una fábrica en fase de montaje que debería producir madera prensada, en un pueblo cercano a La Habana llamado La Salud. Al frente del equipo técnico para el montaje de la fábrica se encontraba un extraño técnico yugoslavo. Por su lenguaje parecía estar de nuestro lado, pero en su acción no, pues la fábrica de madera prensada nunca estaba lista para arrancar. Esto hizo que surgieran sospechas sobre un posible sabotaje, por lo que se creó una fuerte coordinación de la dirección de la fábrica con el incipiente G-2 de la Seguridad del Estado, y los compañeros militantes del 26 de Julio y del PSP del pueblo de La Salud. Al ponernos todos al acecho, descubrimos varios sabotajes de poca monta, por lo que el yugoslavo estuvo en tela de juicio y al parecer se vio en peligro.

En esta fase de vigilancia ocurrieron hechos que hoy resultan agradables.

Una noche fui a una reunión con los compañeros del G 2 en La Salud, y mi esposa e hija insistieron tanto en correr mis riesgos que no pude resistirme. Pilar y mi hija *Chely* me acompañaron, pero se quedaron en el auto, mientras yo sostenía una reunión en la casa de una compañera del PSP.

De pronto ellas escucharon, en el silencio de la noche, un leve chirrido. Súbitamente, pegado a los cristales del auto, vieron pasar algo parecido a un fantasma, pues era un ciclista con

toda la cabeza vendada, que solo dejaba unas ranuras entre las vendas para mirar.

Evidentemente este método seguro e ingenioso era perfecto, pues así sabían quiénes estaban dentro y el ciclista era irreconocible. Solo se les escapó un detalle: el ruidito de la bicicleta, que permitió localizar al dueño, trabajador de la fábrica, después identificado como miembro de una organización contrarrevolucionaria que fue descubierta.

El enfrentamiento con el yugoslavo no tuvo límites. Se atrevió a visitar mi casa, diciendo a mi esposa que necesitaba verme con urgencia, por lo que ella lo invitó a pasar. Después de una buena hora de espera, pidió agua a mi esposa y esta vio a su regreso que el yugoslavo había desaparecido sin despedirse, dejando encima de la mesa de la sala, como clara advertencia, un cuchillo de filosa hoja.

Este fue el epílogo del yugoslavo, que desapareció del entorno de la fábrica de Maderas Técnicas y de La Salud.

En esa época se crearon los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). El de nuestra cuadra radicó desde un inicio en mi casa. Durante muchos años y casi hasta su muerte, Pilar fue su presidenta. Para ella, que había pasado la Guerra Civil Española, fue una felicidad convertirse en una activa revolucionaria en todos los frentes. A su muerte, Pilar ostentaba las distinciones de 10 y 20 años de colaboración con los órganos de la Seguridad del Estado y fundadora de los Comités de Defensa de la Revolución y de la Federación de Mujeres Cubanas. Ella también encontró “su desquite” en la Revolución Cubana, y por tanto no admitía ninguna agresión de hecho ni de palabra contra esta. Al triunfo de la Revolución, en nuestra cuadra éramos quienes poseíamos mejor posición económica, y por ello Pilar no podía soportar oír a algunas personas ingratas y ambiciosas acusar a la Revolución del hambre que les hacía pasar, cuando los habíamos visto casi morir de hambre en el capitalismo. ¡Hablarle de hambre a ella, que había dormido en España con otras mujeres, a campo traviesa, para recoger en un saco que llevaban a la espalda las espigas caídas a los labradores y así tener un poco de trigo! Para ella era insoportable oír tantas calumnias y no las toleraba.

Colaboraba en todo, incluso sin que se le mandara. Iba a la carnicería a enseñar a limpiar calamares y dar recetas cuando llegaban grandes cantidades de calamares, merluzas y otros pescados, platos entonces no muy conocidos por los habaneros.

También desarrolló un sinfín de tareas como trabajadora social en la zona de residencia, que le valieron la autoridad y estimación de su comunidad.

Mis actividades políticas

En Cuba el comunismo era temido y rechazado debido a la información tergiversada dada al pueblo durante tantos años. La influencia de los Estados Unidos, con procesos terribles y tan cercanos como el macartismo, dejó una huella profunda y negativa en una parte mayoritaria del honesto pueblo cubano, por lo que con la marcha de la Revolución y la toma de sus medidas de izquierda, las incomprensiones ideológicas entre personas honestas y revolucionarias daban origen a fuertes y enconadas controversias.

Así, compañeros que lucharon fiel y ferozmente contra el asesino Batista huyeron, tanto a luchar contra la Revolución en las montañas del Escambray como a unirse con los asesinos de sus cofrades en Miami.

En las Casas del 26 de Julio que se crearon en los barrios, en las cuales participaba, se realizaban discusiones que acercaban las posiciones de los que lealmente amaban esta causa y día a día esclarecían sus conceptos individuales. Colaboré en la creación de los CDR en toda mi zona de residencia.

Con la creación de las Milicias Nacionales Revolucionarias me integré de inmediato a ellas y pude brindar mi experiencia de la guerra de España, que tan fresca estaba en mi cabeza y en mi corazón. Comencé en una zona de entrenamiento que se llamaba Radio Progreso, donde fui jefe de un batallón que integraron recios obreros y también intelectuales y artistas como Marcos Behemaras, Armando Soler, Reinaldo Miravalles y otros. Al producirse la primera movilización de las fuerzas armadas revolucionarias ante la amenaza de agresión directa—durante el cambio de poderes en los Estados Unidos—, ocupé con mi batallón la zona de la costa este de La Habana, que se

extendió desde la playa de Santa María hasta Boca de Jaruco. El trabajo de hacer trincheras en el diente de perro y de colaborar en el minado de la Autopista Nacional jamás consiguió aflojar el espíritu abnegado y decidido de aquellos milicianos que para alcanzar la boina verde, la cual significaba que habían aprobado su preparación en la Escuela de Milicias, pasaban una dura y acelerada escuela, con fuertes pruebas, entre ellas caminar 62 kilómetros, para la que nadie estaba preparado, pero que todos luchaban por superar.

Pasé después a la jefatura de las Milicias Nacionales Revolucionarias, al lado de su jefe, el entonces capitán Rogelio Acevedo, quien poseía más méritos de los que cabían en su juventud, por debajo de veinte años. Allí organizábamos de manera acelerada aquella fuerza decisiva para la defensa de la Revolución, pues día a día, tras cada medida popular tomada por la Revolución en beneficio del pueblo trabajador, había un nuevo golpe del enemigo, sabotajes como el de la explosión del barco *La Coubre*, quemas de caña, bombardeos de la ciudad de La Habana, la destrucción de objetivos económicos, como tiendas y cines, agresiones a milicianos... Tal era el día a día de la marcha vertiginosa en que vivíamos.

El Ejército Rebelde también se preparaba en la llamada Escuela de Oficiales de Matanzas, donde curtidos guerrilleros aprendían la táctica de la guerra regular. Las milicias cubanas, como antes había presenciado en el Ejército Republicano Español, debían prepararse aceleradamente.

Había que darse prisa. ¡Mucha prisa! Había que controlar la quinta columna que floreció en España y cobró un alto precio a los republicanos.

¡Había que darse prisa! ¡Mucha prisa!

En aquella época empezaron a llegar las armas soviéticas y de otros países socialistas. ¡Cómo olvidar nuestras queridas y celosas metralletas checas! ¡Cuántas advertencias había que hacer a los jóvenes milicianos para que no las montaran ni pusieran un tiro en el directo! ¡Con cuánto orgullo mostraban sus boinas verdes, después de pasar las escuelas!

El puesto de mando de las Milicias Nacionales Revolucionarias estaba en un promontorio, al borde de la bahía de La Habana, al lado de la refinería Níco López. Desde allí veíamos

cuando entraban los barcos con armamento y comenzaba su descarga. A partir de ese momento nadie podía moverse de allí, con independencia de sus grados. Por ello los jefes más listos trataban de salir literalmente corriendo al notar la entrada de los barcos.

Con el capitán Acevedo, a quien tomé gran cariño, tuve la dicha de participar en la Limpia del Escambray, donde los Estados Unidos organizaron —en esta, la segunda cordillera en altitud del país— multitud de bandas contrarrevolucionarias, con verdaderos criminales en sus filas. Estos bandidos asesinaron, sin mucho distinguir, milicianos, campesinos y maestros. Allí actué como segundo jefe de Operaciones y jefe de Operaciones, junto al capitán Acevedo y un número de jóvenes oficiales, casi todos combatientes de la Sierra Maestra, entre ellos, Sergio Pérez Lezcano, Orizondo, *Pepito* Valle Roque y Luis Karakatze, guerrilleros experimentados. Con esa mezcla que tiene el cubano de responsabilidad y jarana afrontábamos riesgosas operaciones, registrando palmo a palmo la Sierra del Escambray. Nuestra zona contaba con cinco batallones de La Habana y ocho de campesinos. Una minoría de los jóvenes de La Habana, después de tantos meses lejos de su ciudad, esgrimió el argumento de no saber de sus familias para lograr algún pase. Era imposible otorgar pases en la situación de cerco que se vivía. Aquí de nuevo me apoyé en mi pequeña familia y logré que en menos de una semana hubiera cartas para todos los que añoraban a su familia y a su ciudad, recogidas en las visitas que mi hija y esposa realizaron personalmente a las casas de los combatientes.

Tras meses de lucha y enfrentamiento contra las bandas contrarrevolucionarias y de casi haberlas liquidado totalmente, se determinó el regreso de los batallones de La Habana, y se dejaron allí los de milicianos de zonas más cercanas, así como a los Batallones Serranos, conocedores de la zona, que concluyeron el trabajo de exterminar a aquellos asesinos.

Regresamos del Escambray la víspera de mi cumpleaños, el 12 de abril, para felicidad de mi mujer e hija, que casi no me reconocieron con mi cerrada barba. Y fui feliz ese día al compartir con mi familia y mis compañeros de tantos meses de peligro y sacrificios una cena hecha con maestría y amor por Pilar.

Solamente tres días después, los Estados Unidos comenzaron lo que ellos llamaron Operación Mangosta, con el bombardeo de varias bases aéreas, que ocasionó la muerte de muchos compañeros. En el entierro de las víctimas de los bombardeos, con la presencia de las milicias y de todo el pueblo revolucionario, se alzó la voz del Jefe de la Revolución declarando, para regocijo del pueblo y de forma extraordinaria para mí, el carácter socialista de la Revolución.

Pocas horas después se detectó el desembarco por Playa Girón y bajo las banderas del socialismo fui a Playa Girón. Me despedí de mi mujer y mi hija de manera dramática, pues habíamos ya pasado la experiencia de separarnos un día y reunirnos, casi increíblemente, cuatro años más tarde.

Después cada miembro de la familia fue a ocupar su lugar en la milicia, sin sospechar que gracias al impulso de las tropas revolucionarias se liquidaría en tres días a los invasores. Me trasladé a Playa Girón al frente de los batallones 115 y 123, cumpliendo la tarea que se me asignó. Durante todo el trayecto insistí con los choferes de los ómnibus en que viajábamos que mantuvieran una distancia de más de cien metros entre ellos, discutiendo con los más apurados en llegar a la batalla, que no respetaban esta orden por temor a los bombardeos. Tan pronto llegué, me dirigí al Estado Mayor del central Australia y entregué la tropa al comandante Augusto Martínez Sánchez, en la jefatura donde radicaba Fidel. Allí recibí otra misión que me hizo regresar a La Habana de inmediato.

Sufrí el dolor de conocer que pocos minutos después de emprender el camino hacia La Habana, los ómnibus que trasladaban los batallones fueron bombardeados con napalm, matando a compañeros y dejando terribles heridas en otros. Ese mismo napalm fue el que se utilizó después indiscriminadamente contra el pueblo vietnamita, por los mismos que yo había visto actuar veinticinco años antes, los fascistas, no importaba la nacionalidad ni su lenguaje: todos fascistas.

Tuve la suerte también de participar en la organización de la Sección de Operaciones del Ejército Occidental, bajo la dirección del Che. Se me propuso formar parte del ejército profesionalmente, algo que no acepté por considerar que podía prestar más ayuda en la vida civil y mantenerme siempre incorporado

a la milicia, como sucedió, pues permanecí integrado tanto en las Milicias Nacionales Revolucionarias como en las Milicias de Tropas Territoriales. En estas últimas tuve la satisfacción de ser fundador, en el mismo batallón que mi hija y mi nieto.

La Crisis de Octubre fue uno de los hechos más extraordinarios vividos por las personas decididas a defender la tierra cubana, una causa justa aun al precio de la vida.

En ese evento tuve la responsabilidad de segundo jefe de transmisiones de la Unidad 1055, un cuerpo de ejército constituido por varias divisiones de milicias. Allí los hombres resistieron días y días de inclementes aguaceros con tal de cumplir su compromiso con la Revolución, nunca tan cerca del enemigo y de la posibilidad de la muerte, por demás atroz.

La Crisis de Octubre fue una epopeya excepcional. En ella se pudo comprobar la valentía del pueblo cubano, que tuvo clara conciencia del peligro de su desaparición por la vía nuclear. Este peligro fue tan terrible que muchas personas ajenas a Cuba y a los cubanos pensaron, y algunos piensan aún, que la explicación de que el terror no hubiera dominado a este pueblo se debió a la ignorancia de los hechos y no al valor extraordinario del mismo. En diversas ocasiones, fuera de Cuba, he discutido sobre este particular con personas que desconocían el valor de los cubanos.

Este período vivido por mí en la primera etapa de la Revolución, y las victorias logradas ante los Estados Unidos, me resarcieron, en gran medida, de lo antes sufrido y reafirmaron lo acertado de mi decisión de no unir mi destino a ese país, como me fue ofrecido en dos ocasiones por representantes estadounidenses durante mi huida del régimen de Franco. Y también me reafirmó en lo acertado de unir mi destino al de la Revolución Cubana liderada por Fidel.

En los primeros años de la Revolución tuve la extraordinaria felicidad de ver en Cuba a héroes de la Guerra Civil Española como Enrique Lister y *el Campesino* (Valentín González), invitados por el líder de la Revolución Cubana. Y también de participar con esa extraordinaria compañera, Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, en las actividades que llevó a cabo en Cuba, donde estuvo al aceptar una invitación de Fidel. Al *Campesino* pudimos invitarlo a cenar en casa, intercambiamos muchas

anécdotas de nuestra “guerra perdida” y nos regocijamos con la “guerra ganada” en Cuba, que pasaba impetuosamente ante nuestros ojos.

Nunca dejé de comunicarme con los compañeros que permanecían presos y muy de vez en cuando conté con unas letras de ellos sacadas en papel de fumar, clandestinamente, de las cárceles donde se encontraban. Sobre todo con Julián Vázquez, Emilio Rodríguez y Fernando Macarro.

Mi desarrollo laboral en la Cuba revolucionaria

Cuando regresé a la vida civil en 1963, después de todas mis participaciones militares, me integré como jefe de personal de la Empresa de Carga por Camiones. Dicha entidad aunaba la propiedad estatal y la de propietarios privados de camiones de todo tipo. Era realmente compleja, ya que la actividad del transporte siempre sería crítica en una situación de ataque enemigo, e ideológicamente los porteadores privados, como se conocía, ganaban altos salarios y presentaban diferentes posiciones respecto al apoyo a la Revolución.

En 1964 pasé a administrador de unos grandes talleres del Ministerio del Transporte, llamados *El Relámpago*. En el desempeño de mis tareas sufrí un gravísimo accidente al caer desde una altura de diez metros, me fracturé varias costillas y perdí un segmento de alrededor de dos a tres centímetros de una de mis clavículas. Después de grandes sufrimientos en manos de supuestos expertos médicos, un amigo y antiguo compañero de la guerra de España, médico militar, José Luis Herrera Sotolongo, me llevó a ver a un doctor soviético que con metales y cirugías reconstruyó mi clavícula de tal modo que posteriormente pude hasta cortar caña como voluntario en diferentes zafras.

Tuve la satisfacción años después de visitar a este magnífico ortopédico en Stalingrado, su ciudad natal, y mostrarle la obra de su sabiduría y empeño.

Por cierto, gracias a mi compañero de la guerra de España José Luis Herrera Sotolongo, quien con otros dos hermanos había peleado en la defensa de la República Española, pude conocer a Ernest Hemingway en su finca Vigía, pues José Luis

era su médico y amigo, sobre todo su amigo, desde los tiempos de la guerra de España.

Luego de reintegrarme al trabajo dirigí empresas en Camagüey, estuve en la empresa importadora Transimport y representé al Mitrans en la Comisión Nacional de Carga Unitaria, técnica que tomó gran importancia en Cuba, pues ante los enormes movimientos de mercancías de lugares tan lejanos como los países socialistas, situación impuesta por el bloqueo estadounidense, hubo que crear grandes almacenes.

Alrededor de 1975 me integré, como jefe de departamento, al Instituto de Investigaciones de Carga Unitaria, desde el momento de su creación. Este pertenecía al Comité Estatal de Abastecimiento Técnico Material, conocido como CEATM. Los fecundos años que laboré en este centro estuvieron marcados por las magníficas relaciones que mantuve con su director Raimundo Comas, con el viceministro que atendía este instituto, Luis Gaspe, y con la ministra Irma Sánchez. Me sentí con todas las posibilidades para crear en mi trabajo de investigador, rodeado del afecto y respeto de mis compañeros

Durante el desempeño de mis tareas en ese centro participé en varias misiones técnicas para comprar montos de equipos y tecnologías modernas con destino a los almacenes y la manipulación de la carga, y esto me permitió visitar prácticamente todos los países socialistas.

Llegar a la Unión Soviética, mi faro y guía hasta en los momentos en que mi vida pendía de un hilo, ver el mausoleo de Lenin, las inmensas instalaciones industriales, tales como la fábrica de vehículos y piezas Kamaz y otros equipos, fue la realización de un sueño largamente acariciado.

También visité Rumania, Hungría, Bulgaria, República Democrática Alemana y Checoslovaquia. Después de ver estas economías, estos pueblos sanos, bien alimentados y felices, me reafirmé en que el mundo estaba por buen camino, que la sociedad del futuro era el socialismo, a cuya consecución dediqué buena parte de mi vida.

Mientras Franco reinara, pues era todopoderoso, yo no dejaría de ser un prófugo de la justicia española. Nunca quise, por tanto, correr el riesgo de pasar por España en alguno de los viajes que realicé, evitando crear, con este acto, un problema a

Cuba. Pero en mí latía el anhelo de volver a pisar esa tierra y ver a amigos y familiares. Sobre todo a mi hermana, a quien no veía desde 1953, cuando hizo un gran esfuerzo y nos visitó en La Habana. Tenía la necesidad imperiosa de verla, ardía en deseos de estar de nuevo con quien fue hermana y, a la vez, madre, amiga y confidente. Hacía mucho, los médicos le habían prohibido viajar en avión, por una cardiopatía que padecía, y esto le impidió venir de nuevo a Cuba. Por ello, en uno de mis viajes, esta vez a Praga, nos pusimos de acuerdo para vernos en aquella ciudad.

Con la tenacidad que siempre la caracterizó, mi hermana viajó en tren desde Madrid hasta Praga, miles de kilómetros, para abrazarnos larga y amorosamente. Los días que pasamos juntos no nos alcanzaron para hablar de todo cuanto teníamos acumulado, aunque manteníamos una activa correspondencia, no alcanzaba el tiempo para compartir, para tratar de compensar lo que la guerra nos había quitado. Fuimos felices, disfrutamos como si supiéramos que era la última vez que nos veríamos. Mi hermana murió tres años después, sin vernos nunca más.

En el Instituto de Investigaciones de Carga Unitaria creo que mis antecedentes de carpintero me ayudaron a diseñar prototipos para resolver problemas de unitarización y transportaciones de cargas, inventos reconocidos y registrados como patentes en Cuba e internacionalmente.

Una de tales patentes fue una caja paleta para la transportación de cítricos al área socialista, producto que se enviaba en grandes cantidades y a largas distancias, por lo que se originaban apreciables pérdidas en la transportación. También dirigí un equipo para la elaboración de paletas con recortería y maderas de bagazo, que propiciaba el ahorro en la construcción de los medios para la transportación de mercancías.

Posteriormente, en los años 1976 y 1977, realicé otro viaje, también para la compra de equipos de carga y manipulación, a la República Democrática Alemana, y así verifiqué el comportamiento de un cargamento de cítricos con las cajas paletas de mi invención, que resultó exitosa.

En esa ocasión estuve en las bellas ciudades de París, Estocolmo y Londres. En esta última visité la tumba de Carlos Marx y rendí emocionado tributo a tan genial pensador, de

inteligencia superior puesta en función, como diría Martí, de “los pobres de la tierra”.

La cosecha

Desde mi incorporación al centro de investigaciones en 1976 se me distinguió con la condición de Vanguardia, también a nivel municipal y provincial; ya en 1980 fui elegido Vanguardia Nacional, distinción que me llenó de regocijo. En 1981 recibí la medalla de Vencedor de la Emulación Socialista, ofrecida por los Sindicatos Soviéticos y el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Posteriormente se me otorgó la Orden Lázaro Peña de primer grado, uno de los máximos reconocimientos entregados a los trabajadores en Cuba.

En 1984 decidí adoptar la ciudadanía cubana. ¿Por qué tan tarde, podría cualquiera preguntarse? ¿Por qué no antes, si volví a pelear por Cuba como antes por España? Mi respuesta es que nunca di gran importancia a eso; para sentir amor por una tierra, para luchar por ella y por la justicia, los papeles no tienen que reflejar nada diferente a lo que dio la naturaleza.

Me mantuve todo ese tiempo como militante del Partido Comunista Español, que desde la entrada de las tropas soviéticas en Praga en 1967 se escindió, dividiéndose los comunistas de tantos años y de tantos méritos en dos partidos débiles, resentidos y rivales. Esto creó en mí un profundo dolor y me decidió a pedir que se analizara mi solicitud de pasar a militar en el Partido Comunista de Cuba, cuya línea y liderazgo de Fidel compartía desde hacía muchos años, condición que me fue concedida al final del proceso correspondiente.

Continué trabajando en mi centro a pesar de tener edad para jubilarme. El colectivo de mis compañeros me hacía sentir útil, respetado y por tanto feliz. Una gran alegría para mí fue la “conspiración” urdida entre la dirección de mi organismo y mi familia para celebrar mi 70 aniversario en el Consejo de Dirección del Comité Estatal de Abastecimiento Técnico Material, con la presencia de mis seres queridos.

También las distinciones por la lucha en el Escambray y en Girón llegaron con un aliento especial, ya en la etapa en que más se valoran estas cosas, por ser época de recuento, tanto de lo realizado, como de lo no realizado.

Pilar, siempre Pilar

Si bien azarosa, considero que tuve una vida feliz. Esta felicidad estuvo en buena parte basada en mi fiel, íntegra y leal Pilar. Ella fue una luchadora, militante del PCE y miembro de la Unión de Mujeres Republicanas, tuvo una activa participación durante la guerra y al terminar esta fue perseguida por el franquismo. Estuvo escondida en la casa de mi cuñado y dejaron de buscarla porque, confundidos, detuvieron a su hermana mayor, a quien no pudieron impugnarle los cargos de Pilar. Su sacrificio en la posguerra fue ilimitado, la lucha por mantenerme a mí en la cárcel y mantener a nuestra pequeña, a quien alimentó dando el pecho hasta los dos años, resultó titánica. Nunca desvió su vida ni me abandonó o dejó de apoyar, pese a lo azarosos e incluso peligrosos que fueron muchos de los años que compartimos. Fue capaz de hacer de mí un ser ausente presente en nuestro hogar, para que no le fuera ajeno a mi hija mientras estuve en la cárcel. Gracias a ella, cinco años después, como si fuera normal, comencé a vivir con mi hijita en Cuba, de la que me habían arrancado al poco tiempo de nacida. Para ello, Pilar exageró mis méritos, incluso en detrimento de su propia personalidad y valores. Su enorme sufrimiento durante la guerra y posguerra, la muerte de sus hermanos, uno de ellos degollado por los moros de Franco, la muerte de amigos, la carencia del respaldo de falsos amigos y familiares, nada de esto pudo apagar del todo su alegría y ocurrencias, que como buena madrileña nunca la abandonaron.

Después de la muerte del tirano Franco, Pilar pudo viajar a España y ver a sus hermanas y sobrina, buscar a las amigas de la juventud que se mantenían con vida, reír y respirar el aire de la sierra en su querido Madrid. Viajó en dos ocasiones, en los años 1978 y 1982, para su felicidad y la de amigos y familiares con los cuales se encontró.

En 1984 su sufrido corazón no resistió la pena de ver en peligro de muerte a su hija, gravemente enferma, y su corazón dejó de latir. Para todos los miembros de la familia y para muchos de sus compañeros quedó un espacio eternamente vacío. La presencia en su funeral de los compañeros de la Contrainteligencia, con quienes trabajó hasta el final de su vida, y la medalla

Veinte Años de Colaboradora con los Órganos de la Seguridad del Estado, dieron fe de su lealtad a la causa de la Revolución Cubana, como antes lo hizo con la causa de la República Española. Ante mí se presentó un inmenso reto: su duelo no podía despedirlo nadie que no fuera su compañero más cercano, *el testigo de tantos años de valor, méritos, modestia, discreción.*

Por ello mis palabras, nacidas de lo más profundo de mi agradecimiento, guardado en el fondo de mi corazón, trataron de hacerle justicia, en el último adiós, a mi compañera de toda mi vida. Lágrimas de hombres y mujeres vi rodar por mis pálidas palabras de homenaje, agradecimiento y amor a mi *Chata*, como cariñosamente la llamé durante cincuenta años.

Enfermedad

Después de pasar por la pesadilla de casi perder a mi hija en la misma semana que a Pilar, y como *Chely* ya estaba restablecida, viajé a Sancti Spíritus. Fui a la casa de unos amigos que tenían una celebración familiar, empujado por mi hija, tratando de animarme después de un año de tanta tristeza.

En el viaje hacia allá sufrí un accidente al volcarme en mi auto, que quedó destrozado.

Mi confirmada fama de gato de siete vidas me libró una vez más de las consecuencias que podía haber tenido el vuelco, del cual salí solamente con pequeñas magulladuras.

Esto no tuvo consecuencias y regresé a mi hogar a fines de julio, sin auto, pero sano. Mi familia me obligó a ir al hospital, donde me practicaron un detallado examen, sin apreciarme ningún problema.

Pero en el plazo de un mes detecté un abultamiento en la zona de la glándula parótida, que comenzó a crecer perceptible y aceleradamente. En la semana siguiente a cumplirse el año de la ausencia de Pilar fui operado en el Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas (Cimeq), de un tumor maligno que me ocasionó una parálisis facial.

Me dediqué de inmediato a lograr mi rehabilitación y enfrenté mi tratamiento contra el cáncer y la rehabilitación de la parálisis facial, con la determinación que siempre me ha acompañado.

Tuve todo el apoyo y amor de mi corta familia: mis nietos, mi yerno y mi hija, así como de amigos y compañeros que calzaron

mi esfuerzo y aliviaron con su cariño este proceso. Como buen investigador, inicié un diario en que registré todos mis cambios durante esta enfermedad, el resultado y efectos de cada tratamiento aplicado.

La enfermedad me llevó a jubilarme, paso que no había dado pese a mis más de 71 años, por considerarme útil, capaz y feliz trabajando. Y ello me llevó a iniciar esta especie de testimonio, por considerar que era ya la hora de contar...

Internacionalistas de la Guerra Civil Española

Fue un encuentro realmente jubiloso el celebrado en 1986 por la entrega de la Medalla de Internacionalista, otorgada a los combatientes de la Guerra Civil Española, ocasión en que muchos nos encontramos de nuevo, viejos y maltrechos, pero felices de estar en un país que seguía los derroteros por los que en nuestra juventud habíamos abrazado la causa del socialismo. Compartimos con Raúl Castro, desbordando y mezclando el caudal de que somos capaces los hombres que quisimos poner un granito de arena para hallar justicia y transformar el mundo en algo menos feroz para el mismo hombre.

Raúl habló de la posibilidad de ir a Angola a dar conferencias a los internacionalistas cubanos que luchaban en el suelo africano. Aunque ya yo estaba muy enfermo, ofrecí mi disposición, decisión apoyada por mi hija y rechazada por los médicos. Un hombre que había nacido en un país latinoamericano, peleado en suelo español y luego en suelo cubano no podía temer terminar su vida, siempre por causas justas, en suelo africano. Desdichadamente, mi grave estado de salud impidió este evento final.

Rueda de la vida

La vida gira y gira, y muchas veces produce circunstancias y reencuentros nunca imaginados, que superan a las novelas y películas que hemos disfrutado. Por ello, deseo narrar algunas de estas historias.

Mi amigo *el Búlgaro*

En la primera parte relato mi encuentro con mi compañero búlgaro de Porlier en Portugal, donde casualmente nos encontramos los dos evadidos de las cárceles franquistas.

Mi amigo *el Búlgaro*, del que me despedí en el año 1944 en Portugal, donde tomamos cada uno un camino diferente, pasó a ser una de las leyendas propias que uno guarda, que golosea al recordarlas, porque la vida me dio la oportunidad de conocer, de compartir con personas como él, que poseía méritos excepcionales.

Nunca más supe de él. Siempre lo guardé en mi alma con gran cariño y el mejor deseo de que hubiera podido salir bien de su aventura, pero dudándolo.

Por azares de la vida, mi hija tuvo relaciones de trabajo, entre los años 1970 y 1975, con un diplomático búlgaro que había peleado en la guerra de España. Ella le comentó que yo también había peleado en la contienda. Este compañero manifestó el deseo de conocerme y así lo hicimos, con gran placer por parte de ambos. Le conté la historia de mi amigo y le di el nombre que de él sabía. Me dijo no conocerlo y le mencioné que como consecuencia de sus fugas había perdido un dedo. Al poco tiempo me comunicó que lo había localizado y que entre ellos, combatientes internacionalistas en España, lo conocían por el nombre español que utilizó en la guerra de España: Romero.

Trabajaba en el Comité Central y pedía mi dirección para escribirme. Aquello era insólito, nos escribimos y le comuniqué un año después que iría a Bulgaria.

Por supuesto, a la llegada a Bulgaria fui a la embajada cubana en una hora coordinada con el consejero y para mi sorpresa, al pasar a un salón, me encontré a mi amigo búlgaro, blanco en canas y con una gran sonrisa; también estaban los diplomáticos cubanos, quienes habían preparado este encuentro increíble a treinta y cuatro años de nuestra separación. Grandes muestras de emoción aportamos todos los presentes, al ver que los luchadores, los que no se rinden, son los que tienen posibilidades de sobrevivir y seguir consecuentemente el camino que se trazaron para toda la vida.

Estuvimos juntos, me llevó a su casa, me enseñó a su hija y nos regocijamos al ver que los caminos que ambos escogimos nos

llevaron a una vida feliz de acuerdo con nuestros principios, a los cuales fuimos fieles siempre.

El Valle de los Caídos

El Valle de los Caídos es hoy un lugar de visita obligado para los millones de turistas que recorren Madrid. La belleza de la sierra y el monumental edificio enclavado en el Valle de los Caídos, con su torre de 80 metros, y la impresionante catedral, émula del Escorial, son admirados por todos los visitantes.

Para mí es un recuerdo de horror, abuso y muerte, por saber que allí, como esclavos, miles y miles de hombres fuimos humillados y explotados, a veces hasta la muerte, por dar gusto a la vanidad de unos y la codicia de otros, que se satisfacían con el dinero de la explotación de los nuevos esclavos.

Es un triste recuerdo conocer que esa montaña que alberga hoy la catedral donde yacen los despojos del tirano Franco fue vaciada en gran medida a barreta por sus víctimas, condenados como yo.

Cuando salí corriendo del campo de trabajo forzado donde me encontraba en 1944, precisamente en ese escenario, escogí entre el peligro de los toros de lidia que se criaban para las corridas en los terrenos aledaños por donde atravesé y el de los guardias civiles que querían dispararme por la espalda en un falso traslado. Al huir, primero pensé que regresaría pronto a España, al final de la Segunda Guerra Mundial, que obviamente se acercaba. Cuando pasó el tiempo, casi perdí la esperanza de volver. Pero ni en los días de mis más calenturientos sueños de libertad y victoria se me ocurrió que, en 1981, tres años después de la muerte del tirano, visitaría con mi hija, yerno y nietos aquel lugar.

¡Qué lleno de felicidad pude explicarles y enseñarles el escenario de mis peripecias, en el propio lugar! Pude mostrarles el puente en cuya construcción participé, regándolo con sudor y hambre, con mi amigo cubano Pelayo y tantos otros condenados. ¡Y qué extraordinario fue que todos entráramos a la catedral donde está la tumba de Franco! A la salida, mis nietos, aún adolescentes, me dijeron en baja voz: “Abuelo, la escupimos”,

lo que también habíamos hecho los adultos del grupo. ¡Escupir la losa donde se guardan los restos del asesino Franco!

Este viaje me permitió volver a mi lugar de combate, precisamente en esas sierras, a los recorridos como ciclista y a ver a algunos compañeros de la vida y de la cárcel, cuyas penurias habían durado más que las mías, pero que, al igual que yo, tuvieron fortaleza de cuerpo y alma para ver la tumba del tirano, en el mismo escenario donde él nos quiso enterrar.

Marcos Ana

Con Fernando Macarro, quien era mi compañero de la cárcel de Porlier, sucedió algo maravilloso, pues resulta que empezaron a publicarse a fines del decenio del 50 y principio de los 60, bellísimas poesías de un autor llamado Marcos Ana. Por su tema, la libertad y la falta de ella, que eran las musas de este poeta, para mí estaba claro que debía ser algún compañero de los viejos y aterradores presidios franquistas, donde estuve condenado a muerte en la Galería Provisional. Un día, una poesía firmada por este Marcos Ana ganó un premio y se descubrió que el autor era mi amigo Fernando Macarro, quien llevaba 22 años preso. Usaba el seudónimo de Marcos Ana por los nombres de pila de su padre y madre.

La campaña internacional que se desató le permitió obtener su libertad y venir a Cuba invitado por Fidel, en 1962. Tan pronto lo supe le envié una carta y pudimos vernos y regocijarnos por la suerte de estar vivos. A pesar de que a él el franquismo no le quitó la vida, sí le quitó su juventud, pudimos compartir con mi familia en una cena en casa. En ella escuchamos los relatos de los honores e invitaciones, hasta de monarcas, que había recibido, y cómo aquellos exquisitos manjares servidos en tales cenas y agasajos no eran bien aceptados por su estómago acostumbrado ya a comer bazofia.

También nos narró cómo a su salida de la cárcel le sorprendieron la existencia de los colores vivos, que habían desaparecido de su memoria y cómo las grandes avenidas, contrastantes con las cortas celdas y angostos pasillos, lo mareaban. ¡Gloria a los hombres que tuvieron valor para no perder la seguridad en la victoria de los justos!

El pequeño Jorge y su madre María de los Ángeles

En la década del 70 mi hija visitó Varsovia como integrante de una delegación gubernamental cubana. Un día, muy tarde en la noche, se recibió un documento en idioma polaco para ser discutido al siguiente día. Se contactó con la embajada, porque ya a esa hora no había donde localizar a las traductoras. Nadie de ellos hablaba ese difícil idioma. Estaban en dificultades.

El embajador dijo:

—De confianza hay solo un compañero que trabaja en *La hora española*, de Radio Polonia. Vivió en Cuba de niño y siempre él y su madre han mantenido contacto con nuestra embajada.

Mi hija, como en trance, dijo:

—¿No se llamará Jorge?

El embajador respondió:

—Sí, así mismo.

—¿Y sabes cómo se llama su madre?

—Creo que María de los Ángeles —respondió el embajador.

Era más de la una de la madrugada cuando mi hija y su compañero de infancia de los pioneros españoles en La Habana se abrazaron con emoción y refrescaron los recuerdos imborrables de sus azarosas infancias, bajo la bandera de la embajada cubana.

Efectivamente, como sabíamos, Jorge le contó que se habían sentido muy felices de unirse a su padre allí en Varsovia. Esta felicidad duró muy poco, pues después de dos años, por la tuberculosis de los diez pasados en las cárceles franquistas, su padre los dejó. Le proporcionó otro hijo a María de los Ángeles y la compañía de un hermano para Jorge, que seguía usando las mismas gafas de fondo de botella que cuando pequeño.

No hay que decir que, aun sin dormir, se pudo tener el documento listo para la temprana reunión, gracias a que el amor por Cuba nunca desapareció del corazón de Jorge. María de los Ángeles tampoco olvidó nunca a Cuba, ni el calor que le aportaron los cubanos y españoles que encontró en esta isla mágica en aquellos dramáticos momentos en que se encontraba sola, sin recursos y con un pequeño hijo.

Chely reiteró el cariño que aquella especial mujer le había dado de niña, en la época en que le hacía vestiditos bellos, como para una princesa.

La caída del vencedor

Es obvio que esta parte no está escrita por el autor del libro, que para continuar su consecuente carácter de luchador fue capaz durante casi dos años de afrontar una grave enfermedad, de la cual dejó un diario de los progresos y martirios por los que atravesó.

Luchó tenazmente contra quien siempre nos derrota a todos: a los buenos y a los malos, a los valientes y a los cobardes, a los sinceros y a los hipócritas.

Al final, siempre nos vence “Ella”, con su manto negro, poderosa, inapelable.

Se fue al amanecer de un lindo día de verano: el 20 de junio de 1987.

La pérdida, en 1984, de quien fue su compañera en todas las vicisitudes, resultó un golpe cruel e inesperado. Ella se dobló hasta la tierra por el peso de la tristeza, al no poder soportar el dolor de ver a su hija en peligro de muerte.

Él creía haberse preparado para sobrevivir a su pérdida, ya que la salud de su Pilar era más precaria que la suya. Le animaban a vivir una multitud de temas y tareas que le interesaban; realmente esto alcanzaba para una vida muy larga, llena de alicientes, con sus objetivos. Así pensó llenar ese vacío.

Pero la vida siempre es más rica, y sin sonrojarse confesaba su error: no haber sabido calcular el sufrimiento por la falta de su compañera. Mermó su entusiasmo y fervor por la vida después que su *Chata*, tras casi cincuenta años, se marchó.

Tan solo sería una coincidencia, o tal vez sería la influencia de la falta de su compañera, pero cuando se cumplió exactamente un año de la marcha de Pilar, apareció un cáncer que se desarrolló a una velocidad increíble. Se operó con el optimismo de siempre, con la seguridad de poder vencer una vez más a la adversidad.

¡No hubo suerte esta vez!

Se sometió a todos los tratamientos y, consecuentemente, a inventos de rehabilitación elaborados por él, se construyó un

aditamento para contrarrestar la parálisis facial que le originó la operación de cuello que sufrió.

Su decisión y amor a la vida dieron una corta tregua al monstruo, como él llamaba a su dolencia. Después, la dolencia se extendió y apareció en otros lugares.

Entró en el hospital Cimeq en febrero de 1987. Allí fue tratado con las más modernas técnicas. En abril, su cumpleaños, logramos un pase para ir a la casa, donde lo visitaron sus amigos y compañeros. Ya para esta fecha sabía que había perdido la pelea con “la dama de negro”, a la que tantas veces había logrado burlar.

El día en que se convenció de que no podía vencerla, ante dolores que recordaban las torturas del franquismo padecidas hacía tantos años y de las que nunca hablaba, se entristeció.

Se tomó una foto, para perdurar con esa imagen en sus seres queridos. Todo lo ordenó. Escribió sus deseos finales, se despidió de su familia, de sus compañeros del núcleo del PCC con una carta, de sus hermanos de la vida, como Pelayo, de sus amigos, de forma natural y disimulada, como si no lo hiciera.

Y escogió su ropa para el viaje final. Todo estaba preparado.

Dejó de luchar, para acortar el tormento. Ya casi no hablaba.

Entregó este testimonio a su hija y le dijo que lo leyera, lo que esta hizo por primera vez, sentada al lado de su lecho de muerte. A las preguntas que surgían de la lectura, contestaba ya a duras penas.

A pesar de sus sufrimientos, dos cosas no le abandonaron: el recuerdo de su madre y su entrega a la lucha por un mundo mejor.

En el hospital, aturdido por las drogas aplicadas para contrarrestar los dolores, oyó el ruido de un juego de pelota de un radio lejano, confundió el rumor del juego con los gritos de una muchedumbre en victoria, reaccionó y pidió su ropa, “pues los nazis habían sido derrotados” y quería salir a festejar.

Con mucho esfuerzo se le convenció de que estaba herido a consecuencia de la lucha contra los nazis, ingresado en un hospital para recuperarse y entonces cantó, con un hilito de voz que parecía el último, la Internacional.

Murió con la certeza de que dejaba el mundo en un buen camino, para llegar a lo que siempre soñó. Murió antes de ver

los tropezones, los fracasos, la caída de lo que él consideró ya indestructible.

El 20 de junio “Ella” se lo llevó, y fue sepultado, para más dolor aún, un Día de los Padres.

Para los suyos fue un inmenso dolor y a la vez un consuelo, por no seguir viéndolo cada día clavado en su cruz, padeciendo un tormento no merecido.

Estuvo rodeado hasta el final del amor inolvidable de su familia, del afecto de sus amigos y compañeros. Contó en su sepelio con una guardia de honor de los combatientes cubanos en la Guerra Civil Española.

Pero hubo algo inusitado en el final de su vida o principio de su muerte.

El coronel Mario Morales, presidente de los combatientes de la Guerra Civil Española en Cuba en aquel entonces, solicitó a la familia que retrasaran el entierro, pues combatientes de la brigada Abraham Lincoln, norteamericanos que pelearon en las Brigadas Internacionales, de visita en Cuba, querían participar en este triste acontecimiento.

Y así fue, la última guardia de honor la hicieron hombres nacidos en los Estados Unidos, que pese a lo que piensen los gobiernos, fueron con su ardiente y desinteresado corazón a combatir a España, tal como este argentino de nacimiento que cuenta parte de su vida en estas páginas.

Con ese mismo ardiente corazón, sin haber conocido personalmente a este combatiente, estos hombres norteamericanos, cincuenta y un años después del inicio de la Guerra Civil Española, honraron con respeto y fraternal sentimiento al combatiente vencido solo por la muerte.

Valgan estas letras para estimular

A la lucha, a los luchadores, a los que nunca se rinden.

Para recalcar que nadie te puede ayudar si no lo haces tú primero.

Y que nunca, ¡nunca!, podemos darnos por vencidos.

Y también para reafirmar el postulado martiano: “La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida”.

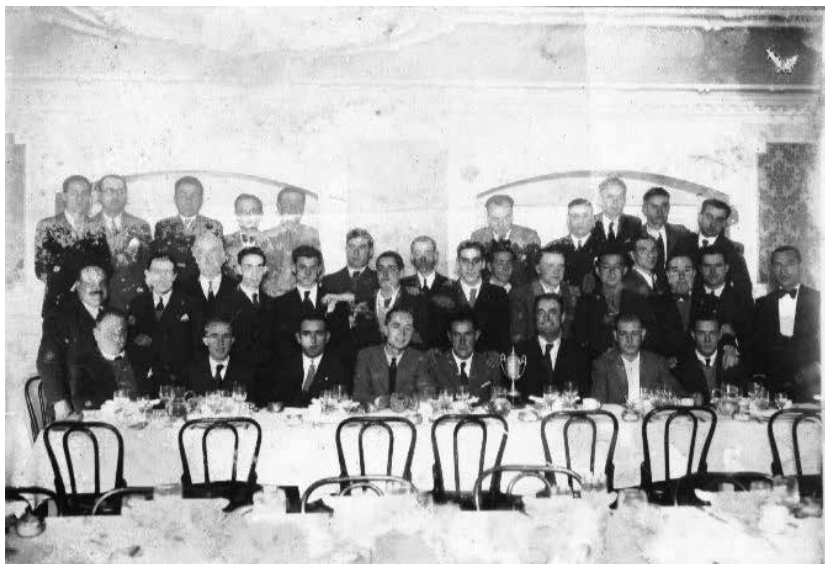
TESTIMONIO GRÁFICO



Conclusión de una etapa de la Vuelta a Madrid.



Vuelta a Madrid, 1934. El ciclista Tuero, al centro, rodeado del público aficionado al ciclismo.



Comida ofrecida por el Velo Club Portillo. Tuero sentado, cuarto de derecha a izquierda. Ganador de la Vuelta a Madrid.

Clasificación general

- 1.º G. DELOOR, 120 h., 7. m.
- 2.º CANARDO, 120 h., 13 m., 35 s.
- 3.º DIGNEFF, 120 h. 20 m., 17 s.
- 4.º MAX BULLA, 120 h., 28 m., 58 s.
- 5.º MOLINAR, 120 h., 29 m., 56 s.
- 6.º A. DELOOR, 120 h., 47 m., 34 s.
- 7.º BIANCHI, 120 h., 51 m., 58 s.
- 8.º FAYOLLE, 120 h., 53 m., 5 s.
- 9.º BLATTMAN, 121 h., 9 m., 9 s.
10. VALENTYN, 121 h., 9 m., 53 s.
11. CARDONA, 121 h., 13 m., 38 s.
12. AMBERG, 121 h., 14 m., 53 s.
13. GIMENO, 121 h., 18 m., 40 s.
14. VANDER RUYT, 121 h., 25 m., 22 s.
15. ADAM, 121 h., 36 m., 47 s.
16. BACHERO, 121 h., 38 m., 32 s.
17. CEPEDA, 121 h., 41 m., 25 s.
18. SANCHO, 121 h., 58 m., 44 s.
19. TUERO, 122 h., 41 m., 36 s.
20. MOLINA, 122 h., 47 m., 45 s.
21. FIGUERAS, 122 h., 52 m., 16 s.
22. BAILON, 123 h., 25 m., 45 s.
23. MONTES, 123 h., 28 m., 47 s.
24. GINES, 123 h., 46 m., 15 s.
25. THALLINGER, 123 h., 52 m., 27 s.
26. R. TRILLO, 124 h., 10 m., 7 s.
27. POU, 124 h., 11 m., 55 s.
28. ESTEVE, 124 h., 13 m., 35 s.
29. MULA, 125 h., 46 m., 4 s.

Recorte de un periódico de Madrid con la clasificación general de la Primera Vuelta a España. Tuero se ubicó en el lugar 19, con 122 h, 41 m y 36 s.



Vivienda de la familia en Alcalá 166. Allí se fundó la dirección clandestina del PCE de Madrid, de la cual Tuero fue miembro.

<h2 style="margin: 0;"><u>A U T O</u></h2>	
<p>JUEZ MILITAR Especial Excmo. Sr. General de la Yglesia Real.</p>	<p style="text-align: center;">En Madrid a tres de enero _____ de mil novecientos cuarenta y dos.</p>
<p>RESULTANDO: Que de lo actuado aparece, que el encartado JOSE AMERICO-TUERO FARRAJA, subdito argentino, residente en España y que no obstante su calidad de tal, intervino en la guerra en distintas unidades, haciendo y transportando propaganda del Partido Comunista, al que pertenecía.</p>	
<p>RESULTANDO: Que al tener conocimiento de que se pretendía reorganizar el Partido Comunista en España y particularmente en Madrid, se unió a dicha organización, siendo desde los primeros momentos elemento activo y dirigente, celebrando entrevistas con diversos afiliados a la misma idea y reuniendo en su casa a destacados elementos, haciéndose designación en la citada reunión clandestina de cargos directivos para los distintos sectores, que a los efectos de organización, quedó dividido Madrid, correspondiéndole uno de ellos y formando parte del comité provincial del Partido.</p>	
<p>RESULTANDO: que recibió propaganda impresa para ser distribuida, la cual cuidadosamente ocultaba en el lugar en que ejercía su destino particular.</p>	

Fragmento del Acta por cuyos cargos Tuero fue detenido y condenado a muerte.



Foto de Pilar que se encontraba en la cartera de Tuero cuando lo detuvieron.

Esta foto es un testimonio del salvajismo fascista. Estaba dentro de mi cartera al ser detenido el 31.10.41 y recibí una parte de los golpes que me dieron esa noche, la primera de 65 noches de agonía en la Dirección General de Seguridad el antro Gestapo - Falangista del régimen de Franco. Después me quitaron la foto y la cartera hasta que salí de allí con miles de huellas que la piel renovó en parte pero que quedaron como sello imborrable en mi condición de comunista.

Dedicatoria de Tuero a su esposa Pilar de la foto de ella que tenía cuando lo detuvieron.



Construcción de la catedral en el Valle de Cuelgamuros o Valle de los Caídos, lugar donde estuvo prisionero José Américo Tuero, quien con muchos otros, construía con sus manos el monumento. España, ca. 1943.



Vista lejana de las construcciones donde vivían los prisioneros en la Sierra de Guadarrama (años 40), conocida hoy día como Valle de los Caídos, de donde escapó Tuero. Nótese las bajas temperaturas, que en ocasiones podían llegar hasta -20°C .

n°26962.

Excmo Sr:

Examinada la presente causa n° 166773. y

RESULTANDO: Que en la misma ha recaído sentencia que impone la pena de MUERTE a los procesados ANTONIO BENIGNO ELVIRA SEGOVIA, JOSE WAJSBLUM HERMAN, JOSE AMERICO TUERO y MANUEL PRADES BLANCO; se impone la pena de TREINTA AÑOS DE RECLUSION MAYOR a los procesados BENITO VAQUERIN MARTIN, JULIO LOPEZ BENITO, JULIAN VAZQUEZ RUIZ, EMILIO RODRIGUEZ GOMEZ, AGUSTIN VAQUERIZO GARCIA, JUANA GOMEZ SAN MIGUEL Y VALERIANA BARRIOCANAL GARCIA como autores de un delito contra la seguridad interior del Estado del articulo 3o Capitulo I de la Ley de 29 de Marzo de 1941; se impone la pena de DOCE AÑOS DE PRISION MAYOR a los procesados JOSE VINAS TABERNAS, DOMINGA NAVARRO BALLESTEROS, JOSE PERAL EGUIRE, DOMINGO LOPEZ GANDON, HIPOLITO HERAS VEGA, DOLORES MOLINA MARTIN, y MARIANO BENAVENTE SANCHEZ como autores de un delito de ASOCIACIONES Y PROPAGANDAS ILEGALES del articulo 29 Capitulo IV de la Ley de 29 de Marzo de 1941 y se ABSUELVE LIBREMENTE a las procesadas DOLORES SANZ DE ARELLANO GORRIA, Y ASCENSION SA DE ARELLANO GORRIA.

CONSIDERANDO: Que en cuanto a los procesados condenados la declaración de los hechos que se estiman probados responden al contenido de los autos; que los pronunciamientos sobre el delito y responsabilidad que afecta a los mismos se fundamentan en las consideraciones legales pertinentes determinandose la pena con sujeción a lo dispuesto en la Ley y haciendose a las correspondientes citas a los preceptos especialmente aplicados y en su virtud el fallo se ata a derecho al resolverse las cuestiones propuestas y debatidas en la causa.

CONSIDERANDO: Que en cuanto a las procesadas ABSUELTAS las conclusiones que el Tribunal sienta son el resultado del examen y libre apreciación de las pruebas practicadas en autos y expresión de su estado de conciencia en cuanto a las cuestiones propuestas y debatidas en la causa, sin haber traspasado los limites propios de un racional discernimiento.

VISTO el articulo 662 y demas disposiciones de general aplicación.

En Peritania que V.E. apruebe por sus propios fundamentos la sentencia recaída dando firme si V.E. así lo acuerda volverá los autos al Instruccion para la practica de las diligencias de ejecución correspondientes.

En Peritania V.E. a cordaré.

En Peritania de Abril de 1942.

Excmo Sr:

EL Jefe de Guerra.

Acta de sentencia en la que se impone pena de muerte a José Américo Tuero.



José Américo, su esposa Pilar y su hijita María del Pilar. Una visita ocasional en los días de presidio en Chamartín de la Rosa, España, 1943.



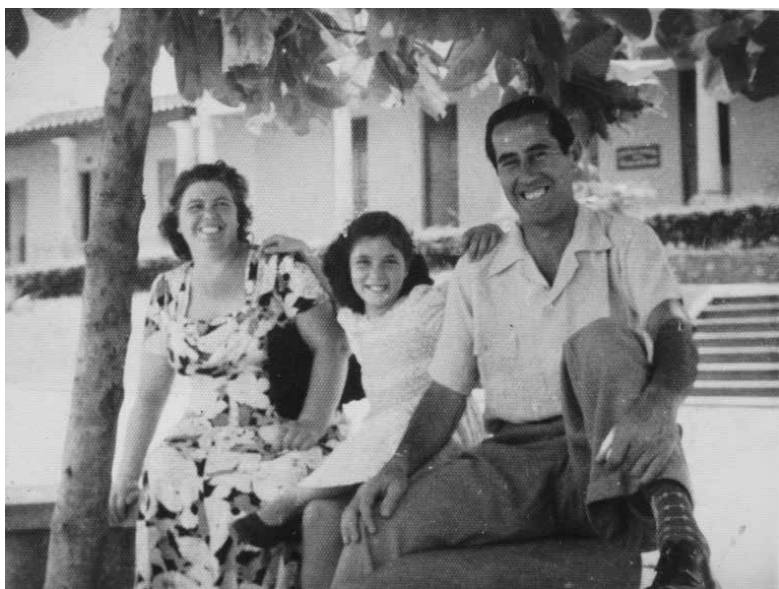
Otra visita durante los días de presidio. Valle de Cuelgamuros en la Sierra de Guadarrama, España, 1944.



Al fondo, con el brazo alzado, José Américo Tuero, en noviembre de 1944, rumbo a La Habana, supuestamente en tránsito a Argentina, en el buque *Marqués de Comillas*.



Foto carné de Tuero a finales de 1944, ya en Cuba, detenido en Triscornia, de donde lo saca Julián Grimau.



Pilar de Blas y José Américo Tuero, con la hija de ambos, en Pinar del Río a finales de los años 40, finalmente reunidos.



Cena con representantes del incipiente ciclismo cubano de los años 50. En la foto, primero a la izquierda, Reynaldo Paseiro (comisionado de este deporte al triunfo de la Revolución), José Américo Tuero, Luis Delgado (campeón nacional) y otros ciclistas y aficionados.



EL COMITÉ OLÍMPICO NACIONAL DE

C U B A

certifica que la información que se incluye abajo es verdadera y que la fotografía que aparece en la portada corresponde a

Sr. **José Americo Tuero**

quien viaja a la ciudad de México, D. F. como visitante temporal para participar en los SEGUNDOS JUEGOS DEPORTIVOS PANAMERICANOS, con la categoría que se le acredita en la primera hoja de esta credencial.

COMITÉ OLÍMPICO CUBANO

(FIRMA DEL PRESIDENTE O SECRETARIO DEL COMITÉ OLÍMPICO NACIONAL)

DATOS PERSONALES:

APELLIDOS **TUERO**
(LETRAS MAYÚSCULAS)

NOMBRE **JOSE AMERICO**
(LETRAS MAYÚSCULAS)

FECHA DE NACIMIENTO _____

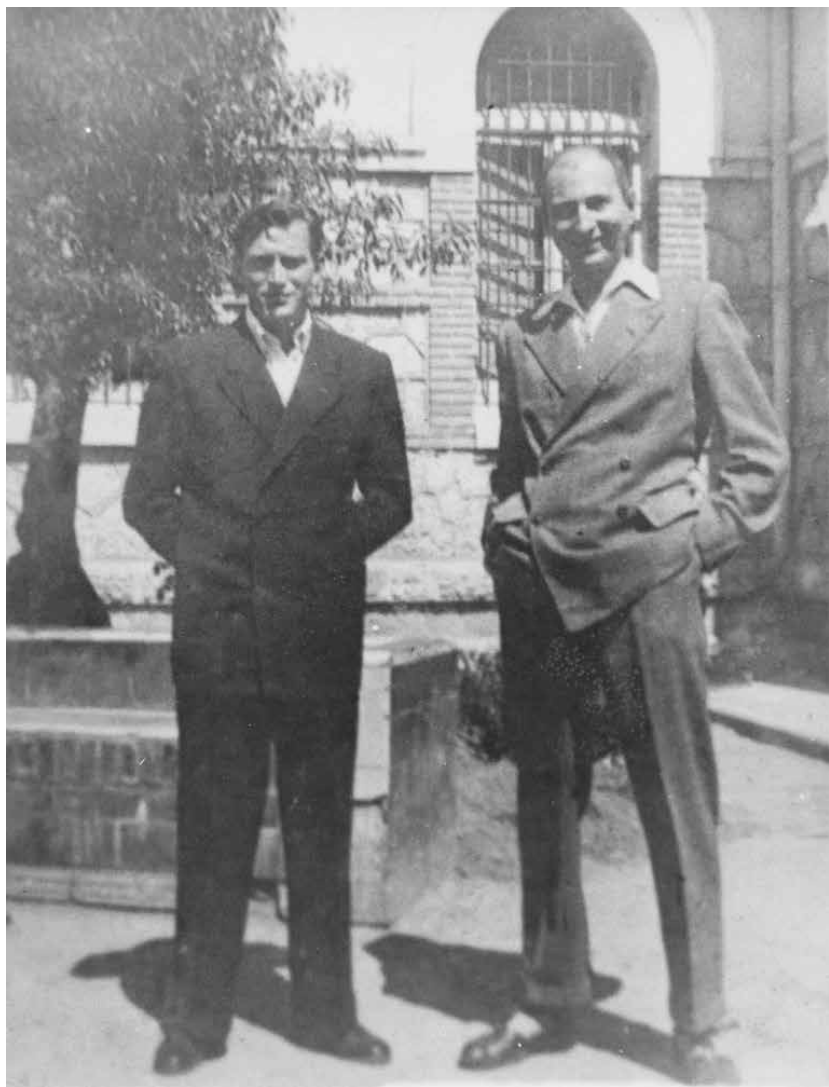
DIRECCION { Calle **AMISTAD 419. ALTOS**
Población **Habana**
País **Cuba**

NACIONALIDAD **Cubano**

Carné de la delegación cubana a los II Juegos Deportivos Panamericanos, celebrados en 1955 en Ciudad de México.



Padre e hija en la meta de una carrera cerca del Capitolio. Iglesia del Cristo.



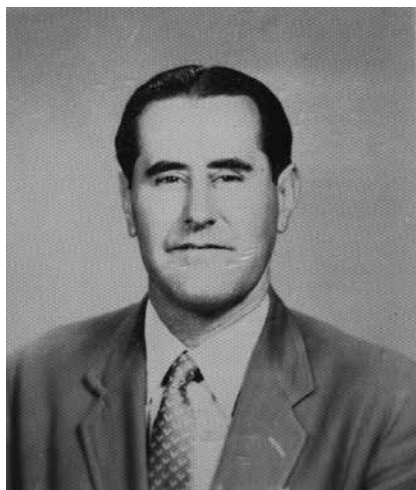
Nunca olvidó a sus compañeros de prisión, Marcos Ana y Julián Vázquez, quienes se retrataron y le enviaron esta fotografía a Tuero, estando ya este en La Habana.



Foto de los comunistas españoles refugiados en Cuba. Tomada en la Casa de la Cultura de Prado, en La Habana.



Comienzos de Tuero en la pequeña carpintería a su mando en el Cerro, La Habana, años 50. Acompañado aquí por un ayudante.



José Américo Tuero, La Habana, años 50. Para esa época poseía una carpintería y la cafetería de L y 27, cercana a la Universidad de La Habana, visitada por muchos revolucionarios como José Antonio Echeverría, Machadito y los dirigentes del Directorio, y vigilada por la tiranía de Batista.



Cortando caña en los años 70.



Foto de José Américo Tuero, antes de enfermar, con las condecoraciones recibidas: Orden *Lázaro Peña* de Primer grado, Orden de los Sindicatos Soviéticos, medalla conmemorativa de la Victoria de Playa Girón, medalla conmemorativa de la Limpia del Escambray, distinción *28 de Septiembre*, medalla conmemorativa del 30 Aniversario de las FAR y distinción por 10 y 20 años de colaboración con los Órganos de la Seguridad del Estado.

Índice

Prólogo. CARLOS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ/ 11

Veinticinco años después. *CHELY* TUERO/ 17

Introducción/ 21

Primera parte/ 23

Capítulo 1. Los orígenes de mi vida/ 25

En Buenos Aires/ 25

Mi abuela/ 26

Amigos de infancia y juventud/ 30

Primera acción política/ 32

Nueva desgracia/ 36

Capítulo 2. La guerra/ 41

Una fecha/ 41

Nace la Quinta Columna/ 43

Las Brigadas Internacionales/ 44

Un cambio de sector/ 46

Soviéticos en la guerra de España/ 48

En la Sierra de Guadarrama/ 50

Pilar/ 52

Nueva escuela/ 54

El III Cuerpo de Ejército/ 54

El curso de la guerra/ 61

Últimos momentos de lucha/ 64

Capítulo 3. Bajo el fascismo/ 71

Madrid/ 71

Un patrón bueno/ 76

En un nuevo apartamento/ 81

En las garras de la Gestapo falangista/ 86

En la cárcel/ 91
Porlier/ 94
Emilio Rodríguez/ 98
La vida social en la cárcel de Porlier/ 100
Mi amigo *el Polaco*/ 103
El primer plan de fuga/ 103
El tribunal/ 106
El Consejo de Guerra Sumarísimo/ 109
En la Galería Provisional/ 114
Fracaso de un nuevo plan de fuga/ 126
Hacia el campo de trabajo de Chamartín/ 128
Mi amigo Pelayo/ 131
Trasladados al Valle de los Caídos/ 132

Capítulo 4. La fuga/ 141

La ocasión/ 141
Despedida de Pilar/ 149
Hacia la frontera portuguesa/ 151
El paso de la frontera/ 157
En la granja Raposeira/ 158
Mi estancia en Portugal y salida hacia Cuba/ 160

Segunda parte/ 173

Capítulo 5. En Cuba/ 175

Vislumbrar nuevas luces/ 175
En La Habana/ 178
El rencuentro de la pequeña familia/ 182
Nuestra nueva vida/ 183
La Casa de la Cultura/ 184
La “democracia cubana”/ 186
Otras actividades de nuestra vida habanera/ 188
Progreso obligado/ 189
Ciclismo en Cuba/ 190
Prosperidad/ 193
Vuelta a la negra noche/ 196

Capítulo 6. El triunfo de la Revolución/ 201

Imágenes/ 201

Decisión/ 204

Capítulo 7. Mi desquite/ 207

Nuevas tareas/ 207

Mis actividades políticas/ 209

Mi desarrollo laboral en la Cuba revolucionaria/ 214

La cosecha/ 217

Pilar, siempre Pilar/ 218

Enfermedad/ 219

Internacionalistas de la Guerra Civil Española/ 220

Rueda de la vida/ 220

Mi amigo *el Búlgaro*/ 221

El Valle de los Caídos/ 222

Marcos Ana/ 223

El pequeño Jorge y su madre María de los Ángeles/ 224

La caída del vencedor/ 225

Testimonio gráfico/ 229

